



GEERT KIMPEN

**EL
CABALISTA**

La historia de Jaím Vital y su búsqueda de la sabiduría

Afortunado el hombre que encuentra a su alma gemela de entre un sinfín de personas.

Para Christine y Zonneke (Solecito)

Mal se paga a un profesor si uno sólo se queda en alumno (Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra)

Con respeto y agradecimiento a rabí Michael-ben-Pesach

Índice

RESUMEN	7
PRIMERA PARTE	8
SEGUNDA PARTE.....	42
TERCERA PARTE	86
CUARTA PARTE	117
QUINTA PARTE	165
SEXTA PARTE.....	205
SÉPTIMA PARTE	248

RESUMEN

En Safed, una pequeña ciudad del norte de Israel, durante la segunda mitad del siglo XVI, el joven Jaím Vital sigue las enseñanzas de su padre, el gran estudioso de la Torá José Vital. Pero Jaím desea estudiar alquimia y astrología, y se enfrenta a menudo a su padre. Un día, mientras están visitando la cueva de Simón Bar-Yojai, el joven rebelde y su padre vuelven a discutir y éste muere accidentalmente. Entonces un terrible sentimiento de culpabilidad crece en Jaím, que al poco tiempo pierde también a su madre. Como consecuencia de todo ello, decide dar un vuelco a su vida y empieza a estudiar la cábala con el maestro Cordovero. Cuando el maestro, en su lecho de muerte, nombra al rico comerciante Isaac Luria como sucesor suyo, a Jaím le cuesta aceptar esta decisión. Pero pronto llegará a la conclusión de que Isaac es un hombre brillante. Además, se enamora perdidamente de su hija Francesca.

PRIMERA PARTE

Safed, 1563. Invierno (año 5323 del calendario judío)

1. וַיֵּשֶׁב Vav He Vav: el Dios que viaja en el pasado, el presente y el futuro

Intentaba convencerse a sí mismo de que no había sido un asesinato, sino un accidente. Un lamentable accidente. Fue su padre quien había sacado todo de quicio, no él. Él no se metía con su obsesiva devoción por la Torá. ¿Y por qué no le permitía estudiar alquimia?

Resultaba evidente que la alquimia describía los secretos de la vida con mucha mayor concreción que la Torá. La alquimia suministraba fórmulas, recetas e instrucciones, era una ciencia práctica que podía verificarse empíricamente.

No ocurría lo mismo con la Torá de su padre. Allí lo único seguro era que no había nada seguro. No existía consenso alguno sobre el menor de los versículos que aparecían en los cinco libros de Moisés que conformaban el Pentateuco. Los rabinos, en sus interminables discusiones, se habían pasado siglos enteros escribiendo comentario tras comentario sobre lo que en verdad quería decir la Biblia. No había manera de comprobar el grado que habías alcanzado en tu evolución como hombre. Probablemente por ello, todo el mundo intentaba aventajar al prójimo escribiendo los libros más gordos con las interpretaciones más peregrinas. Su padre también se había lanzado con devoción a esa tradición secular y se vanagloriaba del reconocimiento y el prestigio que le habían reportado sus libros.

Pero para Jaím eso no bastaba, él quería respuestas concretas, quería saber cómo funcionaba la vida, cuál era el sentido de la existencia, si había vida después de la muerte, si la vida era arbitraria, si era posible someter la vida a la voluntad propia y, sobre todo: si Dios existía, quién era entonces. Si Dios existía, quería mantener una relación genuina con él, de hombre a hombre. ¿No había sido creado a su imagen y semejanza? Pues bien, que se mostrara y no se ocultara en los impenetrables versículos bíblicos que dejaban lugar a tantas interpretaciones. Quería que Dios le viera como su igual.

¿No era su padre quien buscaba una y otra vez la confrontación, quien no cejaba en su empeño de llevarle de regreso a la Torá, tan latoso como un perrillo tirando de la pernera del pantalón? ¡Cuántas veces no le habría explicado ya Jaím que no había nada que hacer! En los tres años que llevaba estudiando alquimia, había vislumbrado

más respuestas que en todos los años que, obediente, había asistido a las clases de Torá.

¿Qué podía importarle que toda la ciudad lamentara que hubiera dejado el sendero de la Torá? Safed era un pueblo a este respecto. La gente no te quitaba ojo y, ante todo, intentaba no salirse de la norma para no perder así su tan codiciado lugar dentro de la comunidad, porque también existía una dependencia comercial mutua, los unos compraban en las tiendas de los otros, trabajaban juntos, se intercambiaban contactos, y por eso compartían la misma religión, los mismos rituales y las mismas sinagogas.

Pero Jaím optó por seguir su propio camino, yendo contra corriente. Entabló amistad con los musulmanes allí donde los demás judíos sólo procuraban mantener un contacto lo más austero posible. Un amigo árabe le había dejado un libro sobre alquimia y ese libro le había cambiado la vida. Las ideas y las promesas del libro empezaron a rondarle por la cabeza. El día en que fuera capaz de crear oro, su naturaleza humana adoptaría también las propiedades del oro, sería inmortal, llegaría a poseer sabiduría y riqueza absolutas, y alcanzaría la perfección del alma.

Cuanto más tajante era la recriminación del padre por su comportamiento de hereje al dedicarse a esas prácticas diabólicas, tanto más firme era su resolución en el empeño de conseguir resultados, hasta llegar a convertirse en una carrera entre ambos. Cualquiera día le sorprendería con sus ideas y resultados, le demostraría que la Torá era un callejón sin salida y que en la alquimia se encontraban las respuestas verdaderas. Llevaba una meticulosa relación de sus experimentos, soñaba con escribir la obra alquímica definitiva que sirviera de manual para la humanidad y callara todas las bocas que alababan sin cesar los voluminosos libros de su padre. La alquimia convertiría la Torá en algo superfluo. «Una manera de pensar anticuada y primitiva —dirían de la Torá—. Algo simpático, pero ingenuo, muy ingenuo.» Su padre se enfurecía al oírle hablar sobre la Torá y el judaísmo de esa manera, le resultaba insoportable que su hijo renegara así de sus raíces, que repudiara todo aquello por lo que él vivía y en lo que creía.

El padre de Jaím confiaba en que este paseo por las colinas que rodeaban Safed le acercaría más a su hijo, quizá se acordara de los paseos que habían dado cuando tan sólo era niño, cuando aún tenía por sagrada la palabra de su padre, quizá recordara cómo lo había inculcado el respeto por la naturaleza, por la perfección chía Creación en la que Dios previó todo lo que el hombre necesitaría, cómo todo encajaba manteniendo un equilibrio, pero parecía como si todas sus palabras de entonces hubieran caído en saco roto, no había ningún recuerdo con el que pudiera abrir una brecha en los muros levantados por Jaím. Su única respuesta era una sonrisa despectiva.

Cuando empezó a nevar con intensidad, encontraron cobijo en la gruta donde, según contaba la leyenda, el famoso cabalista Shimon Bar-Yojai se había escondido

durante trece años de los romanos que le habían condenado a muerte. El amparo de la gruta parecía haber templado de momento la frialdad entre padre e hijo. El padre llegó a pensar incluso que, cuando se explayaba en su admiración por la cábala, su hijo se hacía más accesible. Después de todo, a Jaím le atraía lo místico. Si ya no se sentía fascinado por el texto de la Torá, quizá el estudio de los significados ocultos que encerraban los cinco libros sagrados podría devolverle al redil. Aunque los cuarenta años eran la edad mínima necesaria para poder ser aceptado por un profesor de cábala, el padre tenía suficientes contactos para que hicieran una excepción con su hijo, pero estaba subiendo demasiado deprisa esta escalera de esperanza. Jaím se percató de las promesas manipuladoras con que intentaba seducirle. ¿No se rendía nunca este hombre? ¿No podía relatarle algo sin más, exento de esa velada motivación que le impulsaba a querer convertirle? Le ponía enfermo esa obstinada convicción que tenía de hallarse en posesión de la verdad.

No fue un asesinato. Fue un accidente, un lamentable accidente. Eso fue lo que contó también al llegar sin aliento a Safed. Nadie dudó de su palabra y, de inmediato, se organizó una expedición que fuera a recoger el cuerpo del respetado escritor de la Torá. Jaím sólo compartió el secreto con su madre, una indiscreción fatal de la que se arrepentiría siempre. Nunca más volvería a compartir su secreto con nadie. Fue un accidente. No había ninguna razón para tener que expiar durante toda la vida un desgraciado accidente, ¿no? Era un muchacho muy prometedor y este trágico accidente no debía ensombrecer su futuro.

Safed, 1570. Verano, siete años después (año 5330 del calendario judío)

2. יָוֶד Mem Jet Yod: el Dios que te da esplendor

Su nombre era Jaím Vital, hijo del famoso comentarista de la Torá Yosef Vital. Era un chico guapo de veinticinco años, con gran inquietud intelectual, que dedicaba todo su tiempo libre al estudio de la cábala. Todas las mañanas, a las tres de la madrugada, seguía junto con otros nueve hombres las clases de Cordovero, el gran maestro de la cábala. Como Jaím siempre llegaba el primero, era él quien estaba al cargo de la llave. Cuando la giraba dentro de la cerradura de la sinagoga, parecía como si fuera su corazón el que se abriera. Le gustaba quedarse un rato rezando en silencio, rodeado de la más absoluta oscuridad, y después encendía las velas y ordenaba el modesto aula donde estudiaban, que se encontraba a la derecha del

vestíbulo. Era la primera vez que Cordovero permitía asistir a sus clases a un alumno tan joven como Jaím. Los nueve restantes tenían cuarenta años o más, pues ésa era la edad en que se consideraba que un hombre tenía la madurez suficiente para comenzar el estudio de la cábala, ya que habría tenido la oportunidad de forjarse una carrera profesional, habría encontrado a una buena mujer y los hijos serían lo bastante mayores como para no reclamarle toda su atención. A los cuarenta uno disponía de tiempo y de espacio para entregarse a lo espiritual.

Jaím era el blanco de todas las envidias y chismorreos en Safed. Muchos estudiantes de cabala se creían con más derecho que él a ocupar un lugar en los pupitres de Cordovero. Algunos ancianos, que podían ser sus abuelos y llevaban décadas estudiando las Sagradas Escrituras, debían contemplar, reconcomidos, cómo este joven era considerado a todas luces más sabio que ellos.

En el estudio de la cábala estaba claro como el agua el lugar que le correspondía a cada uno. Había una jerarquía evidente dentro del grupo de los profesores en Safed y nadie discutía que Cordovero se encontraba en lo más alto de la escala. El elegía diez estudiantes que a su vez impartían clases también. Cuanto más cercano estuviera tu profesor al círculo que rodeaba a Cordovero —o, en el mejor de los casos, si era un discípulo directo de él—, tanto mayor era la reputación de la que gozabas. Cada alumno se veía ensalzado por el prestigio de su profesor.

Jaím había ido medrando con paciencia a la sombra de profesores inferiores y poniendo sumo cuidado en la elección de todos ellos hasta conseguir que le aceptara el viejo Zimra, un alumno de Cordovero. Confiaba en seguir destacando con él, que mencionara su nombre en presencia del maestro por quien tanto se desvivía, para así poder beber directamente de esa fuente que tanto le refrescaría, pero el vanidoso trotamundos de Zimra nunca mencionó su nombre, ya que sólo hablaba de sí mismo.

Por eso, Jaím continuó haciendo todo lo posible por acercarse a Cordovero. Iba a las mismas sinagogas, compraba en las mismas tiendas y, descalzo, recorría las colinas que sabía transitadas por el propio Cordovero, también descalzo. En uno de esos paseos, se atrevió a abordar al gran profesor.

—Maestro Cordovero —fue al grano, sin rodeos—, ansío tanto llegar a conocer a Dios... Se dice que conocéis el camino que me permitiría acudir a su encuentro.

Cordovero no pudo reprimir una sonrisa al oír al desesperado muchacho que anhelaba tanto el conocimiento de Dios. Se reconoció a sí mismo en el temperamento inquieto que también a él, a los veinte años, le había llevado a iniciar el estudio de la cabala. «Parece como si me hubiera visto sumido en un sueño que me duró hasta los veinte años —se decía de vez en cuando—. Todos mis pensamientos de entonces carecían de utilidad.»

—Muchacho —le respondió—, hasta el momento en que saliste de detrás de ese árbol yo no te conocía a ti, pero tú a mí sí. A partir de ahora, estarás en mis

pensamientos porque me buscaste. El que dentro de un rato me ponga a charlar con mi esposa de otras cosas durante la cena no significará que hayas dejado de existir. Así existimos nosotros también siempre en la mente de Dios.

—¿Sólo basta entonces con llamar su atención? —exclamó Jaím esperanzado.

—O viceversa —repuso Cordovero con ojos resplandecientes—, podría ser Dios quien saliera de detrás de un árbol para captar tu atención. El Creador existe en todas las cosas y todas las cosas existen en él, pero sólo cobra vida si le buscas. Es entonces cuando te das cuenta de que siempre había estado en tu interior, esperando a que quisieras verle.

El gran maestro invitó espontáneamente al muchacho a que asistiera a sus clases, avivando así la ira de Zimra.

—¡Estás cometiendo una terrible equivocación, Cordovero, ese Jaím no es digno, llegará el día en que te arrepientas de haber admitido en tu clase a ese adulator, el mismo día en que se me venerará a mí como al tan esperado Mesías! —le había vociferado Zimra con patetismo.

Desde ese instante, el autocomplaciente trotamundos rompió todas las relaciones con Cordovero y se convirtió en uno de sus más vehementes adversarios. A Jaím poco le importaba, pues el lugar que dejaba Zimra lo ocupó él, y así se transformó en el muchacho más feliz de Safed. Caminaba por la ciudad con la cabeza bien alta y las burlas le resbalaban como si fueran una leve lluvia de marzo.

Esa mañana, Jaím se sentía con más ganas de aprender que otros días. Su maestro estaba tratando uno de los principios básicos de la cábala: la superación del egoísmo.

—Está bien que el hombre desarrolle su egoísmo en la medida de lo posible, porque la naturaleza del hombre evoluciona al confrontarse con su egoísmo. Un cabalista carece de deseos... No, lo que quiero decir es que casi por definición tiene muchos deseos. De lo que se trata es de transformar la intención de esos deseos.

Cordovero, que tenía fama de ser el más lúcido profesor de cábala, no conseguía expresarse con claridad. Cualquier planteamiento que intentara explicar quedaba expuesto con desmañada torpeza. El sudor le perlaba la frente cuando volvió a intentarlo.

—Pero, rabí Cordovero —le interrumpió Jaím—, un deseo seguirá siendo un deseo sin tener en consideración la intención en que se fundamenta, ¿no? Fijaos, mi propósito es llegar a convertirme en el escritor más grande de todos los tiempos. ¿Cómo podré transformar ese deseo?

Yehoshua, un platero cubierto de joyas y hermanastro de Jaím, suspiró hondo para manifestar su enojo. Odiaba que Jaím no dejara pasar ni una oportunidad para llamar la atención sobre la glosa que estaba escribiendo del Zohar, la Biblia de los cabalistas, la obra maestra de Shimon Bar-Yojai.

—Supongo que tu propósito de convertirte en el escritor más grande es egoísta — respondió Cordovero—, porque quieres ser famoso y que te admiren.

—Eso también —admitió Jaím—, pero sobre todo porque quiero llevar la cábala al mayor número de personas posible.

—¿Entonces carecería de importancia que tu nombre apareciera en el libro? — preguntó Cordovero.

El muchacho sonrió, porque le había pillado.

—Bueno, desde luego quiero que las personas sepan que lo he escrito yo.

—Y con ello sólo estarás sirviendo a un interés, el tuyo. Lo fundamental de tu deseo es escribir el libro cabalista más fabuloso, un libro que dé a conocer a la humanidad las leyes del universo. Esa sí es una ambición altruista, el deseo de transmitir el conocimiento que tú mismo has recibido.

—Y cuanto mayor conocimiento reciba, tantas más cosas podré transmitir — añadió Jaím—. ¿Es a lo que os referíais cuando dijisteis que el cabalista alberga semejantes deseos?

—Muy bien, Jaím. No hay nada malo en el ansia de querer recibir muchísimas cosas de la vida, pero la fuente de alegría que esto nos supone se reseca si nosotros dejamos de dar. Entonces nada de lo que recibamos llenará el vacío de nuestro corazón. El principio universal del cosmos es la entrega desinteresada sin esperar nada a cambio.

—Por tanto, no debería pedir dinero por ese libro —concluyó el muchacho.

—En el caso de que pudiera encontrarse a alguien dispuesto a pagar dinero por un libro de Jaím Vital —se interpuso Yehoshua. Resultaba difícil imaginar dos polos más opuestos que Jaím y su hermano. Yehoshua era veinte años mayor y sentía un profundo desprecio por su hermanito «ilegítimo». Las atenciones desmedidas que le dispensaba el padre eran como espinas clavadas en sus ojos.

El resto de la clase empezó a dar golpecitos de aprobación en las tazas de café con sus cucharillas. Agradecían que por fin hubiera alguien que le bajara los humos a este fantasmón. Yehoshua se marcó un redoble triunfal con las manos sobre el tablero de la mesa, pero Jaím siguió esperando inmóvil la respuesta de su maestro.

Cordovero, cansado, cerró los ojos. Sus dedos jugaron con la negra barba y la respiración pesada y dificultosa reverberaba contra los muros pintados de azul claro. A través de las vidrieras empezaba a introducirse la primera luz de un sol amarillo pálido que se alzaba tras la colina.

—Junto a todo lo que creó Dios, en la Torá está escrito: «Y Dios vio que era bueno». Salvo cuando creó al hombre. ¿A qué creéis que se debe?

—Esta pregunta, naturalmente, es un juego de niños para nuestro famoso autor Jaím Vital —dijo Yehoshua, interrumpiendo el silencio expectante—. Tal vez pueda sorprendernos en la próxima clase con una conferencia sobre el tema.

—Qué casualidad. Justo ahora quería proponerlo, Yehoshua. Por supuesto, siempre que pueda contar con el consentimiento de nuestro maestro —terció Jaím, impasible ante la intentona por parte de su hermano de ridiculizarle.

—Cuentas con mi confianza, Jaím. Mi mente hoy no está muy lúcida y me siento un poco angustiado. Si Dios quiere, la próxima vez me sentaré en tu silla.

Jaím escapó del bombardeo de miradas y pensamientos celosos descargados sobre él. Esto último debía de haber sido una ironía de Cordovero, ¿no?

—Cada profesor enseña lo que él mismo tiene que aprender. Nuestras almas se encuentran aquí todas las mañanas porque este encuentro está predestinado. Ahora yo soy vuestro maestro, pero en una vida futura podría ser el alumno de Jaím. El papel que desempeñamos aquí en la Tierra no es importante, pues llegará un día, que quizá no esté tan lejano, en que mi alma abandonará este mundo.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Shlomo, uno de los alumnos más aplicados de Cordovero, que procuraba ganarse su sustento y el de su mujer pintando cuadros—. No estaréis enfermo, ¿verdad? ¿Podemos hacer algo? ¿Queréis que abra las ventanas para que entre un poco de aire fresco?

—Sólo tenéis cuarenta y ocho años. Es un poco prematuro empezar a vaticinar ahora vuestra muerte —le aduló Yehoshua.

—Justo después de mi muerte alguien ocupará mi lugar. —Cordovero ignoró los comentarios—. Muchas de sus sentencias serán opuestas a lo que habéis aprendido conmigo, pero no contradigáis a vuestro nuevo maestro. Lo que os enseñe procederá de la misma fuente en donde yo encontré el conocimiento, y esa fuente es la verdad absoluta. Su alma es una chispa del alma de Shimon Bar-Yojai. Os aleccionará el propio autor que escribió el Zohar, inspirado por la divinidad. ¡Ay, cuánto me gustaría poder estar aquí presente para verlo! Fijaos bien, quien se oponga a él se estará oponiendo a la difusión del conocimiento divino.

Todos los estudiantes pensaron lo mismo en ese instante. Estaba hablando de Jaím. Su peor pesadilla se hacía realidad. El estudiante al que más les hubiera gustado tirar rodando por las escaleras de la sinagoga iba a convertirse en su nuevo profesor. ¡Qué prueba más inhumana!

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Yehoshua con voz conciliadora. Aunque se temía la respuesta, quería estar seguro de que sus terribles suposiciones eran correctas.

—No puedo decirlo. Él no quiere que se conozca aún su identidad.

Jaím se ruborizó, pues también pensaba que Cordovero estaba refiriéndose a él. Sintió la mirada enojada de sus compañeros de clase y un silencio misterioso le pareció la única respuesta adecuada. «Dejemos que especulen si soy yo el que quiere permanecer en el anonimato», pensó riéndose por lo bajo.

Cordovero ignoró la contienda callada que había estallado en su clase y se quedó mirando uno a uno a sus estudiantes. Todos prestaban una recelosa atención para ver si la mirada se detenía más en uno o en otro, y le respondían a su vez con la mirada más devota posible, soñando con ocupar el lugar del maestro.

—La humildad es la cualidad más importante de un hombre que ha alcanzado el conocimiento —continuó Cordovero mientras miraba fijamente a Jaím—. La manera en que nos relacionamos con los demás como personas es un reflejo de nuestro desarrollo espiritual.

Ahora miraba a Yehoshua:

—Mirad en vuestro corazón si no habéis maldecido alguna vez a alguien, si 110 habéis calumniado a alguna persona o deseado su mal. La sabiduría se expresa en cosas sencillas como una sonrisa sincera, un saludo cordial, un gesto de compasión con nuestros enemigos. Fijaos en el sol que sale tras las montañas, no hay ninguna razón para que lo haga cada día, es un regalo, un generoso regalo del Creador que sólo nos pide que seamos nosotros quienes también aportemos generosidad al mundo para vivir en armonía con él.

Yehoshua, huraño, inclinó la cabeza.

—Lo único que puedo decir ahora de mi sucesor es que durante mi entierro se manifestará en una nube.

Nadie comprendió lo que decía Cordovero, Jaím tampoco. Acaso fuera la nubecilla en la que salió flotando de la sinagoga, porque su sueño de llegar a ser el cabalista más respetado del mundo hoy parecía estar un poco más cerca.

3. *He Yod Yod: el Dios que conoce todos tus caminos*

Jaím arrojó el Zohar a un rincón de su cuarto y desperdigó todos los apuntes en derredor. Ese día le había comunicado a Abraham, el dueño del taller de tejidos donde teñía la lana introduciéndola en grandes baños de pintura, que no iría a trabajar porque estaba enfermo.

Safed, situada en una elevada colina al norte de Galilea, era conocida en toda la comarca por sus lujosas telas, que habían reportado gran riqueza a la pequeña ciudad. Fueron los judíos españoles quienes introdujeron en Safed el oficio artesanal de la sastrería. Muchos de ellos habían estudiado el Zohar a escondidas en España y, cuando se vieron en la disyuntiva de elegir entre convertirse al cristianismo o abandonar el país, optaron por lo último. Buscaron una nueva vida en la pequeña ciudad cercana a la tumba de Shimon Bar-Yojai, su héroe y sostén. De los diez mil judíos que en ese momento poblaban Palestina, en Safed vivían nada menos que seis mil.

Así llegó a surgir un barrio judío que no sólo floreció en el aspecto material, sino también espiritualmente. En cada esquina había escuelas donde se impartía clase de Torá o cábala.

Los judíos convivían y trabajaban en paz con los islamitas, cuyo dominio se extendía por todo el imperio otomano, lo que incluía por tanto también a Safed. El bey turco, Abu Siffin, gobernaba con mano dura pero justa a judíos y musulmanes, que se guardaban mutuo respeto en el ámbito religioso y que negociaban sin problemas entre sí. Safed era un paraíso para todos aquellos que en España habían tenido que profesar su fe en la clandestinidad.

El tinte de telas era un trabajo humilde, justo lo que se esperaba de un cabalista. Jaím trabajaba para Abraham, quien a cambio le daba dinero con el que poder pagarse el sustento. Su entrega al trabajo durante la jornada laboral era similar a la dedicación con que se consagraba a la cabala durante sus horas libres. Si pasaba algún conocido mientras estaba secando las vedijas de lana, no le saludaba, porque consideraba un hurto cada minuto escatimado a su jefe. Jaím parecía un fanático en su afán de vivir cada instante del día en armonía con las leyes del universo.

Por tanto, éste era también el primer día que le había fallado a su jefe. Fingió que tenía un terrible dolor de cabeza, y Abraham, un hombre de negocios astuto pero honrado, no encontró ninguna razón para dudar de su dolencia y le permitió irse a casa.

El universo, a continuación, le dio a Jaím justo lo que le había pedido: el dolor de cabeza. El deseo de fama y gloria había dictado su propósito de aprovechar este día para resolver el enigma de por qué Dios no había dicho «vio que era bueno» cuando creó al hombre. Le habría gustado dejar perplejo a su maestro a la mañana siguiente con una explicación brillante, quería demostrar que sería un digno sucesor de Cordovero cuando éste ya no estuviera, pero tampoco en el Zohar encontraba respuesta alguna. Parecía como si las letras se ocultaran en sí mismas y el texto fuera adquiriendo cada vez mayor oscuridad. Un galimatías escrito por un loco.

Malhumorado, se sentó junto a la ventana y mordió una manzana con desgana. Desde su cuarto gozaba de unas espléndidas vistas de gran parte del barrio judío.

Observó el ajetreo de los comerciantes en las angostas y sinuosas callejuelas desprendiéndose de sus mercancías frente a mujeres que no dejaban de gesticular, indicando que el precio era demasiado elevado. Jaím no había podido disponer nunca de mucho dinero debido a su humilde trabajo y era hábil en el arte del regateo, pero tampoco necesitaba mucho. Ese cuarto sencillo en la segunda planta era su refugio. Una cama, una sólida mesa de madera que utilizaba tanto para estudiar como para comer, sus libros y numerosos pliegos de papel con sus apuntes guardados en un arcón, ésa era toda su riqueza.

Sin proponérselo, sus pensamientos le llevaron al famoso quiromante que visitó cuando tenía catorce años. Ya por entonces estaba muy seguro de que quería ser una persona excepcional, alguien que destacara en este mundo.

El quiromante egipcio, que era conocido en toda Safed por su pericia en el vaticinio, pasó los rollizos dedos por las líneas de las manos del muchacho. Su cálido aliento rozaba las sudorosas palmas, cuyo temblor intentaba ocultar. La habitación estaba oscura y acercó su cara a la de Jaím cuando le dijo: «Las líneas de tu mano izquierda son los senderos que se dibujaron en tu nacimiento. La ruta de tu vida por las avenidas de la riqueza y la pobreza, el éxito y el fracaso. Las líneas de tu mano derecha son las veredas que tú mismo has elegido».

Comparó escrupulosamente las dos manos e incluso midió con una regla la longitud de algunas líneas. Jaím intentaba apartar los ojos de las úlceras supurantes que asomaban en esos gruesos labios y que no dejaban de fascinarle.

—Esta línea —dijo el quiromante mientras rascaba con su sucia uña la línea que empezaba entre el pulgar y el índice, y bajaba hasta la muñeca— es la de la vida, dibuja el curso de tu existencia y puedes ver que ya a muy temprana edad hay una fisura en ella. En los primeros años aparecerán ideas en tu corazón que querrán impedirte el estudio de la Torá. Dejarás de lado los libros de Moisés durante tres años.

Esa predicción se había cumplido. A los quince años se despertó en su interior una repentina rebelión contra todo lo judío. El libro de alquimia que le había dejado su amigo árabe le enardeció, describía de modo místico cómo se podía elaborar el elixir de la vida eterna, respondía con exactitud al reclamo más íntimo de su alma.

El sabía que esta existencia ocultaba secretos que sólo se revelaban a aquellos que se consagraban por completo a su resolución, y sintió un deseo intenso de convertirse en uno de los iniciados. Se lanzó al estudio del críptico lenguaje de la alquimia con una entrega absoluta. Su padre fue pasando por fases sucesivas de furia, desesperación, tristeza y decepción profunda. Su hijo, que ya desde jovencito había mostrado un talento especial para el estudio de la Torá, encaminaba ahora sus pasos hacia un laberinto pagano en el que su alma parecía perdida sin remedio.

Pero al cabo de tres años, justo como lo había vaticinado el quiromante, ocurrió ese trágico accidente. Jaím estaba convencido de que las fuerzas que investigaba se habían vuelto contra él. Todos los experimentos fracasaban. Los símbolos alquimistas le atormentaban en sus pesadillas. Buscó consuelo en su hermano, que sí transitaba fiel el sendero de la Torá tras los pasos de su padre. Adulado por la admiración de su hermano pequeño, Yehoshua compartió los secretos cabalistas que acababa de aprender. Le presentó al profesor con quien él mismo había empezado. Con mayor fanatismo aun que cuando estudiaba la alquimia, Jaím se entregó entonces a este nuevo amor como si debiera recuperar los tres años perdidos, como si con la cabala pudiera devolverle la vida a su padre.

Pero el quiromante le había pronosticado otra cosa más escalofriante. Preocupado, había meneado la cabeza aspirando ruidosamente la flema amarilla que le iba goteando despacio de la nariz.

—¿Ves esta bifurcación en la línea? —le preguntó.

Jaím vio con claridad cómo la línea de la vida se dividía en dos.

—El punto de la línea de la vida bajo el dedo corazón corresponde a la edad de treinta y cinco años. La encrucijada en tu mano está situada alrededor de los veinticinco años, y eso es muy excepcional, porque en la mayoría de las personas esa separación se produce a los cuarenta. Quiere decir que se te revelarán dos caminos: uno que lleva al infierno y el otro al paraíso. La elección dependerá de ti. Si optas por este sendero corto del infierno, no habrá sobre la faz de la Tierra nadie peor que tú y morirás muy joven. Si eliges el sendero del paraíso, ascenderás hasta el nivel más elevado de sabiduría que un hombre pueda llegar a imaginar.

Así que ahora tenía veinticinco años y, según la predicción, tendría que volver a elegir entre dos caminos, pero no veía ninguna señal que anunciara esta encrucijada.

Su única pasión era el intento de desentrañar el Zohar. La escritura de los comentarios al libro sagrado, que lo divulgarían entre la humanidad, se había convertido ahora en su elixir de vida, así alcanzaría la inmortalidad, porque para su sorpresa había descubierto que tanto la alquimia como la cábala creían en la eternidad del género humano.

El sol ya había completado su descenso tras las colinas, Jaím recogió el libro y volvió a sentarse a la mesa.

Quería demostrarse a sí mismo su valía descifrando el maldito pasaje, ese par de versículos que le habían procurado un terrible dolor de cabeza, pero ahora se hallaba perdido en una selva de líneas impenetrables.

Su corazón seguía igual de oscuro que la noche estrellada que apenas le iluminaba, y se quedó adormilado.

Le despertó un golpe en la puerta. Era Ana, la patrona que vivía en el piso de abajo. En la primera planta había habilitado un lugar donde leía el tarot. Durante todo el día se producía allí un trasiego continuo, sobre todo de mujeres que buscaban ayuda para resolver sus problemas de amor. Ana era una persona que sabía escuchar, daba a las mujeres justo los consejos que querían oír, pero también tenía un defecto: era incapaz de guardarse los secretos que le confiaban. Si le contabas tus penas, podías estar casi seguro de que al día siguiente tu mal de amores se convertiría en la comidilla del mercado por la mañana. En una ocasión que le leyó las cartas a Jaím, le dijo riéndose:

—¿Qué tenemos aquí? Veo que vas a casarte con una tal Ana. Siendo así, podrías al menos hacerme la corte un poco más.

«Eso es lo que tú quisieras —pensó él—, pero antes preferiría morir soltero.» Aunque Ana tenía un rostro bonito y franco, su aspecto descuidado no era precisamente el que un hombre quiere para la mujer con la que poder despertar admiración entre los demás.

Ana, compasiva, miró la batalla que se había librado en el cuarto.

—Vaya, ¿otra vez escribiendo?

Jaím se encogió de hombros.

—Ha venido un hombre mayor preguntando por ti.

—¿Un hombre mayor?

—¿Habrías preferido una chica? A la mayoría de las chicas no les gustan tanto los libros, Jaím. Era un vagabundo, creo. Dijo que tenías que ir lo más rápido posible a la casa de Cordovero, tu maestro.

—¿Esta misma noche?

—¡Sí, inmediatamente!

Jaím se asustó. Nunca había estado en casa de su maestro.

—Enseguida voy.

—Yo me arreglaría antes un poco. Tienes un aspecto bastante desangelado. ¡Y eso que estamos en sabbat! —Sonriendo de oreja a oreja, con una dentadura resplandeciente que aún brillaba más gracias a la hendidura que tenía entre los incisivos, cerró la puerta.

«Y va a decirlo justo ella», pensó sonriendo.

Jaím no se había dado cuenta de que el sabbat ya había empezado con la puesta de sol. En el día de descanso semanal, todos los habitantes de Safed se vestían con sus mejores galas. Como la ciudad era un crisol de inmigrantes de todas las comarcas

europas y asiáticas, para un viajero que estuviera de paso parecería una fiesta de carnaval veneciano.

Se miró al espejo y se vio las rojas marcas de la gola en el rostro. Era cierto, así no podía mostrarse en público, pues era un muchacho ufano y gracias a su trabajo en el taller textil podía encargarse que le hicieran ropa a medida con las telas más delicadas y a precio de coste. Se desnudó rápido y lavó su bello rostro masculino con una jarra de agua fría, se compuso la abundante mata de rizos castaños, se pasó el peine por la barba de color marrón rojizo y deslizó la camisa recién almidonada, con el cuello acanalado, por su bien construido torso. Se puso el pantalón azul cobalto de media pierna sobre las jarreteras de seda. Satisfecho, se miró mientras se calaba el sombrero de ala estrecha de damasco. Taconeando con los resplandecientes zapatos negros, anudados con cintas, descendió bailando por las escaleras.

4. **He Resh Yod: el Dios que mira más allá de la colina**

Deborah, la mujer gibosa de su maestro, tenía enrojecido el contorno de los ojos cuando le abrió la puerta.

—¡Qué rápido has venido, Jaím! ¿Cómo te has enterado?

—Ana me dio el recado.

—¡Ah, sí, claro, Ana...! Tendrás que esperar todavía un poco. Lo comprendes, ¿verdad?

—Naturalmente.

Aunque hubiera tenido que estar esperando el sabbat entero, Jaím lo habría aceptado sin ningún problema. Se sentó en una silla del pasillo y, de vez en cuando, oía unos terribles sollozos procedentes de los cuartos interiores. Se preguntó qué estaría pasando. Confiaba en que la tristeza no se debiera a su visita.

Transcurrieron algunas horas antes de que la esposa de Cordovero fuera a buscarle. Le llevó escaleras arriba hasta entrar en una sencilla alcoba donde el maestro parecía sumido en un profundo sueño. Dos velas proporcionaban la escasa iluminación del cuarto y, cuando Deborah salió, cerrando la puerta a sus espaldas, Cordovero se despertó.

Daba la impresión de que acabara de llegar de otra galaxia. Aturdido, se quedó mirando la habitación en derredor como si no supiera dónde estaba, pero al ver a

Jaím pareció despabilarse de golpe, empezaron a brillarle los ojos y canturreó una alegre cancioncilla.

—Acércate, querido amigo —dijo entonces, dando unos golpecitos sobre la cama—. Siéntate.

Era la primera vez que Cordovero le llamaba amigo. Jaím sintió una intensa felicidad y supo que hoy pasaría algo que transformaría su vida. ¿Le propondría convertirse en su asistente, a modo de preparación para ese lejano y glorioso día en que heredaría la cátedra y la reputación de su maestro? Con el corazón plagado de ilusiones palpitándole con fuerza, se sentó.

—Cuando apareciste detrás de ese árbol, me preguntaste cómo podías encontrar a Dios, la misma pregunta que Moisés le hizo al propio Dios cuando éste se dirigió a él desde la zarza ardiente. ¿Recuerdas lo que le respondió?

—Que ningún hombre podría llegar a verle nunca el rostro, sólo la espalda —contestó Jaím, orgulloso de conocer la respuesta cabalística.

—Exacto —sonrió Cordovero—, porque sólo podrás ver a Dios cuando ya haya pasado por tu lado. Dios viaja de incógnito. Hasta que no mires hacia atrás para ver lo que ha sucedido en tu vida, no verás la mano de Dios en ella. Entonces comprobarás la bendición que encierra la adversidad.

—Pues, a pesar de todo, me gustaría contemplar el rostro de Dios —replicó el muchacho firmemente decidido.

—Jaím —añadió Cordovero con gravedad—, respóndeme sinceramente: ¿has oído hablar alguna vez de rabí Isaac Luria?

Jaím palideció. «¡Ay, Dios —pensó—, mi maestro cree que le estoy siendo infiel!» Desde luego que había oído hablar de Isaac Luria. No había nadie en todo Safed que anduviera en lenguas tanto como él. ¿Habría llegado a oídos de Cordovero algún rumor infundado de que Jaím andaba en tratos con ese Isaac? Su llegada desde Egipto con la familia se había producido apenas tres meses atrás. Nada del otro mundo, bien es cierto, porque Safed era un punto de reunión de todos los judíos que se dedicaban a la cabala. Un continuo ir y venir de rabinos que estudiaban durante algún tiempo, y luego, con frecuencia, creaban ellos mismos a su vez otros grupos de estudio. La población estable de Safed miraba con algo de desprecio a estos peregrinos, pues casi siempre el conocimiento que tenían de la cábala era muy escaso y, justo cuando parecían comprender una chispa de la doctrina verdadera, creían haber recibido la sabiduría plena y regresaban a sus lugares de procedencia. El alumno más insignificante en Safed se convertiría tal vez en un héroe en su ciudad natal, pero los auténticos cabalistas se quedaban en Safed, ya que sabían que no existía ningún otro lugar en el mundo donde pudieran completar el constante proceso de evolución y mejora como aquí.

Al contrario que la mayoría de inmigrantes anónimos, rabí Isaac Luria se había convertido muy pronto en un hombre del que se hablaba mucho, y eso fue algo que provocó él mismo, ya que nada más llegar tuvo la arrogancia de dirigirse a Cordovero para solicitar que le diera clases. Naturalmente, había sido un disparate. A ningún principiante podía pasársele por las mientes hacerse discípulo del más grande. ¡Aunque hubiera asistido a una clase por pura chiripa, no se habría enterado de nada! Habría sido lo mismo que llegar a un curso avanzado de árabe. El nivel en que Cordovero impartía sus clases era el más elevado que podía una persona imaginarse y sólo asequible para un selecto grupo de estudiantes.

Jaím, por tanto, se quedó atónito al enterarse de que Cordovero había accedido a la solicitud. No entendía nada. El mismo había tenido que mostrarse de manera ostentosa para conquistar un lugar en su grupo y ahora, al cabo de un solo día, se permitía a un egipcio totalmente desconocido participar en las clases.

—¿Rabí Isaac Luria, decís? Sí, por supuesto que he oído hablar de él —respondió Jaím burlón. Se rió con ganas para dejarle bien claro al maestro cuál era su opinión sobre Luria—. ¿Quién no ha oído hablar de él? Todo Safed habla de él. Se dice incluso que os pidió que le dierais clases particulares.

—Es cierto —confirmó Cordovero—. ¿Y qué te parece?

—Me parece genial, maestro. ¡A mí me fastidian tanto como a vos todos esos inmigrantes que andan deambulando por Safed dándose ínfulas como si hubieran escrito ellos mismos el Zohar! Ridiculizando a Isaac, podréis dar ejemplo a todos esos seudocabalistas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Cordovero.

Estaba claro que su maestro quería ponerle a prueba. Ahora se trataba de encontrar la formulación adecuada, sopesando mucho las palabras. Meditabundo, se pasó una mano por los rizos.

—Es vanidad, maestro —comenzó a hablar—. Todos sabemos que el estudio de la cábala es un lento proceso en el que cada alumno puede recibir lo que se encuentra justo un peldaño por encima de él. Yo mismo llevo ya siete años sin ocuparme de otra cosa que no sea la iluminación de mi oscura alma mediante el Zohar. Tuve suerte, pues crecí en esta ciudad y de esa manera cada vez que cumplía un ciclo de mi estudio volvía a encontrar al maestro siguiente que me ayudaba a subir al peldaño superior. Así fue como por fin llegué a convertirme en vuestro discípulo. Toda la gente en Safed y en el mundo entero sabe que es imposible un nivel más elevado, de modo que resulta una locura que alguien que creció en el lejano Egipto, tan carente de todo el conocimiento y los profesores que tanto abundan en nuestra ciudad, haya subido la misma escalera. —Jaím estaba entregado en cuerpo y alma a su argumentación y declamaba sus palabras como si fueran versos de significado profundo—: La cábala es una experiencia, como la algarroba. Alguien puede

explicarte con todo lujo de detalles lo que es una algarroba, pero, si no la has probado, si no has experimentado su sabor, jamás podrás llegar a saber lo que es. Tal vez le haya invadido a Isaac alguna locura cegadora. Yo diría que debería empezar como todo el mundo, recibiendo clases de los alumnos de los alumnos de aquellos alumnos a quienes hayáis impartido clase, así llegará a incorporarse a un nivel que sea capaz de comprender.

Cordovero tosió. Tenía los pulmones delicados y todo el que le conocía estaba acostumbrado a su pesada respiración, los carraspeos y los resoplidos. Jaím aprovechó la tos, como si se tratara de un estímulo, y cargó un poco más las tintas para complacer a su maestro.

—Alguien que vive de veras según la cábala sabe que se trata al prójimo con el mismo amor y el mismo respeto con el que lo harías por el Creador. Un auténtico cabalista no practica el ombliguismo. Si realmente hubiera evolucionado tanto como para ser digno de vuestras enseñanzas, sabría entonces que no es el discípulo quien busca al maestro, sino el maestro quien busca al discípulo.

Cordovero enarcó una sola ceja, razón suficiente para que Jaím corrigiera el rumbo.

—Pero para ser sincero, maestro, no me preocupan lo más mínimo los cotilleos que circulan por ahí sobre él y sobre vos. Mi estudio es lo único para lo que vivo y requiere toda mi atención y energía. No tengo tiempo para ocuparme de todos esos extranjeros que vienen a nuestra ciudad, no digamos ya de todos esos chismes en los que tantos encuentran distracción.

Cordovero le echó una mirada paternal. Después de haber guardado silencio durante un rato, le preguntó:

—¿Y progresas mucho en tu estudio?

Jaím indagó en lo más hondo de su alma y decidió responder con franqueza a Cordovero.

—Me siento como una cebolla, maestro. Capa tras capa va desenmascarándose el egoísmo de mi ser. A veces parezco ciego ante los deseos egoístas que han ido creciendo con mi carácter. Como si acabara de darme cuenta ahora, al cabo de tantos años; siempre me pongo primero el zapato derecho y sólo después me calzo el izquierdo. Son costumbres inveteradas que ya pasan desapercibidas porque te parecen muy naturales, pero por fortuna el Zohar es una medicina eficaz, aunque amarga. Es un libro en el que cada una de sus páginas revela tu verdadera esencia como si fuera un espejo mágico. A veces quisiera romper ese espejo, pues odio tener que contemplar esa imagen reflejada de mí mismo tan grotesca, pero entonces soy consciente de que no es la imagen reflejada lo que odio, sino a mí mismo, mi alma imperfecta que se ve reflejada en su precariedad...

Cordovero asintió. Lo que acababa de describir era el vía crucis de todas las almas que echaban a andar por el camino de la cábala, un camino en el que caías y volvías a levantarte, un camino de euforia y desesperación.

Entonces hubo un largo silencio. En la alcoba pequeña y sin ventana, con la atmósfera muy cargada, sólo podía oírse la respiración estridente de Cordovero. Jaím se moría de curiosidad por saber cuál era la razón de que le hubieran hecho venir. Por honrado que se sintiera, al mismo tiempo era extraño estar sentado en la cama de su maestro como si estuviera visitando a un enfermo. Había una marcada palidez en su rostro, pero no parecía realmente enfermo.

—Me resulta difícil concentrarme, maestro, desde que me he enterado de la onerosa carga que recaerá sobre mis hombros —se atrevió a decir Jaím—. Desde luego, enseguida entendí que os referíais a mí cuando hablabais de vuestro sucesor. Es tentador, pero a veces dudo si estoy lo suficientemente preparado.

Miró el rostro plácido de su maestro, que parecía meditar con los ojos cerrados. De repente, los párpados se abrieron y dos bolas de carbón incandescente se clavaron en él con mirada abrasadora.

—Eres un necio, Jaím. Eres el necio más grande que conozco.

El muchacho se cayó de la cama por el susto. Miró a su maestro sin comprender nada de lo que estaba pasando. Se levantó del suelo y Cordovero le cogió la mano, para después tirar de él hasta tenerlo muy cerca de la cara.

—Quiero que te conviertas en discípulo de rabí Isaac Luria —le susurró.

Jaím le miró sorprendido durante algunos segundos y luego empezó a partirse de risa. Debía de ser una broma de su maestro. ¡El inevitable sucesor convirtiéndose en discípulo de un auténtico novato! Pero Cordovero continuó mirándole, inmóvil.

—¿Qué me estáis diciendo? ¿No lo diréis en serio? ¿Qué falta he cometido? ¿No puedo seguir siendo vuestro alumno?

—Quiero que hagas lo que te digo, Jaím.

—Pero, maestro, ¿soy tan estúpido entonces que debo volver a ponerme al nivel de un principiante? ¿Os parece que mis progresos han sido insuficientes? ¡Haría cualquier cosa por seguir siendo vuestro discípulo!

—Lo único que debes hacer es acatar mi orden.

El mundo de Jaím se desmoronaba, se arrodilló ante la cama e imploró:

—Pero si siempre os he sido fiel, en todo. Cuando nos mandabais estudiar el capítulo siguiente, yo ya tenía preparados tres más, os he dedicado toda mi vida. ¿Por qué me rechazáis? ¿Por qué queréis que me convierta en discípulo de un charlatán?

Cordovero se incorporó en la cama y habló con la mayor firmeza con que Jaím le había oído hablar nunca.

—No puedes ni imaginarte lo estrecho de miras que eres. Quiero que vayas de inmediato a casa de rabí Isaac. Deja todo lo que estés haciendo, olvídate del mundo y ve a buscarle. Esto no es una petición, Jaím, es una orden.

Cordovero volvió a arrellanarse en los almohadones para indicar que la conversación había terminado. En sus ojos cerrados, el muchacho vio que no tenía ningún sentido seguir prolongando la discusión.

Salió de la casa sin despedirse. Estaba perplejo. Esperaba recibir algún favor especial de su maestro y, en cambio, éste le había apartado de su lado. Las aletas de la nariz le temblaban por la incredulidad. El futuro brillante que se prometía acababa de venirse abajo. Cuántos cotilleos correrían ahora por la ciudad acerca de él.

—¿Te has enterado de lo de Jaím? Sí, el presumido que creía estar suficientemente preparado para convertirse en discípulo de Cordovero. ¡Le ha expulsado! ¡Cordovero le ha mandado con ese egipcio, Isaac Luria! ¿Se puede humillar más a alguien? Pobre Jaím...

Una bonita noche cargada de esperanzas se había convertido de repente en un infierno.

5. עלם *Ayin Lamed Mem: el Dios que disipa las nubes*

Jaím no participaba de la alegría con que toda la comunidad daba la bienvenida al sabbat. No habló con nadie durante la ceremonia en la sinagoga y sólo murmuraba un educado «*Sabbat Shalom*» al despedirse. Estuvo horas deambulando, como atontado. La expresión le había desaparecido del rostro y sus piernas habían adquirido vida propia, siguiendo una ruta en la que se desentendían del mundo que las rodeaba.

Sólo la escasa luz de la luna iluminaba el sendero de la apresurada figura abriéndose camino. Safed estaba situada en medio de una colina y en lo alto había campos repletos de flores, bosques de abundante vegetación y rocas inhóspitas que dificultaban la ascensión hasta la cumbre.

Era el inicio del verano y el calor iba dejando también su húmeda impronta en la noche. El canto de los grillos resultaba ensordecedor y los animales, temerosos, silbaban o bufaban para disuadir al enemigo. Aquí y allá podía oírse el estruendo de los arroyos que se abrían paso hacia el valle. Era una noche de verano cenagosa y los

insectos revoloteaban a su alrededor, ávidos de la carne fresca del succulento rostro masculino.

Pero Jaím no se fijaba en nada de esto. Volvió a recobrar la conciencia en lo alto de la colina, en cuclillas y con la espalda apoyada contra el tronco de un grueso pino. Dirigió la mirada a la elevada copa del árbol que se inclinaba grávida, preñada de miles de piñas maduras. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta aquí, pero la cautelosa ascensión del sol le indicó que se había pasado la noche caminando.

Llevaba desgarrado el cuello de la camisa y en algún lugar había perdido el sombrero. Tenía el cabello revuelto y la cara cubierta de lágrimas saladas, mezcladas con arena dura y polen amarillento. Él, que casi nunca salía de casa sin comprobar que su aspecto era impecable, estaba ahora allí con la mirada perdida, como un ermitaño asilvestrado.

«Si me tirara ahora desde lo alto de la colina —reflexionó con patética resignación—, ¿qué importaría? Se me ha escapado de entre las manos la razón de mi existencia.» Estaba enfadado con Cordovero. Furioso. El no se merecía esto. Se había desvivido por su maestro. ¿No se había encargado él de las tareas más humildes que hacían posibles las clases? Había acondicionado el aula con sus propias manos, había pintado las paredes, reforzado las mesas que cojeaban, había puesto dos cómodos brazos a la silla de Cordovero, antes de cada clase se presentaba allí con una hora de antelación para limpiarlo todo bien, como si fuera un templo. Hacía café y se ocupaba de que siempre hubiera repostería *kosher*. Durante las clases tomaba apuntes con la mayor precisión posible para que no se perdiera ninguna de las palabras que constituían la sabiduría de su maestro. Estos apuntes los elaboraba en casa y después los copiaba nueve veces con sus propias manos para sus compañeros. Nunca había querido presumir de todas estas tareas, lo hacía por amor a su maestro y a su Creador, porque sabía que todo acto altruista debía realizarse en el anonimato y con humildad.

Pero quizá tendría que haber llamado alguna vez la atención sobre todos sus méritos, ya que tal vez había pecado de humildad. Cordovero no tenía ni idea de la devoción que Jaím le profesaba. ¿Quizá fuera buena idea regresar ahora mismo y contárselo todo?

Enseguida se dio cuenta de que carecía de sentido. Nunca antes había oído hablar a Cordovero con tanta resolución como cuando dijo: «No es una petición, Jaím, es una orden».

Se miró los sucios surcos de las manos. El quiromante egipcio de su juventud le había dicho que era increíble la precisión con que Dios había grabado las líneas en cada mano humana.

—Tus manos muestran el esbozo de tu vida terrena relacionada con la evolución de tu plan vital superior —le había comunicado casi como una amenaza—. En las

manos puedes leer el sentido que tiene tu vida y ver que todo lo que te pasa es una experiencia llena de significado.

—No me lo creo —dijo, camuflando de manera insolente su incomodidad—. Me niego a creer que todo esté ya predeterminado. Yo soy quien decide sobre mi vida.

—Naturalmente —había admitido el quiromante—, serías estúpido si te lo creyeras ahora. Todavía eres un mocoso. Antes tendrás que sufrir la desesperación de los acontecimientos tempestuosos que te aguardan y sólo entonces apreciarás el mapa de tu mano, será cuando comprendas que existe un plan divino para ti que te obliga a tomar decisiones. La decisión depende de ti. El infierno o el paraíso.

La risa ronca le retumbaba en la memoria.

¿Era ésta la encrucijada con un sendero que llevaba al infierno y el otro que llevaba al paraíso? Cordovero nunca podría haber dicho en serio que se convirtiera en discípulo de un peregrino. Debía de ser su manera de decir: déjalo ya, no tiene ningún sentido, no vales para esto.

El mismo se había preguntado también alguna que otra vez si no estaba desperdiciando su juventud trabajando y estudiando sólo con personas mayores. ¿Por qué no se buscaba una buena mujer, como todo el mundo, y fundaba una familia? No en vano, Shimon Bar-Yojai ya había advertido que no se empezara con el estudio de la cábala hasta pasados los cuarenta. Un hombre debía dejar primero algo en este mundo inferior y sólo después dirigirse al superior. Cada ventaja que esperaba sacar ahora tal vez se convirtiera al final en una desventaja. Estaba renunciando a la vida y se estaba perdiendo las enseñanzas que escondía el duro trabajo cotidiano.

¿El camino hacia el paraíso era llevar una vida normal? ¿O no había lugar a la ambigüedad en lo que decía Cordovero? Dejar todo atrás e ir al encuentro de Isaac Luria.

Bueno, si era una orden, la obedecería. Demostraría que estaba dispuesto a humillarse hasta el límite para manifestar su devoción por Cordovero. Quizá quisiera su maestro forzar una ruptura en su GEERT KIMPEN alma egoísta y, después de visitar a Isaac, respiraría aliviado una vez pasada ya la pesadilla. Y tal vez le elogiara en presencia de sus compañeros por esa fidelidad incondicional...

6. יוד Zayin Lamed: el Dios del Jardín del Edén

«Isaac Luria: comerciante en especias», leyó Jaím en el letrero de cobre que colgaba sobre la puerta de un blanco ebúrneo. Era una finca monumental en los alrededores del barrio judío. La mayoría de los peregrinos se alojaban en habitaciones sencillas que alquilaban en las innumerables casas de huéspedes del barrio árabe, pero Isaac no parecía considerar temporal su estancia en Safed.

Era todavía temprano, en la madrugada, y por la calle flotaba una ominosa neblina que se veía perforada aquí y allá por algún rayo de sol dorado. En su fuero interno, Jaím se resistía a llamar a esa puerta. ¿Cómo podía superar la humillación de pedir a uno de los hombres que más despreciaba que le permitiera convertirse en discípulo suyo? Le parecía una pesadilla de la que no terminaba de despertar.

Entrevió la luz de las velas encendidas a través de las vidrieras, así que al menos Isaac ya debería estar despierto, como era de rigor, pues un cabalista dedicaba las horas de la madrugada al estudio y la oración. En los albores de un nuevo día, era cuando la naturaleza humana se tornaba más receptiva para las leyes del universo. Sea como fuere, esto constituía un pequeño tanto a favor de Isaac, aunque ello tampoco implicara que fuera un gran especialista de la cábala, pues cualquier novato lo sabía.

Por fin, Jaím hizo acopio de todo su valor y tiró de la cuerda blanca, lo que provocó que el sonido claro de una campanilla rompiera el sagrado silencio del amanecer. A continuación, dudó por un instante si no sería mejor salir pitando, pero se sobrepuso y decidió someterse al proceso.

Tras escuchar el ruido sordo de una puerta que se abría en el interior y el sonido de unos pasos que subían una escalera, el portón se abrió. Ante él apareció una pequeña mujer egipcia que llevaba un resplandeciente vestido blanco. Tenía el pelo negro y largo y su rostro era tan amable y alegre que Jaím se ruborizó.

—*Sabbat Shalom*. Sé bienvenido, Jaím —le saludó—. Mi esposo te espera. Yo soy Sara.

Le precedió descendiendo la escalera que llevaba a un patio en el que, a modo de oasis, infinidad de néveas flores se sacudían el incipiente rocío matutino y abrían sus cálices anhelantes de sol. La siguió hasta el interior de la casa por la puerta abierta y se vio iluminado por una profusión de luz fabulosa que, proveniente de las velas del vestíbulo ricamente decorado, incidía sobre él. La sorpresa le dejó con la boca abierta. Las lucernas, los candelabros de la pared, la resplandeciente alfombra blanca. La antesala del cielo no habría podido ser más hermosa.

Continuaron hacia un cuarto donde se percibía un olor paradisíaco de perfumes exóticos. El clavo, la pimienta, la albahaca, el romero, el laurel y muchos otros aromas aparecían expuestos en sacos de arpillera. El centro de la sala lo dominaba una gran mesa de escritorio negra.

—Aquí es donde recibimos a los clientes —le explicó Sara, llevándole a continuación por un gran almacén donde había aún más sacos rebosantes de especias, muy bien ordenados sobre grandes anaqueles de madera. Al fondo de este almacén se veía una puerta que comunicaba con las dependencias privadas.

Jaím no había visto en todos los días de su vida un comedor tan grande. De la pared colgaba un espléndido cuadro que representaba el árbol de la vida.

Sólo entonces se percató de que, sentada a la mesa de madera de ciprés, se encontraba una joven muchacha sumida en la lectura de la Torá. El pelo largo le cubría el rostro, pero al entrar Jaím, se echó hacia atrás los rizos negros como el azabache, movida por la curiosidad. Pareció como si el tiempo se detuviera mientras el cabello, con un movimiento lento, tardaba una eternidad en desvelar por fin el rostro. El alma de Jaím fue alcanzada de pleno por la mirada asombrada de dos ojos de gacela que le sonreían.

—Esta es Francesca —dijo Sara—, mi hija de quince años.

—Debéis de ser Jaím entonces —reaccionó la muchacha divertida—. Ayer os mencioné en una carta. No escribí nada bueno, ya que sois la razón de que tuviera que despedirme de mis amigas en El Cairo. Si yo fuera vos, no me dejaría ver nunca por allí, pues os despellejarían vivo.

El sólo acertó a sonreír estúpidamente, no tenía la menor idea de lo que le estaba hablando y sintió muchísima vergüenza por su ropa desgarrada. La inocencia juvenil de la muchacha, mezclada con una refinada feminidad, era tan abrumadora que parecía como si le hubiera absorbido los ojos y no pudiera apartar la mirada de ella.

Sara señaló una escalera en el comedor que descendía hasta llegar a una puerta.

—Isaac está en su estudio —le informó—. Puedes pasar.

Jaím descendió la escalera y abrió la puerta. Entró en una pequeña estancia por cuya ventana se veía el patio interior. Tras una mesa pálida como la cera, encontró sentado a un hombre de cabello rubio rizado que se levantó y se volvió hacia Jaím. Tendría tal vez unos treinta y cinco años y, alrededor de los ojos de color azul claro, se le distinguían unas patas de gallo.

—*Sabbat Shalom*, Jaím. Me alegro tanto de poder llegar a conocerte al fin. Ven, no te quedes ahí de pie, coge una silla.

El joven se sentó junto a la mesa. No comprendía nada en absoluto. ¿Así que éste era el Isaac del que se cotilleaba tanto? Nadie había comentado nunca nada acerca de su riqueza. Nadie había hablado jamás de su amabilidad.

«Estate alerta, Jaím —se refrenó—. No te dejes embaucar por las falsas apariencias. Este hombre debe de estar tramando algo, no puede ser de otra forma.»—Me he dedicado al estudio de la cábala desde joven —inició la conversación Jaím—. He sido

discípulo de los rabinos más ilustres de esta ciudad. Desde hace algunos años perfecciono esos estudios con rabí Cordovero. Me he enterado de que le habéis pedido que fuera vuestro maestro, ¿no es cierto?

—Rabí Cordovero era un hombre sabio.

—¿Era? Todavía sigue vivo —le interrumpió el muchacho. Isaac se quedó mirándole, quiso decir algo, pero entonces sonrió. Después de haber llenado un vaso con agua, continuó su relato.

—He leído todos sus escritos y deseaba conocerle. Su obra es de incalculable valor, consiguió reunificar de nuevo las diferentes corrientes e interpretaciones de la cábala que surgieron en el curso de los siglos, separó de manera inefable el grano de la paja. Era un cabalista excepcionalmente bien dotado, el más grande que ha dado esta ciudad. ¡Con la excepción de Shimon Bar-Yojai, naturalmente!

A Jaím le irritaba que Isaac siguiera hablando de Cordovero en pasado, pero lo hacía con una franqueza natural que en sí misma no hacía sospechar nada malo.

—¡Qué bien que, siendo extranjero, podáis incorporaros así, sin más, al elevadísimo nivel de las clases de Cordovero! Es algo muy excepcional, tal vez podáis ayudarme con un problema que no logro resolver por mí mismo.

Estaba firmemente decidido a poner a prueba a Isaac. Ya se encargaría él de desenmascarar a este estudiante ricachón. Se estaba relamiendo de antemano sólo de pensar en la torpe respuesta que le daría.

—¿Te refieres a la razón por la que Dios no dijo que vio que la Creación del hombre era buena? Por supuesto que me gustaría explicártelo.

Jaím volvía a quedarse desconcertado. ¿Cómo era capaz de averiguar lo que le rondaba por la cabeza? Sólo podía haber una explicación: Cordovero y él estaban compinchados y aquél se lo habría contado, pero ¿por qué? ¿Cuál era el propósito de esta evidente confabulación?

—Presta atención —dijo Isaac—. Antes de la Creación, Dios era incognoscible, sin límites, imposible de definir, sin fin. Todo lo que había era Dios. Para conocerse a sí mismo debía apartarse un poco de sí. Imagínatelo como si se tratara de hacer un pequeño agujero negro en un interminable mar de luz, o como cuando un profesor debe apartarse para dejar que su alumno comprenda por sí mismo. Dios hizo al hombre incompleto, pues le creó con un libre albedrío.

El hombre debe aprender a tomar las decisiones correctas en su corazón para llegar a alcanzar las metas que se propone en la vida. Debe perfeccionar su propia Creación para poder ser él mismo quien diga: «Y vi que era bueno».

Jaím se quedó atónito al escuchar esta sencilla respuesta, pero disimuló su admiración con una pregunta rápida:

—¿Y cómo os imagináis entonces a «Dios»?

—Si vamos a hablar de unas cosas tan bellas, tuteémonos, por favor. En cualquier caso, Dios no tiene una barba rubia como yo —rió Isaac—, por eso prefiero hablar de la Fuerza Creadora. De lo que se trata es de descubrirnos de nuevo a nosotros mismos en millones de formas, cada segundo que pase, en todo lo que nos rodea. Fíjate en la riqueza de la Creación. La naturaleza entera está conformada según el deseo de la Fuerza Creadora para recrearse a sí misma cada vez con mayor belleza y variedad. Desde la mosca más diminuta hasta la totalidad de estrellas y planetas. El deseo de todo ser vivo es evolucionar hasta convertirse en la mejor forma imaginable de sí mismo.

Los ojos de Isaac resplandecían y enfatizaba el relato con sus grandes manos rollizas.

—Entonces, toda la Creación es imperfecta; todo se halla en constante evolución.

—No, hay una gran diferencia entre el hombre y el resto de la Creación. Naturalmente, también conservamos nuestros deseos primarios: queremos comer, beber, dormir y reproducirnos. Pero nuestros deseos más elevados están orientados al desarrollo espiritual. Cuanto mayores sean los deseos de un hombre, tanto más vivirá conforme a las leyes del universo. Nosotros, los hombres, somos los Creadores de nuestra propia realidad. Todo lo que nos rodea es la realidad que deseamos hecha materia. Así pues, imagínate...

—Que deseamos enormemente mejorar el mundo... —completó Jaím.

—¡Exacto! ¡Piensa en todo lo que seríamos capaces de hacer! Pero mientras nos portemos de forma detestable y egoísta, nos encontraremos con un mundo cruel y egoísta. No es ingenuo querer mejorar el mundo, lo que sí es ingenuo es no ver la relación entre el estado de nuestro mundo y nuestro propio estado de ánimo. Cuando aprendamos a desear por encima de nuestros intereses personales, nos ajustaremos a la fuerza básica del universo: ¡la Fuerza Creadora Eterna!

—¿Y nos convertiremos en Dios? —preguntó Jaím sorprendido.

—Ya somos dioses, sólo tenemos que recordárnoslo. Nuestros ladrillos son exactamente los mismos ladrillos con los que está creado todo el universo. Si podemos familiarizarnos con las leyes de esos ladrillos, ya no existirá ninguna limitación. Por ningún concepto. Ni tiempo, ni espacio, ni materia. Sólo la intención, que crea y sigue descubriéndose eternamente a sí misma.

Jaím sintió frío y calor al mismo tiempo. Esta explicación era brillante en toda su sencillez, era tan simple que le dieron ganas de golpearse la cabeza contra la pared por no haberla pensado antes. ¿Cómo era posible que un hombre de Egipto pudiera explicar de forma tan clara lo que ni siquiera el rabino más grande de Safed había

logrado explicar? No podía ser cierto. Se sintió ridículo. Era absurdo que un peregrino jactancioso se convirtiera en su superior, ¿no?

—Ya estamos viviendo en el Jardín del Edén, Jaím. Creemos que nos han expulsado porque nuestra alma mantiene los ojos cerrados. La verdad es que el mundo que nos encontramos a nuestro alrededor sólo es una imagen reflejada de nuestro propio interior. Transformándonos a nosotros mismos, transformamos el mundo. Llevamos en el bolsillo la llave del paraíso terrenal, ya vivimos en un mundo de unidad, pero nos aferramos a un pensamiento de segregación. Este sería el Paraíso Terrenal sólo con que nos abriéramos para disfrutarlo. Todo lo que hay en esta Creación es una obra maestra y refleja la grandeza del propio maestro.

El muchacho miró enojado al hombre que le observaba con ojos despiertos desde debajo de sus pobladas cejas. Se levantó, tiró la silla al suelo y salió del cuarto para volver a subir por la escalera hasta el comedor.

Francesca, extrañada, se levantó.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Hubiera querido arrodillarse ante ella y posar la cabeza en su regazo, hubiera querido prorrumpir en llanto: «¿Qué me ocurre? ¿Qué sucede?» Pero en lugar de eso, sólo se quedó mirándola durante un único y desvalido segundo y salió huyendo enfilando de nuevo hacia el jardín, atravesó el almacén pasando por delante de la mesa y cruzó el recibidor. Sara, con algunas flores blanquísimas recién cortadas en la mano, le preguntó si quería acompañarlos a desayunar, pero Jaím saltó corriendo a la calle, acelerando sobre los resbaladizos adoquines como si le persiguiera el diablo.

7. He Qof Mem: el Dios que crea la luz oscura

Como era sabbat, Jaím no tenía que ir a trabajar. Tras la larga celebración en la sinagoga, se encerró todo el día con las voces de Cordovero e Isaac resonándole en la cabeza.

«Eres un necio, Jaím. Eres el mayor necio que conozco.» «Rabí Cordovero era un hombre sabio, Jaím.» «Ya somos dioses, Jaím, sólo tenemos que recordárnoslo.» Veía el rostro pálido de Cordovero, las pobladas cejas rubias de Isaac, el negro cabello de Francesca agitándose, y se golpeó la cabeza contra la desconchada pared para ahuyentar las imágenes.

Isaac le había recibido con tanto candor... Si podía leer los pensamientos de la gente, entonces también debería estar al tanto de las malas intenciones de Jaím, quien

no había acatado las órdenes que le dio Cordovero de presentarse como estudiante. La única razón de su visita había sido demostrar que Isaac no tenía ni idea de la cábala y que había pecado de arrogancia al visitar a su maestro.

Quería ver llorar a Isaac, implorando perdón, para después poder acariciarle la cabeza con benevolencia y decirle: «Esta es la trampa de la excesiva autoestima en la que todos alguna vez caemos. Conozco a una persona a la que podrás presentarte como alumno con mis recomendaciones. Allí podrás empezar a aprender los rudimentos de la cábala de la única manera adecuada».

Jaím se pinchó los dedos con la pluma de ganso para que su sangre se mezclara con la tinta. ¡Cuán diferente había sido el desenlace! Fue el propio Jaím quien había quedado en ridículo. El asunto más complicado para él, Isaac lo consideraba un juego de niños, lo había explicado con tanta sencillez que dejó muy claro que no sólo lo comprendía, sino que también había reflexionado sobre la cuestión. Era evidente que Isaac había satisfecho todos sus deseos terrenales. Un hombre que ya no desea más para sí, puede dedicarse por completo a los anhelos del mundo que le rodea. Y lo había explicado de un modo que revelaba conmiseración. Ni un ápice de arrogancia, ni burla, ni presumida pedantería, atributos que Jaím reconocía como los demonios propios a los que debía vencer.

Se le habían quitado las ganas de comer y beber. Se lamentaba sin cesar. Al único a quien podía dirigir sus lamentaciones era al Creador. Dirigía toda su pena y desesperación al universo, imploraba perdón, bramaba pidiendo la liberación de este infierno, se flagelaba con la correa de cuero del pantalón y ni siquiera oyó a su casera, preocupada, aporreando la puerta.

No se atrevió a salir de casa en todo el día. Tiró al suelo el espejo, en el que tan a menudo se había admirado, y lo rompió. Estaba convencido de que se había convertido en el hazmerreír de Safed. ¡Con qué rapidez se transmitirían los chismes! Todo el mundo estaba ávido de historias de fracaso y ruina. No había un tema de conversación más agradecido que la miseria de los hombres que un día gozaron de prestigio. Su vanidad había sido castigada. De modo inmisericorde. A partir de ahora, todos le considerarían «el rabino caído». Una vejiga de cerdo estallada. Se acurrucó bajo las sábanas para ocultarse también a los ojos del Creador.

¿Cómo había podido llegar a pensar alguna vez que entendía algo de la cábala? No tenía ni idea. Todos esos años dedicados al estudio habían sido semillas esparcidas por un suelo rocoso. Ninguna había producido fruto. Cada arreglo del alma que se había atribuido había sido una invención, se había convertido en el cabalista que tanto odiaba en otros, un hombre de muchas palabras pero sin fe.

No sabía qué hacer a partir de ahora. Por muy sabio que pareciera Isaac, era imposible aceptarle como profesor. Había trabajado y estudiado durante muchos años para ser aceptado en el exclusivo círculo de Cordovero. Todas las señales

parecían propicias para llegar a convertirse incluso en el sustituto de su maestro. Nunca le había pedido cuentas al Creador por todas esas bendiciones. En aquellas ocasiones nunca le había gritado: «¿Por qué a mí?». Pero ahora se lamentaba como un niño que acude llorando a su padre porque le han quitado la peonza.

—¿Por qué, maestro? ¿Por qué? —estuvo lloriqueando durante horas hasta caer agotado en un profundo sueño.

Su cabeza yacía inmóvil sobre la mesa. El cuerpo era sólo un corazón dormido y palpitante mientras el alma intentaba abrirse paso hacia las más elevadas esferas de la comprensión, pero también en sueños se veía extraviado en el laberinto del egoísmo. Los guías risueños resultaron ser demonios disfrazados que le enviaban por el camino equivocado para fastidiarle. Un alma a la que no le mueve un deseo altruista anda tan perdida por el cielo como su imagen humana en la Tierra. Así se desplazan a trompicones por la eternidad alma y cuerpo, como un ciego y un sordo, y sólo pueden encontrar las puertas del reino aunando sus fuerzas.

Cuando se despertó, mucho más tarde, sólo vio el espejo roto y los innumerables apuntes que había sacado del arcón para tirarlos esparcidos por el suelo de madera desgastado como testigos silenciosos de su desesperación.

Era domingo por la mañana. Tenía el alma algo más desahogada. Se puso la ropa de trabajo y decidió afrontar la burla de sus conciudadanos. Debía seguir adelante, aunque no supiera cómo.

8. יהוה *Jet Bet Vav: el Dios de la vida eterna*

Jaím salió de su habitación para ir a trabajar, pero en la escalera le abordó de inmediato su casera, que había estado esperándole como una rapaz a su presa.

—¡Alabado seas, Dios eterno, rey del tiempo y del espacio, juez ecuánime!

La voz de Ana era alegre, incluso cuando pronunciaba fórmulas ceremoniosas. Tenía de continuo lucecitas jocosas en los ojos de color verde claro y la jovialidad disimulaba el desaliño de su persona. Desatendía con alegría los consejos sobre temas de belleza que le ofrecían sus amigas y confiaba en que algún día llegara un hombre que se enamorara de ella por quien era y no por cómo se maquillaba. La ruinoso casa, de la que había alquilado una habitación a Jaím, era una herencia de su padre, que había muerto joven. Ana era una mujer con mucha presencia y carácter, y tal vez ésa fuera la principal razón por la que con treinta y cinco años seguía soltera.

—¿Qué estás diciendo, Ana? —preguntó irritado, pues no estaba para tonterías. Si se te ocurría prestarle un poco de atención, ya no había quien te librara de ella.

—Sabía que le querías mucho, pero que te fueras a abandonar así... No has salido de tu cuarto en todo el día y toda la noche, berreando y rezando sin cesar, dos amigas mías se han llevado un susto de muerte. Acababa de contarles que tenía un inquilino muy tranquilo, un escritor. Bueno, me dijeron, querrás decir un bebé chillón.

No le sorprendió en absoluto que Ana ya estuviera al tanto de su caída, y tampoco es que le doliera, pues ya se había preparado para verse confrontado repetidas veces contra este fracaso durante las semanas venideras. Ya no volverían a considerarle en Safed el orgulloso niño prodigio de la cábala, sino un pájaro al que el sol había quemado las alas y tenía que aprender de nuevo a volar.

—¡Pero date prisa, porque el cortejo fúnebre ya ha pasado por delante de casa! ¡Nunca había visto yo a tanta gente junta!

—¿El cortejo fúnebre? ¿Quién se ha muerto?

—Pobre Jaím, estás totalmente confundido. Ha muerto tu maestro, el gran rabí Cordovero. Está muerto y bien muerto. Le entierran ahora.

Jaím se desplomó. ¿Cordovero? ¿Muerto? ¡No podía ser cierto! Se puso a gritar como un antílope desgarrado por un león, se le contrajo el estómago y los jugos gástricos le salieron por la boca abierta. Ana le sujetó con todas las fuerzas de su endeble cuerpo, porque de lo contrario la desmadejada humanidad del muchacho habría caído rodando por las escaleras.

—¡Jaím! ¡Pobre muchacho!

Le limpió la boca con el delantal y le acarició la mejilla como haría una madre con su hijo.

—¡Quédate aquí sentado un momento! ¡Iré por un vaso de agua!

Naturalmente, Cordovero había anunciado su muerte, pero parecía un dato abstracto, algo de un futuro lejano. Jaím le consideraba el ser máspreciado, el hombre que alguna vez hubiera querido ser, su héroe, su ejemplo, era el maestro por quien había suspirado la vida entera. Ahora que se había derrumbado el faro al que se dirigía en tiempo de tormenta, ¿no le quedaba otra salida que estamparse contra los acantilados? Se había quedado huérfano, ya no había nadie más en el mundo que pudiera mostrarle el camino hacia el Creador.

Jaím intentó sobreponerse. No estaba bien regodearse en la propia pena. Hasta que el finado hubiera recibido sepultura, sólo había que implorar por la salvación de su alma, pues él era quien necesitaba apoyo para realizar el gran viaje, y no sus parientes. Bajó corriendo por la escalera para alcanzar el cortejo fúnebre y se llevó por delante a Ana, que justo en ese instante regresaba con un vaso de agua. La mujer

le maldijo breve pero vigorosamente, se sacudió el polvo de la falda y se puso a correr tras él a toda velocidad. No quería perderse un entierro ni por todo el oro del mundo.

No fue difícil llegar hasta el cortejo. Parecía como si todo Safed se hubiera lanzado a la calle para acompañar a Cordovero a su lugar de descanso. Las estrechas callejuelas estaban a reventar. A Jaím ni se le pasó por la imaginación la idea de intentar colocarse en la cabecera de la comitiva, se quedó al final junto aquellos que apenas le habían conocido en persona, pero que consideraban un deber manifestarse como una comunidad de sólidos vínculos por la pérdida de ese gran hombre. Un pueblo unido que compartiría la tristeza de la familia, a la que apoyaría a partir de ahora.

El cuerpo envuelto en sábanas de Cordovero lo llevaban sus hijos, seguidos por Deborah, su mujer, que, vencida por la pena, parecía un árbol viejo y nudoso apuntalado por las vecinas. Tras ellas venían numerosos personajes destacados de la ciudad, tales como el anciano juez Caro, los amigos más cercanos de Cordovero y los nueve discípulos. El último, ése era el lugar exacto que le correspondía ahora a Jaím.

El cortejo fúnebre se detuvo a la salida de la ciudad. Nada más traspasar la puerta de piedra había un edículo donde se pronunciaban los panegíricos sobre los difuntos, pero como el lugar era demasiado pequeño para esta multitud, se decidió hacerlo fuera. El cuerpo de Cordovero yacía sobre una roca plana.

El primer discurso lo pronunció el juez Caro. Resultaba evidente que no sólo era un hombre respetado por doquier debido a sus ochenta años de edad, pues la manera en que había escrito y aplicado la ley judía difundió su fama mucho más allá de los límites de Safed.

Al anciano juez le ayudó Yehuda, su hijo de dieciséis años, a subir una pequeña colina para que la multitud pudiera verle y oírle lo mejor posible. Todos contuvieron la respiración.

— A veces entra alguien en tu vida y, nada más verle, sabes que la cambiará. Aún recuerdo como si fuera hoy el día en que Cordovero, que acababa de cumplir dieciocho años, llamó a mi puerta. Tenía una pregunta urgente sobre la ley judía y me la expuso. Esa pregunta no era nada especial, pero el entusiasmo con que buscaba la respuesta avivó mi propia pasión. Se convirtió en mi discípulo. Sólo durante dos años. Y después siguió su propio camino. Las respuestas que no encontraba en la Torá, pudo hallarlas por fin en la cábala. El era un hombre de la verdad y no se contentaba con vagas respuestas. Todo hombre, en un momento determinado de su vida, se plantea las grandes cuestiones vitales: quién soy, por qué soy, cuál es el sentido de esta vida y qué ocurrirá cuando esta vida termine. A esta última pregunta, mi joven amigo ha encontrado demasiado pronto su respuesta definitiva. Cordovero, compañero, eras tan perseverante como el Arca en que ocultamos y protegemos la

Torá. Safed sin ti es como una sinagoga sin Arca. Te echaré de menos, Dios santo, sólo el Creador sabe cuánto te echaré de menos.

Entonces guardó silencio y se quedó mirando largo rato el poderoso e inerte cuerpo que yacía a sus pies. Sólo quien conociera realmente bien a Caro sería capaz de ver que sus ancianos ojos estaban destrozados. Con voz vacilante, entonó una canción interrumpida por la reciente viuda, que prorrumpió en un alarido de dolor desgarrador.

Pasó mucho tiempo antes de que un segundo orador se atreviera a seguir los pasos de Caro.

De repente, Jaím vio una nube gris flotando justo sobre la roca donde yacía el cuerpo de Cordovero. Se le paró el corazón. Recordó la predicción de su maestro, que aseguraba que su sucesor se manifestaría en una nube. Parecía ser el único que se había percatado de la existencia de la nube. ¿Se habría referido Cordovero entonces a él? ¿O eran imaginaciones suyas? Se obligó a bajar de nuevo la vista y centró su atención en la cadena de panegíricos que iban siendo pronunciados.

9. ל"י *Yod Yod Lamed: el Dios de la entrega*

Jaím vio desfilar a todos los hombres que alguna vez habían sido importantes en su vida. Todos los cabalistas de la ciudad ponían de manifiesto la importancia de este gran espíritu cuyo conocimiento y fe habían superado la dimensión humana. Las palabras de Caro habían borrado cualquier tipo de mutua rivalidad que pudiera haber existido. Era un continuo trasiego de personas que, cada una a su estilo, expresaban lo que había significado para ellos Cordovero.

Jaím fue incapaz de sumarse a los oradores. La cadena de palabras plañidas pasaba deslizándose por delante de él sin afectarle. Toda su atención se centraba en la nube.

Sólo Zimra, que con tanta vehemencia se había vuelto en contra de Cordovero cuando aceptó a Jaím como discípulo, aprovechó la oportunidad para presentar en el epicedio, de manera diplomática, su candidatura como sucesor.

—Sólo un hombre realmente grandioso podrá llenar el vacío que él ha dejado.

Justo cuando los hijos querían levantar de nuevo las andas de su padre, apareció un último orador. Ascendió a la colina. Iluminado por la resplandeciente luz del sol, surgió un hombre de buena planta con el cabello rubio ondulante y vestido con una deslumbrante túnica blanca. Entre la multitud se alzó un murmullo de sorpresa. Era

Isaac Luria, el peregrino que había armado tanto revuelo al pretender convertirse en discípulo de Cordovero. Se produjo un silencio tenso. ¿Qué podría añadir este extranjero a todos los elogios que ya se habían expresado? ¿No era del todo inadecuado considerarse a sí mismo lo suficientemente importante como para tomar la palabra durante las exequias de este grande entre los grandes?

—Rabí Cordovero nos dejó el viernes por la tarde a los cuarenta y ocho años de edad —habló Isaac con temperada voz.

Jaím sintió una sacudida recorriéndole todo el cuerpo cuando de repente se dio cuenta de que su visita a Cordovero se había producido el viernes por la noche. Recordó a su esposa llorando, la larga espera de horas en el pasillo mientras oía los intensos sollozos y el profundo sueño antinatural de su maestro cuando entró en el dormitorio. ¡Pero si había estado hablando con él! ¿No le había llamado necio y le había ordenado después que fuera a casa de Isaac? ¿Cómo era posible, si en ese mismo instante ya debía de estar muerto?

—Cordovero se había liberado de todo egoísmo humano. No había nadie más humilde que él en la vida. ¿Por qué tenía entonces que morir? ¿Por qué debemos despedirnos de un hombre que se había liberado de los pecados terrenales?

Yehoshua dio con el codo a Zimra y siseó:

—¿Quién se habrá creído que es? ¿El Mesías?

—La única explicación que nos permite aceptar la injusticia de su muerte es que murió por el pecado original de la primera humanidad, por Adán. El rabí ya había cumplido con su misión en la Tierra. El hombre es un alma vestida por un cuerpo. Cordovero se ha quitado la ropa, pero su alma desnuda continúa su viaje infinito. Puede que sus escritos pierdan lustre, pero su vida seguirá siendo siempre para nosotros una fuente de inspiración. El nos mostró el mundo de la desesperación. Ahora ha llegado la hora de un hombre que revelará el mundo de la armonía.

En las filas del final, la gente empezaba a murmurar entre sí que este profeta rubio haría mejor cerrando el pico de inmediato, porque de lo contrario con mucho gusto le echarían una manita para cerrárselo.

Isaac inclinó la cabeza hacia los hijos en señal de que ya había concluido. El silencio era tal que incluso podía haberse llegado a oír la caída de la hoja de un árbol. Una cosa era segura: tras el entierro, habría más de un intercambio de palabras al respecto.

La larga comitiva se puso en movimiento de nuevo y descendió hacia el cementerio por el rocoso sendero de la montaña. Era un paseo dificultoso bajo el cálido sol del verano. El viejo Caro iba delante arrastrando los pies pasito a pasito y, por respeto, la comitiva se adaptaba a su ritmo. Por el valle se oía el suave murmullo de salmos recitados al unísono por miles de personas en duelo. Tardaron una hora en

llegar a la roca donde los enterradores ya habían cavado un hoyo en el duro suelo. Se le había buscado un sitio a la sombra, en medio de las tumbas de los más insignes rabinos, rodeado de robustos árboles, pero Isaac volvió a causar revuelo.

—¡Deteneos! —gritó—. ¡Este no es el lugar donde se le debe enterrar!

Muchos tuvieron que contener ahora las ganas de imponer silencio a Isaac, pero nadie abrió la boca por respeto a la gran pena de la familia.

—¿Es que no hay nadie que vea lo que yo veo? —preguntó Isaac. Como respuesta sólo obtuvo miradas de enfado y desconfianza. El silencio hostil fue interrumpido por Jaím.

—Yo también he visto algo.

—Cuéntalo entonces, Jaím —le interpeló Isaac—. Cuenta lo que has visto.

—Durante el panegírico de Caro vi una nube gris que apareció en lo alto, encima de Cordovero —masculló Jaím.

Esto ya era el colmo, sobre todo para los alumnos del maestro. Conmocionados por su súbita muerte, ninguno de ellos se había detenido a pensar ni por un momento en la predicción, pero ahora se les había despertado de repente la ambición, después del aturdimiento producido por el luctuoso suceso. Sospecharon que Jaím intentaba acaparar el liderazgo y no podían permitir que se saliera con la suya, pero antes de que tuvieran ocasión de reaccionar, Isaac gritó:

—¡Fijaos! ¿Veis esa nube gris que pende justo encima del cuerpo de Cordovero? Esa nube es un homenaje del Creador que sólo le es concedido a una o dos personas cada generación. Es una señal que confirma la grandeza del rabino.

Todo el mundo miró hacia arriba y vio con absoluta incredulidad que, en efecto, una nube gris pendía justo encima de las andas.

—Esta nube lleva siguiendo el cuerpo del maestro desde la ciudad. No le ha abandonado ni un momento —sentenció Isaac con solemnidad.

El silencio asombrado se transformó en una discusión ensordecedora en la que se expresaron numerosos reproches e insultos hacia Isaac y Jaím. Faltó poco para que los apedrearán con adoquines que algunos exaltados ya levantaban, amenazadores, sobre sus cabezas. Hasta que Caro alzó sus viejos brazos temblorosos. Poco a poco fue calmándose el griterío y todos aguardaron a escuchar lo que tenía que decir.

—Es incuestionable que hay una nube suspendida sobre el cuerpo de Cordovero —recapituló los hechos—. La nube sigue flotando y me parece que lo más juicioso será seguirla —continuó decidido. Nadie se atrevió a discutir las palabras de Caro. Los hijos se pusieron las andas sobre los hombros y la comitiva volvió a ponerse en marcha a regañadientes, con todos los ojos dirigidos a la nube.

Un cuarto de hora después, la nube gris se detuvo. Por un instante pareció como si brillara un borde dorado en sus contornos.

—Este es el lugar donde quiere ser enterrado Cordovero —dijo Isaac.

Todo el mundo miró a Caro, que había visto también el resplandor, y asintió en señal de adhesión a lo que había dicho Isaac.

Los enterradores se pusieron manos a la obra y cavaron un hoyo. Las andas se encontraban sobre una roca desde donde se gozaba de una fabulosa vista del monte Merón, donde estaba enterrado Shimon Bar-Yojai. En esta roca estarían unidos para la eternidad los dos gigantes de la cábala, sólo separados por un valle de tiempo y espacio.

Pero antes de ser depositado en esta última morada, los planes para estipular la sucesión de Cordovero empezaron a revolotear en muchas cabezas. Jaím no podía birlarles el lugar que les correspondía a ellos, no digamos ya ese raro extranjero. La lucha por la sucesión había estallado de la manera más discreta.

El propio Jaím sólo sintió una suerte de tranquilidad por los extraños acontecimientos que se habían sucedido los últimos días. De alguna manera todo había tenido un sentido y un significado. Aún no podía comprender lo que esto implicaría para su futuro, pero por primera vez tenía el absoluto convencimiento de que su vida estaba siendo dirigida, de que todo lo que le pasaba, incluso la desgracia más profunda, era necesario.

Mucho después de que hubieran tapado la tumba con la última piedra, seguía sentado con la espalda apoyada contra un árbol cerca de la última morada de su maestro.

SEGUNDA PARTE

Safed, 1570. Verano, siete días después (año 5330 del calendario judío)

10. מלה Mem Lamed He: el Dios que difunde la luz

Tras haber guardado siete días de luto por Cordovero, Jaím se despertó la mañana octava a las dos de la madrugada, como si alguien le hubiera llamado. Se lavó, se vistió y se encaminó a la sinagoga por las calles oscuras. Abrió la puerta y, como de costumbre, se puso a rezar antes de encender las velas. Después del rezo, se dirigió al aula de estudio donde su maestro le había entregado tanta sabiduría, pero ahora se hallaba silenciosa y desolada, como si todo el entusiasmo lo hubiera absorbido la abrasiva cal de los muros. Se sentó en su lugar habitual, abrió el Zohar y retomó el estudio donde lo había dejado hacía más de una semana.

— ¿Jaím?

Alzó la vista y vio que Isaac estaba frente a él. No es que se sorprendiera, tenía el presentimiento de que este encuentro ya estaba escrito en la línea de la vida que discurría por la palma de su mano. Isaac se sentó y Jaím le preparó una taza de café, como se la había preparado siempre a Cordovero. Guardaron silencio durante un buen rato y luego empezó Isaac a hablar en voz baja, tan baja que Jaím hubo de acercarse para no dejar escapar ninguna palabra.

— Hace unos cuatro meses estaba viviendo aún en El Cairo. En Jazirat al-Kawda, una isla en medio del Nilo, donde tenía una bonita casa retirada del mundanal ajetreo. Allí me pasaba todo el tiempo solo, ya que mi mujer y Francesca vivían en la ciudad. Durante siete años sólo me veían en sabbat. Para no distraer mi concentración, me limitaba a hablar con Sara lo estrictamente necesario y, en esas ocasiones, con el menor número de palabras posible. El resto de los días y las noches los dedicaba al estudio. Fui abriéndome un camino a través de las muchas páginas. Era como si tuviera que descifrar un lenguaje secreto. A veces me detenía en un único párrafo del Zohar durante toda una semana, luego rezaba e imploraba para que se me permitiera llegar a comprender de veras la esencia de ese par de versículos. Analicé las veintidós letras hebreas que Dios grabó con su aliento en nuestros corazones. Transité por los senderos de sabiduría que, en el fondo,

conforma cada letra. Calculé su valor numérico, su cohesión y el contexto en el que Dios la había dictado en la Torá. A menudo acababa extenuado, me limitaba a acatar una orden de mi corazón que debía seguir contra toda lógica, sabía que, si llegaba a desvelar el significado secreto, podría compartirlo con toda la humanidad.

—¿Y de qué vivíais entonces? —preguntó Jaím.

Isaac levantó los brazos al cielo, en señal de alabanza.

—Sin la comprensión de Sara nunca lo hubiera logrado. Ella me apoyó en mi misión, me ofreció plena libertad, se reveló como una asombrosa negocianta. Mi modesto tenderete de pimientas y granos fue creciendo hasta convertirse en una empresa comercial exclusiva donde podían encontrarse especias imposibles de obtener en cualquier otra parte. Hizo negocios con comerciantes de todas las latitudes. Afortunado el hombre que encuentra a su alma gemela de entre un sinnúmero de personas.

Jaím volvió a ver reflejada en su retina a la hermosa mujer de Isaac, era distinta de las demás mujeres que había visto hasta ahora. Quien tuviera una mujer como ella a su lado sería capaz de comerse el mundo. Pensó, abatido, que él todavía no había besado a ninguna muchacha.

—¿Por qué te trasladaste entonces a Safed? Allí tenías todo lo que necesitabas, ¿no es cierto? —volvió a preguntar Jaím, sin comprender nada.

—Eso es lo que yo pensaba también, sí. Pero un día, hace justo cuatro meses, se produjeron unas terribles lluvias torrenciales, el agua caía a chorros con violencia. Yo estaba acostumbrado a que nada me distrajera durante las horas de estudio, pero el agua azotaba con un ímpetu tal que se derrumbó el tejado de casa. Cuando salí corriendo a la calle, vi cómo los remolinos de agua engullían la isla. Me dirigí a la playa en busca de mi barca, pero las olas ya habían dado buena cuenta de ella. Los fragmentos de mi casa revoloteaban por doquier, no me quedó más opción que meterme en la espumeante agua y nadar contracorriente. Tronaba y relampagueaba y las olas me succionaban hacia el fondo, fui zarandeado de un lado a otro como un pecio cualquiera y, al final, una ola me arrojó a la orilla. Cuando recobré el conocimiento, estuve andando a trompicones por la ciudad en busca de Sara y Francesca. Por suerte estaban a salvo, así que pude dejarlas con toda tranquilidad para ir a la sinagoga, ya que sentí una llamada.

«Al igual que me ha pasado a mí esta mañana», pensó Jaím.

—Parecía como si ese diluvio se hubiera desatado con la intención de conducirme a la sinagoga. Allí no había nadie. Me puse a rezar y, cuando ya había terminado mi oración, sentí una mano en el hombro. Me volví y encontré a un viejo mendigo. El rostro avejentado le hacía casi irreconocible y estaba ciego, pero aun así supe enseguida quién era. Se trataba del hombre que me había mostrado el camino hacia

la cabala veinticinco años atrás. Supe en ese mismo instante que ahora, incluso ciego, volvería a indicarme el camino.

—*Shalom*, anciano, ha pasado mucho tiempo desde la última vez. ¿Dónde habéis estado metido?

—Acabo de regresar de Safed, cerca del mar de Galilea. ¿Has oído hablar alguna vez de ese lugar?

—Sí, claro, es la ciudad de los cabalistas en Galilea. He estudiado todos los libros de rabí Cordovero. ¿No es él el adalid de los cabalistas de Safed?

—Estás bien informado a pesar de tu destierro voluntario. Safed es una ciudad santa, se halla situada sobre una montaña, como un cálido nido de pensamientos e ideas, y está rodeada por un resplandeciente círculo de luz. El aire allí es tan tenue que hace desaparecer toda presión de la cabeza y del alma. Van a suceder cosas grandiosas en Safed, cosas que cambiarán el cielo y la Tierra. Safed esparcirá su luz sobre el mundo. ¿Conoces a Jaím Vital?

A Jaím se le subió el corazón a la garganta. ¡Esto no podía ser cierto! ¿Un anciano había estado hablando de él en Egipto? ¿Quién podría ser? ¿No sería uno de los cientos de peregrinos a los que él jamás había prestado atención?

—Era la primera vez que oía hablar de ti, Jaím —continuó Isaac—, pero el anciano dijo que te convertirías en una persona muy importante en mi vida. Dijo: «Tus días aquí en Egipto están contados. Ya va siendo hora de moverse. Acude tan rápido como te sea posible a Safed, allí te están esperando, ya has pasado bastante tiempo dedicado al estudio en soledad y ahora debes compartir tu conocimiento con los demás».

»En ese momento supe que no tenía otra elección, le di una limosna y salí de la sinagoga, pero poco después volví a entrar y grité: «¿Quién os ha enviado hasta mí?».

»El anciano había desaparecido, al igual que desapareció de mi vida veinticinco años atrás, sin dejar rastro. ¡He de admitir que la pregunta también fue bastante estúpida por mi parte!

Isaac se rió y abrió el Zohar.

—¿Empezamos por aquí?

Y así comenzó la primera clase que Jaím recibió como discípulo de Isaac. De un modo misterioso, el universo se había conjurado para reunir a estos dos hombres. Como si toda la cadena de acontecimientos, empezando por la tormenta en Egipto, continuando con la muerte de Cordovero y terminando con la voz interior que hoy había hecho que acudieran a la sinagoga a las tres de la madrugada, ya estuviera escrita de antemano. Debía de haber sido el propio Creador quien había juntado a estos dos hombres. El profesor había encontrado a su alumno.

Jaím quería preguntarle muchas cosas a Isaac, pero fue interrumpido por unas pisadas huecas que resonaron en la sinagoga. La puerta de la clase se abrió con brusquedad y allí estaba Yehoshua mirándolos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya me suponía yo —dijo triunfal— que estabas conchabado con tu amiguito egipcio. Con esa farsa vuestra de mal gusto durante el entierro de Cordovero. Qué ruin intentar convertirse en el sucesor de nuestro maestro de esa manera, pero no me quedaré con los brazos cruzados, hermanito, os denunciaré ante el mismo juez Caro para que seáis desenmascarados como charlatanes que profanan la cábala.

Antes de que Jaím o Isaac hubieran podido decir algo, Yehoshua cerró la puerta de golpe para luego abandonar la sinagoga con mucho alboroto.

11. **מבחה Mem Bet He: el Dios que trae paz**

Jaím fue a visitar esa tarde a todos sus antiguos compañeros de clase. Quería contarles sus experiencias con Isaac, que el propio Cordovero le había enviado a su casa y que, por el acontecimiento de la nube, Isaac se había convertido sin ninguna duda en el nuevo maestro de todos ellos y que debían darle una oportunidad.

Ni siquiera en el trabajo había podido dejar de hablar de Isaac. Durante la comida, no cesaba de mencionarle con un ardor muy cercano al enamoramiento. Lo que más atraía a sus compañeros era, sobre todo, la capacidad que Jaím le atribuía de leer el pensamiento.

—¡Te dice lo que has pensado antes de que lo hayas pensado!

—¿Es entonces una especie de clarividente? —le había preguntado Abraham, su jefe, receloso.

—No, pero ve la realidad como es de veras —explicaba Jaím entusiasmado—. Las personas son para él un libro abierto. Ve en ti la persona que eres realmente, qué necesitas, por qué estás aquí. Como si fuera un espectador de la vida que transcurre a su alrededor.

—Entonces debería venir alguna vez aquí a echar un vistazo —rió Ruth, una mujer bizca y entrada en carnes—, yo me pregunto a diario por qué estoy aquí matándome a limpiar para que vosotros volváis a dejarlo todo como una escombrera.

Durante el día, los compañeros se pasaban a preguntarle si Isaac ofrecía consultas al público. Su historia les había despertado la curiosidad, les había reavivado el sueño oculto de que sus vidas estaban destinadas a algo más importante que a la mera elaboración de tejidos. Todos habrían querido alguna vez escapar de la existencia que llevaban, pero parecían estar encerrados en la realidad de sus vidas y

no podían encontrar la llave por ningún sitio. Quizá ese egipcio fuera capaz de abrir las ventanas para que pudieran contemplar una existencia más plena de sentido.

Con los compañeros de clase tuvo menos éxito, todos le dieron con la puerta en las narices, nadie quería hablar con él. Entre ellos se habían seguido viendo asiduamente para hablar del tema de la sucesión. Era de esperar que Jaím se propusiera a sí mismo como candidato o que propusiera a su nuevo amigo egipcio, pero llevaban ya mucho tiempo preparados para el contraataque. Jaím se había convertido en el enemigo. Los nueve hombres renunciaban de momento a luchar entre sí, cerrando filas.

Con el corazón en un puño, Jaím fue al final a visitar a Yehoshua. Encontró a su hermanastro en la platería que regentaba, una tienda fabulosa donde los objetos de plata aparecían magníficamente expuestos. A la gente de Safed le gustaba invertir su dinero en las bellas piezas que realizaba Yehoshua con sus hábiles manos, y los enseres de plata mostraban con ostentación la prosperidad de la gente que los adquiría. Todas las obras eran únicas y hechas a mano. Se suponía que quien pudiera permitirse el lujo de engalanar a su mujer y su casa con artísticos objetos de plata era un triunfador en la vida.

Yehoshua estaba leyendo detrás del mostrador cuando entró su hermano. Apartó el libro a un lado, se levantó y mostró su mejor sonrisa dorada.

—¿En qué puedo servirte, Jaím? —preguntó muy amable—. ¿Estás buscando una cadena de plata para que tu amo egipcio te saque a pasear como un perro?

—Quiero hablar contigo, Yehoshua. Comprendo que no tengas en mucha estima a Isaac. Hasta la semana pasada, yo pensaba igual que tú.

—¿Hasta que te oliste la oportunidad y llegaste a un acuerdo con él?

—¿Qué interés tendría en llegar a un acuerdo con él?

—¿Que así podrías convertirte de nuevo en el discípulo favorito del maestro, tal vez? ¿Que serías su seguidor más fiel? ¿Que quizás en un futuro pasarías a ser su asistente o sustituto? Como es tu costumbre, le estás haciendo la pelota para medrar.

Jaím guardó silencio. Sabía que eso era lo que Yehoshua pensaba realmente de él. Con la pena por la muerte de su padre, los dos hermanos se habían acercado un poco. Yehoshua entonces dejó que le convenciera para abrirle las puertas de la cabala, pero no pudo soportar el hecho de que Jaím pronto le aventajara y lograra ganarse el respeto de todos los profesores con los que estuvo.

Su hermano también tenía algo de razón, supo entonces Jaím. El era ambicioso, tenía que admitirlo, pero en este caso sólo quería ofrecerle a Yehoshua una oportunidad para que también él se enriqueciera con la sabiduría de Isaac. Si se decidiera a asistir a una sola clase, se quedaría atónito. Jaím no se imaginaba a ninguna otra persona más capaz que el egipcio para ocupar la cátedra de Cordovero.

—Nosotros ya tenemos nuestro propio candidato, mi querido hermano —dijo Yehoshua.

—¿Y quién es?

—El único que se lo merece, Zimra.

—¡Zimra! —exclamó sorprendido Jaím—. ¡Pero si ese hombre no le llega ni a la suela de los zapatos a Isaac!

—Hemos propuesto su nombre por unanimidad al juez Caro, quien tomará una sabia decisión, como es su costumbre. Y si ahora fueras tan amable de salir de mi negocio, todavía tengo cosas que hacer. Los comerciantes no terminamos de trabajar a las cinco, como tú.

Jaím, estupefacto, abandonó la platería. «Cordero estará revolviéndose en la tumba», pensó desanimado.

12. וַיִּשְׁמַח Vav Shin Resh: el Dios que todo lo recuerda

Jaím fue deambulando por las callejuelas de Safed, estaba demasiado inquieto como para regresar a casa. De repente, se dio cuenta de que se encontraba ante la casa de Isaac. ¿Sería correcto molestar a su flamante maestro con una pequeña visita o resultaría demasiado inoportuno? No pudo resistir la tentación de tirar del cordón de la campanilla.

El gran portón blanco se abrió casi de manera simultánea y Sara le invitó a entrar con una amable sonrisa.

—Esperaba que fueras tú. Te quedarás a cenar con nosotros, ¿verdad? Hemos puesto un plato para ti.

—¿No llego en un mal momento?

—Un amigo nunca llega en mal momento. Y hoy tenemos más invitados.

Del comedor provenía la sonora risa de Francesca.

—Sí, así de testarudo era tu padre —oyó decir Jaím a una conocida voz masculina que, a continuación, prorrumpía en carcajadas. La risa cesó cuando él entró en la sala. Zimra le miró con impertinencia.

—¡Vaya, aquí llega el causante de mis desdichas! —exclamó Francesca alegre—. ¿Puedo presentaros? Este es rabí Zimra. —Estaba preciosa con un vestido ceñido

color crema que acentuaba de manera extraordinaria su feminidad, aún no eclosionada del todo.

—Ya nos conocemos, querida —la atajó el rabino tendiendo la colosal mano hacia Jaím.

Este respondió titubeante el apretón.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Sara.

—Jaím fue mi discípulo —reaccionó rápido Zimra.

—¡Vaya casualidad! ¡Entonces disteis clase a mi padre y a Jaím! —exclamó Francesca asombrada.

—No sabía yo —dijo el joven con actitud reservada— que conocierais a Isaac. —Se lavó las manos y tomó asiento a la mesa enfrente del rabino. Jaím sabía que Zimra le detestaba desde el día en que ocupó su lugar junto a Cordovero, pero de alguna manera estaba ahora intentando hacerse el simpático. Sara escanció vino a los dos hombres mientras la sirvienta de color servía una abundante ensalada.

—¿Isaac no nos acompaña? —preguntó Zimra en tono reprobatorio—. Supongo que, como buen judío, no le parecerá conveniente que las dos alhajas de su casa cenen en su ausencia con dos extraños.

—Está estudiando —respondió Sara.

El hombre enarcó sus dos grandes cejas negras.

—Lástima —dijo pensativo. Tras un largo silencio, continuó jovial—: Lástima de deliciosas entradas. ¡Que aproveche! —Se metió en la boca una gran hoja de lechuga y, mientras masticaba, se dirigió a Francesca—. Entonces no ha cambiado nada ese padre tuyo. Antes también se pasaba las horas muertas con la nariz pegada a los libros.

El muchacho miraba con asco cómo se abría y cerraba la boca de Zimra haciendo ruido.

—Conozco a Isaac de cuando vivía en Egipto, Jaím —continuó su relato con desenvoltura—. Nunca olvidaré el día en que ese pequeño Isaac, quizá con catorce años de edad, aunque parecía tener sólo doce, fue a mi casa. Dijo: «Rabí Zimra, quiero que me enseñéis la cábala». ¡De veras, un renacuajo así al que le faltaban muchos años para que le empezara a apuntar el bozo!

Francesca se rió. A Jaím no le hacía ninguna gracia que le considerara simpático, pero rió también por cortesía.

—«¿Así que quieres estudiar la cábala?» —continuó Zimra su relato mientras trituraba un tomate entre los dientes—. «Sé que os pareceré demasiado joven, pero no puedo esperar más. Dadme una oportunidad.» De veras me dio pena ese

muchachito. Lo pedía con tanta franqueza... Pensé: voy a darle una oportunidad como es debido para que comprenda por sí mismo que le faltan unos cuantos años para empezar. Le pregunté por qué había dos pájaros representados en la entrada de la Cúpula de la Roca, en Jerusalén, donde otrora se levantaba el templo del rey Salomón. Una pregunta capciosa, he de admitirlo, pero Isaac respondió sin dudar ni un segundo: «Para advertir a las mujeres que no inciten a sus esposos a realizar actos estúpidos e imprudentes».

—¿Cómo? —preguntó Francesca sin entender nada.

Zimra había esperado esa pregunta, así que se dispuso a entretener a la joven con su conocimiento.

—El rey Salomón —aleccionó— era tan sabio que comprendía el lenguaje de los animales. Un día oyó a un pájaro macho jactarse ante su hembra.

»—¿Ves a ese hombre de allí? Es el rey —dijo el pajarito—. Se cree que es poderoso, pero yo sería capaz de derrumbar su famoso templo de un aletazo.

»—¿De verdad eres tan fuerte? —preguntó su mujercita admirada—. Pues venga, demuéstremelo.

»El rey Salomón le hizo una seña al macho para que se acercara y le preguntó por qué se jactaba de esa forma. El pajarito se estremeció y respondió que sólo intentaba impresionar a su mujercita. Cuando regresó volando, ella le preguntó:

»—¿Qué quería el rey de ti?

»—¡Ah, nada —le respondió—, es que ha oído mi amenaza y me estaba implorando para que desistiera de mis propósitos!

»Entonces Salomón petrificó a los pajaritos y los colocó junto a la entrada como admonición ante la huera arrogancia que emplean algunos hombres para impresionar a las mujeres.

Rabí Zimra se partió de risa y algunas salpicaduras verdes salieron volando de su boca en derredor.

—Y eso lo sabía tu padre —continuaba mientras cogía la mano de Francesca—. Me quedé boquiabierto. Intenté disimular lo mucho que me había impresionado, le dije que no lo había hecho mal, pero que no le daría clases hasta que no le saliera la barba. Tres semanas después estaba de nuevo allí y, orgulloso, me mostraba una pelusilla de vello en la barbilla.

Francesca retiró la mano de forma discreta y le sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Sí, ese Isaac. Estaba muy seguro de sí mismo. Un día vino y me dijo:

»—Maestro, hay tres personas que se llaman Isaac en clase.

»—Sí, ¿y bien? —le pregunté.

»—De esos tres yo llegaré a convertirme en el mejor profesor.

»Siento curiosidad por saber si todavía se acuerda. Ahora sí que me gustaría verle, Sara. Han pasado ya quince años desde la última vez que hablé con él. ¡Vamos! ¿Dónde está tu esposo?

—Está estudiando, rabí Zimra. Y nunca le molesto cuando estudia. Puede que se presente de un momento a otro...

—Pero también puede que no —completó Francesca.

—¡Venga, venga, venga! —exclamó el hombre irritado—. ¡Soy su maestro! De mí aprenderá esta noche más que de todos esos libros. Tengo grandes noticias para él. Quiero continuar dándole clases. Si es que... sigue siendo tan brillante como le recuerdo.

La sirvienta retiró los platos. Jaím lanzó una mirada fugaz a Sara, pues sentía curiosidad por ver cómo reaccionaría ante este ofrecimiento de Zimra, pero en su rostro no pudo leer nada, sus ojos seguían transmitiendo la misma amabilidad de siempre.

—¿Os ha gustado? —le preguntó.

—Como si un angelito me hubiera meado en la lengua —contestó Zimra mientras su redonda barriga volvía a agitarse por la risa, tras lo cual jadeó de manera estridente.

—¿Y Jaím era también un estudiante brillante, rabí? —preguntó Francesca.

Zimra se atragantó con el vino y empezó a toser.

—Jaím —repitió mientras un chorrito de saliva le caía por los labios—, ¿cómo lo diría?

—Me intrigáis —le alentó la joven. La sirvienta, entre tanto, iba depositando sobre la mesa un abanico de bandejas con los platos más refinados y sazonados.

—Ha pasado mucho tiempo, Sara. Una estupenda comida egipcia. Isaac ha acertado de pleno contigo.

—Los amigos de mi esposo son mis amigos, rabí Zimra. Pero seguid contado, yo también siento curiosidad por saber cómo se portaba Jaím en vuestras clases.

El cerebro del muchacho se puso a dar vueltas a toda máquina para hallar el modo de poner fin a este embarazoso tema. Le sorprendía que Zimra se hubiera contenido hasta ahora. Por un cúmulo de circunstancias desafortunadas, estaban sentados a la misma mesa y los dos se esforzaban por no aludir al pasado, pero las damas no tenían la más mínima sospecha del profundo rencor que el rabino le guardaba.

—¿Qué es esto? —preguntó Jaím, intentando cambiar de tema, mientras señalaba una fuente.

—*Ful mudammas*, un estofado de judías. Está muy rico con un poco de pan — respondió Sara.

—Mira —dijo Zimra masticando entre tanto una gran porción de lentejas—, no me andaré con rodeos. Los alumnos de Cordovero me han propuesto como su nuevo profesor y, al igual que él, quiero un grupo de diez hombres con quienes compartir mi conocimiento. Diez alumnos que simbolicen las diez emanaciones de luz en que Dios se manifiesta. Es evidente que en este sentido no hay lugar para Jaím en mi clase, su mísera luz es demasiado débil para expresar el testimonio divino. Por eso estoy aquí.

Se produjo un silencio incómodo. Sara se daba cuenta ahora de que esta combinación de invitados era bastante desafortunada. Jaím no dijo nada. Simuló que estaba muy ocupado untando las judías estofadas en el pan. Sólo Francesca mantuvo su natural desenvoltura.

—Si os he entendido bien, rabí Zimra, venís a pedirle a mi padre que vuelva a ser vuestro alumno —rió tontamente.

—No creo que deba discutir este tipo de cosas con su hija, apenas púber —le respondió el hombre con brusquedad, tirando el tenedor al plato—, Sara, ya he esperado bastante. Ve a buscar a ese marido tuyo.

—Rabí Zimra, os recibo con todos los honores que Isaac querría que rindiera a su antiguo maestro. Si nuestra compañía os resulta insuficiente, lo respeto. Sin embargo, confío en que queráis seguir cenando con nosotros.

Jaím se quedó atónito ante la diplomacia de Sara. Con la mayor gentileza y amabilidad, expuso las reglas de la casa.

—Que aproveche, rabí Zimra —dijo Francesca.

El, furioso, se quedó mirándola.

—¡Sé al menos una hija obediente y ve a por tu padre! —la amenazó con aspereza echando el brazo hacia atrás como para propinarle una bofetada.

Jaím le cogió el brazo en el aire, sin pensárselo mucho, y le advirtió en tono amenazador:

—Rabí Zimra, os estáis excediendo. En la casa de los demás hay que respetar sus reglas. Es indecente intimidar así a estas damas. Ahora, me parece que les debéis una disculpa.

—¿Y tú quién te crees que eres para permitirme hablarme así, Jaím? ¡Un don nadie! Un intrigante. Pero se te han terminado los juegucitos, muchacho. Nunca llegarás a nada, ya me encargaré yo de eso. —Su rostro se encendió con un rojo intenso y los pulmones empezaron a chirriarle como fuelles—. Y tú, Sara, dile a tu esposo que ya

procuraré yo que no le acepte ningún profesor en Safed. Un hombre que no muestra respeto por su antiguo maestro no es digno de tener maestro alguno. Buenas noches.

Se dirigió a la puerta, pero tropezó con el escalón y cayó al suelo. Sara le ayudó a levantarse y, tranquila, le siguió mientras él ponía pies en polvorosa.

—¿Por qué todos los hombres se empeñan en salir siempre corriendo de esta casa? —preguntó la joven mirando a Jaím con picardía—. Así no me casaré nunca.

—No creo que debas preocuparte por eso, Francesca —la tranquilizó él desconcertado.

Ella le miró con sus grandes ojos, en apariencia inocentes, y con el tenedor dorado pinchó un garbanzo que se llevó despacio a la boca. El garbanzo desapareció entre sus labios carnosos y lo masticó con parsimonia mientras mantenía la mirada clavada en el alumno de su padre. Luego dejó caer el tenedor y los dos se inclinaron a recogerlo al mismo tiempo, se rozaron las manos y los ojos de Jaím fueron absorbidos por las redondeadas formas de la muchacha, perfiladas dentro del vestido. Sintió que se le contraía el estómago y se le inflamaba el cuerpo. Parecía como si Francesca le concediera todo el tiempo del mundo para que se recreara, para que la contemplara a sus anchas. Se quedó sin respiración, sentía arder su mano sobre la de ella.

—¿Qué estáis haciendo debajo de la mesa? —preguntó Sara, que entró de repente.

—Estábamos buscando el tenedor de Francesca... —tartamudeó Jaím.

—Tenemos una noche de pequeños deslices —completó la joven dándole un pellizco malicioso en la rodilla...

13. אֱלֹהֵי אֵלֶּף אֵלֶּף: el Dios que conoce tu alma

El entusiasmo de Jaím, dispuesto a hablar de Isaac a todo aquel que quisiera escucharle, dio al fin sus frutos, aunque el éxito llegara de un ángulo inesperado. A la mañana siguiente, justo antes del final de la clase, llamaron a la puerta del aula. Era Abraham. La pausa del almuerzo, donde Jaím se había expresado con tanta vehemencia sobre Isaac, era uno de los raros momentos en que el jefe pasaba el tiempo por entero junto a sus empleados. Abraham le había escuchado con mirada ausente.

—Jaím me contaba ayer, acalorado, tantas cosas sobre lo buen maestro que sois que algo se revolvió en mi interior de una extraña manera, y no he podido conciliar el sueño en toda la noche —empezó a hablar titubeando Abraham—. Llevo una

existencia muy ajetreada, tengo un gran negocio y eso conlleva preocupaciones. Sin embargo, hace algún tiempo que presiento que en el fondo debe haber algo más, que no he venido a este mundo sólo para vender bellas telas o proporcionar trabajo a la gente. Intento ser honrado en los negocios, procuro observar los mandamientos y las prohibiciones, pero la vida se me va yendo despacio, como si mi alma estuviera dándose a la fuga...

Era la primera vez que oía hablar así a su jefe. El único tema con el que se entusiasmaba era el textil, pero Jaím siempre le había respetado. Abraham empezó de la nada y ahora poseía uno de los talleres más grandes de Safed. Nunca se le hubiera pasado por la imaginación que dentro del comerciante de éxito se ocultaba un alma desesperada. Era conmovedor ver allí en pie a su jefe, que siempre estaba pendiente de todo, hasta el más mínimo detalle.

—Tengo miedo de terminar viviendo una existencia vacía, dejando una caja de caudales llena cuando fallezca, pero yendo con las manos vacías al Creador porque no hice lo que realmente debía hacer en esta vida. Pensé que de ahora en adelante podríais ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo podría yo ayudaros? —preguntó Isaac. A Jaím le sorprendió la respuesta de su maestro, para él era coser y cantar poner el dedo en la llaga. Pensó que le estaba dejando en mal lugar. Había presumido de él y ahora podía demostrar lo que valía, sobre todo ante su jefe.

—Jaím me contó que vuestra alma ha llegado a un grado de evolución tal que tiene la capacidad de leer las luchas que se libran en el alma de los demás. Dijo que, de un solo vistazo, podéis ver lo que alguien necesita. Sólo os pido que me miréis y me digáis lo que debo hacer...

Isaac miró por un momento con reprobación a Jaím, que se secaba el sudor de las manos mojadas. Había esperado que su maestro se alegrara al enterarse de que había ido por ahí cantando sus alabanzas. ¿No comprendía aún que nadie le tomaba en serio como profesor de cábala? Si Jaím no intentaba consolidar su autoridad, ¿quién lo haría entonces? Zimra emplearía toda su influencia para hundir a Isaac. La única manera de atenuar su palabrería era que demostrara lo que valía a cualquiera que estuviera dispuesto a comprobarlo. Esta era su primera oportunidad.

Isaac, entre tanto, se quedó mirando durante largo rato la frente de Abraham, como si estuviera leyendo allí un texto cincelado, mientras éste se quitaba nervioso las pelusas de la ropa.

—No debéis avergonzaros de ser un buen comerciante —interrumpió Isaac el silencio—. Con todo el dinero que ganáis, podéis realizar buenas obras, porque un hombre rico no es alguien que tiene mucho, sino una persona que da mucho. Habéis recibido mucho de la vida y ya va siendo hora de que empecéis a dar. En esto radica el sentido de la vida y vuestra realización personal.

—Pero yo ya doy muchas limosnas, rabí Luna —se defendió Abraham.

—Debéis dar hasta que os duela. Sólo cuando deis más de lo que sería razonable encontraréis la paz en vuestro corazón. Después empezareis a dar mucho más porque, de ese modo, obtendréis más placer del que jamás obtuvisteis recibiendo todas las piezas de oro que habéis conseguido atesorar a lo largo de toda vuestra vida.

Abraham se le quedó mirando indeciso. No estaba seguro de que ésta fuera la respuesta esperada. Había pensado que este vidente piadoso le iba a aconsejar que se tomara más tiempo libre para estudiar la Torá, pero la idea de tener que regalar todo su dinero le ponía enfermo. Tanto que empezó a sufrir. ¿Cuándo empezaría a dolerle? ¿Cuando donara una décima parte de sus ganancias? Si debía ser sincero, no le afectaría demasiado, pero era una cantidad enorme.

—Y luego hay algo más. En la Torá está escrito: «No robarás ni oprimirás al prójimo».

—¡Pero si yo soy un hombre honesto! ¿No es cierto, Jaím? ¿A qué os referís?

—Mirad en lo más profundo de vuestro corazón, Abraham, si acatáis de verdad esta prohibición. Más no os puedo decir.

La mandíbula del hombre empezó a temblar. El siempre se había preciado de pagar bien y a su debido tiempo a sus empleados. Isaac estaba ahora insinuando que los oprimía e incluso los engañaba. ¿Cómo se atrevía este hombre? El castañeteo de dientes por la indignación era tan intenso que fue incapaz de reaccionar.

Levantó un poco el sombrero de terciopelo en señal de despedida.

—Era mi jefe —siseó el muchacho mientras Abraham abandonaba la sinagoga.

—Yo no le he traído hasta aquí —respondió Isaac—. No quiero que vayas por ahí presumiendo tanto de mí, Jaím. No quiero que me traigas gente para que les muestre mis trucos. Soy tu maestro, no tengo tiempo para nada más.

—Pero ¿no sería egoísta por mi parte guardarme para mí solo la bendición de tus enseñanzas? ¿No es mi deber traer aquí a otras personas, como Abraham, que están buscando sinceramente el sentido de su vida?

Isaac suspiró.

—Jaím, si te dijera por qué has venido al mundo, estarías ahora andando en las nubes, pero recuerda sólo esto: una gran misión descansa sobre tus hombros, una misión que sólo podrás cumplir cuando tu alma esté purificada por completo y libre de pecados. Créeme, si lo conseguimos, ya tendremos bastante.

Para evitar que Isaac pudiera leerle el pensamiento, le devolvió enseguida la pelota:

—Pero te desprecian tanto, Isaac, nadie te toma en serio. ¿Cómo podrán llegar a aceptarte alguna vez como sucesor de Cordovero? ¿Cómo podremos llegar a formar un grupo?

—En efecto, es importante estudiar en grupo.

—¿Y entonces? —repuso Jaím.

—Pero un grupo se forma de manera natural. Las almas que encuentras en tu trayectoria vital nunca han llegado allí por casualidad. Con frecuencia nuestros mayores enemigos son nuestros mejores maestros. Ellos reflejan nuestra propia debilidad, y aprendiendo a amarlos es como podemos subir un peldaño más en la escalera que lleva hasta el Creador, y no queriendo abofetearlos...

Jaím se ruborizó.

—Pero amenazó a Francesca...

—Y tú adoptaste con gusto el papel de héroe para defenderla, ¿no?

—Entonces, ¿tendría que haber dejado que la abofeteara?

—Quizá ella necesitara esa experiencia. Nunca podemos evitar el dolor de los demás, ni siquiera podemos ayudarlos a sobrellevarlo. El consuelo es un mal consejero. Todo el mundo recibe en la vida justo lo que necesita. Y créeme, Francesca no necesita la fuerza de ningún hombre para defenderse.

Jaím sabía que habría sido incapaz de quedarse quieto mirando cómo le hacían daño a esa muchacha.

—Sé que te atrae, pero el Creador ha pensado en otra mujer para ti.

El joven experimentó por primera vez los inconvenientes que van unidos al hecho de tener un maestro capaz de calar las emociones más íntimas y profundas. Si quería ocultar a alguien lo que pasaba en su interior, ese alguien era Isaac. Y aunque su maestro podría ser brillante, en esta ocasión estaba equivocado. Desde ayer sabía que Francesca y él estaban hechos el uno para el otro. Nunca antes había sentido algo similar, todo su cuerpo anhelaba la suavidad de su carne femenina. Jaím se despidió rápido y se fue a trabajar...

14. לַאֲדָמָה *Samej Alef Lamed: el Dios que ensalza la riqueza*

La escena que se encontró Jaím en el taller superaba cualquiera que hubiera podido imaginar. Abraham, su jefe, se había encaramado a uno de los telares.

Mientras que hacía un instante se había mostrado en presencia de Isaac como un reclamo ambulante para el negocio con su refinado traje, ahora había cambiado éste por un saco de yute que apenas le cubría las vergüenzas. Se había revolcado en las cenizas del horno y, quien no le conociera, pensaría que se trataba del mismo Job resucitado. Con un trozo de madera se golpeaba la espalda, mezclándose allí la ceniza con las marcas sangrientas.

—¡Soy un pecador! —gritaba—. ¡No soy nada, menos que nada! ¡Mi vida es un desastre! ¡El Creador no daría ni un céntimo por mi vida! ¡Que caigan sobre mí todas las maldiciones!

Los compañeros de Jaím se habían reunido a una distancia prudencial y contemplaban el espectáculo llenos de incredulidad. Ninguno sabía cómo reaccionar o cómo hacer entrar en razón a su jefe.

Parecía como si se le hubiera metido el diablo dentro del cuerpo. Nunca le habían visto de esa guisa. El astuto y afable comerciante se había transformado en un monstruo que se autoflagelaba.

Le flojearon las rodillas y se quedó en el suelo un momento, inmóvil. Jaím quiso correr a su encuentro para ayudarle a bajar del telar, pero en ese instante le lanzó una mirada plena de amor.

—Jaím, mi salvador —susurró—, dime qué te debo. Permíteme saldar mi deuda.

—No me debéis nada, Abraham. Sois un buen hombre, siempre me habéis tratado con justicia.

—¡Calla! —gritó su jefe—. ¡Soy un estafador! ¡Un tramposo! ¡Dios ve la maldad de mi ser! ¡Debo cumplir mi condena! ¡Debo sufrir!

Ahora se dirigía a los empleados que aún seguían mirándole petrificados. Algunas tejedoras ancianas lloraban por el dolor de su jefe.

—Decidme, por favor, ¿a quién de vosotros le debo dinero? ¿A quién no le he pagado lo que se merecía? ¿Quién ha encontrado menos dinero del que debía haber en el sobre de su paga?

Nadie respondió. Abraham tenía fama de ser uno de los jefes más honrados de la ciudad. Nunca se retrasaba en el pago y nunca cometía un error de cálculo. Llevaba escrupulosamente apuntadas todas las horas extraordinarias y saldaba todo, hasta el último céntimo, al final de cada semana. Ellos sabían que en otros lugares la cosa era bien distinta y se alegraban de trabajar para Abraham.

—¡Adelante! ¡Sé que tenéis miedo de decir la verdad! A vosotros también os he humillado y engañado. No tengáis miedo. Ya es hora de que redima mis culpas. Véngaos de vuestro explotador. ¡Lanzadme piedras, venga!

—Siempre nos habéis pagado bien —le aseguro Ruth, la limpiadora bizca—. No debéis ponerlos así.

Abraham se desgarró el saco de yute tras oír estas palabras y, gimiendo, se restregó sobre un lecho de ortigas que había preparado en el suelo. Nadie, excepto Jaím, comprendía sus súplicas, pero éste se encontraba petrificado en el sitio por el efecto que habían producido las palabras de su maestro. La piel de su jefe estaba ardiendo debido a los estragos causados por las ortigas. Cuanto más pellejo se le desprendía de las ampollas abiertas, tanto más dichoso era el brillo que irradiaban sus ojos chispeantes. Abraham reía, saltaba y corrió a la oficina. Regresó al instante con una caja de caudales y desparramó todo el contenido sobre la mesa. Cientos de monedas de plata rodaron por doquier.

—¡Cogedlo! ¡Tomad lo que os he dado de menos! ¡Este dinero no me pertenece a mí, sino a vosotros, porque os lo he estado escamoteando!

Ruth daba un paso adelante ahora como portavoz del grupo.

—Abraham, dejad ya este ridículo espectáculo. Deberíais avergonzaros. Si no fuerais mi jefe, os daría una azotaina. Así no se trata el dinero. Nos haréis caer en la tentación. Basta ya de autocompasión. Ese dinero es vuestro y a ninguno de nosotros nos debéis nada.

—Tal vez a mí... —terció Fátima, una joven mora con un antojo de color púrpura en el cuello que desviaba la atención de su bello rostro uniforme.

Todo el mundo se asustó. Siempre era muy callada debido a los frecuentes chistes que se hacían burlándose de su cara marcada y de su acento árabe, pero en el trabajo era irreprochable, una de las costureras más diligentes que con sus delgados y encallecidos dedos conseguía crear la ropa más fabulosa.

Abraham se lanzó a sus pies.

—Gracias, Fátima. Gracias. Dime qué mal te he hecho. ¿Cómo puedo expiar mi culpa?

—La semana pasada me llevé trabajo a casa, sabía que no queríais decepcionar al gobernador, que debía tener su ropa de trabajo preparada a tiempo pese a haber realizado su pedido tan tarde. Terminé el bordado en casa —farfulló en su mejor hebreo.

Abraham palideció. Abu Siffin, el bey, había encargado que le llevaran en menos de una semana un vestuario ricamente adornado para celebrar su aniversario en el cargo. Una tarea imposible que requeriría normalmente tres semanas al menos. Como este encargo se había realizado de manera satisfactoria, ahora llegaba una oleada de clientes árabes que querían el mismo trabajo que le habían hecho a su bey.

—Eso no me lo dijiste, Fátima. ¿Cómo pude estar tan ciego ante tu fidelidad? Siempre pasaba por delante de ti sin prestarte atención porque sabía que hacías bien tu trabajo. Nunca te lo he agradecido. Nunca te he felicitado. Y, siempre discreta, eras la más fiel de todos mis trabajadores hasta el punto de regalarme tu tiempo incluso en casa, donde te espera tu hijo pequeño.

—Me pareció normal, señor Abraham. Si vuestra empresa va bien, a todos nosotros nos irá bien, ¿no?

Por primera vez Abraham se puso en el lugar de otra persona. Como si él fuera la madre sola que, tras un día de duro trabajo, seguía sin poder dedicarle toda la atención a su hijo. Cómo debía de haber estado trabajando Fátima noche tras noche sin parar para aplicar todos los bordados de oro en esos difíciles dibujos. Quizá se habría enfadado cuando el niño hubiera dado un grito para llamar su atención, y le habría respondido a su vez con otro grito: «¡Ahora no! Mamá tiene que trabajar. ¡Duérmete ya!», y sólo por el implacable anhelo de Abraham en su afán de mayor prosperidad, de más clientes, de más prestigio.

Conmovido, pensó en su propia madre cuando, despreocupado, podía compartir con ella todo lo nuevo que descubría en el mundo. La mujer que sentía un profundo interés por todo lo que le pasaba. Le motivaba dándole confianza y creyendo en sus posibilidades. Había llegado tan lejos gracias a la confianza en sí mismo que su madre había conseguido hacer florecer en su interior. Y ahora negaba a otro muchachito esa atención tan necesaria para la vida, acaparando todo el tiempo de su madre.

—Toma, Fátima. Coge todo lo que te corresponda. Coge todo lo que te he robado.

La mujer no parecía sentir remordimientos a pesar de todas las miradas inculporatorias de sus compañeros. Cómo se le ocurría, susurraban. Por haber estado trabajando un par de noches en casa. Podía darse con un canto en los dientes por haber conseguido este trabajo en este taller judío, aquí había sido acogida con hospitalidad y había encontrado un hogar.

Fátima se dirigió a la mesa, resplandeciente de monedas de plata, cogió una de las más pequeñas y luego volvió adonde estaba Abraham.

—Gracias, buen maestro —le dijo—, pero dejad ya por favor de torturaros, vuestro Dios no os regaló este cuerpo para mutilarlo. —Le mostró sin ninguna vergüenza su angioma—: Él ha sido más misericordioso con vos que conmigo.

—He de darte las gracias, Fátima —respondió Abraham conmovido—. Gracias a ti puedo purificar mi alma. Tú has puesto freno a mi implacable ansia de riqueza. Cuántas veces no habré leído en el Talmud: «Quien anhela el dinero nunca obtendrá satisfacción con el dinero». Nunca lo comprendí. Gracias a ti podré volver a sopesar cuál es el verdadero objetivo de mi existencia.

Se dirigió a la mesa y cogió dos puñados grandes de piezas de oro que luego entregó a Fátima.

—Cada minuto que os he robado a ti y a tu hijo es impagable y ya nunca podrá volver a comprarse con dinero.

—Con cada minuto que trabajo para vos soy un ejemplo para mi hijo. Le enseño, aunque sea muy pequeño, que siempre puedes dirigir tu propia vida y así puedes llegar a labrarte un futuro.

—Coge este dinero, Fátima.

Poco a poco Abraham volvía a ser el de antes. O, mejor dicho, alguien distinto. En sus ojos había una dulzura que no tenía desde su juventud. Miraba a su gente con amor.

—Hoy os doy a todos el día libre.

Sin decir nada, fueron abandonando uno a uno el taller. Sólo se quedó Jaím.

—Qué gran hombre sois, Abraham. Bendito seáis —le dijo cuando todo el mundo ya se había marchado.

—Sólo el Creador es grande, Jaím —respondió en tono quedo—, y el hombre que habla aquí en la Tierra en su nombre, tu maestro. Él tenía razón. Qué maravilloso es dar. Y ni siquiera he regalado mis bienes, sino la riqueza del Creador que yo tenía en préstamo. Quiero preguntarle a tu maestro si me permitiría convertirme en su discípulo.

—Pues yo que vos me pondría antes algo —sonrió Jaím.

15. *Yod Yod Yod: el Dios de la intuición*

Francesca estaba esperándole sentada en la acera cuando Jaím llegó a casa.

—*Shalom*, Jaím. Quería verte.

—*Shalom*, Francesca. ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Qué más da. Él lo sabe todo. Ya te habrás dado cuenta de que es capaz de leer en el rostro de los demás lo que piensan, ¿no? Es imposible tener secretos con él.

Se quedó mirando a la muchacha. El caluroso sol estival incidía sobre el vestido sudado. No sabía qué hacer. Nunca se había topado con una joven tan descarada. Quizá fuera porque era egipcia y allí las costumbres debían de ser distintas. A una

muchacha de Safed jamás se le habría pasado por la imaginación hacer este tipo de cosas.

—Me gustaría ver cómo vives.

Y además esto. No podía enseñarle su humilde cuarto que, comparado con el palacio donde ella vivía con sus padres, era la celda de un monasterio. Además, ¿qué diría la gente si llevaba una chica a su habitación? Pero si seguían hablando aquí en la calle, la gente tendría muchas más razones para chismorrear.

—Entra —le dijo apurado mientras abría la puerta y se la llevaba escaleras arriba. En la primera planta, Ana acompañaba a la salida a una mujer, rebotante de felicidad, a la que sin duda le había salido la carta de la Emperatriz. La Emperatriz con el cordón mágico a la cintura que la hace irresistible. Ahora ya todo estaba perdido. Si Ana le veía con una chica, pronto se enteraría toda Safed. Alzando la voz en exceso, gritó:

—¡Sí, entra, te daré el libro que me prestó tu padre y que te ha pedido que vengas a buscar! ¡Sí, por aquí!

La casera sonrió con picardía a Jaím.

—Buenas, señora —saludó Francesca, alegre, a Ana.

—Buenas, preciosa.

—¡Qué feliz parecéis! —continuó diciendo la joven a la denta de Ana.

—¡Ay, sí! —suspiró la radiante mujer mientras descendía por la escalera dando saltitos.

Jaím casi se tropieza antes de llegar a su cuarto en la segunda planta. Introdujo con torpeza la llave en la cerradura y, después de que Francesca hubiera pasado, dejó la puerta abierta de par en par para que Ana no pensara que se encerraba a posta en la habitación con la muchacha.

Esta, como si llevara años viviendo allí, enseguida se puso a dar vueltas por el cuarto que transpiraba al sol, abrió la ventana y se asomó graciosa a la calle. A pesar de ser consciente de lo impertinente que era su comportamiento, Jaím no pudo dejar de clavar la mirada en esas nalgas con forma de corazón.

—¡Qué maravillosas vistas tienes desde aquí!

—¡Apártate de la ventana, que puede verte alguien!

Corrió rápido las cortinas de color azul intenso y el cuarto se quedó en penumbra.

—¡Qué divertido! ¿Encendemos velas? ¿Dónde tienes la yesca?

Nervioso, Jaím buscó entre los trastos de su mesa y entregó el encendedor de yesca a Francesca, quien, diestra, empezó a golpear el anillo de metal sobre la piedra y prendió las velas con el trozo de algodón inflamado.

Después se dejó caer sobre los cojines que había en un rincón de la habitación y le miró seria.

— ¿No te agrada mi visita?

— Claro que me agrada. Por supuesto, sólo que...

— ¿Sólo que qué...?

— Ya sabes que un hombre y una mujer que no están casados no deberían permanecer juntos en una misma habitación. Además, el destino me tiene reservada a otra mujer.

— ¿Estás prometido? — preguntó alterada.

— No, no, ni hablar. Las mujeres no me interesan en absoluto. Aparte del trabajo, mi vida está consagrada al estudio de la cábala. Tu padre me dijo que otra mujer...

— Mi padre puede que sepa mucho, pero a la hora de hablar de mujeres haría mejor cerrando la boca — le cortó ella burlona —. Ya sabrás que se casó con su prima, ¿no?

— ¿Tu madre es...?

— Su prima, sí. Mi padre tenía siete años cuando murió mi abuelo. La abuela se fue con él a casa de un hermano que vivía en Egipto y tenía una hija muy guapa. Como mi padre siempre estaba enfrascado en la lectura, no conocía a ninguna chica, naturalmente.

Hasta que, un día, levantó la mirada de un libro y sólo entonces le llamó la atención que por allí deambulaba una prima atractiva. Se casó con ella a los quince años.

— Eso era que estaban predestinados — respondió Jaím.

Hubo silencio durante un rato. Francesca se incorporó. Las gotas de sudor brotaban de su frente como pequeñas ampollas.

— No estuvo nada bien por tu parte que me cogieras la mano debajo de la mesa.

— Fue sin querer. Lo siento. Quería...

— ¿Mirarme? ¿Crees que no vi cómo se te iban los ojos? ¿Eres siempre tan descarado?

— No, Francesca. De verdad que no. Perdóname, yo...

— ¿En qué piensas cuando me miras? — le interrumpió ella.

—Pues...

Francesca se puso en pie y ambos se vieron enfrentados. Ella se le mostraba tal como era y Jaím no pudo evitar que su tímida mirada se deslizara por los tobillos y las rodillas de la muchacha.

—Ya lo estás haciendo otra vez —le regañó mientras giraba despacio sobre su eje. Parecía como si los ojos pudieran perforar la fina tela del húmedo vestido—. ¿Eres consciente de lo que estás haciendo? —le preguntó—. ¿Tienes alguna idea de la sensación que produce sentir una mirada tan calenturienta sobre la piel?

Jaím cerró los ojos, avergonzado, pero ahora sentía cómo la mirada de ella le recorría el cuerpo. Nunca había sido tan consciente de su virilidad, era como si su cuerpo cobrara vida allá donde se posaba la mirada de Francesca, estaba cegado por un deseo desconocido que le devoraba las entrañas, el mismo deseo con que un artista anhela la creación de su pintura, el deseo que es el carburante más potente que pueda extraerse de la Tierra. Toda obra surge de un anhelo, un ardiente deseo que le otorga alas al hombre, pero el milagro más grandioso que engendraba el ansia, lo sabía ahora Jaím, era la vida misma.

Los cristales se empañaban y una gota de sudor se deslizaba por el cuello de Francesca. Cuando se consuma un deseo, el mundo contiene la respiración y se paraliza.

En ese momento subía Ana por la escalera.

—Oye, Jaím, ¿está todavía ahí contigo esa chica tan guapa? ¡Pregúntale si quiere pasarse por mi casa a beber un vaso de agua! —le gritó desde lejos.

La ensoñación se hizo pedazos. Las coordenadas de tiempo y espacio volvieron a ocupar su lugar.

—¿Eh? ¡Sí, Ana, está bien, se lo preguntaré!

Disculpándose, se quedó mirando a Francesca, quien, tras apagar las velas con un soplo, se encaminó sonriendo a la puerta abierta y cogió de paso un libro de la mesa. Cuando se cruzó con él, le acarició levemente la sudada melena.

—Delicioso —le dijo a Ana que, desconfiada, miraba a la chica—, un vaso de agua. Con este calor te entra mucha sed.

16. **מִיָּה** *Mem Yod He: el Dios que congrega*

El juez Caro miró por la vidriera de la sinagoga, que ofrecía un fabuloso panorama del monte Merón. En las tardes claras, podía contemplarse sin problemas la tumba de Shimon Bar-Yojai, pero ahora la cumbre se encontraba envuelta en nubes de color azul tinta. Tras este insípido día veraniego, la oscuridad se cernía de nuevo, rápida y amenazadora. El viento, que obligaba a los árboles a realizar piadosas reverencias, anunciaba una buena tormenta. El juez Caro rezó una jaculatoria a Bar-Yojai para que le ayudara a tomar una sabia decisión.

Esta noche Caro tenía ante sí la importante tarea de tomar una decisión acerca de quién sería el sucesor de Cordovero. Al haber sido siempre amigos, quería esmerarse al máximo. Tal vez sería el dictamen más importante de toda su carrera.

La cábala había conocido una existencia latente durante siglos y sólo se ocupaban de ella un puñado de iniciados. La transmisión del conocimiento era sobre todo oral, pasando de generación a generación, y así las fuentes habían ido desvirtuándose en el curso de los siglos. Cordovero había dedicado su vida a analizar y cotejar todas las corrientes con las únicas obras básicas universalmente reconocidas: la propia Torá y el Zohar de Shimon Bar-Yojai. Había escrito gran cantidad de libros, pero sólo se publicaban con cuentagotas. Retocaba constantemente muchas de estas obras, así que las estanterías de la casa de su viuda guardaban un tesoro de conocimiento. Unos manuscritos que requerían un mayor estudio y minuciosidad, hasta alcanzar la madurez necesaria que posibilitara su publicación como obras de referencia de la cábala.

Así pues, para Caro era de vital importancia realizar una elección a conciencia para que no se disipara la obra que le había llevado toda una vida a Cordovero. Quien llegara a la cima de la pirámide cabalística determinaría la dirección de todas las generaciones actuales y futuras. El sucesor, que debería completar la obra de Cordovero, fijaría los fundamentos definitivos de la cabala.

El juez Caro profesaba un gran respeto por la doctrina cabalística, se daba cuenta como ningún otro de que este conocimiento era muchísimo más importante que la ley judía, a la que él mismo se había consagrado. El *Shuljan Aruj*, libro escrito por Caro que se consideraba la obra fundamental en el terreno de la legislación judía, regulaba la vida cotidiana, pero la sabiduría de la cábala era capaz de transformar el mundo entero y la humanidad. Cuando todos los habitantes de la Tierra conocieran y vivieran realmente la cábala, su *Shuljan Aruj* dejaría de ser necesario. Esta generación había sido elegida para traducir la aparentemente misteriosa cábala, hacerla comprensible y concretarla. Luego este vigoroso extracto maduraría algunos cientos de años antes de que llegara a cautivar a las grandes masas. Shimon Bar-Yojai había escrito que hasta el siglo XXI de la era cristiana la cábala no llegaría a prender con entusiasmo entre las almas de millones de personas.

La decisión parecía sencilla en sí, Caro había estado hablando la semana pasada con casi todos los discípulos de Cordovero y habían sido unánimes al respecto; sólo

había un hombre que gozara del mismo prestigio que Cordovero y que pudiera convertirse en el nuevo guía de los cabalistas: rabí Zimra.

Esta noche hablaría con él. Si la conversación transcurría de manera satisfactoria, anunciaría su resolución.

Yehuda, el hijo de dieciséis años que tuvo Caro en su anterior matrimonio, yacía medio recostado y aburrido en un banco de pintura descascarillada. El juez tenía la esperanza de que su hijo le sucedería, pero de momento no se le veía muy predispuesto, no digamos ya interesado por la jurisprudencia. Se engañaba a sí mismo creyendo que, cuando se hiciera hombre, Yehuda retomaría seriamente sus estudios. Sentía debilidad por el muchacho y la sabiduría de los años le había reportado más paciencia que a un padre joven.

Se sentó al lado de su hijo.

—Esta noche tengo que decidir si Zimra pasará a convertirse en el nuevo guía de los cabalistas —le explicó—. Quiero que estés bien atento a la conversación y que luego me aconsejes.

Yehuda se quedó mirándole con indiferencia. Le traía sin cuidado quién fuera a convertirse en el nuevo guía. Había heredado la naturaleza de su madre, que tenía un gusto exquisito para la decoración de interiores y había dedicado su corta vida al embellecimiento de la sinagoga azul y de las salas donde se desarrollaba la vida pública de Caro. Ella había puesto a trabajar a los estudiantes con pintura y brocha, y había encargado que le confeccionaran cortinas. Era capaz de ofrecerles una segunda vida a los muebles desvencijados que iban a parar a la calle, y lograba combinaciones de tanto estilo que, al final, el conjunto resultaba de muy buen gusto. Yehuda aborrecía a Rebeca, su joven madrastra, pues no mostraba ningún respeto por la decoración que con tanto esmero había llevado a cabo su madre.

Zimra entró en la sinagoga.

—*Shalom*, juez Caro. Siento haber llegado un poco tarde. He recibido tu citación. Por fortuna no contenía ninguna denuncia —entró como una exhalación, haciendo que su característica risa se apoderara del lugar.

—*Shalom*, rabí Zimra. Me alegra que hayas podido hacerme un hueco. Este es mi hijo Yehuda.

El rabino, jovial, tendió la mano al muchacho, pero cuando éste iba a estrechársela, la retiró rápido y gritó: «¡Ha picado, ha picado!», y empezó a reírse a carcajadas.

Se dejó caer al lado de Yehuda, le dio unos golpecitos de camaradería en la espalda y volvió a dirigir la palabra a Caro.

—Me he enterado del problema que se ha presentado. Hay que elegir rápido un nuevo guía de los cabalistas, me veo presionado por todos lados, pero yo soy un hombre muy ocupado, juez Caro.

—Sí —confirmó Caro—. He oído que viajas mucho en busca de las tribus perdidas de Israel.

A los judíos les contrariaba que diez de las doce tribus judías, los descendientes de los doce hijos de Jacob, hubieran sido desterradas por los asirios. Estas diez tribus habían desaparecido sin dejar rastro hacía ya casi 2.300 años.

—¡En efecto! —exclamó Zimra, a quien no había nada que le gustara tanto como expandirse sobre su voluntariosa misión—. Estoy preparando un viaje a Abisinia.

—¿En el Alto Egipto? Allí sólo viven negros, ¿no? Ningún judío.

—He encontrado una crónica curiosa de un viajero, Eldad Hadani, también llamado Eldad de Danniet. Afirma ser un descendiente de la tribu de los danitas. Esta tribu habría huido a Abisinia tras las acometidas de los asirios. En sus testimonios hay detalles tan notables que me inclino a creerlo.

—Vaya —añadió Caro interesado—. ¿Y quieres ir a visitar esa tribu?

—¿No es el deber de todo judío volver a congregarse a todas las tribus en Jerusalén para preparar el advenimiento del Mesías? ¿No nos animaba a hacerlo el profeta Isaías?

—Sí —respaldó el juez—, pero es una lástima, porque había confiado en que fueras el sucesor de...

—Querido Caro —le interrumpió Zimra al instante—, soy un hombre que sabe lo que significa la responsabilidad. Cuando mi nombre empezó a correr por la ciudad, aplacé mis planes de viaje por tiempo indeterminado. Cordovero era mi mejor amigo y...

—¿Ah, sí? Sin embargo, yo había oído que estabais enfadados.

Zimra, sorprendido, lo miró fijamente. Por primera vez se despojó de la máscara de jovialidad; pensativo, empezó a hacer ruidos con los labios húmedos y luego retomó su narración con mucho entusiasmo.

—Mira, juez Caro, Cordovero era un buen hombre con quien me gustaba mucho trabajar. Naturalmente, nunca me he considerado un estudiante suyo *strido sensu*. Ya sabes también que durante cuarenta años fui el rabino principal de la comunidad judía en Egipto. Mi libro sobre el sentido místico del alfabeto hebreo...

—Yo pregunto por tu relación con Cordovero —atajó Caro.

—¡Ah, sí! Bueno, Cordovero y yo éramos más bien compañeros. Mis agudas preguntas le abrían a menudo nuevos caminos en el discurrir de sus pensamientos,

pero cuando me contó un día que había aceptado a Jaím Vital como alumno... En fin, hay que convenir que cometió un error garrafal. Jaím era un discípulo recién salido del cascarón, un muchacho que aún tenía mucho que aprender conmigo. El nivel del grupo de Cordovero bajaría muchísimo al admitirle.

— ¿No confiabas en su criterio?

— Tenía demasiada buena fe, juez Caro. Jaím es un manipulador que lo engatusó. Se lo advertí, pero no quiso escucharme, y ya ves que al final llevaba toda la razón, con ese ridículo espectáculo de la nube que...

— Perdona —le cortó Caro—, ¿a qué nube te refieres?

Zimra guardó silencio. Se había ido de la lengua. Les había insistido a los nueve alumnos de Cordovero, en efecto, que cuando fueran interrogados por Caro 110 hablaran de la predicción realizada por el maestro sobre su sucesión. Quiso pasar enseguida a otro tema, pero entonces Yehuda intervino en la conversación.

— Ya sabéis, padre, esa nube que seguía las andas de Cordovero en su entierro.

— Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con el asunto que estamos tratando?

— Nada, en efecto —se reía Zimra mientras respiraba con dificultad—. Nada en absoluto.

En ese momento empezaron a desatarse los rayos y los truenos sobre Safed. La lluvia gorgoteaba sobre el tejado de la sinagoga, lo que les obligó a elevar la voz para poder oírse.

— ¿Qué pasa con esa nube? —preguntó Caro a Yehuda.

— Se dice que Cordovero en su última clase aseguró que su sucesor se manifestaría en una nube durante su entierro.

Zimra echó la cabeza atrás de manera teatral para dejar claro que se trataba de un absurdo chismorreo.

— ¡Eso significaría que el sucesor de Cordovero debería ser ese egipcio! —exclamó el anciano, incrédulo.

— En Safed se cotillea demasiado, Caro —dijo Zimra—. No creía yo que prestaras oídos a esas habladurías en tu calidad de juez.

— ¿Conoces a ese...?

— Isaac. Isaac Luria. Sí, claro, le di clase.

— ¿Y bien?

— Tras la muerte de mi esposa le perdí de vista. Como bien sabes, entonces empecé a viajar mucho para...

— Sí, ya lo sé —le interrumpió Caro impaciente.

—Ayer fui a visitarle. Ahora tiene treinta y seis años, así que está a punto de alcanzar la edad necesaria para empezar con la cábala. Fui a proponerle que reanudara las clases conmigo.

—¿Y aceptó tu ofrecimiento?

—No llegué a verle. Su esposa se negó a ir a su estudio por si le molestaba. ¡Me dejó solo con su mujer y su hija! En verdad, fue algo inaudito. Y te diré aun más: Jaím Vital estaba también allí. ¡Me enteré incluso de que por las mañanas se reúnen en el aula de Cordovero y estudian la cábala! Está más claro que el agua, esos dos traman algo —ahora Zimra estaba perdiendo los papeles por completo.

Caro se encaminó al Arca de la sinagoga donde se hallaban guardados los rollos de la Torá. Posó levemente la mano sobre las puertas artísticamente labradas como si quisiera sacar fuerzas de allí. Entonces decidió lo que cualquier juez ecuánime habría decidido en su lugar: indagar cualquier pista por inverosímil que fuera.

—Considero que lo más apropiado es que tú y tus adeptos asistáis a una de las reuniones de esos dos —sentenció.

—¿Qué? ¿Que vaya a una clase de Isaac? Estás bromeando.

—Quiero que evaluéis su aptitud. Planteadle preguntas capciosas. Ponédselo difícil. Así, en cualquier caso, podremos borrarle con buenos argumentos de la lista de candidatos a sucesor.

Zimra rebosaba de alegría. Eso era lo que él quería.

—Ahora entiendo, juez Caro. Con muchísimo gusto.

17. ללה *Lamed Lamed He: el Dios que te habla en sueños*

Jaím se despertó gritando. Golpeaba con las manos en derredor. El sudor le perlaba la frente y se avergonzó muchísimo del sueño que había tenido.

—Jaím! Jaím! ¿Qué pasa?

—¡No es nada, Ana! —exclamó en dirección a la puerta—. Un mal sueño, nada más.

—Te prepararé una bebida con anís.

Antes de que pudiera decirle que no se molestara, la oyó descender por las escaleras. Por un momento le pareció agradable no estar solo. Se levantó de la cama,

encendió una vela y recogió rápido el cuarto. Le abrió la puerta a Ana y los dos se sentaron a la mesa.

—Bueno, una taza de agua caliente con anís. Eso ahuyenta los demonios —dijo Ana con voz animada—. Me he pegado un susto de muerte, creía que te habían asesinado y me veía buscando otro inquilino como una loca. ¡Ahí va, y ahora estoy aquí sola contigo en tu cuarto! Pero, bueno, aquí también recibes a chicas jóvenes. No se lo he dicho a nadie, aunque casi he tenido que morderme la lengua para no contarlo. Pero ahora tienes que prometerme tú también que no dirás ni una palabra de esta reunión que tenemos aquí.

«En realidad es muy buena persona —pensó Jaím—. Un poco entrometida e inoportuna, pero simpática.»—Sé interpretar los sueños. ¿Lo sabías, Jaím? Cuéntame tu sueño y así podré decirte qué significa.

—No, no hace falta, Ana. Prefiero olvidarlo lo antes posible.

—Los sueños son regalos. Te cuentan secretos. Incluso aunque sean desagradables. Un sueño que queda incomprendido es como una carta sin abrir.

El mismo se daba cuenta de que éste había sido un sueño importante, pero no quería romperse la cabeza intentando descifrar su mensaje oculto. Algunas verdades era mejor no afrontarlas.

—Venga, cuéntamelo, muchacho. Sé que piensas que soy la pregonera municipal de Safed y tal vez lo sea, pero también puedo guardar secretos, ya te lo he demostrado. Mira, mis labios están sellados.

Se quedó mirándola, titubeante. ¿Podía confiar de veras en ella? No conocía a nadie más que le pudiera ayudar.

—Soñé con Francesca... —comenzó vacilante.

—Vaya, vaya —se burló Ana. El la miró enfadado—. Lo siento, continúa.

—Con la visita que me hizo ayer aquí. Ella... Lo siento, Ana, no puedo contártelo, de verdad.

Ella le puso una mano en la rodilla para alentarle.

—Vamos, Jaím. Créeme si te digo que he oído muchas cosas, ya no me extraño de nada. Si supieras todo lo que me cuenta la gente... A veces pienso que no vivo en Safed, sino en Sodoma y Gomorra.

Esto le insufló ánimos. Sabía que Ana conocía todos los secretos de alcoba. Más de una vez se había ido de la lengua con él. Sobre todo con las aventuras adúlteras de la mujer de su compañero Shlomo, que eran a menudo hilarantes. Hacía como que no le interesaban, pero las escuchaba gustoso.

—Francesca se quitaba el vestido y se quedaba desnuda ante mí. Era tan...

—Bella —completó Ana, comprensiva.

—Parecía una sacerdotisa egipcia. El... vello púbico se lo había teñido de rojo, se acercó a mí y me abrazó. El pelo le olía muy bien, igual que el espliego. Me besó, pasándome la lengua por el cuello, la oreja, el pelo, la boca. Me volví loco de excitación, sus manos me palpaban entero, me desnudó. Yo sabía que todo esto no estaba bien y que no podía ser, pero todo mi cuerpo era puro fuego y la razón había desaparecido sin dejar rastro. Yo... no me atrevo, Ana.

La patrona clarividente estaba saboreando la historia, le sonrió cariñosa, y él, acalorado, fijó los ojos en la oscura rendija que se destacaba entre sus dientes.

—Adelante, Jaím. Este tipo de sueños no son tan raros.

—¡Oh, sí que lo son! La tomé en mis brazos y la coloqué aquí, sobre la mesa. Ella... abrió las piernas y la poseí cegado por los instintos. Tenía una nebulosa sobre los ojos. Los cerré. Luego...

—¿Luego? —le espoleó Ana.

—Luego volví a abrirlos y comprobé que Francesca se había transformado en una anciana desdentada que se reía con horribles carcajadas y se tiraba del pellejo y la grasa de sus pechos. Vi sus sangrientas glándulas mamarias y quise retirarme, pero me tenía atrapado entre unas peludas piernas masculinas y su sexo se transformó en una cabeza de lagartija con dientes afilados como cuchillos. Abrió la boca de par en par y quiso morderme, y entonces...

—¿Entonces te despertaste?

—Sí.

Ana asintió, comprensiva.

—Te ha visitado Lilit.

—¿Lilit?

—Sí, la primera mujer de Adán. La mujer a la que expulsó Dios del paraíso por querer ser igual que Adán. Era demasiado para él. Pero ella tramó venganza, mata a niños recién nacidos, y desde el principio de los tiempos acosa a los hombres débiles en sus sueños. Siempre sabe cuándo debe atacar, gravita sobre los hombres que duermen solos, se transforma en una bella virgen que se ofrece, despierta la lujuria y luego muestra su verdadero semblante. Copula unas mil veces cada noche y de esa semilla vertida en pecado pare demonios en el mundo de los espíritus. Hasta el hombre más pío ha sido visitado por ella alguna vez. Se requiere mucha fuerza de voluntad para ofrecerle resistencia. ¿Te has corrido?

—¡Ana, por favor! —gritó Jaím avergonzado.

—Tienes que purificarte.

—¡Ana, déjalo ya!

Ella empezó a reírse tontamente. Miró un momento con malicia la parte superior de las piernas de Jaím, pero éste las cruzó rápido y, nervioso, bebió el agua con anís.

—Pero ¿por qué se confunde con Francesca, que es tan limpia y pura? ¿Qué quiere decir eso, Ana?

Se quedó mirándole con tristeza y le acarició levemente la mejilla.

—Creo que ya sabes la respuesta.

18. יוד ית וואו Yod Jet Vav: el Dios que muestra el otro lado

Jaím no pudo volver a conciliar el sueño tras el preocupante análisis que Ana hizo de su sueño. Volvió a levantarse de la cama, inquieto, y se dirigió al mikvé, el baño de purificación ritual en el cementerio. Tras sumergirse en la gélida agua, se encaminó a la sinagoga. Allí, mientras estaba preparando el aula, le sorprendieron los nueve estudiantes que, capitaneados por Zimra, se apoderaron del lugar de oración como si fueran una banda de ladrones. Por lo visto, los hombres balbucientes habían pasado la noche en vela para celebrar la elección de Zimra. Apestaban a vino barato y cantaban canciones de muy mal gusto. Ridiculizaron a Jaím. Jonathan y Samuel, dos hombres fuertes, le subieron sobre una mesa y el grupo empezó a bailar a su alrededor una danza folclórica al estilo egipcio. Yehoshua llegó a bajarse los pantalones, provocando las carcajadas de los demás, que se partían de risa sobre las mesas.

En ese momento entró Isaac. Los hombres, ya de edad respetable, se pusieron a reír por lo bajo como estudiantes atrapados en falta y se sentaron a instancias de Zimra.

—Bienvenidos, caballeros —saludó Isaac—. Nunca debéis creer algo que no hayáis comprobado antes por vosotros mismos. El que hayáis venido demuestra vuestro valor.

Entonces se puso delante y cerró los ojos por un momento. Estuvo canturreando durante algunos minutos una cancioncilla monótona. Jaím miraba preocupado a su alrededor, pero los estudiantes guardaron silencio y las toses fueron acallándose.

—No declaremos esta mañana puro nada que sea impuro, ni declaremos impuro nada que sea puro. Quiero iniciaros en un misterio de la cábala. Es un misterio impresionante que no comprenderéis. Os pido de antemano que no opongáis

resistencia. Tampoco es necesario que lo comprendáis ahora, no digamos ya que lo creáis.

—Pero acabáis de decir que debíamos analizar todo por nosotros mismos —le interrumpió Shlomo, el pintor.

—Exacto, pero ese análisis se produce dentro de ti y en ningún otro lugar. Profundiza bien hondo primero en tu interior y sólo entonces expresa tu crítica si es que aún la tienes.

Zimra y Yehoshua se intercambiaron una mirada conspiradora.

—El misterio es el siguiente: no hay nada bueno en ti.

En ese momento Abraham entró en la clase, pero Isaac estaba tan concentrado intentando revelar el misterio que no le prestó atención.

—Repito: no hay nada bueno en ti. Si crees que vislumbra una pizca de bondad en tu interior, te estás engañando.

Jaím tuvo la seguridad de que esta lección trataba sobre él. Se sintió mal. Había permitido que le arrastraran los instintos cuando le visitó Francesca. Había engañado a su maestro y tendría que haber protegido a la muchacha de sus instintos animales. Se avergonzó de sus propios deseos y del sueño pecaminoso.

—Toda bondad que nos atribuimos es pura apariencia. Mientras nuestra alma esté manchada, resultará imposible que pueda albergar la perfecta bondad del universo. Sólo podremos llegar a ver el bien absoluto cuando nos liberemos de esa errónea creencia en nuestra propia bondad.

—Por tanto... —dijo Abraham—, ni siquiera redimiendo mi culpa he llegado a realizar nada bueno en este mundo.

Isaac resplandeció.

— ¡Exacto, Abraham! Lo has comprendido.

—Pero si cometí una mala acción, fue porque me incitasteis a realizarla —continuó el hombre indignado.

La tensión podía cortarse en el ambiente. Los estudiantes encontraban en Abraham un aliado inesperado. Su dramática confesión había sido muy comentada en la ciudad el día anterior. Muchos se habían reído al oír que el comerciante de impecable vestuario se había arrojado a los pies de la mujer mora vestido con un saco de yute.

—Tuviste que hacerlo porque habías perjudicado a tu trabajadora, aunque no fueras consciente de ello. Pero no actuaste llevado por la bondad, para hacerle el bien, lo hiciste por ti mismo, querías enmendarte, querías saldar tu deuda, pero en lugar de saldarla, cargaste una culpa en el haber de Fátima. Ella no pensaba pedirte

dinero por el trabajo que había hecho de más, pero tú la obligaste a pedírtelo. Fátima cogió el dinero para que tú saldaras tu deuda y ahora es ella quien está en deuda. ¿Empleará el dinero en su propio provecho o lo donará?

—Supongamos que esa mora se lo queda —dijo Zimra, intentando tirarle de la lengua.

—Entonces descubrirá que no hay nada bueno en su interior, que su supuesta caridad de trabajar horas de más sin pedir nada a cambio no era en absoluto tan desinteresada, pues quizá no había trabajado lo suficiente durante el día, o bien confiaba en conseguir un aumento por parte de su jefe al satisfacer las exigencias de un cliente importante.

— ¿Y qué pasaría si decidiera regalar el dinero? —preguntó Shlomo.

—Algo muy improbable, por lo demás —bromeó Zimra.

—Exactamente lo mismo. Entonces lo donaría por interés personal, para enmendar su conducta, al igual que Abraham. No lo regalaría por bondad, sino por el deseo de limpiar su conciencia.

—Así que, si sigo bien tu razonamiento, Isaac, en realidad no importa mucho lo que hagamos. Hagamos lo que llagamos, estaremos haciéndolo mal —concluyó Zimra.

—Todas nuestras acciones son egoístas, en efecto.

— ¿Y qué adelantamos con esa sabiduría? Si hacemos algo bueno, resulta que lo hacemos por propio interés. ¿Afirmas entonces que sólo podremos alcanzar el bien a través del mal? Entonces lo mejor que podría hacer es ponerme a asesinar. ¡Ten cuidado, Jaím! —exclamó alegre Yehoshua mientras simulaba una estrangulación por encima de la cabeza de su hermano. Estaba seguro de que el triunfo de su amigo Zimra se encontraba al alcance de la mano. Isaac esperó tranquilo hasta que se desvaneció el alboroto.

—Imagínate que alguien hace algún mal a tus hijos. Si los salvas asesinando al autor del mal, ¿eres una mala persona? ¿Y si asesinas al tirano que oprimía y le causaba una pena indecible a tu pueblo? ¿No son éstos asesinatos que sirven a un interés superior?

Los compinches de Zimra rieron a carcajadas para debilitar el objetivo que se había marcado Isaac. La burla no dejaba oír el mantra que retumbaba en la cabeza de Jaím: no fue un asesinato, fue un accidente, un lamentable accidente.

—Si nos tomamos la justicia por nuestra mano, estaremos haciendo el bien. ¿Es lo que quieres decir? —le espetó Zimra indignado.

—No, me refiero a la intención. Hacemos el bien en ese raro momento en que actuamos de manera altruista en completo acuerdo con las leyes del universo. El

instante en que nos superamos a nosotros mismos y no nos preocupamos de la salvación de nuestra alma, sino que actuamos sin reflexionar, dándole algo a alguien de manera desinteresada, con peligro para nuestra propia vida y para todo lo que amamos.

—¿Puedes poner un ejemplo? —preguntó Shlomo, a quien no le parecía en absoluto estúpido lo que decía Isaac.

—Tomemos como ejemplo a Abraham —continuó Isaac—. A él no le purificó el dar ese puñado de monedas de oro, sino el arrepentimiento que sintió. Por primera vez se dio cuenta de que no era un hombre honesto, como siempre había pensado. Se encontró cara a cara con el feo rostro de su codicia. Ese arrepentimiento sincero le ha transformado para siempre. A partir de ahora no dejará de plantearse si ha hecho el bien lo suficiente. Hasta que se convierta en una segunda naturaleza. Hasta que el dar le procure más placer que el recibir. En ese momento, Abraham se habrá visto realmente purificado de sus pecados, entonces desaparecerá de su frente el estigma de Caín.

—¡No te creas lo que está diciendo, Abraham! —exclamó Zimra—. Este hombre va a arruinarte. Toda la ciudad te elogia como un jefe justo que se porta bien con sus trabajadores.

—¡Incluso has contratado a mi hermano! —rió Yehoshua—. Isaac anda detrás de tu dinero.

Todas las miradas se dirigían al hombre de negocios.

—Nunca me he sentido tan bien como cuando le di ese dinero a Fátima.

—Tú sabrás entonces. En cualquier caso, yo ya he oído bastante. Gracias por la hospitalidad, Isaac. Vamos, amigos, marchémonos. —Seis compinches de Zimra se pusieron de pie enseguida, pero Shlomo y otros dos titubearon.

—¡Adelante, muchachos! ¿O queréis seguir escuchando esta cháchara? —los animó Yehoshua.

—Yo quiero quedarme —respondió Shlomo tranquilo—. Creo que aquí puedo aprender algo.

Yehoshua explotó.

—Lo que te pasa es que tienes miedo de llegar demasiado temprano a casa y encontrar a tu mujer con otro tío en la cama.

Jonathan, al que esta observación le pareció demasiado desacertada, se sentó al oírla. Los cuatro rezagados en modo alguno parecían dispuestos a marcharse. Anonadado, Zimra tocó por fin retirada con los cinco aliados a su estela.

Cuando el lugar recuperó la tranquilidad, Isaac se dirigió directamente a Abraham.

—No creas que no fue nada lo que hiciste. En el libro de cuentas del universo tu acción es importantísima. Una mariposa posándose sobre una flor en Egipto puede provocar un terremoto aquí en Safed. Todo influye en todo. Cada purificación que llevemos a cabo en nosotros mismos, por pequeña que sea, tiene un alcance incalculable. Y al final nos daremos cuenta de que el dar nos produce más alegría que todo el oro del mundo.

Abraham sonrió. Era consciente de que aún le quedaba mucho por hacer, pero por primera vez volvía a tener un sueño por el que vivir, un sueño no centrado en su interés personal, sino en la creación de un mundo con más amor.

—Pero —añadió Isaac— ahora te encuentras ante una importante encrucijada de tu vida. Si lo dejas aquí, tus días están contados. Si haces lo que te encomiendo, vivirás veintidós años más.

Abraham, sorprendido, se quedó mirándole.

—Dime lo que debo hacer —dijo decidido.

—Has de ir a Jerusalén, al viejo muro del monte Moria, que ahora se utiliza como vertedero. Esa es la única pared maestra que ha quedado del Templo de Salomón cuando fue reconstruido por Herodes. Vierte tus lágrimas y tus oraciones junto a ese muro como los habitantes de Jerusalén vierten allí sus basuras. Quizá recibas allí el honor de experimentar la presencia divina. Será entonces cuando se te concederán veintidós años más de vida.

Abraham se puso en pie, dispuesto a llevar a cabo enseguida la tarea que su maestro le había encomendado.

—¡Ah, sí, Jaím! —añadió Isaac mientras los demás estudiantes salían también del aula—, ya te dije que mi hija no había venido a este mundo para ser tu mujer. No tiene ningún sentido que sigas mis clases si no concedes ningún crédito a mis palabras. Tendrás que elegir: o Francesca o mis clases.

A Jaím empezó a darle vueltas la cabeza. Elegir a Isaac era optar por llegar al fondo de su alma, esos oscuros antros que preferiría evitar.

19. ❧ Nun Nun Alef: el Dios que oye lo que realmente dices

En ese mismo instante, Caro rodaba jadeando al lado de su joven esposa Rebeca mientras la difusa luz del sol atravesaba los vidrios de colores de la ventana del dormitorio. El secreto de la salud inquebrantable de Caro eran, sin duda, las tres

mujeres que se habían cruzado en su trayectoria vital. Había enviudado dos veces y había sufrido terriblemente, pero el Creador siempre le había vuelto a enviar una mujer encantadora que le reavivaba la alegría de vivir. Ahora que tenía ochenta años, el acto sexual le costaba mucho esfuerzo, pero para él era una cuestión de honor que su esposa de veintiocho años no quedara insatisfecha. Quizá ya no poseyera el ímpetu de la juventud, pero en cambio sabía muy bien lo que excitaba a una mujer. Rebeca no habría podido desear un amante más dedicado. Aún con el gozo en el cuerpo, acariciaba con sus cálidas manos el magro tórax del juez, que subía y bajaba agitado. La espesa mata de pelo rojo, abierta en abanico, descansaba sobre la almohada.

—No me extraña que hayas acabado con dos mujeres —le dijo maliciosa, para besarle a continuación los finos labios.

—Dios mío —se quejó él—, esto de cumplir con las obligaciones de un buen esposo se está convirtiendo en una dura prueba.

—De la que sales airoso —replicó ella—. ¿Una vez más?

—¡Qué dices, no! —gimoteó él—. Tienes que ponerte a trabajar. Dentro de nada volveremos a tener ante la puerta a cientos de hambrientos estudiantes deseando desayunar.

Caro había habilitado una parte de su propia casa, que lindaba con la escuela y la sinagoga, como lugar donde poder tomar la sopa boba, ya que muchos de sus estudiantes apenas podían ganarse el sustento. Bajo la dirección de Rebeca, allí cocinaban a diario para ellos. Poco a poco había ido convirtiéndose también en punto de reunión para los más necesitados de la ciudad, que se mezclaban fraternalmente con los futuros jueces. Sus desdichadas biografías ahondaban en los criterios de los estudiantes a la hora de aplicar la ley. Cada problema que se enjuiciaba tenía muchas facetas. Para emitir un juicio equitativo se requería, además de la estricta letra de la ley, mucha humanidad.

—No te he contado nada de la donación de Deborah ayer —dijo Rebeca incorporándose en la cama. Caro disfrutaba del fabuloso espectáculo que suponían los pechos de su esposa, moteados de pecas.

—¿Deborah? ¿Te refieres a la viuda de Cordovero?

—Sí. Ya sabes que esa pobre coja se había convertido en uno de nuestros huéspedes habituales desde la muerte de su marido. Cordovero no le dejó nada... Bueno, al menos es lo que ella pensaba.

Caro se incorporaba también ahora.

—¿A qué te refieres?

—¡Ahora es rica!

—¿Rica? ¿Había guardado él entonces algún cofre con dinero en alguna parte?

—Eso no, pero es evidente que conserva todas las obras manuscritas de su marido. Pilas y pilas de papel. Ayer fue a visitarla alguien, un hombre que le ofreció una fortuna por esos manuscritos.

—¿Cómo? —gritó él—. ¿Y se los ha vendido?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Y, como muestra de agradecimiento, ha donado una décima parte a nuestro comedor aconsejada por ese hombre.

Caro se levantó de la cama. No sabía qué pensar, pero no le gustaba nada. Los manuscritos de Cordovero le correspondían al sucesor que él iba a designar.

—¿No estás contento? —preguntó Rebeca.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó él a su vez mientras se vestía.

—No se lo pregunté.

—No sé si deberíamos alegrarnos, Rebeca. Hasta esta noche —dijo. Salió corriendo al *mikvé* para purificarse después del trato carnal.

Yehuda estaba corriendo los bancos cuando, una hora más tarde, su padre entró en la sinagoga.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Caro.

—Me parece que están mejor así, padre. Y quizá deberíamos tapizarlos de otra forma. Pensaba en un azul cobalto.

El juez meneó la cabeza. ¿Cómo podría llegar a inculcar en este joven la misma pasión por la ley que mostraba por el mobiliario? En ese momento Zimra entraba alegre con su séquito en la sinagoga.

—*Shalom*, Caro. *Shalom*, Yehuda —saludó Zimra, muy seguro de sí mismo—. Ya he hecho lo que me encargaste. Hemos asistido a una clase de Isaac.

—¡Ajá! —exclamó el juez gratamente sorprendido—. Cuenta, ¿qué os ha parecido?

—Ese hombre es peligroso —respondió el rabino preocupado.

—Tendrían que prohibirle enseñar la *cábala* —completó Yehoshua.

—¿De veras? —indagó Caro con curiosidad—. Cuenta de una vez, Zimra, ¿por qué es peligroso?

—Es desconcertante —respondió con tono aciago—. Si le hiciéramos caso, habría que quemar tu *Shuljan Aruj*. Se cree por encima de la ley. ¡Dijo literalmente que el asesinato puede llegar a ser legítimo!

Caro, conmocionado, se le quedó mirando.

—¿De veras dijo eso?

Encabezados por Yehoshua, los partidarios de Zimra confirmaron la historia con énfasis.

—¿Y el resto de vuestros amigos? ¿Qué les parece a ellos?

Se produjo un silencio incómodo.

—Están todavía en la clase —admitió Samuel por fin.

—¿Así que les entusiasma Isaac? —preguntó Caro sin comprender nada.

—Yo tampoco entiendo lo que les pasa —respondió Yehoshua al instante—. Ese hombre tiene algo hipnótico. Tal vez sea eso lo que los haya cautivado. Mi hermano Jaím, por ejemplo, parece su perrito faldero. Pero si oyeran lo que realmente dice, se convencerían al igual que nosotros de que es un loco peligroso.

—Así pues, vosotros cinco seguís votando de manera incondicional a favor de Zimra, pero cuatro de vuestros amigos y Jaím Vital parecen preferir a Isaac. Eso hace cinco contra cinco. Tengo que pensármelo.

—Querido Caro —terció Zimra tenso—, me parece que ya tienes bastantes datos. Ya va siendo hora de tomar una decisión. —Llenó de aire con dificultad sus débiles pulmones y continuó—: Ya has oído el tipo de afirmaciones tan perniciosas para la autoridad que suelta ese Isaac. Además, ya he pospuesto bastante mi viaje a Abisinia. No puedes seguir dándome largas.

—Yo no te he pedido que abandones tu misión. Si quieres retirar tu candidatura, lo respetaré.

Zimra hizo aparecer de nuevo, como por arte de magia, su más amable sonrisa.

—No, no me refería a eso, por supuesto. Lo único que pasa es que me he vuelto a entusiasmar al contemplar de nuevo los trabajos de mi buen amigo Cordovero. No veo el momento de empezar a corregirlos.

—Así pues, ¿tú eres quien ha comprado toda su obra? —concluyó el juez estupefacto.

Zimra, modesto, se encogió de hombros.

—Confío en que se emplee bien la donación. Y estoy seguro de que llegarás a tomar una sabia decisión. —Estrechó la mano del anciano—. Venga, amigos, nos vamos.

La mano huesuda de Caro buscó apoyo en el hombro de su hijo.

—¿Qué harías tú en mi lugar, Yehuda? —le preguntó cuando los hombres hubieron abandonado la sinagoga.

—¿Yo? A mí ese Zimra me parece un hombre desagradable. Yo iría a hablar con Isaac.

Caro sonrió y se sintió orgulloso por el consejo que le había dado su hijo. Era justo lo que pensaba hacer.

—Venga —dijo—. Tráele el bastón a tu padre. Nos vamos.

20. **מִמַּם** *Mem Vav Mem: el Dios del arrepentimiento sincero*

Caro era saludado con deferencia por los tenderos, que se afanaban montando los puestos en el mercado. Debido a su excesivo trabajo, pocas veces paseaba por la ciudad, pero era muy querido, ya que muchas enemistades había vuelto a convertirlas en amistades. El punto fuerte del juez Caro radicaba en que no le gustaba que nadie perdiera. Su aspiración era que en sus sentencias llegaran a estrecharse la mano las partes en apariencia irreconciliables. Así, el acto de estrechar la mano devino en una experiencia espiritual. Cuando dos palmas se tocaban, dos almas se unían. El procuraba que las dos personas enfrentadas reconocieran su parte de culpa en el problema, para que ambas estuvieran dispuestas a resolver ese problema de una manera justa.

Yehuda ayudaba a su padre durante el largo descenso a los márgenes del barrio judío. Si de vez en cuando quería hacer un alto para examinar telas exóticas en una tienda, su padre le decía bruscamente que no tenían tiempo. Al joven le costaba bastante mantener a su padre en pie. Los adoquines a veces estaban resbaladizos y eran traicioneros, incluso para personas de menos edad que él.

Isaac ya se encontraba esperándolos ante el portón de su casa, blanco como el marfil.

—Yo también habría podido ir a veros, juez Caro. Hay una distancia considerable desde el juzgado hasta aquí. Sed bienvenido.

El anciano y su hijo siguieron a Isaac hasta el comedor. Yehuda se sintió abrumado por la suntuosa decoración de la vivienda.

—¡Mira esa alfombra, padre! ¡Y ese cuadro! ¡Es fabuloso!

Francesca estaba sentada a la mesa del comedor escribiendo una carta a una de sus amigas egipcias. En ella relataba con pelos y señales lo que había ocurrido en el cuarto de Jaím. Levantó la vista, irritada, cuando su padre entró con la visita.

—¿Tengo que irme? —le preguntó.

—No, hija, sigue ahí sentada —la tranquilizó el juez, agradablemente sorprendido por el encanto de la muchacha—. No nos quedaremos mucho tiempo. Yo soy Caro y éste es mi hijo Yehuda.

Los dos jóvenes se saludaron con parsimonia. «Ese vestidito blanco le queda muy bien —pensó él—, pero un pañuelo de colores haría milagros.»—Los negocios van bien, Isaac —dijo Caro, iniciando la conversación.

—A decir verdad, todo el mérito es de mi esposa Sara, que lleva el comercio en la sangre. Es un espectáculo verla tratando con marineros del mundo entero.

—Si es tan encantadora como vuestra hija, puedo imaginarme que será difícil negociar con ella —apuntó Caro mientras le guiñaba un ojo a Francesca—. Por lo visto, ya sabíais que vendría, entonces probablemente sabréis también la razón de mi visita, ¿me equivoco?

—No, no os equivocáis. Lamento que penséis que en mis clases me sitúo por encima de vuestra ley escrita, pues escribisteis un libro de una sabiduría extraordinaria. Vuestra legislación judía, el *Shuljan Aruj*, es una obra que seguirá sirviendo de pauta a las generaciones venideras en el desarrollo de una vida justa.

—¿Lo habéis leído? —le preguntó el juez halagado.

—Sí, cuando vivía en Egipto.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí, en Safed?

—Va para cuatro meses.

—Cuatro meses —repitió Caro—, y ya sois toda una institución. Yo tenía cuarenta y nueve años cuando llegué a Safed desde Adriano— polis, pero me costó mucho más tiempo hacerme un nombre aquí.

—No es tan difícil hacerse un nombre, lo difícil es hacerse un buen nombre; eso lleva mucho más tiempo.

—Es cierto —respaldó Caro sonriendo—. Y de momento no parece que lo hayáis logrado. ¿Es cierto que habéis dicho que el asesinato de personas es una buena obra?

Isaac se rió.

—Tengo seis testigos que así lo afirman —insistió el anciano con rostro serio.

—Sí, por supuesto que lo dije —asintió Isaac confirmándolo—. Pero tendréis que comprender que en mis clases no hablo de las leyes terrenales como vos las impartís con tanta excelencia, hablo de las leyes del universo.

—Lo comprendo —convino el juez Caro—. Sin embargo, por ahora todos estamos aquí en la Tierra. ¿Debería absolveros de asesinato si os defendierais con la coartada de que vuestro obrar era el correcto conforme a las leyes del universo?

—La Torá describe muchas realidades. Vos aplicáis la ley al pie de la letra, tal como nos la dictó Moisés en la tradición oral y por escrito. Eso es también en extremo importante, regula nuestras vidas, procura que nos relacionemos de manera civilizada. Hay reglas que posibilitan una convivencia más agradable.

—Exacto —confirmó Caro—, y ahí no encaja el asesinato, ¿no es cierto?

—La cábala habla de una realidad más grande que la terrenal, donde estamos aprisionados. Naturalmente, aquí debemos castigar y encarcelar a un asesino, pero en un contexto más amplio, que sobrepasa nuestro entendimiento, el asesinato tal vez hubiera sido necesario.

—¿Os referís a que Dios habría querido ese asesinato?

—La comisión de ese asesinato es para el asesino una oportunidad de llegar a un arrepentimiento real. Si comprende de verdad la maldad de su acto y se arrepiente, después respetará la vida de otros por necesidad interior. De esa manera, podría llegar a operar una mejora que supera con mucho su propio interés. Los pecadores contritos son capaces de adquirir grados de concienciación inalcanzables para los más justos. En la contabilidad celestial se valora mucho más el arrepentimiento que la vida burguesa de alguien que se atiene a todas las reglas.

—¡Cómo! —exclamó Caro—, ¿a las personas que no infringen la ley las llamáis ciudadanos inferiores?

—Cuando es el miedo lo que los gobierna, claro que sí. Cuando renuncian a sus sueños porque temen cometer errores. Cuando su objetivo más importante es vivir de forma correcta sin grandes deseos o anhelos. El Creador quiere vernos realizando grandes acciones, quiere que conquistemos y mejoremos el mundo, quiere que seamos como él: creadores de un nuevo mundo.

El juez Caro estuvo un tiempo en silencio tras esta reposada argumentación de Isaac. Su anciano cerebro comprendía la lógica de este razonamiento cabalístico, pero el sentido de la justicia que había desarrollado durante toda su vida protestaba. El problema era que el «arrepentimiento» era difícilmente mensurable. En su sala de audiencias ya había escuchado muchos testimonios de arrepentimiento, en apariencia sinceros, de criminales que poco después volvían a cometer el mismo crimen sin escrúpulos. El arrepentimiento era una carta que se jugaba para la reducción de la pena. Para poder comprobar la probidad del arrepentimiento de alguien, se le tendría que dar la oportunidad de demostrarlo, con el consecuente riesgo de que, una vez puesto en libertad, causara nuevas víctimas. Un tribunal debía servir al interés común y no era la instancia adecuada para predicar el sagrado concepto del perdón.

Isaac se quedó mirándole con indulgencia.

—La fe está por encima de la razón —le dijo sereno, como si pudiera oír la discusión que había mantenido Caro en su cerebro—. La creación no castiga, aunque lleves en tu interior las consecuencias de todo lo que haces. Y aunque esas consecuencias parezcan un castigo, siempre son una expresión amable del Creador que se produce por nuestro bien. Dios está siempre de nuestro lado.

—¿Y la víctima del asesinato? —preguntó Yehuda de repente.

Caro miró a su hijo gratamente sorprendido. Estaba acostumbrado a que asistiera siempre en silencio a sus discusiones. Por lo visto, Isaac le había aguijado el ánimo. Quizá la cábala fuera la jurisprudencia del futuro, la brújula que dirigiera a la humanidad tras haber alcanzado un nivel superior. El propio Caro nunca llegaría a verlo, pero tal vez fuera la cábala el lenguaje de la juventud, de la siguiente generación.

—Una pregunta muy buena —dijo Isaac—. La víctima quizá haya obtenido la oportunidad de realizar su arreglo definitivo en un plano superior. Ha cumplido con la ley de la entrega en su forma suprema, entregando literalmente su vida para ofrecerle una lección a otro.

—Mi padre conseguiría entusiasmar a alguien hasta el punto de que llegara incluso a dejarse asesinar —intervino Francesca alegre.

Caro soltó una carcajada. Luego se levantó con dificultad.

—Isaac Luria, os ruego que aceptéis a mi hijo Yehuda como vuestro discípulo.

El muchacho se asustó. ¿Tendría que asistir a las clases de este hombre? Le parecía aburrido y rimbombante. ¿Debería escuchar a partir de ahora cada madrugada ese tipo de discusiones?

—Juez Caro, le recibiré como si se tratara de mi hijo —Isaac posó una mano en el hombro del muchacho.

Caro estaba conmovido. Por fin había encontrado el profesor adecuado que haría despertar la pasión de su hijo. Los dos hombres se observaron con una mirada de complicidad paterna. Entonces Isaac se dirigió a Francesca.

—Hija mía, permíteme que te presente a Yehuda, tu futuro esposo.

21. **עמם** *Ayin Mem Mem: el Dios de la pasión*

Al sol ardiente de la mañana, Jaím revolvía con movimientos vigorosos la lana dentro de la cuba llena de pintura roja.

El rojo intenso turco se hacía con el polvo de raíces de rubia pulverizadas. Un polvo muy caro, porque el tratamiento de las raíces, hasta llegar a convertirse en tinte rojo, era un trabajo duro y exhaustivo. Trabajo nocturno, además, porque se creía que la raíz perdería su colorido al entrar en contacto con la luz del sol.

Una vez las fibras habían absorbido el color rojo intenso, Jaím retorció las greñas de lana. Cuanta más lana pudiera teñirse en una cuba, más ganancias se obtenían. Después, colgaba la lana a secar. A Jaím le gustaba este trabajo artesanal, pues requería mucha fuerza física y a él eso le relajaba el espíritu.

Estaba a punto de echar un nuevo fardo de lana en la cuba, cuando Francesca apareció de repente ante él y se lanzó a sus brazos sucios de pintura.

—Agárrame fuerte, por favor, Jaím —sollozó—. Será la primera y la última vez.

Temblaba y, contraviniendo todas las normas morales, la apretó contra su cuerpo con fuerza e intentó calmarla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan alterada?

Fátima, la costurera mora que se hallaba cosiendo botones en una mesita fuera, se levantó, cogió su labor y los dejó solos.

—Mi padre me obliga a casarme con Yehuda.

—¿Yehuda? ¿El hijo de Caro? Pero si es...

—Yo no quiero, Jaím. Estoy enamorada de ti. Desde el primer momento en que te vi.

Fátima, que había salido a recoger las tijeras que se le habían olvidado, entró de nuevo corriendo al oír esta declaración.

—Yo también pienso mucho en ti, Francesca —fue lo único que él alcanzó a articular con torpeza.

—Sólo hay una solución. Tienes que comprometerte en matrimonio conmigo. Ahora.

Jaím se desprendió del abrazo, le cogió las dos manos y le dijo:

—¿Que me comprometa yo en matrimonio contigo? ¿Cómo?

—En las leyes de Moisés e Israel está escrito que un hombre puede comprometerse de tres maneras con una mujer: con un anillo como símbolo de dinero, con un documento o con trato carnal —le explicó ella orgullosa. Este plan se le había ocurrido mientras se dirigía a verle.

—Pero, Francesca, no tengo ningún anillo ni tampoco dinero para comprar uno digno de tu belleza.

—No es necesario, Jaím —sonrió un poco decepcionada.

—Pero ir a pedir un documento de compromiso a Caro también es imposible. Se trata de su hijo.

Ella volvió a sonreír. Hasta ese instante él no llegó a comprender lo que pretendía. Se quedó mirándola, asustado.

—Sólo nos queda el trato carnal —dijo ella, poniendo voz a los pensamientos arbolados de Jaím.

—Pero ¿tú sabes lo que dices?

—Jaím, ¿tú me amas tanto a mí como yo te amo a ti?

—Sí, creo que sí. —Enseguida lamentó declarar su amor con tanta torpeza, pero eso no pareció importarle a ella.

—Si nos unimos en presencia de dos testigos, nuestro compromiso será firme, según la ley. Entonces no habrá nada que impida nuestro matrimonio.

Lo dijo con tanta naturalidad que Jaím no tuvo más remedio que reír. Ella le miró imperturbable.

—Pero, Francesca, ésa es una ley antigua de la época de Moisés. Nadie hace eso de manera literal. Bueno, sí, muy raras veces, pero...

—¿No es la ley de Moisés la ley del Creador? ¿Puede pasarse alguna vez de moda? ¿Qué ocurre, Jaím? ¿Dudas de que estemos hechos el uno para el otro? ¡Dímelo entonces sin tapujos!

El estaba sorprendido. Parecía como si su sueño se hubiera hecho realidad. Le abrumaba la apremiante petición de Francesca. Parecía como si fuera la misma Lilit quien estuviera ante él. Le estaba proponiendo justo lo que él tanto deseaba, pero ¿tan rápido y de esa manera? Todo se había acelerado. Por otra parte, ¿cómo se le había ocurrido al padre, su maestro, ofrecer a Yehuda en matrimonio a esta muchacha que para él era más preciada que todo lo que había amado hasta ahora? Que no se la concediera a Jaím ya era bastante incomprensible, pero ¿a Yehuda? ¿Qué clase de maestro era éste que hacía algo tan horroroso?

Se quedó mirando a esa muchacha locamente cautivadora que le clavaba los ojos, indagadores, con el rostro lloroso. El blanco vestido immaculado, mancillado con las franjas de pintura roja de sus manos. ¡Ay, Dios, nunca antes había sentido una excitación semejante por una muchacha! Era suya, le pertenecía, estaba seguro. ¿Era tan estúpida su propuesta? ¿No era la única solución para echar por tierra el plan de su padre? ¿Qué importaba la cábala? Ni siquiera su sueño de escribir el libro definitivo significaba algo si ella no estaba allí para ser la primera en leerlo. ¿No

debería seguir, de una vez por todas, los dictados de su corazón y unirse a ella aquí y ahora para la eternidad?

—Por favor, Jaím. Es nuestra última oportunidad —dijo con un hilo de voz.

Le pareció insoportable que una muchacha tan bella tuviera que rebajarse a implorarlo. Ningún otro hombre se habría resistido. No quería que se humillara así ante él. Exhalaba un olor a pasión animal. El ardor del deseo redujo a cenizas todas sus objeciones.

—Está bien —aceptó.

Una radiante sonrisa se abrió paso entre las lágrimas de Francesca y empezó a comerle la boca a besos. Nunca hubo una unión de bocas que detuviera de esta forma la rueda del tiempo, dando la sensación de absorber todo el espacio que los rodeaba.

Jaím la aupó con sus vigorosos brazos mientras la besaba. Qué cálida y suave era. Esta muchacha era suya. Había nacido para convertirse en su mujer. Él la haría mujer y ella a él hombre. Quiso llevarla a la mesa, al igual que en su sueño. Francesca, voluptuosa, abría las piernas para trepar con ellas alrededor de sus riñones, pero al hacerlo sus pies dieron en la cuba de pintura, que se tambaleó. Jaím perdió el equilibrio, su codo dio el golpe fatal y la espesa pintura de la cuba se derramó sobre ellos en su caída. Francesca gritaba de placer. Estaba empapada de roja sangre. Se lanzó sobre Jaím como una sirena sanguinaria. Su risa sonaba áspera.

Todos los trabajadores salieron del taller al patio interior y se rieron del siempre serio Jaím que ahora estaba chapoteando en un charco de pintura con una muchacha. Sólo Ruth, la anciana mujer de la limpieza bizca, se separó del grupo y apartó a la muchacha del resbaladizo abrazo.

—¡Vamos...! —gritó Francesca con voz ronca a Jaím—. ¡Vamos!

Pero Ruth se la llevó mientras abroncaba a Jaím.

—¿Cómo te atreves, bribón? Esos no son modales, divertirse con una chica soltera y ponerse a sobarla. ¿Y qué mosca te ha picado a ti, pequeña diablesa? Aquí se viene a trabajar. Esto no es un burdel. ¡Menuda putita estás tú hecha! ¡Ya te limpiaré yo a base de bien!

Se la llevó al lavadero tirándole del brazo mientras Francesca gritaba pidiendo ayuda a Jaím, que, desvalido, la veía marchar.

De los ojos de Fátima cayó despacio una lágrima al girarse para entrar de nuevo en el taller, mientras los compañeros se reían.

TERCERA PARTE

Safed, 1570. Otoño, siete semanas después (año 5330 del calendario judío)

22. יוד ה' ה' *Yod He He: el Dios que es padre y madre*

Francesca se pasó unos cuantos días amarrada a la cama. Le habían atado los pies y las manos a los barrotes de madera con resistentes nudos marineros. A Sara, su madre, le parecía terrible, pero terminó por darle la razón a Isaac. Ya no había quien pudiera controlarla, la propia madre era incapaz de reconocer algo de la muchacha que una vez había sido su hija y amiga. En su casa, donde siempre había reinado la armonía, había convertido la vida en un infierno. El llanto, los aullidos y los gemidos incesantes fueron implantando el terror en el hogar de manera paulatina. Todo empezó una mañana, cuando Sara estaba hablando con un comerciante de Italia que quería realizar un pedido importante. Mientras le enseñaba el almacén para mostrarle la calidad de sus mercancías, Francesca surgió de pronto desde el interior de un saco con hojas de tomillo.

—Bienvenido a la casa del diablo —profirió con una voz horrible.

Al comerciante casi le dio un ataque del susto. La joven comenzó a reírse y a volcar algunas estanterías, lo que produjo una polvareda de extractos de especias en la sala, una bruma de un amarillo verdoso que llevaba a pensar en la antesala del infierno.

—¡Jódete a mi madre, italiano cachondón, que lo está deseando! —le gritó al hombre, que se abrió paso a trompicones entre el desorden y no quiso volver a saber nada más del negocio de especias de Sara.

Pero eso sólo fue el inicio del comportamiento insufrible de Francesca. A todas las visitas les metía el miedo en el cuerpo con un lenguaje obsceno, gestos provocativos y agresivas maldiciones. Resultaba imposible recibir a nadie en casa. La criada negra se despidió una noche que encontró a Francesca junto a su cama con un cuchillo y le dijo que, como no echara veneno en la comida de su padre, le iba a sacar los ojos.

Tampoco Isaac, con toda su sabiduría, sabía qué hacer ante los obsesivos impulsos destructivos de su hija. Parecía como si su cabala no tuviera respuestas al explosivo mal de amores. Ella le odiaba y maldecía por lo que le había hecho.

Sara, armada de valor, llamó a la puerta del dormitorio de Francesca. Esta noche se celebraría el noviazgo oficial de su hija y Yehuda. Este último sabbat antes de la boda, el joven recitaría la Torá en la sinagoga. La ceremonia se llevaría a cabo en la sinagoga azul de Caro, quien había manifestado en repetidas ocasiones lo mucho que le ilusionaba ver otra vez a su futura nuera. Después seguirían los festejos en los que Francesca debería ser el radiante centro de atención.

—¡Déjame en paz! —gritó la chica hacia la puerta.

Sara se había preparado para lo peor y aun así entró. Su corazón de madre llevaba semanas destrozado. ¿Qué había sido de su querida niña? ¿Regresaría alguna vez la hija a la que tanto amaba?

Francesca luchaba como un animal atrapado en una trampa. Se agitaba con todas las fuerzas de su joven cuerpo de muchacha y trataba de romper las cuerdas. Parecía infatigable en los intentos de escapar a su cautiverio.

—Francesca, mi niña... —intentó sosegarla Sara.

—¡Yo no soy tu niña, soy la hija del diablo! ¡El diablo que dice que es tu marido y que con su negro semen sólo puede engendrar hijos de Satanás!

Sara ya se había acostumbrado a este tipo de palabras vejatorias y no permitió que la trastornaran. Se acercó a la cama y, cuando quiso ponerle la mano en la frente, Francesca le escupió al rostro con todas sus fuerzas un esputo blanco, pero Sara se había propuesto no dejarse intimidar por nada. Estaba segura de que en algún lugar de esa muchacha diabólica debía estar oculta su amada y pequeña hija, una chica herida que sufría con una pena terrible porque no se le permitía disfrutar de su primer amor.

Sara conocía como nadie la profusa sensación del amor. Había amado a Isaac desde que tenía uso de razón, desde el momento en que se trasladó a vivir a su casa con su madre. Lo había sentido como un reencuentro, como si hubieran estado separados y el destino hubiera vuelto a juntarlos. Pero esa alegría sólo se produjo por su parte, pues Isaac no le prestaba ninguna atención. Era un muchacho serio que sólo mostraba interés por la Torá, siempre estaba estudiando y, mientras leía, Sara se quedaba mirándole durante horas. Intentó acostumbrarse a su indiferencia. Si Isaac no hubiera terminado por caer en sus brazos, tal vez ella se habría sentido como Francesca se sentía ahora. El amor despertaba una desconocida reserva de pasiones. Una persona que ama intensamente carece de freno, Sara lo sabía.

Miró los ojos furiosos de su hija, que parecían querer fulminarla. Intentó ocultar la repulsión y responder a su mirada con ternura, le acarició la hermosa cabellera, negra como el azabache, pero Francesca sacudía la cabeza con violencia para impedirselo.

—Sé lo que sientes —le dijo.

Su hija prorrumpió en una risa histérica.

—¡Soy la puta de Babilonia! —gritó como si la estrangularan—. ¡Nadie sabe lo que siento!

—No —continuó Sara tranquila—, tú eres mi niña amada. Tienes mucha pena. Te sangra el corazón y eso hace que también sangre el mío. Daría lo que fuera por poder quitarte esa pena y llevarla sobre mis hombros, hacerme cargo de tu dolor. Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre. Cada grito de tu corazón desgarrar el mío. Créeme, yo te amo. No hay nadie a quien ame tanto como a ti.

Francesca echaba espuma por la boca y la abundante saliva le corría por los labios. La madre le pasó un paño húmedo e, infatigable, continuó su declaración de amor. De la boca espumeante de su hija ascendió un olor nauseabundo, porque llevaba unos cuantos días sin comer. Parecía como si el amor de su madre fuera sal restregada sobre la herida supurante, intentaba romper las cuerdas con una fuerza que no parecía ser suya, le sangraba la nariz y la entepierna, pero Sara no podía hacer más que cantar el amor por su hija en una oración definitiva. El cuerpo de Francesca se retorció como la cuerda de una cítara que de pronto se rompe con un chasquido por haberla tensado demasiado. Se dejó caer, relajada por completo, y toda resistencia pareció desaparecer de la muchacha, que se quedó mirando a su madre con cara de asombro.

—Mamá —preguntó—, ¿qué pasa, mamá? ¿Por qué estoy aquí, así atada?

Sara la abrazó y rompió a llorar. Habían transcurrido semanas sin poder percibir un asomo de la Francesca a la que había parido. Una niña radiante y feliz que siempre reía y conquistaba el corazón de cualquiera, una hija de la que estaba enamorada.

—¿Por qué estás tan triste, mamá? —preguntó.

—Te quiero, mi niña, te quiero tanto. Te he echado mucho de menos.

—¿Y dónde está papá? —volvió a preguntar con una voz casi infantil.

—Papá está preparando un discurso para... la ceremonia de tu compromiso de esta tarde. No desea nada tanto como que puedas asistir.

—Desde luego —confirmó Francesca—, ¿cómo no iba a estar presente en mi propia fiesta de compromiso? ¿Me pongo el vestido rojo?

A Sara le resultaba demasiado maravilloso. Apenas podía creer que todo volviera a ser normal, que las semanas pasadas, al parecer, sólo hubieran sido un mal sueño que Francesca ya no recordaba.

—¿Te acuerdas del cuento de la Luna enamorada que te contaba cuando eras pequeña? —le preguntó riendo a través de las lágrimas.

La joven asintió.

—La Luna estaba enamorada, tan enamorada que ya no podía ni comer, y fue menguando hasta convertirse en un pequeño puntito. Había adelgazado tanto que se lamentaba: «Ahora soy tan pequeña que ya no tengo sitio bajo mis alas para protegerte. No me mires, Sol, no puedes verme así». El Sol oyó su lamento y salió de su palacio con las manos repletas de magníficos regalos. Se acercó a la Luna y la encontró negra y encogida, había perdido su belleza, pero el Sol la abrazó y la besó...

—Y así la luna volvió a llenarse y recuperó toda su belleza y resplandor — completó Francesca.

—Voy a desatarte —dijo Sara.

Deshizo con destreza el nudo del barrote izquierdo de la cama y se horrorizó al ver los desgarros producidos por la gruesa cuerda en la muñeca de su hija. Besó la herida y luego continuó con el nudo del barrote derecho; pero, mientras lo estaba desatando, Francesca la agarró de repente con su brazo izquierdo y con una fuerza sobrenatural le aprisionó el cuello, intentando privarla de aire. Sara se quedó totalmente sorprendida por esta acción, a la vez que, indefensa, miraba los ojos inyectados en sangre de su hija.

—Mereces morir —pronunció Francesca tranquila—. Una madre que desea a su hija el purgatorio debería arder en el infierno.

Sara ya no podía respirar y su cuerpo parecía paralizado, pero entonces empezó a luchar. Intentó zafarse de las garras de Francesca, pero era como si la fuerza de un golem hubiera tomado posesión de la muchacha. No había ninguna posibilidad de que lograra aflojar un poco la presión en su cuello. Se veía impotente y la falta de oxígeno le cubrió los ojos con un velo negro. «Si he de morir por ti, lo haré con gusto, querida hija», pensó.

En ese instante entró en la habitación Isaac, que, intrigado por la calma, había subido y se había puesto a escuchar junto a la puerta. Se abalanzó hacia la cama y con un vigoroso movimiento logró soltar la presa. Mientras Sara se recuperaba, tosiendo al borde de la cama, volvió a atar el brazo de Francesca al barrote con un nudo marinero doble.

23. מְבֵהָ *Mem Bet He: el Dios del dinamismo*

No había ni un alma por las calles. Todos los judíos se encontraban a esa hora en la sinagoga para celebrar el sabbat. La sinagoga de Caro se hallaba repleta de gente,

porque todo el mundo quería ser testigo de la lectura de la Torá que iba a realizar el futuro esposo Yehuda.

La Torá, que sería su guía en la vida conyugal. Las mujeres llevaban cestas llenas de caramelos, uvas pasas y nueces para lanzárselas después de la bendición. Así manifestaban de manera festiva sus buenos deseos, para que fueran agraciados con una familia numerosa.

Jaím deambulaba por las calles vacías. Ya no celebraba el sabbat. Su vida se había convertido en un infierno en el que estaba recluido sin saber cómo podría llegar a escaparse de él. Le faltaba el ánimo para rezar. ¿Era ésta la bondad del Creador? De ser así, había cimentado el edificio de su vida sobre arenas movedizas. El Zohar era un libro de cuentos para hombres que tenían el riñón bien cubierto, pero a un muchacho como él, en la plenitud de la vida, no le ofrecía ninguna respuesta. Eran disparates teóricos. Palabrería ampulosa que no tenía nada que ver con la realidad.

Ya habían pasado siete semanas desde que dejara de asistir a las clases de Isaac. Había llegado a la conclusión de que ese egipcio era un estafador. Su único objetivo había sido convertirse en guía de los cabalistas mediante estratagemas. Casar a su hija con el hijo del juez Caro había sido una jugada maestra. El compromiso de su familia con la familia del hombre más influyente de Safed le situaba de inmediato en la cumbre.

El propio Jaím no había sido más que un peldaño hacia ese lugar privilegiado. Justo ahora desentrañaba los astutos caminos que había seguido Isaac. Al considerarle el mejor alumno de Cordovero, había decidido utilizarle primero para alcanzar su posición dominante, pero, cuando descubrió que no gozaba de mucha popularidad y que carecía de influencia, le había dejado plantado. Como buen estratega que era, Isaac comprendió que debía ganarse la confianza de Caro y esperó con paciencia el día en que el gran juez fue a visitarle, así no recaerían sobre él las sospechas de una excesiva obsesión por llegar a ser el adalid. Pero Isaac había estado preparándose durante todo ese tiempo para su llegada, por eso le había arrebatado a Jaím de súbito la ilusión de un matrimonio con Francesca. Yehuda debía convertirse en su yerno, ya que, estableciendo un vínculo de sangre con Caro, Isaac tendría el triunfo asegurado. Poco le importaba haber arrojado por un precipicio en su empeño tanto a su hija como a su primer discípulo.

Jaím escuchó el canto festivo en la escalinata de la sinagoga azul. La espera tensa del momento en que Yehuda fuera a leer la Torá se percibía también en la calle.

¡Dios mío, Yehuda! Todo el mundo sabía que era un muchacho que no servía para nada. Una vergüenza para la sabiduría de su padre, un joven que parecía haber nacido en el cuerpo equivocado. Un bobo al que todos insultaban. Hasta que de la noche a la mañana consiguió el cargo de alumno preterido de Isaac. Ahora todos le admiraban. A Jaím le resultaba difícil comprender cómo el juez Caro, cuyos juicios le

habían hecho famoso en todas partes, podía estar tan ciego. Aunque amara a su hijo, debía darse cuenta de que no tenía el más mínimo talento para la cábala.

Durante las últimas semanas no cesaron de comentarle a Jaím la gran noticia. La ciudad no cabía en sí de excitación. Naturalmente, también había llegado a oídos de todo el mundo el revolcón en el baño de pintura. A la gente le gustaba confrontarle en cada esquina con su corazón ensangrentado: «¿Te has enterado ya, Jaím, de que Yehuda va a casarse con la hija de Isaac?». El se había aislado, ya no hablaba con nadie, no se metía con nadie.

Sólo Fátima había intentado animarle ese día, cuando todos los trabajadores se fueron del taller. Jaím hacía la compra en el barrio árabe, porque allí al menos le dejaban en paz, y le abordó en un puesto donde estaba comprando manzanas.

—Tienes tanta tristeza en los ojos... —le dijo con su marcado acento—. ¿No quieres venir esta noche a cenar a mi casa? Cocino muy bien, y mi tío también vendrá.

Había declinado con cortesía la invitación, no necesitaba a nadie. Mientras la seguía con la mirada, meneando la cabeza, vio cómo más adelante la molestaba un hombre corpulento, pero antes de que le hubiera dado tiempo a acudir en su ayuda, preguntándose de qué le resultaba familiar el acosador, un tendero se había acercado al hombre y le había dado un buen porrazo.

Jaím se rió de sí mismo. «Ni que hubiera podido imponerme a ese granuja — pensó—. No sirvo para nada.» Se quedó helado cuando pronto oyó la voz aguda de Yehuda que leía en la Torá un pasaje sobre los hijos de Eva. «Abel se hizo pastor y Caín agricultor. Al cabo de algún tiempo, Cain hizo una ofrenda al Eterno con los productos de la tierra. Abel, también él, sacrificó a los primogénitos de su rebaño y el Eterno se dirigió a Abel, pero a Caín no le dijo nada de su ofrenda: esto enfadó mucho a Caín y quedó desanimado.» Exacto, quiso gritar Jaím, igual que con Caín, el Creador desprecia todas las ofrendas que le he presentado. Mi amor ha sido castigado en lugar de ser recompensado. Se regocijaba con la fantasía de aplastar sangrientamente a Yehuda, como Caín había hecho con Abel. ¿Sería entonces Francesca la única que le aclamaría? ¿O ella ya habría aceptado su destino y dentro de poco, eufórica, empezaría a lanzar nueces a su futuro esposo? Había estado día y noche metida dentro de su cabeza, tenía pesadillas en las que la veía gozando sin cesar de Yehuda, que al final se había revelado como el punto culminante de la virilidad. Aparecían en sus sueños con las fisonomías de todos los animales que llevaba a bordo el Arca de Noé, tales como grullas trompeteras, caballos copulando, serpientes escurridizas. Esas horrendas imágenes eran tan reales que no podía borrarlas de la retina. A menudo ladraba por las noches como un perro atado a una cadena, pero ni siquiera a Ana, que siempre venía a ver qué le pasaba, le abría ya la puerta.

Oyó cómo vitoreaban y lanzaban golosinas a Yehuda. Se puso en pie, resuelto, y tomó una decisión, la única decisión que podía liberarle de estas quemaduras abrasadoras que tenía en el alma. Abandonaría Safed. Para siempre.

24. ללכב *Lamed Caf Bet: el Dios de la misión vital*

En medio del jolgorio que había estallado en la sinagoga, Zimra le dio un apasionado abrazo a Isaac.

—Felicidades, amigo —le dijo—. Te llevas un yerno fabuloso. Me alegra mucho que ya te hayas asegurado una buena posición en Safed. Y, a propósito, ¿dónde está esa preciosidad de hija que tienes?

Antes de que tuviera ocasión de explicar el delicado asunto, Shlomo, apartando a un lado a Zimra en su entusiasmo, felicitó a Isaac.

—Gracias, Shlomo —le dijo el egipcio—. Me gustaría pedirte algo, ¿te gustaría ser testigo de la boda?

—¿Yo? —preguntó el hombre sorprendido.

—Me he encariñado mucho contigo durante las últimas semanas —le explicó Isaac—. Y el cuadro que Sara te compró nada más llegar a Safed significa mucho para mí. Parece como si con el paso de los días fuera revelando más capas, como ocurre con la Torá. Francesca también está muy apegada a él. Esa es la razón.

—¡Ah! —respondió ruborizándose.

—Si se me permite —aprovechó Zimra el silencio causado por la timidez de Shlomo—. Como sabes, compré la totalidad de los manuscritos de Cordovero. Me gustaría regalártelos, Isaac.

—¡Qué generoso!

—A ti es a quien le corresponden, como su sucesor. Además, me voy a ir de viaje y no sabría qué hacer con ellos.

—Gracias, Zimra.

—De nada. Ya me encargaré de que te los lleve Yehoshua. ¡Pasadlo bien!

Zimra se abrió paso entre la multitud entusiasta hasta llegar a la salida de la sinagoga. Ahora sólo le quedaba arreglar los últimos asuntos con Yehoshua y luego podría partir con toda tranquilidad. Su amigo estaba esperándole ante la sinagoga y, juntos, se fueron a casa.

—Te echaré de menos —le confesó Yehoshua tras partir el pan trezado y meterlo en sal.

—Estaré de vuelta dentro de un par de meses. —Zimra escanció una buena copa de vino y recitó la bendición.

—Me admira tu trato con Isaac —dijo Yehoshua—. ¡Y ahora le regalas también las obras de Cordovero!

Zimra sonrió, misterioso, y se bebió todo el vino de un trago.

—Ese donativo sólo es una modesta inversión para el futuro. Isaac me lo devolverá con creces. Quiero confiarte algo —le comunicó con un tono de voz enigmático.

—Cuenta —se dispuso a escuchar Yehoshua, ávido.

—Naturalmente, voy a Abisinia a buscar la tribu de Dan —empezó—, pero además tengo una misión muy importante. En un antiguo manuscrito abisinio, el *Kebrá Nagast*, he encontrado indicios de que el Arca de la Alianza se halla en ese país.

Yehoshua se atragantó con una aceituna.

—¿El Arca de la Alianza? ¿En Abisinia? ¡No es posible! —exclamó mientras tosía. Zimra le dio un par de poderosos golpes en la espalda y luego le puso sus gruesas manos sobre los hombros.

—Tenemos que remontarnos muy lejos en la historia —contó, feliz de poder compartir sus descubrimientos con alguien—. A la época del rey Salomón para ser exactos. Nuestro rey Salomón, que mandó construir el primer templo de Jerusalén con una fabulosa sala en el centro, el sanctasanctorum. Una sala destinada a conservar el Arca de la Alianza, y dentro de esa espléndida Arca, revestida de oro, la ley escrita por el propio Dios, tal como se la entregó a Moisés en el desierto.

Zimra enfatizaba su relato apretando con fuerza los hombros rígidos de Yehoshua. Este disfrutaba de la historia y era como si estuviera viéndolo todo ante sus propios ojos.

—En esa época vivía en Abisinia la mujer más bella del mundo, la reina de Saba, que había oído hablar de la sabiduría legendaria de Salomón y quería conocerle. Emprendió un largo viaje, le colmó de regalos y él resolvió todos los acertijos que ella le iba planteando, así que quedó muy impresionada por la sabiduría del rey, su magnífico templo, en que reposaba el Arca, y sus conmovedores poemas de amor. Los dos se enamoraron y, muchos meses después, cuando ella ya estaba de vuelta en Abisinia, trajo al mundo un hijo del rey Salomón: Menelik. Un hermoso muchacho, un mulato, con las facciones de ella y la sabiduría de él. Todo el mundo le hablaba a ese chico de su sabio padre y fue creciendo en su interior el deseo de conocerle. Al cumplir los veinte años, consideró que ya había llegado el momento y emprendió el

largo viaje. Salomón exclamó: «¡Tú eres mi auténtico hijo!», y colmó al muchacho de amor y regalos. Menelik permaneció un año en la corte de su padre, pero los cortesanos estaban celosos de él y presionaban al rey para que le enviara de vuelta con su madre. «Si queréis quitarme a mi hijo, entonces enviaré también a vuestros hijos a Abisinia», respondió Salomón. Y fue lo que ocurrió. Menelik regresó de nuevo a casa junto con todos los hijos de los hombres importantes de la corte; entre ellos Azarius, el hijo del sumo sacerdote, que fue quien se llevó algo muy valioso de Jerusalén...

—El Arca de la Alianza —adivinó Yehoshua.

—¡Exacto! Y ya llevaban un buen trecho de camino cuando Menelik se enteró. Se quedó perplejo, pues sabía que el mismo Dios era quien vivía en el Arca y sabía que el Arca había hecho invencibles a los judíos, que era la causa de la muerte de miles de personas.

—Sí —completó Yehoshua en éxtasis las palabras de Zimra, al tiempo que realizaba movimientos belicosos con el cuchillo—. Con el Arca como arma derrotamos a los pueblos del otro lado del Jordán. ¡El Arca hizo incluso que se derrumbaran las murallas de Jericó!

—Sí —confirmó el rabino, disfrutando de la embriaguez de esta victoria legendaria. Se sentó frente a Yehoshua, se echó al gaznate una copa de vino y continuó su historia susurrando—: Menelik tuvo sus dudas sobre si debería llevarse el Arca.

—¡Lógico! —exclamó su fiel amigo—. El Arca pulveriza a todo aquel que se acerca a ella. Era peligrosísimo viajar con ella.

—Cierto —dijo Zimra con astucia—, pero como el hijo del sumo sacerdote sólo podía haber robado el Arca con el consentimiento de Dios, Menelik supuso que así lo quería el destino. Azarius había sido iniciado por su padre y conocía el nombre secreto de Dios. El, y sólo él, se encargaría del Arca.

Yehoshua se tranquilizó. Hacía miles de años que todos los judíos habían renunciado a la aspiración de volver a encontrar alguna vez el Arca de la Alianza. Tenían sus esperanzas puestas en el Mesías, pues sólo con su llegada reaparecería el Arca y se reconstruiría el templo de Jerusalén por tercera y última vez.

—Pero —empezó de repente, conmocionado— si esta historia es cierta y encuentras el Arca, entonces...

—Entonces yo seré el Mesías —concluyó Zimra con humildad.

Yehoshua silbó entre sus dientes de oro.

—Ahora comprendo que no estés afligido por no haberte convertido en el nuevo adalid de los cabalistas.

—Creo que Dios lo tiene ya todo planeado —aclaró el rabino piadoso—. El quiere que encuentre a los descendientes del rey Salomón y la reina de Saba, los guardianes del Arca de la Alianza.

Satisfecho, se llenó de nuevo la copa y se enjuagó la boca con la roja zupia.

—Me gustaría poder acompañarte —fantaseó Yehoshua—. ¡Vaya aventura!

—No, ni hablar —replicó Zimra, resuelto, mientras volvía a llenarse la copa—. Tú tienes otra importante tarea que cumplir. En los últimos manuscritos de Cordovero he encontrado una ligera alusión en el sentido de que Isaac ha descubierto el Nombre Secreto de Dios en la Torá. Quien consiga pronunciar ese nombre de manera correcta será protegido y bendecido por el Arca. Al igual que el sumo sacerdote, que era la única persona que podía entrar en el sanctasanctórum y pronunciar el nombre de Dios una vez al año, en Yom Kipur. Tengo que descubrir ese nombre para poner al Arca de nuestra parte. Quiero que sigas asistiendo a las clases de Isaac y prestes mucha atención, a ver si se le escapa el secreto.

—Lo haré con mucho gusto por ti, Zimra.

—Gracias. Aquí tienes la llave de mi casa para que puedas llevarle los manuscritos a Isaac. Eres un verdadero amigo. Hasta pronto.

—Pero si no has comido nada —le advirtió Yehoshua.

El rabino volvió a tomarse un buen trago de vino.

—Lo siento, pero es que no tengo hambre. Estoy demasiado excitado por el viaje de mañana. Que te vaya bien, amigo mío.

Al salir, notó cómo se le había subido el vino a la cabeza. Se veía grandioso. El hombre que devolvería Jerusalén a los judíos. El hombre que ahuyentaría a los musulmanes. El Mesías. Sentía cómo la ebria sangre le corría por las venas. Qué bonito sería compartir esta perspectiva de gloria con una mujer. De pronto se le vino a la cabeza la guapa muchacha que había visto por la tarde en el mercado árabe. Después de haber recibido un buen golpe de un tendero por molestarla, la había seguido a hurtadillas hasta su casa. Sí que tenían mujeres guapas esos moros. «Veremos si todavía me recuerda», pensó riéndose por lo bajo.

25. למה *Lamed He Jet: el Dios del amor al prójimo*

No le resultó nada difícil a Jaím despedirse de su cuarto. Aquí en Safed ya no tenía futuro. Una vez tomada la decisión, se sintió un poco más aliviado. Se iría esa misma

noche, al despuntar el alba. Abraham se daría cuenta de que no iba al trabajo y no tendría problemas en encontrarle un sustituto. A Ana le había dejado el alquiler de un par de meses sobre la mesa, para que así no le perjudicara su partida, además del arcón con libros y manuscritos, su única posesión de algún valor. Quizá pudiera venderlos. Salvo dinero, no se llevó nada más. No sabía a dónde iría.

Descendió la escalera sin hacer ruido. No quería toparse con Ana de pronto, delante, y que le hiciera una escena. Cerró la puerta con cuidado y volvió a mirar la casa en ruinas a la que durante tanto tiempo había llamado su hogar. Ahora ya no sentía nada. Sin Francesca, era una casa como cualquier otra.

Recorrió las callejuelas oscuras de Safed, no precisaba en absoluto visitar por última vez los lugares que guardaban algún recuerdo para él, quería marcharse, todos los recuerdos bonitos se habían vuelto desagradables. El libro se había acabado. Ya había llegado la hora de esa nueva vida que le estaba esperando. Empezaría de cero en otra ciudad. En el anonimato. O quizá vagaría por el mundo el resto de su vida. No le importaba en absoluto, cualquier cosa antes que quedarse aquí.

Cuando se acercaba por la calle principal a la puerta de la ciudad en el barrio árabe, después de haber abandonado el barrio judío, oyó de repente un lamento desgarrador. Aunque su intención era continuar, le sobresaltó la borrosa silueta de un hombre grande que huía. Por un instante se olvidó de sus propias preocupaciones y la suposición de que alguien estaba en peligro le hizo desviarse de su camino.

Con cautela, se dirigió al lugar de donde procedía el llanto. Por una de las callejuelas laterales llegó a una casa cuya puerta habían echado abajo de una patada. Entró. Era una vivienda pobre. Los sollozos venían de arriba. Subió por la escalera y encontró un cuarto totalmente destruido. Una mujer, que yacía en el suelo con la ropa desgarrada, empezó a chillar. En un rincón había un niño berreando. La mujer creyó que había regresado su acosador. Gateó hasta su hijo y se puso a gritar en árabe para que la dejaran en paz. Por un momento Jaím dudó si marcharse, pero fue incapaz de abandonar a su destino a esta pobre mujer desdichada. Intentó granjearse su confianza con las pocas palabras elementales que sabía de árabe. Entonces ella, de repente, exclamó:

— ¡Jaím?

Ahora él caía también. Conocía a esa mujer. Era Fátima, su compañera de trabajo. ¿Qué le había pasado? Sin pensárselo, se quitó el abrigo y se lo dio, volviéndose con discreción para que pudiera cubrirse. Sólo después le preguntó qué había ocurrido.

Fátima se puso en pie y tranquilizó al niño, que estaba totalmente descompuesto. Le estrechó contra su pecho e intentó, con un nudo en la garganta, cantarle una canción de cuna árabe. Entre tanto, se esforzó por relatar a Jaím poco a poco su desgracia.

—Llamaron a la puerta, pero no abrí. ¿A quién se le ocurriría llamar ahora, en mitad de la noche? Los golpes no cesaban, tuve miedo. Mi marido está muerto y me ocupo sola del pequeño. Nos ocultamos en el dormitorio. Luego echaron la puerta abajo y oí cómo unos poderosos pasos subían por la escalera. El pequeño José reveló nuestro escondite con su llanto y, con una patada, derribaron la puerta del dormitorio. Entró un hombre grande. Y... asqueroso.

Fátima se encogió ante el recuerdo de lo que ese hombre le había hecho. Jaím se arrodilló a su lado y notó cómo volvía a calmarse un poco gracias a su tranquilizadora presencia.

—Me hizo cosas infames, yo sólo pensaba en mi pequeño José. «¡Hazme lo que quieras, pero deja en paz al niño!», le grité. Era un animal. Un animal fofo y borracho. Luego me pidió todo el dinero que tuviera, las joyas. «No hay joya que pueda ocultar esa mancha violeta, puta mora», dijo. Ya no tengo nada, Jaím. El regalo de Abraham, que había guardado para el futuro de José, lo encontró también, pero no le permitiré que destruya mi vida. No me queda otra alternativa. Tengo que cuidar de José. Le enseñaré que no importan las veces que caigas, lo que cuenta es las veces que vuelves a levantarte.

—¿Sabes quién es, Fátima? ¿Le conoces? —preguntó Jaím.

—Es un gordo muy grande y repelente. Ya estuvo molestándome por la tarde en el mercado. Debe de haberme seguido hasta casa.

—¡Yo lo vi! Vi que el mercader le dio un buen golpe a tu acosador. Le conozco de algo, pero desapareció antes de que pudiera fijarme bien. ¡Qué terrible, Fátima!

—Es una bendición que estés aquí, Jaím —le agradeció ella mirándole a los ojos. El niño se le había quedado dormido pegado al pecho. Los tres estaban sentados en el suelo. A pesar de lo desagradable, la escena evocaba incluso algo de intimidad. Almas heridas, acurrucadas en perfecta comunión.

—En el bolsillo de mi abrigo hay dinero —dijo él, rompiendo el silencio—. Puedes quedártelo.

Luego se levantó rápido y salió corriendo a la calle. No podía hacer nada más por Fátima. También se sintió muy bien al dejar aquí todo lo que tenía y poseía. Enfiló hacia la puerta de la ciudad. Jaím se estremeció, pero esta vez no por su propio destino.

Una vez traspasada la puerta de la ciudad, pasó por delante del edículo ante el que, no hacía tanto tiempo, se habían pronunciado los panegíricos que ensalzaban a su único gran maestro: Cordovero. En ese lugar fue donde vio la nube gris. En aquella ocasión tenía el pleno convencimiento de que sólo se le había aparecido a él, que se había cumplido su gran sueño, que Cordovero enviaba una señal desde el cielo para señalarle como el más grande de entre los cabalistas. ¿Por qué no había gritado: «¡Mirad, hay una nube suspendida sobre Cordovero!»? Isaac se le había adelantado y Jaím había perdido su oportunidad. Aunque pensó en discutirlo con Isaac, no se había atrevido, y enseguida se resignó a la repartición de papeles en la que al egipcio le tocaba ser maestro y a él alumno. Había caído en la trampa como un estúpido. Qué distinto podría haber sido todo si le hubieran señalado a él como el nuevo maestro. Isaac le habría implorado que se casara con Francesca, porque lo único que le importaba era adquirir prestigio en Safed, y por eso simpatizaba con el partido que pudiera reportarle mayores beneficios: ésa era su estrategia.

Descendió la colina dejando a un lado las lápidas. El cementerio se extendía por toda la ladera de la montaña. Las tumbas de mujeres y hombres sabios estaban pintadas de azul. Jaím meneó la cabeza, sin dar crédito, recordando cuántas veces había fantaseado con una vida en extremo piadosa que le hiciera merecedor de una lápida azul. A cambio del amor por Francesca firmaría ahora mismo donde fuera para yacer bajo grises peñascos.

De repente, oyó un chapoteo un poco más adelante, seguido al instante por el alboroto de alguien que salta con tuerza dentro y fuera del agua. En las inmediaciones del cementerio se encontraba el *mikvé*, el baño ritual esculpido en la roca. Alguien que iba a purificarse a estas horas debía de tener muy mala conciencia. ¿Podría ser el violador de Fátima? Tuvo miedo, pero decidió ir a comprobarlo. Si se trataba del criminal, tal vez pudiera recuperar las posesiones de su compañera de trabajo mientras estaba bañándose. Jaím no era ningún héroe, pero llegado a este punto de la vida poco podía importarle el peligro. Intentó moverse entre las piedras con tanto sigilo como le fue posible para alcanzar el *mikvé* sin ser visto, pero tropezó con un guijarro y el hombre, que se encontraba dentro de la piscina, giró la cabeza.

— ¿Jaím? ¡Ven aquí, Jaím! No tienes por qué tener miedo.

Se acercó con cautela, pero, cuando vio quién era, palideció. Habría preferido estar frente al ladrón. Quiso darse la vuelta de inmediato.

— Soy yo, Isaac. No te vayas.

Jaím se volvió.

— ¿Eres tú quien robó a Fátima? —le preguntó, desabrido, mientras se dirigía al borde de la piscina para registrar su ropa blanca, esa ridícula ropa blanca que se ponía cada sabbat. Jaím había visto con espanto cómo los alumnos que primero le

eran fieles a Zimra ahora se vestían de blanco en sabbat siguiendo su ejemplo. En los bolsillos no había nada fuera de lo normal.

— ¿Dónde has escondido el botín?

Isaac se rió.

— Jaím, ¿qué te pasa? ¿De qué estás hablando? — quiso salir del baño, pero el joven le pisó la mano, así que volvió a sumergirse.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Isaac?

— Vengo aquí todas las noches. Antes de dar la clase, me doy siempre un paseo por el cementerio para coger fuerzas. Aquí hay muchos hombres sabios enterrados, algunos olvidados ya hace años. Me tiendo sobre sus tumbas con las piernas y los brazos estirados y la cara dirigida hacia sus rostros. Así se une mi alma con las suyas. Ellos me ayudan.

— Quien toma un baño ritual a estas horas sólo lo hace después de haber mantenido trato carnal con una mujer —le reprochó Jaím, impotente. Algunas semanas atrás, él mismo había reconfortado aquí su alma por la noche para combatir los malos sueños.

— Es cierto —dijo Isaac—. ¿No es el deber de todo hombre judío unirse con su esposa el sabbat?

Jaím le cogió la ropa y la alzó por encima de su cabeza para lanzarla al agua.

— Por última vez, Isaac, ¿fuiste tú quien desgarró las vestiduras de Fátima?

— ¿Tú qué crees?

Bajó los brazos, sabía que le estaba acusando de algo absurdo, pero este hombre le horrorizaba tanto que le imputaba todos los pecados del mundo. Tiró la ropa al suelo, escupió en el agua y se fue.

— Jaím, has hecho una gran labor. No es casualidad que ahora hayas venido a buscarme.

Se detuvo. ¿De qué gran labor estaba hablando?

— No sé qué habrás hecho, pero tu alma ha salido por la puerta. Mientras el mundo entero giraba en torno a ti, has decidido sacrificarte. Te has sublimado. Has llegado a un gran arreglo en tu balanza del bien y del mal.

Se volvió hacia Isaac.

— ¿Por qué me has hecho esto? Yo la amaba. Tú, que todo lo sabes, también sabías que la quería, ¿no es cierto?

Isaac salió de la piscina. El agua fría le recorría el vigoroso cuerpo.

—Sólo os unía el deseo carnal, Jaím. El deseo sexual debe ser un anhelo de unión entre la chispa de lo divino en uno y la chispa de lo divino en el otro, para manifestar así juntos en la Tierra una unidad celestial. Cuando dos almas se reconocen realmente, son como un hombre que reconoce su imagen reflejada en un estanque. Tú no amabas su alma, amabas su joven cuerpo de mujer.

—No es cierto. Yo la quiero. Nunca he amado a nadie como la amo a ella.

Isaac se le acercó y le cogió la cara con sus enormes y poderosas manos.

—Jaím, has pasado las últimas semanas en un gran vacío, has dejado de estudiar, has permitido que se cubrieran de polvo los libros que siempre te han alimentado el alma, estás consumido por la ira y la envidia, sólo querías a Francesca para aplacar tus apetitos.

—Porque ella forma parte de mí, Isaac, porque es mi alma gemela.

—Acabas de despertarte del vacío justo a tiempo, Jaím. El sabbat nos ofrece la oportunidad de hacer un alto en la vida para reflexionar sobre nuestra existencia diaria y dirigirnos de nuevo al Creador, pero está escrito: «Quien atenta contra el sabbat debe ser ajusticiado de forma implacable». Tu vacío era una profanación del sabbat y la pena de muerte se cumplió por sí sola. Tu alma se desangró. ¿Qué has conseguido, Jaím?

El muchacho sollozó y cayó de rodillas al suelo.

—Nada. Quiero irme de Safed. Ya no tengo nada. Todo lo que tenía se lo di a una mujer que lo necesitaba más que yo, a Fátima.

—Agradéceselo, Jaím. Lo que le has dado es mucho más provechoso que todas las súplicas que le diriges al Creador. La auténtica bondad es hacer algo que no estabas obligado a hacer. El te ha oído. Ahora que has conciliado todos tus deseos con la entrega, que es el único deseo del Creador, todos tus deseos te serán concedidos.

—Pero ya no tengo nada, ninguna posesión, ninguna razón por la que vivir, ninguna mujer a la que amar, nada.

—Todos tus deseos se cumplirán en mayor medida de lo que habrías podido imaginar. Has sido bendecido, Jaím —habló tranquilo Isaac—. Eras un cochero dormido con un caballo cojo y un carruaje desvencijado, pero ya te has despertado. Ahora has de procurarte un caballo y un carruaje para poner rumbo a la vida, no en vano tu nombre significa «vida». Cuando te descubras en tu nombre, te convertirás en tu propio cochero y guiarás las fuerzas universales. Cada vez que alguien pronuncia tu nombre obtiene una intensa experiencia, obtiene una revelación de tu propio misterio. La esencia de la vida de alguien se halla contenida en su nombre. La combinación de las letras indica cuál es la misión de una persona en la vida. Así irás creciendo hasta que llegue un día en el que seas auténticamente Jaím: La vida. El árbol de la vida: *Etz Jaim*.

—¿Qué me está pasando, Isaac? Desde que entraste en mi vida todo ha devenido en un desastre. ¿Qué te mueve? ¿Por qué me haces esto?

Isaac se sentó junto al agua.

—Créeme, tengo las mejores intenciones para contigo. Los sueños que he depositado en ti son mayores de lo que te atreverías a desear en tus más osadas fantasías. Tú transformarás el mundo con la misma fuerza con que Moisés dividió en dos el mar. Vamos, desnúdate. Sumergiéndote en esta agua podrás regresar a tu fuente, así podrás experimentar por ti mismo el renacimiento que supone un *mikvé* a estas horas de la noche.

Jaím se quitó la ropa con apatía y se acercó al borde de la piscina. Sin pensárselo mucho, saltó a ella. El agua fría de la montaña le encogió el corazón, se hizo un ovillo en el fondo y, a continuación, se impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas. Lo repitió siete veces, según la costumbre ritual. Sintió cómo el oxígeno le recorría el cuerpo, el agua pareció ahogar por un momento todas sus penas y, estornudando, miró a Isaac, que sonreía al borde del agua. Saltó sobre él y le hizo una aguadilla.

—Esta te la debía. ¡Por haberme lastimado la mano!

Por primera vez, apareció una leve sonrisa en los labios de Jaím. Todavía no sabía si podía confiar en ese hombre. ¿Por qué había entrado en su vida? Isaac pareció leerle el pensamiento.

—Acompáñame a clase, Jaím, te he echado de menos.

27. *Lamed Alef Vav: el Dios que ahuyenta el mal*

Jaím accedió a ir con Isaac a la sinagoga. Los alumnos se sorprendieron al ver que regresaba al aula y, distantes, le saludaron.

—A partir de hoy, en sabbat nos confesaremos mutuamente nuestros pecados — comenzó Isaac la clase—. Si reconoces tus faltas por propia iniciativa, desanimas al mal a seguir proliferando en tu interior. Un grupo como el nuestro es un lugar seguro para sincerarse. Aportará alegría y consuelo a nuestros corazones.

Una oleada de fastidio recorrió el grupo. Los pecados se comparten quizá con tu mejor amigo, a veces con tu mujer, pero ¿con un grupo?

Isaac continuó:

—Todos nosotros procedemos de la misma fuente. Todas nuestras almas unidas conforman a Dios. Nos identificamos de tal manera con nuestro cuerpo que pensamos que estamos solos, que debemos luchar por el bienestar de nuestro ser individual, que por eso debemos causarle daño al prójimo. Al compartir, descubriremos lo mucho que nos parecemos, nos daremos cuenta de que siempre redundará en nosotros el mal que hagamos a otro. Pero, lo más importante, comprobaremos que nuestras buenas acciones devendrán en la mayor bendición para nosotros mismos.

Los hombres se sintieron incómodos. Se habían acostumbrado a escuchar durante las clases sin que se les exigiera ninguna participación, pero ahora parecía como si Isaac los despertara a sacudidas, debían abrir su interior hablando de algo de lo que a nadie le gustaba hablar, como si la teoría se convirtiera de repente en práctica. A nadie le agradaba exhibir sus debilidades.

—Yehuda, ¿quieres empezar tú? —preguntó Isaac.

Fue uno de los raros momentos en que Yehuda estaba despierto.

—¿Mis pecados? ¡Madre mía, necesitaría un par de días para contarlos todos! — intentó zanjar el asunto con una broma.

Isaac se quedó mirándole, expectante. El muchacho no vio posibilidad de escapatoria.

—Bien. Si de veras queréis saberlo, mi mayor pecado tal vez sea la mala opinión que tengo de vos. Vuestras clases me resultan soporíferas, no entiendo nada, y tampoco parece que os importe mucho si me quedo dormido o no. Sólo vengo porque me obliga mi padre y por el matrimonio que ambos habéis arreglado. También esa boda me produce pesadillas, Francesca es una chica estupenda, pero no me atrae. Me siento como una pieza de ajedrez en vuestro juego de poder. Por no hablar de lo significativo que resulta el hecho de que vuestra hija no estuviera presente en su propia fiesta de compromiso.

Todo el mundo se quedó petrificado mirando a Yehuda. Nadie lo habría esperado de él. Le había soltado de golpe lo que todos habían pensado alguna vez.

—Muy bien. Me alegro de que seas tan sincero —le agradeció Isaac.

Había una curiosidad enorme por ver cómo reaccionaría el maestro, pero en absoluto pareció inmutarse.

—No me había pasado inadvertido que mis clases no eran tu ocupación favorita. Soy también de la opinión de que lo mejor sería que ya no vinieras más. Existen muchos caminos hacia el Creador, y considero estupendo que tu senda sea distinta de la mía. Estoy seguro de que aquí hay más personas que se aburren, que no comprenden lo que digo, pero que siguen viniendo porque les reporta un prestigio. Me parece insensato asistir durante horas a clases que no comprendes. La fe está por

encima de la razón, y a tu fe no le pasa nada malo, Yehuda, eso lo supe desde el primer momento en que te vi.

El muchacho quedó sorprendido ante la serena reacción de Isaac. Su dignidad había quedado intacta y el maestro no le trató como a un estúpido incapaz de comprender nada.

—En lo concerniente a tu boda de mañana con Francesca, sólo esto: ni yo ni tu padre os hemos juntado, lo habéis hecho vosotros mismos. ¿No fue idea tuya visitarme?

Yehuda admitió que, en efecto, le había propuesto a su padre ir a visitar a Isaac, pero su intención no había sido ni mucho menos la de encontrarse con su hija. Ni siquiera la conocía.

—No fue tu intención consciente, pero sí la de tu alma. Al igual que el alma de Francesca se sintió llamada a quedarse allí en nuestro primer encuentro. De todas formas os habríais conocido, incluso si nos hubiéramos quedado en Egipto, el destino os habría juntado algún día a los dos. Comprendo que te preguntes quién soy yo para poder asegurarlo. Mi única respuesta es: un alma vieja que lo sabe.

—Pero si ahora no se quieren... —se lanzó Jaím lleno de esperanza. Nunca se había parado a pensar que el curso de los acontecimientos podía desagradarle tanto a Yehuda como a él. Por primera vez sintió simpatía por el muchacho que aparecía en sus sueños sólo como un repugnante animal mitológico.

—Tú lo sabes muy bien, Jaím —le respondió Isaac con paciencia—. Yehuda y Francesca son muy proclives a las pasiones físicas. En esta vida tienen la oportunidad de profundizar juntos en ellas. Son almas jóvenes, no tiene nada de malo, y han optado incluso por ir un paso más allá. Afortunado el hombre que transita por la senda de la verdad y su alma llega a encontrar a su compañero de vida primigenio. Allí hallará su perfección, que bendice al mundo entero.

—Salvo a mí —dijo Jaím.

—También a ti te aportará bendiciones este matrimonio. Te acercará a tu alma gemela. Quiero pedirte un favor especial. ¿Quieres ser el segundo testigo de Francesca en la boda?

—¿Qué? —exclamó él. No se creía lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía seguir humillándole así? ¿Cómo podría prestarse a dar fe de un amor que no era amor, de un amor que sólo a él pertenecía?

—No tienes que responder ahora. Sólo te pido que reflexiones a fondo sobre ello.

—¿Y quién dice que no os habéis inventado esa afinidad de espíritus para unir vuestra familia a la del juez Caro? —se inmiscuyó Datán, uno de los discípulos, en la discusión.

—Cómo te atreves a decir algo semejante de nuestro maestro —le reprendió Yehoshua, indignado. Como le había pedido Zimra, estaba intentando ganarse el favor de Isaac con la adulación. El dolor que sufría su hermano Jaím, debido a su amor imposible por Francesca, le proporcionaba un extraño placer.

—Datán, la única razón de venir a Safed fue conocer a Jaím. Yo llevaba una vida estupenda en Egipto, pero recibí una señal. Siempre hay que prestar atención a las señales. El destino de Jaím y el mío están unidos de manera indisoluble. El es el único que comprende realmente mis lecciones. De hecho, las clases sólo las doy para él.

El joven se ruborizó. No sabía que Isaac le considerara tan importante.

—Quiero que te conviertas en el escritor de mi conocimiento, Jaím.

—¿Qué?

—Yo no tengo paciencia para escribir —le aclaró Isaac—. La rapidez de mis pensamientos no se corresponde con la lentitud de mi mano. Antes de que se hubiera secado la tinta de la frase que estuviera escribiendo, mi cabeza ya habría llegado al final del capítulo. Tú eres un escritor, por eso era preciso que nos encontráramos.

Jaím se quedó de una pieza. Esta era la oportunidad con la que había estado soñando durante toda su vida. Quería escribir el libro que convirtiera el conocimiento de la cábala en algo inteligible para la humanidad, pero le faltaban los conocimientos. Este profesor tenía lo que él andaba buscando, pero era incapaz de escribir. Sin embargo, no pudo reprimir del todo su desconfianza sin más y preguntó adusto:

—¿Y ésa es la razón por la que os mudasteis a Safed?

—Sí, aunque por entonces todavía no lo supiera. Cuando un anciano te insinúa algo, debes prestarle oídos, aunque no comprendas por qué. Así pues, créeme, Datán, quién empuña el cetro en Safed no es algo que me haya fascinado nunca. Ni siquiera ahora que soy yo mismo quien lo empuña.

La adulación a Jaím y el desprecio hacia la jerarquía de Safed excitó el resentimiento de Datán y de alguno de sus compañeros.

—En mi opinión, lo complicáis todo de forma deliberada, porque ni siquiera vos tenéis ni idea de lo que habláis. ¿No es el maestro verdadero aquel que puede llegar a hacer comprensible lo incomprensible? —preguntó desafiante.

—Tu maestro tal vez sí, Datán —respondió Isaac—. Quizá tu maestro no te haya encontrado todavía.

—Yo ya no necesito estas clases. Tienes razón, Yehuda, son bobadas.

Datán se levantó haciendo mucho ruido y le siguieron Abiram y algunos estudiantes que durante las últimas semanas no dejaban de preguntarse qué estaban haciendo luchando una mañana tras otra contra el sueño.

—Admiro vuestro valor —dijo Isaac—. No es fácil atreverse a seguir el propio camino. Deseo que encontréis lo que andáis buscando.

Entonces Yehuda se levantó.

—Creo que yo también voy a irme, maestro. Ya sea por culpa del Creador o por culpa vuestra y de mi padre, mi matrimonio es inevitable. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda —dijo.

—Sabias palabras, Yehuda. Demuestras ser un hombre al no eludir tu destino.

—Es la primera vez que alguien me llama hombre —respondió el muchacho sonriendo.

28. **רש** *Resh Alef He: el Dios de los errabundos*

Era la víspera de la boda. Después de que sus padres hubieran salido de casa para celebrar las últimas horas del sabbat en el campo que había justo a las afueras de la ciudad, Francesca empleó todas sus armas de aparente inocencia con la nueva criada. Al final, logró convencerla de su arrepentimiento. No deseaba nada en el mundo tanto como ir al *mikvé*.

—Me gustaría muchísimo purificarme para mi boda de mañana —le había implorado—. ¿No es acaso la obligación de toda novia judía?

La criada la soltó y, conmovida, la ayudó a preparar todos los útiles para el baño.

—Deberíais poder dejar a un lado todas las miserias —le dijo—. Vuestros padres estarán orgullosos. —Pero la futura novia no tenía ninguna intención de acudir al baño de purificación. Escapó y fue a ver a Jaím.

—¿Por qué no hiciste nada? —preguntaba Francesca una y otra vez a Jaím.

El no sabía qué responder, le habló de sus semanas sin vida y de cómo se había convertido en el blanco de todas las burlas, cómo su única ocupación se reducía a fantasear con ella día y noche, cómo se había quedado escuchando en la escalinata la lectura de la Torá realizada por Yehuda y había decidido entonces abandonar la ciudad, cómo Isaac había conseguido convencerle para que desistiera y le había pedido que escribiera el libro que abarcará todo el conocimiento que le transmitiría, el libro con el que había soñado durante toda su vida. Tal vez hubiera sido cobarde, sí. Quizá tendría que haber ideado algún plan, raptarla o tal vez firmar un pacto con Yehuda, pero no había hecho nada. Ahora, la última noche del fatídico día, comprendía por qué.

—Quizá mi padre tenga razón —continuó ella—. Quizá no me ames realmente. ¿Te enamoraste sólo porque me ofrecí a ti? Pero para mí fue algo más, mucho más.

—No digas eso, Francesca. No tengo palabras para describirte cuánto he sufrido.

—¿Y ahora? —le preguntó desafiante—. ¿Ahora que tienes la posibilidad de cambiar el signo de la suerte? A fin de cuentas, todavía no estoy casada.

Se quedó mirándola, asustado. ¿Había vuelto a pergeñar otro plan? Esta chica 110 dejaba de sorprenderle. Era mucho más valiente que él. Tal vez por eso mismo no la mereciera.

—Llévame a Jerusalén. O a El Cairo. O adonde sea. Te seguiré a todas partes.

Se le encogió el corazón. En efecto, así de simple era. Podían salir juntos de la ciudad. Estar juntos. Para siempre. Labrarse un porvenir en una nueva ciudad. El destino le estaba ofreciendo una oportunidad, una oportunidad que podía aprovechar. Sería su hombre por siempre. La amaría día y noche.

—¡Ay, Francesca...! —suspiró acercándose hasta ella y estrechándola con un abrazo intenso. Olió su cabello perfumado, con el que tanto había soñado, sintió ese cuerpo suave y excitante pegado contra el suyo. Esa muchacha había sido creada para él. No había nada más importante en su vida que seguir los dictados de ese amor, viviría su propia leyenda, pagaría el precio de sus sueños. ¿No triunfaba el amor por encima de todo? La miró a los ojos, que refulgían, y llevó su boca despacio a la de ella, que se abrió anhelante. Exploraron con las yemas cié los dedos cada poro de sus rostros, sus corazones ardían. Se restregaron las pelvis, excitados, como si fueran dos pedernales chispeantes. La pasión se veía avivada por la aventura que les aguardaba. Jaím se sentía como Sansón, capaz de romper cualquier sogas igual que si estuviera siendo devorada por las llamas. Y aunque Francesca representara acaso a Dalila, que le privaría del cabello y, con ello, de la fuerza, por ella estaba dispuesto a morir. Le levantó el vestido rojo con ávidas manos y sintió la lisa y ardiente piel de su espalda.

Entonces llamaron a la puerta.

—Ana —susurró Jaím.

—No abras —siseó Francesca.

—No te preocupes, es de confianza, de veras —la tranquilizó mientras se dirigía a la puerta.

—Hola, Ana —saludó Jaím, acalorado—, he decidido seguir por fin los dictados de mi corazón. Francesca y yo vamos a fugarnos. Partiremos esta noche.

—Vaya —dijo Ana con tono adusto—. Eso hay que celebrarlo. Tengo vino en casa.

Se sentaron en torno a la mesa de Jaím. Este y Francesca no se soltaban ni un momento jugueteando con las manos, acariciándose el pelo y la espalda, y besándose tanto si venía a cuento como si no.

—¿Queréis que os lea el futuro? —preguntó Ana.

—No —reaccionó Francesca asustada—. Da igual lo que esté escrito en la palma de nuestras manos, a partir de ahora seremos nosotros quienes decidamos nuestro propio destino. Confiamos en la misericordia del Creador. El es el único que puede volver a reescribir lo que ya está escrito en las estrellas.

—Pero no nos habría regalado líneas en la mano si no pensara que podían indicarnos la dirección de nuestra vida, ¿no? Acaso estén ya esos acontecimientos escritos en la palma de nuestras manos —propuso Jaím— y nos ofrecerá entonces mayor fuerza y apoyo.

—¿No sacas ya suficiente fuerza de nuestro amor? —preguntó ella con brusquedad.

—Pero si no importa, Francesca. Nuestra decisión ya está tomada —concluyó él, ofreciéndole la mano a Ana.

Francesca soltó a Jaím y miró hacia otro lado. No quería tener nada que ver con eso. La casera se quedó mirando durante un buen rato la palma de la mano, acariciando suavemente las líneas con los dedos, pero sin decir nada. Jaím vio que se le humedecían los ojos y se le removieron las tripas. ¿La escritura de un libro era entonces más importante que el amor de tu vida? ¿El fundar una familia no era una tarea sagrada que estaba considerada como el más destacado mérito que un hombre podía conseguir?

—¡Adelante, Ana! ¡No me tengas en vilo tanto tiempo! ¿Qué ves?

—Francesca tiene razón. Esto no servirá de nada. Ya habéis tomado vuestra decisión. Un sueño hay que seguirlo contra viento y marea.

—Tenemos que irnos, Jaím. Me echarán en falta y vendrán a buscarme, debemos darnos prisa.

Francesca se levantó y se dirigió con decisión a la puerta.

Jaím miró a Ana interrogante, quería su confirmación, su bendición en el sentido de que habían tomado una decisión sabia. La mujer no quería influirle, intentaba mirarle con la máxima neutralidad posible, pero acabó negando con la cabeza sin darse cuenta.

—Vamos, Jaím, ¿a qué esperas? —insistió Francesca.

Ana se quitó el amuleto que llevaba siempre y lo colgó en el cuello del joven.

—Los tres ángeles de este amuleto te protegerán. Ahora vete.

El le dio las gracias y se dirigió a la puerta.

—Ten cuidado con Lilit, Jaím —le dijo Ana en voz baja.

El miró asustado a Francesca y, de repente, dejó de tener ante sí a la muchacha joven y fascinante para descubrir a la mujer vieja y desdentada con los pechos desgarrados.

—¡No la escuches! —sonó su áspera voz.

La mujer desdentada sacó la lengua y la llevó al rostro de Jaím, que estaba muerto de miedo.

—Te quiero. Fóllame. Quiero tu semen.

La mano huesuda le acarició el sexo.

A él se le escapó un grito y propinó una bofetada a la vieja, pero fue Francesca después la que yacía contra la jamba de la puerta, con la cabeza ensangrentada.

—¿Te has vuelto loco? —le gritó—. ¡No escuches a Ana! ¡Te ha embrujado! ¡Ella es Lilit!

Miró a Ana, que a su vez tenía la mirada perdida en la lejanía, como si estuviera protegiéndose del mal.

—¡Sé un hombre! ¡Tómame! ¡Tómame! —Francesca tenía voz de borracha, sus dulces ojos escupían fuego y se levantó el vestido, abriendo las piernas peludas para él.

—¡Vete, Francesca, vete! —bramaba Jaím mientras intentaba echar a la muchacha del cuarto a empujones, pero ella tenía la fuerza de un hombre vigoroso y luchaba. Le tiró de los pelos mientras ella le arañaba y mordía allá donde podía. Ana, inmóvil, contemplaba el espectáculo.

—Te quiero, Jaím —seguía repitiendo—. Aunque sólo sea una vez, quiero tenerte dentro de mí, quiero llevar tu sierpe en mi interior, quiero ordeñarte, Jaím.

Descargó sobre ella una fuerte bofetada que hizo que empezara a sangrar por la nariz, pero Francesca continuó riendo tontamente, como una inocente colegiala.

—Sí, hazme sangre, Jaím. Haz que mi sangre de virgen corra por ti. Hombretón.

Una niebla cegadora le enturbió la vista y Jaím olvidó que estaba luchando con la muchacha a la que tanto amaba. La arrinconó, la alzó mientras pataleaba, escupía y profería obscenidades, y se la llevó al descansillo. Descendió con ella por la escalera, mientras chillaba y luchaba como una leona, y la lanzó a la calle con todas las fuerzas que aún le quedaban. Volvió a cerrar la puerta de golpe. Francesca se incorporó enseguida y se puso a aporrearla como una histérica. Jaím salió huyendo, escaleras arriba, y corrió hacia su cuarto. Allí seguía Ana, todavía inmóvil. Iba a mirar por la ventana para comprobar si Francesca todavía estaba ahí, pero en ese momento entró

volando por el cristal de colores un adoquín que le impactó en plena frente e hizo que la sangre le empezara a salir a borbotones. Sólo entonces hubo silencio.

29. אָלֵף *Alef Vav Mem: el Dios de la solidaridad*

La boda se celebró en el jardín de ensueño de Isaac. Las cisticífugas y los ásteres otoñales se encontraban en plena floración y bebían la luz solar con sus cálices abiertos. Los troncos deshilachados de las dos altísimas palmeras formaban los postes de una resplandeciente *jupa* de satén. Los baldaquinos estaban engalanados con cordones dorados y a través del techo abierto podía contemplarse el cielo despejado. Así se conmemoraba la bendición por la fecunda descendencia del patriarca Abraham, que era tan numerosa como las estrellas del cielo. Yehuda aguardaba a la novia bajo esa simbólica casa donde empezaría a vivir con su esposa. El muchacho tenía la mirada seria. Había decidido llevar su destino con dignidad. El bello y bronceado rostro no revelaba emoción alguna.

Todos contuvieron la respiración cuando Francesca, acompañada de su padre, salió por las puertas del jardín. Lucía bellísima en su deslumbrante vestido blanco de fina seda egipcia. Llevaba un pronunciado escote, rematado con pequeñas perlas y rosas blancas. Bajo el ceñido corpiño se escondía un aro campaniforme que le confería un aspecto majestuoso, mientras la cabeza se ocultaba tras un velo de crepé finamente bordado.

Yehuda le había descubierto el velo un poco antes para controlar, conforme a la tradición, que debajo estaba la mujer con quien iba a casarse. Cuando se miraron a los ojos, reconocieron la tristeza en el otro. No tenían nada que reprocharse, más bien eran compañeros de infortunio. Ambos desempeñaban un trágico papel en los elevados sueños que sus padres alimentaban con ellos. A su modo de ver, éste no era un matrimonio entre dos jóvenes enamorados que sólo deseaban comenzar juntos la aventura de la vida, sino una boda en la que iban a unirse la Torá revelada y la cábala oculta. El juez Caro e Isaac eran los novios, no ellos. Antes de bajarle el velo, Yehuda le había guiñado un ojo a Francesca para darle ánimo. Ella respondió su guiño con una valerosa inclinación de cabeza.

Ahora Francesca se acercaba despacio al hombre con quien iba a compartir su vida en adelante, para luego rodearle siete veces y derribar así las siete puertas de su alma, lo que acabaría por unirlos del todo. Fue una danza de rara belleza que los invitados observaron con la boca abierta. La muchacha había cautivado a los

invitados con su graciosa elegancia. Nunca antes se había visto a una novia realizar este ritual con semejante seguridad en sí misma.

Los versos citados del salmo resonaron como si hubieran sido escritos para esa ocasión. Caro recitó con voz orgullosa: «Hijas de reyes están entre tus ilustres; está la reina a tu diestra con oro de Ofir».

El propio juez Caro fue quien ofició la ceremonia. El viejo padre bendijo con vigor el vino y se lo ofreció a la pareja para que bebiera.

—Cuando Dios creó el mundo —pronunció con ojos radiantes—, el hombre era un ser andrógino. De él hizo hombre y mujer. Dos seres que desde su separación anhelan de continuo volver a convertirse en uno. Deseo que os améis de una forma tan exclusiva como se amaron Adán y Eva en el momento en que eran las únicas personas sobre la Tierra.

Francesca, con mucho aplomo, giró hacia Yehuda la cabeza engalanada con flores.

Jahn, que se encontraba cerca de la pareja desempeñando las funciones de testigo, apartó los ojos cuando el novio deslizó, recatado, un sencillo anillo de oro en el dedo índice de la mano izquierda de Francesca. Shlomo, el segundo testigo, le apretó levemente la mano para infundirle ánimo.

—Francesca, con este anillo a partir de ahora estás consagrada a mí según las leyes de Moisés y de Israel.

Mientras Caro leía en voz alta la *ketubá*, el contrato matrimonial, Yehuda estaba con la mirada perdida. Se había propuesto escuchar sin inmutarse los artículos en que prometía proporcionar a su mujer ropa, alimento y placer carnal. Sin dudarlo ni un segundo, plantó su firma bajo el documento. El juez pidió a la pareja que bebiera por segunda vez del vino nupcial. Yehuda y Francesca tomaron las copas y las vaciaron de un solo trago, como si bebieran para insuflarse valor.

Después de que Caro hubiera impartido las siete bendiciones con algunos invitados, le pidió a su hijo que rompiera la copa pisándola con el pie derecho. Este ritual no sólo conmemoraba la destrucción del templo de Jerusalén, sino que también simbolizaba la fragilidad del matrimonio y su unión como hombre y mujer. El primer intento de Yehuda fracasó. Aunque propinó un buen pisotón a la copa, ésta quedó intacta. Todo el mundo contuvo la respiración y se veían rostros tensos cuando Francesca lo intentó a su vez, pero la copa volvió a quedar como estaba. Su sonora risa relajó la tensión y todos los invitados rieron también, simpatizando con ella. Lo intentaron juntos por tercera vez y, en esta ocasión, la copa se rompió en mil pedazos y todos se pusieron a dar gritos de alegría: «*Mazal Tov! Mazal Tov!*».

Caro, que no cabía en sí de gozo, le hizo señas a Isaac para que pronunciara también un discurso. Este intentó ocultar el temblor de su voz.

—El hombre ha sido creado como un microcosmos del mundo. Cada día Dios crea un mundo juntando a las parejas adecuadas, conforma la fuerza de los descendientes antes de que hayan nacido. En otros tiempos, un hombre elegía dos testigos en la ceremonia de compromiso cuando decía: «Uníos ahora conmigo conforme a las leyes de Moisés e Israel». La pareja tenía relaciones y luego se separaba durante doce meses para preparar el matrimonio. El compromiso era un período en el que la futura novia podía concentrarse por completo en su unión con ese hombre y podía apartarse de todos los demás hombres. Ese era el verdadero objetivo del período de noviazgo. Así, ahora mismo, completaréis de manera definitiva vuestro matrimonio, Yehuda y Francesca. Mediante vuestra unión carnal os convertiréis en una sola alma. Lo que en la historia pareció quedar separado para siempre volverá a unirse en vosotros para la eternidad. Francesca, que simboliza los misterios de la Torá, y Yehuda, semejante a las tablas de la Ley que Moisés recibió de Dios en la montaña. Jahn y Shlomo pueden estar orgullosos de ser testigos de este matrimonio cósmico. Que su amor difunda por el mundo entero la fama de Safed como lugar donde la Torá reveló sus secretos.

A Sara le habría gustado saber lo que su niña estaba pensando y tragó el nudo de saliva que tenía en la garganta. Durante el discurso se quedó mirando a su marido extrañada, pues tenía bien presente cuánto se había rebelado su hija contra este compromiso. También ella, en su día, estuvo a la derecha del esposo bajo la *jupa* como símbolo de la promesa de que se mantendría firme junto a él durante todo el matrimonio para ayudarle. Esta promesa nunca le resultó tan dura como hoy.

El juez Caro le dio las gracias a Isaac y volvió a tomar el mando. Invitó a Sara a que le quitara por fin el velo a la novia para mostrarla a los invitados. El selecto grupo dejó escapar un suspiro de admiración. El rostro de Francesca resplandecía, parecía una diosa que cegaba a la humanidad con su belleza. Nada hacía suponer que ayer mismo hubiera estado planeando huir de la ciudad con otro hombre. Miraba anhelante y enamoradísima a su novio, que por un momento se turbó ante su fulgor.

Sara abrazó a su hija y sus ojos dejaron manchas húmedas en los hombros del vestido nupcial.

—Siempre serás mi querida niña —le susurró—. Te apoyaré en todo. Perdóname por todo lo que no he hecho bien.

A continuación llegó Isaac. Besó y abrazó a su yerno.

—Habéis nacido el uno para el otro. Créeme —le susurró. Yehuda le miró con franqueza, como si quisiera decirle: «¿Cómo diablos podéis saberlo?».

El abrazo con Francesca fue frío. Su cuerpo entero se crispó cuando el padre la estrechó entre sus brazos. Isaac no tenía palabras. El cuerpo de su hija contaba una historia que le desgarraba hasta la médula de los huesos.

Después de que todos los invitados hubieran felicitado a los novios, el juez Caro tomó de nuevo la palabra.

—Ahora pido a los dos testigos, Shlomo y Jaím, que vigilen la consumación final del matrimonio, el yijud. Y mientras Francesca y Yehuda se unen, estáis todos invitados a beber una buena copa de vino a la salud de los novios.

Francesca y Yehuda entraron en la noble casa, acompañados por los aplausos y seguidos por Shlomo y Jaím.

—¡Una boda sin música es aun peor que un entierro sin lágrimas! —gritó el *badjen*, el maestro de ceremonias. La pequeña orquesta comenzó a tocar alegre música de baile. Caro rodeó el hombro de Isaac con su brazo y, entre las palmas de los animados invitados, intentaron encontrar el compás.

—¡No digáis que los músicos no saben tocar cuando sois vosotros quienes no sabéis bailar! —exclamó el *badjen* riéndose.

30. לוו Lamed Vav Vav: el Dios de la oración

El pequeño cortejo nupcial siguió en silencio su camino por la casa hacia el dormitorio de Francesca, dejando a un lado la solemne escalera de caracol. Este tenía que haber sido el punto culminante de la boda. Francesca se sentía como un cordero llevado al altar de sacrificios. Los novios y los dos testigos iban con la mirada fija al frente.

Tras los impetuosos acontecimientos de la noche anterior, Jaím tenía la sensación de haber despertado de una pesadilla que había durado semanas. Por primera vez se sentía un hombre que podía mirar a la vida sin miedo y a la cara. Cualquier sueño elevado exigía un sacrificio. Para llevar a cabo su misión vital, no podía mostrar ahora vacilación alguna. A pesar de su valor, esta parte de su misión no le resultaba fácil.

Entraron en el dormitorio de Francesca, cuya cama había sido cubierta por la madre con pétalos de rosa blancos. Las cortinas estaban corridas y, repartidas por lugares diversos, había fuentes de cristal con mariposas encendidas que iluminaban la estancia con una luz romántica. Aquí debía consumarse físicamente el matrimonio para que fuera válido. Había un silencio tenso en la habitación.

Jaím y Shlomo inspeccionaron superficialmente el dormitorio para comprobar que no había nadie más allí, de manera que los novios pudieran estar por primera vez realmente solos. Justo cuando los dos querían salir a toda prisa, Francesca dijo:

—Me imagino que habréis escuchado las palabras de mi padre, ¿no? Antes los testigos vigilaban que se consumara en verdad la unión carnal. Quiero que os quedéis.

—Pero no se refería a eso, Francesca —tartamudeó Shlomo—. Incluso antiguamente se hacía en casos excepcionales. Y los testigos sólo se encontraban presentes cuando el esposo expresaba su intención.

—¿Tenéis miedo? —preguntó desafiante—. ¿Miedo de ser testigos de un matrimonio cósmico?

Se dirigió a la puerta, la cerró, giró la llave en la cerradura y se la entregó a Yehuda, quien miraba sin dar crédito a la muchacha con la que estaba a punto de desposarse. ¿Intentaba de esta manera evitar el matrimonio? Jaím y Shlomo se miraron indecisos.

Entonces Francesca cerró un momento los ojos, como si estuviera concentrándose antes de dar el salto al vacío. Dio un paso adelante y ofreció a los tres hombres su más bella sonrisa. Giró sobre su propio eje y los tres se quedaron mirando sin aliento la falda que se abría en abanico.

Francesca volvió la espalda despacio hacia Yehuda, quien miraba inseguro a los dos testigos que tampoco lograban ocultar su turbación.

—Ayúdame —le dijo.

El joven, titubeante, desabotonó el vestido que había sido abrochado con innumerables botones minúsculos de gran finura, recorriendo la esbelta costura de su espina dorsal. Jaím y Shlomo observaban el lento ritual con la carne de gallina. Del jardín llegaban la melancólica música judía, las risas y la charla de los invitados. Shlomo intentaba almacenar en su memoria cada detalle de esta escena plena de embarazosa belleza. Supo que debía pintarlo. Si lograba atrapar en el lienzo la estratificación en capas de este acontecimiento, se convertiría en un cuadro lleno de reverberante tristeza.

Cuando Yehuda se encontraba en la mitad de la interminable fila de botones, Francesca, calma y serena, dejó que el vestido resbalara hasta el suelo, cayendo desde sus hombros. Tres pares de ojos quedaron adheridos a la espalda desnuda de la muchacha. Los gráciles hombros y la piel tersa como el immaculado paisaje de la tierra prometida. Salió del aro, se volvió y ahora se mostraba sin pudor en toda su belleza. Eva en el Jardín del Edén había encontrado su igual.

—Francesca, trae la llave. No tenéis por qué... —dijo Jaím, al que todo esto le estaba resultando demasiado.

—Hay que sellar el matrimonio —le interrumpió ella mientras sus ojos se detenían en el amuleto de Ana, que colgaba de su cuello. «¡Qué bella es!», pensó él. El cuerpo de la muchacha exhalaba deseo y pasión, sus formas eran perfectas y la lozanía de su

juventud había alcanzado el punto culminante. La naturaleza había manifestado mediante esta mujer un grado superlativo del vigor de su expresión.

Francesca era consciente de las miradas incómodas pero a la vez ansiosas que devoraban su cuerpo. Se dirigió a la cama despacio. Allí se arrellanó con deleite entre la inmensidad de blandos cojines y, como si se tratara de una suave lluvia primaveral, lanzó a lo alto los pétalos de rosa que después fueron descendiendo como gotas, uno a uno, sobre su piel que transpiraba dulcemente.

—¡Vamos, Yehuda —exhortó—, haz lo que debe hacer un hombre y esposo!

Con exasperante lentitud, el joven fue quitándose la ropa. A Jaím le dio pena. ¡Cuánto habría temido este muchacho ese momento! Yehuda poseía un cuerpo musculoso y bronceado. Un cuerpo de muchacho aún sin desarrollar por completo, dibujado en algunas zonas con unas proporciones que todavía podían corregirse. El sexo, desvalido, se escondía entre sus piernas. Se tumbó sobre los cojines junto a Francesca y, con los temerosos ojos dirigidos a Jaím, la rodeó con el brazo.

Jaím se resignó a esa vergonzante situación y se propuso no apartar la mirada. Sabía que ésa era la única manera de limpiar el último pus de la herida de su corazón. Debía afrontar esa escena.

Francesca se volvió sobre el costado y besó a Yehuda con fervor mientras él respondía al beso reacio. Ella le echó una pierna por encima y se puso a horcajadas. Desenvuelta, le apretó los flancos con sus caderas como una amazona. Recorrió su tórax con la lengua mientras le deslizaba las manos por el cuerpo, que se estremecía sin hacer nada. Sufría la danza sexual de la joven muchacha, pero sin poder responderla. Todo su cuerpo protestaba y era incapaz de mentir. Su carne gritaba la dolorosa verdad y, por mucho que Francesca se precipitara sobre su presa como una cortesana de gran talento, parecía como si su virilidad fuera disminuyendo conforme aumentaban las caricias. A través de las ventanas se oían los entusiastas aplausos.

Shlomo ya no podía seguir contemplando la escena por más tiempo.

—Ya he visto bastante —dijo—, para mí sois marido y mujer.

Apurado, buscó la llave en el bolsillo de los pantalones de Yehuda y salió de la habitación. El joven novio, avergonzado, se cubrió el rostro.

Cuando se cerró la puerta, Francesca miró desvalida a Jaím. ¿Le estaba pidiendo por última vez que la salvara de ese matrimonio? Si certificaba que el matrimonio no se había consumado, se declararían nulo. Tiritando, la muchacha cerró por un instante los ojos mientras las imágenes de la pelea que tuvieron la noche anterior le socarraban la retina. La culpa era de esa solterona frígida. Desde el mismo instante en que se había encontrado con Ana en la escalera supo que debía estar alerta. Era una rival que no luchaba con su feminidad, sino con su supuesta sabiduría. Había tenido que recurrir a Lilit para ganar esa batalla. Naturalmente, la actitud de Jaím

también había sido muy pusilánime al dejarse asustar por ella. Pero Francesca sabía mejor que nadie cómo podía llegar a desvariar la imaginación de los hombres místicos, y de ello había tenido pruebas más que suficientes en casa. Francesca se había ofrecido a sí misma como último recurso para evitar la boda, pero había salido mal. En lugar de un amante apasionado, se había encontrado con un exorcista que la consideraba el diablo en persona. «¡Ay, Dios, haz que entre en razón!», imploró. Jaím y Francesca estuvieron mirándose durante unos cuantos minutos.

—Ayúdame —le suplicó. El apartó la vista de la terrible escena. Mientras salía de la habitación, dijo: —Felicidades. Ahora ya sois marido y mujer. En el jardín resonaba la algarabía de la buena nueva que Shlomo acababa de anunciar. Mientras Jaím descendía por la escalera, rogó al Creador que le permitiera haber derrotado a Lilit de una vez por todas. «Una plegaria es una flecha en llamas que intenta alcanzar el oído de Dios», había leído alguna vez. Si la flecha daba en la diana, se satisfacía la plegaria, pero si erraba, había que preguntarse si la flecha había alcanzado otro blanco o si, floja y sin fuerza, caía al suelo dando vueltas.

CUARTA PARTE

Safed, 1570. Otoño, siete semanas después (año 5330 del calendario judío)

31. מנן Mem Nun Dalet: el Dios del valor

Final de la última jornada laboral de Jaím, Abraham reunió a todo el personal. Mientras el muchacho colgaba a secar las últimas greñas de lana que estaba tiñendo al tibio calor anaranjado de la tarde, le sorprendió el melancólico canto coral de sus colegas. Le hizo muchísima ilusión ese gesto de despedida en el patio interior de piedra caliza donde había pasado tantos años. Abraham se adelantó al grupo, algo azorado.

—Querido Jaím, Isaac nos preguntó hace poco en clase: «Si os quedara un día de vida, ¿en qué lo emplearíais? Si no lo haces hoy, entonces estás fracasando ante el Creador, ante tu alma, ante tu vida en el mundo». A partir de hoy eres tú quien elige hacer lo que hay que hacer: escribir tu libro. Te vamos a echar de menos, Jaím. Yo, que había sido bendecido con un devoto colaborador como tú. Nunca te olvidaremos.

Abraham no era ningún orador y, entre su personal, no había nadie acostumbrado a hablar en público, así que Jaím carraspeó para aclararse la voz y decidió romper el incómodo silencio.

—Muchas gracias a todos. Vosotros sois la razón de que viniera a trabajar con alegría todos los días. Esta casa ha sido para mí un segundo hogar.

Animado por un benévolo aplauso, continuó:

—Abraham, os agradezco que durante todos estos años me hayáis ofrecido la posibilidad de ganar lo suficiente para alimentarme por mí mismo, para vestirme y conseguir un alojamiento, pero lo más importante de todo es que, gracias a ello, he podido concentrarme por completo en el estudio durante mi tiempo libre. Un hombre con problemas económicos sólo puede pensar en su estómago vacío, y no en Dios. Aparece escrito incluso en la *midrash*: «Nada en el universo es peor que la pobreza; es el peor de todos los dolores». Me habéis convertido en un hombre rico, un hombre con tiempo para acceder a la riqueza de la Torá.

—¡Bien dicho, muchacho! —gritó Ruth juntando sus rollizas manos. Siguió un largo aplauso que rendía homenaje tanto a Jaím como a Abraham. Las palabras del

muchacho les recordaron lo afortunados que eran todos al tener un techo sobre sus cabezas, al poder criar a sus hijos con el sueldo que recibían y al tener una razón por la que levantarse cada mañana. Sin embargo, ninguno de ellos empleaba el tiempo libre en seguir evolucionando. Algunos se preguntaron por primera vez en qué gastaban su tiempo. ¿Qué hacían cuando estaban en casa y no tenían que trabajar? Comer, beber, hacer el amor de vez en cuando y dormir. La satisfacción de las necesidades físicas. Así era un poco. Sus vidas no se distinguían mucho de las de los animales salvajes, lo único que los diferenciaba era que, en lugar de salir de caza, ellos iban a trabajar. ¿Dónde quedaba la aventura de su existencia? ¿Por qué habían dejado de buscar las respuestas a las grandes preguntas que les hacían de niños a sus padres: por qué estamos aquí, cuál es el sentido de nuestras vidas, cuál es nuestro sino? Admiraban a Jaím, que todavía conservaba ese brillo infantil en los ojos, se atrevía a optar por la incertidumbre y seguía a su corazón. Él era el explorador de un viaje que ellos mismos no se atrevían a realizar.

Mientras Jaím veía aplaudir a todos sus compañeros, se sintió un poco azorado por la sentida admiración que descubría en sus ojos. Detuvo la mirada un poco más de tiempo en Fátima, que parecía afectada por su marcha. Ruth le dio un empujoncito para que se adelantara y la joven le entregó un pequeño paquete.

—Este es un cálido abrigo para el invierno. De parte de todos nosotros. Y éste es un regalo mío —le dijo cohibida.

Sacó del bolso de su delantal un pequeño cordel de lana teñido de rojo.

—Esto lo teñiste tú. Te lo doy como recuerdo. Pero el cordel ahora está bendecido. En la tumba de Raquel.

La tumba de Raquel, en Belén, era un lugar de peregrinación muy visitado por musulmanes y judíos. Era costumbre enrollar siete veces una greña de lana alrededor de la tumba mientras se cantaba un salmo y se recitaban oraciones. Después, el largo hilo se cortaba en trozos para convertirlos en pulseras. — Espero que esta pulsera te mantenga unido a nosotros. Si te la ata alguien que te quiere, te protegerá contra el mal de ojo. Ten cuidado con mi tío Amán.

—¿Por qué lo dices?

—Vuestras celebraciones del sabbat en su finca, junto al algarrobo, le tienen desquiciado. A veces me da miedo que él... Esta pulsera te protegerá en cualquier caso.

A Jaím le resultaba difícil imaginar que el viejo campesino árabe, en cuyo campo, en efecto, daban la bienvenida al sabbat, pudiera llegar a causarle ningún mal. Era un hombre irascible, pero casi siempre los dejaba en paz tras haber montado una buena gresca.

Mientras la muchacha musulmana ataba la pulsera con siete nudos alrededor de la muñeca izquierda de Jaím, le contó la valerosa historia de la bíblica Raquel.

—Raquel estaba enamorada de Jacob, pero en la noche de bodas su padre la cambió por su hermana Lía. Jacob se lo reclamó al día siguiente y el padre le prometió que, si trabajaba durante siete años para él, también podría casarse con Raquel. Ella nunca se quejó. Como pastora, mantenía siempre unido a su rebaño de ovejas atándoles las patas con una larga cuerda de lana roja. De la misma manera, también mantuvo unida a la gran familia. Como para ella Jacob era su hombre ideal, cuidó de los hijos de Lía como si ella misma los hubiera parido. Y fue también una madre para los hijos que Jacob tuvo con sus esclavas.

Jaím pronunció unas tímidas palabras de agradecimiento por el gesto de cariño. Luego se dirigió a sus compañeros. A los hombres fue estrechándoles la mano, uno a uno, y a las mujeres les hizo una cálida reverencia.

—Ahora ya no podrás revolearte en la pintura con las chicas, Jaím —le dijo Ruth mientras le guiñaba ostentosamente el ojo estrábico. Todo el mundo se echó a reír. Tras haber estrechado la última mano, salieron del patio. Mañana todos continuarían con sus vidas como de costumbre, con la única diferencia de que en el baño de pintura roja habría una cara nueva. Se tranquilizaban entre ellos diciéndose que lo habían hecho muy bien. ¿Y no tenían familias de las que cuidar? Jaím no tenía a nadie a su cargo. Serían unos estúpidos si les diera por seguir sus sueños. Habían olvidado incluso sus mayores anhelos. ¿Quién iba a pararse a pensar en el absurdo sueño juvenil de realizar un viaje de ultramar? ¿A qué mujer le gustaba que le recordaran su sueño de niña de llegar a ser alguna vez una princesita que reinara con amor en un país imaginario? Habían sido tonterías infantiles. Estaban satisfechos del trabajo que tenían con Abraham, satisfechos del sueldo justo con el que podían alimentar a sus hijos. El ir por ahí persiguiendo ideales era algo para los personajes de teatro, no para las personas de carne y hueso.

Jaím se quedó solo con Abraham.

—Te admiro —le dijo el hombre—. Estás pagando el precio de tus sueños. Sigues a tu corazón. Es muy poco sensato lo que haces, pero las cosas más grandiosas provienen de personas insensatas.

Le sirvió una copa de su mejor vino. Se sentaron a la mesita de madera donde Fátima se ponía siempre a rematar sus fabulosos trabajos.

Jaím brindó y dijo:

—A veces pienso que soy el personaje de una novela cuya última página ya está escrita.

—¿Y sientes curiosidad por saber cómo termina? —le preguntó Abraham.

—Sí, claro, pero no quiero mirar la última página para no perderme el placer de las páginas anteriores.

—¿Crees entonces que mediante las propias acciones podemos llegar a reescribir los capítulos de la vida que aún nos quedan por vivir? —dijo Abraham, que más parecía preguntarse a sí mismo que a Jaím.

Esta pregunta ya se la hizo el propio Jaím una vez a Isaac, quien le reveló que en el código secreto de la Torá ya estaban registrados todos los cursos de la vida de todos los hombres. Como si eso no fuera ya suficientemente increíble, podían encontrarse también todas las alternativas a esos cursos de la vida. Sólo ya la vida de Jaím había podido tomar durante los últimos meses tantos derroteros diferentes en las diversas encrucijadas... ¿Qué habría pasado si hubiera sido él quien señalara la nube en lugar de Isaac, si hubiera abandonado la ciudad con Francesca para empezar una nueva vida, si hubiera seguido tiñendo lana en lugar de optar por un futuro incierto en el que iba a dedicarse en cuerpo y alma a la cabala? Los cambios de las circunstancias externas empezaban siempre con una transformación interior. ¿No era una vida sin cambios lo mismo que estar ya muerto entre los vivos? En su diario había descrito alguna vez su vida como el paseo por un laberinto en el que de continuo se encontraba ante la disyuntiva de tomar un sendero oscuro o luminoso. ¿Las diferentes alternativas generarían diversas vidas novelescas? ¿O sólo serían derroteros que en esencia llevarían a un mismo final? ¿O todas esas vidas se vivían al mismo tiempo y él sólo experimentaba esta única variante?

—La esencia del libro de mi vida, y en realidad la esencia a la que todo conduce, es la historia de Dios, que se halla escrita en la palma de su mano —afirmó Jaím con más decisión que convencimiento—. Es algo que ya ha registrado el Creador hace tiempo y para siempre. Quizá existan diferentes realidades paralelas y el mundo en el que estamos viviendo dependa de nuestras elecciones y actos: un mundo que satisface nuestros sueños o un mundo de pesares y disgustos.

Los dos hombres se quedaron en silencio. En la calma de la fría noche sólo podía oírse el latido suave y excitante de sus anhelantes corazones, que deseaban una asombrosa apoteosis.

—En cualquier caso, vos ya sabéis que tenéis aún veintidós años más de vida —rompió Jaím el silencio.

—Sí —respondió Abraham, volviendo a pensar en los milagrosos sucesos que había vivido en Jerusalén. A su llegada, durante los tres primeros días, se había encerrado en un cuarto vestido con harapos y sin comer, pasando el tiempo entre rezos y llantos. Al cabo de estos tres días, se atrevió por fin a visitar el muro occidental, como Isaac le había encargado. El muro apenas se veía por toda la basura que los habitantes habían vertido allí, pero para Abraham el vertedero era precisamente el entorno adecuado. Se arrodilló entre la basura y siguió llorando y

rezando. Cuando levantó la vista, transcurridas unas horas, vio a una mujer sobre el muro que le daba la espalda. A nadie quiso contar después su aparición fantástica por respeto al Creador. Se arrojó entre los desperdicios y gritó: «¡Madre, Madre de Sión, ay de mí que he visto tu fabulosa imagen!». Se mesó el cabello y la barba, y al cabo de un buen rato se quedó dormido entre sollozos. En el sueño, se le acercó la Shejiná, el Dios femenino, que le puso una mano en la frente y con la otra le enjugó las lágrimas. Le dijo: «Consuélate, Abraham, hijo mío. Hay esperanza para ti y para el pueblo judío. Seguirás aún con vida cuando el Arca de la Alianza se revele a un elegido».

Cuando Abraham se lo contó a Isaac, éste le dijo: «Has sido bendecido con la contemplación de la Shejiná, la parte femenina de Dios. Tu estigma de Caín ha desaparecido. Tus pecados han sido purificados. Tienes asegurados veintidós años más de vida sana».

—Por suerte te veré por las mañanas en las clases —interrumpió Abraham sus fantasías—. Toma, esto es un regalo mío para ti.

Le entregó dos piezas de plata. Con ellas podría salir adelante las primeras semanas. Después quedaba abierto ante él un enorme futuro cargado de incertidumbres.

Safed, 1570. Final del otoño, dieciséis días después (año 5330 del calendario judío)

32. מֵיֹד כַּף Mem Yod Caf: el Dios de la semilla que germina

El viento frío soplaba atravesando el abrigo de Jaím. El otoño ya se encontraba muy avanzado y el verde valle se había desteñido ahora, convirtiéndose en un centón marrón rojizo. Había estado paseando durante horas con Isaac y habían optado por sentarse en la cumbre del monte de Merón, que se hallaba frente a la montaña sobre la que se había construido la ciudad de Safed. Ahora que Jaím ya no trabajaba, Isaac solía llevarle con él en sus largos paseos. Prefería dar la clase de esta manera, mejor que en la comodidad de la sinagoga. A Jaím no es que le entusiasmara andar, pero las expediciones con su maestro eran excursiones a través de la Creación, ya que le enseñaba a mirar el mundo con otros ojos.

—En este mundo todo tiene su razón de ser. Cada flor, cada animal y, naturalmente, cada persona. Todas las cosas y todas las personas tienen una misión.

No hay mala hierba que con una aplicación concreta no pueda convertirse en la única hierba capaz de sanar una enfermedad determinada —le contó Isaac—. Cada brizna de hierba tiene un ángel custodio que la anima a crecer.

Parecía estar en contacto con todos los seres vivos que se cruzaban en su camino. Comprendía el frío en los árboles, sentía cómo retiraban el agua de sus ramas y de las nervaduras de las hojas, le entristecía ver morir su verde atuendo tejido con tanto amor y que los árboles se convirtieran en personas ancianas, concentradas en sí mismos, que parecían morir en su quietud. Una muerte sólo aparente, para volver a renacer del útero de la Tierra tras la calma total. Un ciclo eterno de vida, muerte y renacimiento al mismo ritmo del alma de la humanidad inmortal. El mundo entero era un organismo vivo con un común afán de crecer y sobrevivir en su máxima capacidad posible. Isaac sentía un respeto ilimitado por cualquier ser vivo, que le transmitía la grandeza del Creador. Para él todo lo que había en la Tierra era una expresión de la infinita multiplicidad de la fuerza creadora. No era al Sol al que él adoraba, sino a la fuerza del Creador que se manifestaba mediante el Sol. Ni siquiera había matado nunca un mosquito que no le dejara dormir.

—Todo está unido entre sí en perfecta conexión. La tala de un único árbol transforma para siempre las vidas de innumerables seres. Nada ha sido creado sin razón.

Miraba con compasión y amor incluso los bloques de roca que en su aparente carencia de vida eran la expresión provisional de procesos que habían ido formándose durante millones de años hasta convertirlos en lo que ahora eran. La perfecta expresión de su ser.

Estaban sentados junto a la tumba de Shimon Bar-Yojai, el hombre que los había precedido catorce siglos atrás en el desentrañamiento de la Torá. Era uno de los lugares predilectos de Isaac. Aquí podía entrar en contacto con el alma de Bar-Yojai. Según los cabalistas, un *tzadik*, un santo, nunca moría. Su energía vital seguía percibiéndose por siempre sobre la faz de la Tierra. Isaac era asaltado por nuevas ideas que compartía con su discípulo.

Pero Jaím hoy estaba ausente. Ya se acercaba el final de la tercera semana de su nueva existencia. Aunque había vivido de manera ahorrativa, el dinero a lo sumo le alcanzaría para una semana más y luego se le acabaría. Cuando dejó el trabajo, no quiso pararse a pensar en cómo se ganaría el sustento. El afán por escribir su libro había sido mil veces mayor que las preocupaciones de cómo lo llevaría a cabo. Las semanas pasadas, por tanto, habían sido las más felices de su vida. Por fin estaba haciendo aquello para lo que él sabía que había sido creado. Había enfocado toda su existencia en la consecución de aquello que le daría sentido a su vida. Le faltaba tiempo. Por las mañanas asistía a las clases, con frecuencia iban después a pasear y a charlar durante horas, en casa elaboraba sus apuntes y estudiaba las Sagradas Escrituras. Ya casi le resultaba imposible imaginar que en su día había podido

combinar esta tarea vital con un trabajo diario a tiempo completo, pero ahora empezaba a imponerse la realidad. El invierno estaba a las puertas y Jaím carecía de fuente de ingresos y de ahorros de los que poder vivir. Aunque le avergonzara, no veía otra alternativa que pedir ayuda a Isaac.

—Quieres que te dé dinero —había resumido éste la larga y torpe solicitud de Jaím.

—Sí —respondió titubeando.

—Tengo dinero. Más dinero del que podría gastar en toda mi vida. Nunca he necesitado trabajar para conseguirlo. A veces le doy un consejo a Sara; por ejemplo, que éste es buen momento para embarcar pimienta blanca en Sumatra y ofrecerla al mercado de Amsterdam. Eso es todo lo que hago para encontrar riqueza en mi camino. Podría darte dinero, tanto como quisieras, pero no lo haré.

Jaím tembló. Isaac era su única tabla de salvación en esa ciénaga de penuria. Creía que eran amigos. Vaya amigo, que le ponía los dientes largos hablándole de su opulencia y rechazaba fríamente su modesta petición. En cada servicio de la sinagoga Isaac entregaba cuatro piezas de plata para la beneficencia. El sueldo de un mes para Jaím. Quería que se lo prestara, no que se lo regalara. Se lo devolvería todo. Estaba ofendido. Se caló el gorro de lana hasta los ojos para no tener que mirar a ese «amigo».

—Si te diera dinero, no te ayudaría, Jaím —continuó su explicación Isaac mientras hacía fuego en el montón de leña que había recogido.

«Claro que sí me ayudarías», pensó el joven malhumorado.

Las llamas azules se abrían paso lamiendo la madera húmeda que se daba por vencida, crepitando de ira.

—Un día, Shimon Bar-Yojai estaba oyendo a un amigo alabar a los invasores romanos por la bella construcción de balnearios, puentes y caminos —empezó a relatar Isaac—. Shimon le reconvino: «Esos caminos los construyen sólo para que sus ejércitos puedan desplazarse con mayor rapidez, se enriquecen elevando el coste de los peajes en los puentes y los balnearios son para su propio esparcimiento». Las críticas de Shimon llegaron a oídos de los romanos/y le condenaron a muerte. El y su hijo tuvieron que huir y encontraron refugio en la gruta de esta montaña.

Jaím se asustó. Isaac estaba hablando de la misma gruta en cuyas proximidades su padre se había precipitado al vacío. La gruta que ocultaba el mayor secreto de su vida. ¿Le habría descubierto ya Isaac el crimen en la cara? «Ni hablar —se tranquilizó a sí mismo—, no fue un crimen, fue un accidente, un lamentable accidente.»—Los romanos siguieron persiguiendo sin tregua a Shimon —continuó Isaac, imperturbable, su relato—. Durante trece años debieron permanecer escondidos. Se dice que Bar-Yojai y su hijo se alimentaban con los frutos del algarrobo que crecía

delante de la gruta. Yo creo que es sólo verdad a medias. El y su hijo emplearon todo el tiempo en el estudio de la Torá. Allí fue donde escribió el Zohar. No fueron las algarrobas las que los mantuvieron vivos, sino la decisión que tomaron de seguir haciendo aquello para lo que estaban predestinados en la vida. Escribir en una gruta oscura una magnífica joya que ilumina el mundo.

Las lenguas de fuego, amenazadoras, lanzaban sus llamas al frío cielo en todas las direcciones del viento. Jaím se levantó. No sabía de qué iba a servirle esta historia, pero como seguía con la gorra calada hasta los ojos, metió un pie en la fogata.

—¡Cuidado! —gritó Isaac; tiró de él a un lado y apagó a golpes el fuego que empezaba a prender en la pernera del pantalón. Jaím, asustado, se alzó la gorra y miró a Isaac a los ojos.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué me has elegido a mí para escribir este libro? En Safed hay cabezas más preclaras y escritores más reputados que yo.

—¿Sabes, Jaím? Eso también me lo he preguntado yo. Tienes razón. Aquí hay muchos señores que gozan de más respeto y prestigio que tú. ¿No piensas que por mi parte también fue un disparate abandonar mi isla tras todos esos años de destierro voluntario y traer conmigo a mi esposa y a mi hija, dejando El Cairo, la ciudad que tanto les gustaba, para venir a vivir aquí, cerca de un muchacho dedicado a teñir lana?

A Jaím seguía resultándole difícil de creer que fuera él la única razón por la que Isaac había ido a Safed. De acuerdo, le dedicaba mucho tiempo, pero no era su único estudiante.

—Pero ¿sabes una cosa? —continuó Isaac—, ahora que mi fama se ha difundido tan rápido, he recibido a todos esos hombres tan respetados. Han escrito libros sabios, son rabinos irreprochables, hombres piadosos y justos. Al menos es lo que pensamos, pero ninguno de ellos vive para lo que defiende. A altas horas de la noche ocultan su lado oscuro. Son figuritas de porcelana, aparentemente perfectas, con unas pequeñas grietas en el interior que tarde o temprano acabarán por resquebrajar la escultura.

Jaím sabía que Isaac tenía razón. A menudo le habían escandalizado las tragedias de esposas desgraciadas que Ana oía en su consulta. Respetados rabinos que tiraban la piedra y escondían la mano. Piadosos profesores que compartían la cama con sus estudiantes. No había ninguno de los pecados descritos por Moisés que no hubiera sido cometido ya en la montaña sagrada.

Pero pronto se le llenó la cabeza de sus propios pecados. El temperamento celoso, las orgullosas ambiciones y las fantasías libertinas eran sólo el principio de la lista de sus imperfecciones.

—No es que tú seas perfecto —le adivinó Isaac el pensamiento—. Por eso estás aquí, por eso eres una persona, igual que yo. Si tu alma estuviera ya iluminada por completo, no necesitarías esta experiencia de la vida, pero sí que eres un alma antigua, un alma evolucionada que, como un árbol, puede recibir la luz que yo esparzo sobre ella. Y puedes absorberla.

Jaím sonrió. No podía desear más bellos cumplidos. Isaac le había llamado en un instante escritor y alma muy evolucionada, pero entonces volvió a recordar el brutal rechazo a la hora de prestarle dinero. ¿Cómo podría llegar a ganar algún día dinero con la escritura? Se le congeló la sonrisa.

—Pero en mi gruta no hay ningún algarrobo —dijo como un niño caprichoso.

—¡Ah, claro que sí! —replicó Isaac mientras apagaba el fuego a pisotones—. Espera y verás.

33. **ננו** *Ayin Nun Vav: el Dios de la gratitud*

—No sorbas así —le reprendió Ana, enfadada.

Jaím se quedó mirándola con arrogancia.

—No eres mi madre —le respondió.

—No, pero me tratas como si lo fuera. Todas las noches te zampas la cena sin apenas decir palabra y luego vuelves a salir pitando a tu cuarto sin dar ni las gracias.

Jaím trató de beber de la manera menos ruidosa posible el gran tazón de sopa de pollo que acababa de llevarse a la boca.

—Pero si es que estoy enamorado, Ana, tienes que entenderlo.

—Últimamente estás siempre enamorado. Si no es de chicas embrujadas, de caballeros rubios que te hacen perder la cabeza.

—¡No entiendes nada! —exclamó él enfadado—. Voy a escribir una gran obra, una obra que cambiará la humanidad. —Se dirigió a la puerta.

—Procura cambiarte antes a ti mismo, ya no hay quien te aguante. ¡Y, además, no pagas el alquiler!

—En cuanto consiga dinero, te pagaré. También por la comida.

—Si no pagas mañana, ya puedes ir largándote. ¡Toma, aquí tienes tu sopa de pollo!

Cogió el cuenco de sopa de la mesa y, con todas las fuerzas de su delicado cuerpo, lo lanzó hacia la puerta que Jaím, justo a tiempo, acababa de cerrar a sus espaldas. El cuenco impactó contra la puerta y estalló en mil pedazos.

Jaím subió corriendo a su cuarto y echó la llave. Hacía un frío terrible. De su boca veía emerger nubecillas de vaho cada vez que respiraba. Ya no le quedaba dinero para comprar leña y tampoco tenía tiempo para ir a recogerla. Se puso el abrigo que le habían regalado sus compañeros de trabajo.

—Seguro que está con el período —murmuró. Se metió en la cama con los apuntes, se echó la manta por encima e intentó continuar donde se había quedado.

«Algún día estará orgullosa de haberme alojado en su casa, de haber tenido el honor de cocinar para mí», tramaba en su cabeza.

Abajo, Ana barría los añicos mientras le temblaba el labio inferior. Odiaba a Jaím. Había cambiado mucho desde que Isaac había pasado a ejercer tanto ascendiente sobre él. Impotente, veía cómo había dejado el trabajo. No le preguntó cómo pensaba pagar el alquiler, pero al cabo de un par de días él le comunicó sin rodeos que durante los primeros meses no dispondría de dinero para satisfacer sus obligaciones. A ningún otro se lo habría consentido, pero sentía debilidad por Jaím. Sabía que iba en pos de un sueño y tampoco quería cortarle las alas. En cierto modo, confiaba en él. Creía que, tarde o temprano, volvería a sentar la cabeza, pero pronto empezaron a torcerse las cosas. Comenzó a perder peso y ya no se cuidaba. Antes siempre iba hecho un pincel, pero ahora parecía no importarle lo que llevaba. Cuando una semana antes, mientras los tenderos recogían sus mercancías, le vio coger a escondidas del suelo la fruta podrida que dejaban allí, ya no pudo soportarlo más. Esa misma noche le llevó a su cuarto una buena comida que devoró como un animal hambriento. Y hacía unos cuantos días que se había convertido en costumbre que, a eso de la hora de la comida, se pasara a verla, y entonces comían juntos. Era su pequeño secreto. No hacía falta que nadie supiera que se frecuentaban tanto sin estar casados y, además, compartiendo a solas el espacio en una misma habitación. Su presencia era agradable, se engañaba ella. Ana se había acostumbrado a cuidar de sí misma desde muy temprana edad y, salvo alguna rara ocasión, siempre comía sola. Cocinar para él se había convertido en una misión, algo que le hacía sentirse realizada. Todo el día lo dedicaba a pensar qué prepararía para la cena y si le gustaría a él. Se le había despertado un sentimiento que no podía explicarse. Un instinto protector. Pero a la vez se resistía a que ese sentimiento deviniera en instinto maternal, aunque hoy se le habían abierto los ojos. El, en realidad, la trataba como a una madre. Un hijo desagradecido al que le parecía lo más natural del mundo que el plato estuviera a su hora en la mesa. Un hijo caprichoso al que debía enseñar a dar gracias al Creador por la comida, porque el alimento sin bendecir puede que fortalezca el cuerpo, pero no el espíritu. Un hijo que sólo hablaba si tenía ganas de hablar, que nunca apreciaba las viandas que ella con tanto esmero preparaba. Intentó

contenerse, intentó respetar su trabajo y consolarse pensando que la escritura del libro no duraría eternamente, pero esa noche lo había soltado todo, le había echado a patadas. Le maldijo, pero ahora le echaba de menos. «Ya nunca podría volver a acostumbrarse a comer sola», pensó.

Terminó de limpiar la sopa de pollo.

Jaím, en la cama, pensó que al día siguiente debería comprarle un detalle, pero entonces se dio cuenta de que ni siquiera tenía dinero para comprar tinta. Echó un vistazo a su cuarto oscuro con inseguridad en la mirada.

34. אָלֶף לָמֶד דָּאֵט *Alef Lamed Dalet: la Diosa de la protección*

La campanilla de plata que colgaba en la puerta de la tienda de Yehoshua no tintineaba muy a menudo. En el curso de los años se había acostumbrado a pasar el día en un estado de concentración pasiva. Tan pronto como sonaba la campanilla, lograba activarse y alcanzar la más alta agudeza de espíritu, como un gato que es capaz de quedarse sus buenos minutos inmóvil, mirando roer a un ratón, para después beneficiarse al animalillo indefenso tras asestarle un certero zarpazo. Los ojos se le aclararon y los dientes de oro sonrieron como si representaran la puerta de acceso al cielo.

—Buenos días, señoras. Su belleza hace palidecer mis objetos de plata.

Yehoshua era uno de esos hombres a los que se les había concedido el privilegio de la desenvoltura en el galanteo de las mujeres. De su boca no sonaba como si tuviera intención de cortejarlas, sino como si se tratara de un igual. Conocía muy bien la naturaleza femenina, con su anhelo de placer y belleza. Un experto que congeniaba sinceramente con las preocupaciones de las mujeres.

Sara sonrió mientras Francesca enfilaba hacia el mostrador de cristal y, seria, observaba las piezas de plata allí expuestas.

—Estamos buscando un anillo para mi hija —dijo Sara.

—Un anillo —repitió Yehoshua tomando en su mano con cautela y desenvoltura la de Francesca que, ausente, le dejaba hacer—. No será fácil encontrar un anillo que pueda acentuar la elegancia de esta mano.

Como si fuera de porcelana, volvió a colocar la mano sobre el cristal del mostrador.

—Aquí están mis piezas más bellas. ¿Hay alguna que te guste?

Francesca observó muy crítica los anillos que, expuestos con esmero, rivalizaban en pomposidad. Habían sido engastados con las piedras más excepcionales, y recargados con grabados y tallas decorativas. Por fin, señaló un anillo con un rubí rojo que desprendía un fulgor cegador.

—Tu hija tiene gusto, Sara —sonrió Yehoshua—. Aunque no sé yo si eso debería alegrarte.

—Es su cumpleaños —se disculpó la mujer—. Hoy cumple dieciséis años y quiero hacerle un bonito regalo. Sobre todo ahora que su cumpleaños coincide con Janucá.

—Felicidades, Francesca —le deseó Yehoshua mientras sacaba del mostrador el anillo, con la mayor delicadeza. Acompañó a las damas a una pequeña mesa de nogal que había en la tienda, les sirvió una taza de café y luego giró el espejo redondo de tal manera que reflejara por completo la mano de la joven. Yehoshua sabía que para vender objetos de plata había que crear una atmósfera. Con la máxima circunspección posible, debía producirse en el cliente una sensación de lujo y grandiosidad. El ya le había cogido el tranquilo a este juego.

Se puso unos guantes blancos y luego deslizó despacio el reluciente anillo por el dedo de Francesca.

—¡Qué perfecta elección! —exclamó conmovido—. Parece como si el anillo hubiera estado aguardando tu mano para mostrar todo su esplendor.

—Te queda precioso —añadió Sara, quien, con un regalo de cumpleaños excesivo, confiaba en recuperar algo de la amistad que en un tiempo había tenido con su hija. «Dónde quedará esa época —pensó— en que su cabecita era más pequeña que el pecho del que se alimentaba, en que se moría de risa cuando le hacía cosquillas en la barriguita y en sus ojos podía leerse una confianza ciega.» Entre tanto, ya se había convertido en una mujer casada de dieciséis años y la confianza de su hija parecía haberse perdido para siempre por ese casamiento forzado.

—No me gusta —reaccionó Francesca—. Venga, mamá, nos vamos.

Yehoshua se asustó. Creía tener ya el cordel alrededor del cuello del pajarito y pensaba que sólo hacía falta tirar del lazo. Su cerebro iba a toda máquina. El anillo que había elegido Francesca era el más caro de toda su tienda. La venta de ese anillo suponía cubrir las ganancias de todo un año, pero la muchacha ya había alcanzado la puerta con su madre.

—¡Espera! —exclamó Yehoshua—. Tienes toda la razón, Francesca. Mis anillos exclusivos de verdad no están en la tienda. Es peligroso. Siéntate e iré por ellos.

La chica sonrió por primera vez. Sabía de antemano lo que iba a pasar. Cuando su madre la sorprendió diciéndole que podía elegir el regalo de cumpleaños que quisiera, le pidió «un anillo» sin dudarle un instante. Esta era la ocasión de conseguir que el hermano de Jaím se plegara a su voluntad. Un plan que llevaba tramando

hacía ya un par de días. Se sentó de nuevo con su madre en las sillas tapizadas con oro hilado que había junto a la mesa.

Yehoshua volvió a respirar hondo y entró en la tienda con su sonrisa más seductora. En una bandeja de plata había colocado tres artísticos anillos que competían entre sí en sencillez atemporal. Los anillos trazaban en plata tres letras hebreas que conmovían el corazón al leerlas.

—Esta es la Diosa de la protección: Alef Lamed Dalet. Esta es la Diosa del amor incondicional: He He Ayin. Y ésta es la Diosa de la curación: Mem He Shin. — Yehoshua presentó los anillos con toda solemnidad—. Perdona que no te los haya enseñado antes, pero quería ahorrarle dinero a tu madre. Y, en realidad, tampoco tenía pensado venderlos.

Sara le hizo un guiño cómplice a Yehoshua, ahora que veía lo encantada que estaba su hija mirando los anillos. No le importaba en absoluto lo que pudiera costar el regalo, pues una sonrisa en el rostro de su hija era para ella lo máspreciado del mundo.

Atenta, Francesca estuvo escuchando las tres historias que Yehoshua contaba de los anillos. Los tres representaban los tres nombres secretos de Dios que Isaac había revelado durante sus clases. Tres de los setenta y siete nombres secretos. Como le había pedido Zimra, Yehoshua había prestado mucha atención durante las clases para poder reunir todos los nombres y, ciertamente, había elaborado los anillos para él, porque había quedado conmovido por la combinación de letras, en apariencia arbitraria, que rebosaba vigor.

—Sólo con deslizar la yema del dedo por encima de las letras —explicaba Yehoshua con fervor— se siente la energía del amor, de la protección o de la curación.

Francesca no hizo su elección hasta que no vio que Yehoshua había agotado todo su arsenal de palabras para ensalzar los anillos. Coqueta, señaló la Diosa de la protección. El corazón del hombre dio un vuelco. La muchacha había vuelto a elegir el anillo más caro. Un anillo en el que había mezclado de modo refinado cinco clases de metales: oro, plata, cobre, estaño y plomo. Según los preceptos de un viejo libro cabalista, había creado el anillo a la luz de la luna llena la noche siguiente a un sabbat, procurando que el trabajo estuviera listo antes del canto del gallo. Le temblaron las manos al encajarle esta obra maestra en el dedo. Las tres letras —Alef, Lamed y Dalet— resplandecían en su dedo como espléndidos diamantes.

—Este anillo te protegerá contra el mal de ojo que las personas malévolas puedan enviarte. Y, además, hace que tus propios malos pensamientos y enfados desaparezcan de tu corazón y se dirijan a otros —explicó Yehoshua.

—¡Qué bonito! —suspiró Sara.

—Demasiado bonito —repuso Francesca mientras, resuelta, se sacaba del dedo la Diosa de la protección—. También me gustaba mucho el primer anillo con el rubí, mamá. Sólo quería fastidiarte. Lo siento. Me haría muy feliz que me lo regalaras.

Mientras el bocado de Adán iba subiéndole y bajándole a toda velocidad, Yehoshua asimilaba este segundo giro inesperado; de nuevo parecía que la presa se le iba a escapar en el último momento y sopesó, veloz como un rayo, si debía decir algo o si debía callar.

—Pero, Francesca, este anillo supera con mucho al del rubí rojo. No hay comparación posible. Quiero que te quedes con él. ¿Cuánto cuesta la Diosa de la protección, Yehoshua? —preguntó Sara.

El se aclaró un momento la garganta, lo que le dio un respiro para elevar el precio en una fracción de segundo.

—Seiscientas piezas de plata —dijo Yehoshua, que diez minutos antes habría vendido el anillo por quinientas sin dudarlo.

Sara se asustó. Era muchísimo dinero. Incluso para ella.

—Pero —añadió el hombre con una sincronización perfecta— como me siento muy agradecido por la posibilidad que se me ofrece de seguir las clases de vuestro esposo, os lo dejaré en quinientas cincuenta piezas de plata.

—¿Y cuánto cuesta el rubí rojo? —preguntó Francesca.

—Doscientas cincuenta —respondió él demasiado rápido, lo que le impidió aumentar el precio, ya que la pregunta le había cogido por sorpresa.

—Nos llevamos la Diosa —dijo Sara decidida.

—Basta ya de tonterías, mamá —arremetió la joven de manera inesperada contra su madre—. ¿Vas a seguir tomando todas las decisiones por mí durante el resto de mi vida? ¿No es ya suficiente que ni siquiera haya podido escoger a mi marido?

Sara se ruborizó. Francesca tenía razón. Era su regalo, ella era quien debía elegirlo. Sólo quería comprarle el anillo más caro para librarse del sentimiento de culpa, aunque sabía muy bien que ese sentimiento no podía redimirse con ningún anillo. Mucho mejor regalo sería permitir que su hija tomara sola su propia decisión.

—Lo siento, Francesca —se disculpó—. ¿Sabes una cosa? Aquí no tengo dinero suficiente para ninguno de los dos anillos. Quédate aquí y vuelve a probarte los dos mientras voy a casa por más dinero.

La chica abrazó a su madre.

—Muchas gracias, mamá.

Una vez que Sara hubo salido de la tienda, Yehoshua debería emplear todos sus encantos para convencer a la joven muchacha de que eligiera el anillo más caro. Pero antes de que pudiera iniciar su ofensiva, Francesca tomó la iniciativa.

—Una mañana muy emocionante para ti, Yehoshua —le dijo la muchacha.

—Yo sólo quiero ver a un cliente satisfecho. Quiero que te haga feliz el anillo que elijas, Francesca.

—¿Entonces crees de verdad que un anillo puede hacer feliz a alguien? —le preguntó insolente.

El se quedó sin habla. Esa muchacha era la presa más difícil con la que se había topado nunca, tuvo la sensación de que estaba jugando con él. Cualquier estrategia parecía fracasar con ella.

—Imagínate que alguien está a punto de perder su casa, alguien que lleva días pasando frío y que tiene que robar para comer... ¿Le haría feliz recibir este anillo? —preguntó Francesca.

«Esta muchacha estaba tramando algo», supo Yehoshua ahora con plena seguridad.

—Bueno, el anillo le protegería en cualquier caso. Lo podría vender incluso —respondió con cautela—. Así resolvería todos sus problemas.

—Venderlo —repitió Francesca mostrando admiración mientras pasaba por delante de las fabulosas obras de plata que había expuestas por todas partes—. Esa es una buena idea, pero ¿quién querría comprárselo a un mendigo? ¿No pensaría todo el mundo que la única posibilidad de que ese anillo estuviera en su poder era porque lo había robado? ¿Quién querría pillarse los dedos?

—Podría haber sido una herencia —replicó él.

—¡Brillante! —exclamó Francesca, volviéndose al sudoroso Yehoshua—. Así el comprador perdería el sentimiento de culpa y el miedo de verse posiblemente implicado en una transacción ilegal. Imagínate que ese mendigo viene a contarte esa historia. ¿Cuánto le ofrecerías?

Yehoshua ya suponía dónde quería ir a parar. Esa muchacha poseía la agudeza de su padre, si bien la empleaba para fines distintos. Le había dejado perplejo y decidió ser sincero.

—Cincuenta —dijo—, porque dudaría de esa historia de la herencia familiar.

Ella le miró radiante.

—Con esas cincuenta piezas de plata podrías adquirir una pieza fabulosa que venderías por diez veces más de su valor, pero también habrías realizado una buena

acción. El pordiosero se sentiría un hombre rico con cincuenta piezas de plata llegadas de la nada.

La sonrisa en el rostro de Yehoshua se había endurecido hasta convertirse en una mueca amarga.

—¿Te estás refiriendo a Jaím cuando hablas de ese pobre mendigo? —le preguntó.

—¡Qué perspicaz! Exacto. Tu hermano, Jaím. ¿Te imaginas lo que significarían para él cincuenta piezas de plata?

Yehoshua era muy consciente del estado miserable en el que se hallaba su hermano. No había sopesado ni por un segundo la idea de ayudarlo. Los celos le corroían, porque Jaím había vuelto a lograr un lugar privilegiado junto a Isaac. El que además estuviera hundiéndose como un mendigo le procuraba satisfacción. Una prueba de que en la vida, en cierto modo, había justicia. Pero ahora Francesca quería que le ayudara, una petición casi imposible de satisfacer. En ese preciso instante, Sara volvía a entrar en la tienda.

—¿Y ya te has decidido, Francesca? —le preguntó esperanzada.

—Casi —respondió la chica mientras le lanzaba una mirada indagadora a Yehoshua.

Al final, ganó el hombre de negocios que había en Yehoshua, pues no veía muchas oportunidades de poder vender una pieza tan cara. No le importaban tanto las cincuenta piezas de plata que debería entregar, como que fuera su hermano el que iba a recibirlas, pero a lo mejor se le ocurría algo. Le hizo un gesto afirmativo a Francesca. Estaba de acuerdo.

—Quiero la Diosa de la protección, mamá —sentenció Francesca.

—Me alegro mucho de tu elección —dijo Sara, y la besó.

—Yo también, mamá —aseguró a su vez la chica—, yo también.

35. *Yod Resh Tav: el Dios que está contigo en secreto*

Yehoshua, silbando, se había abierto un camino por la gruesa capa de nieve que sepultaba Safed. Tan calurosos como podían ser los veranos, así de gélidos eran los inviernos en este pueblo de montaña. Había decidido cumplir de inmediato la tácita promesa que le había hecho a Francesca, de lo contrario habría sido incapaz de disfrutar de la enorme suma de dinero que había ganado ese día. Esas quinientas

piezas de plata le permitirían entregarse sin freno a su pasión oculta durante unos cuantos meses.

Su hermano se quedaría sorprendido al verle ante la puerta. Meneando la cabeza, observó la ruinoso casa donde Jaím tenía alquilado un cuarto. ¿Cómo habría podido confiar su padre más en el futuro de Jaím que en el suyo propio? Había que verlo. Esto era una vergüenza para la familia. Cómo le habría gustado poder ir a ver ahora a su padre y contarle la importante transacción que había hecho esa mañana. Tal vez se hubiera sentido orgulloso de él por primera vez desde que dejara de ser un niño. Pero su padre ya no estaba aquí. Hacía ahora justo siete años de su fallecimiento en ese trágico accidente. Hasta las últimas horas de su vida había preferido dedicárselas a Jaím. Yehoshua siempre había sospechado que su hermano tuvo algo que ver con el accidente, una suposición que nunca se atrevió a manifestar.

Se secó la nariz húmeda con la manga y llamó. Como no oyó pasos en la escalera, tiró del cordel de la campanilla con más impaciencia y durante más tiempo.

—¡Yehoshua! —exclamó Ana gratamente sorprendida cuando abrió la puerta— ¿Sabes algo de Jaím? ¿Qué tal le van las cosas?

—Eso deberías saberlo tú mejor que yo —le respondió él, ofendido porque no le había preguntado antes por su salud—. ¿Es que está durmiendo en pleno día para no poder abrir él mismo la puerta?

—No está aquí. Yo creía... —En ese mismo instante se dio cuenta de lo desesperado de su efímero entusiasmo—. Creía que estaba viviendo en tu casa.

—¿En mi casa? Venga ya, Ana, seguro que no es ningún secreto para ti que mi hermano y yo no nos aguantamos —rió Yehoshua, dejando visibles sus dientes de oro.

—¡Qué terrible! ¿Pues dónde estará entonces? —preguntó ella intranquila.

—Y yo qué sé. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano? —citó él a Caín—. Vengo para preguntártelo. ¿Cuándo le viste por última vez?

La preocupación en el rostro de Ana hizo que Yehoshua también tuviera un desagradable presentimiento. Quizá no fuera ninguna casualidad que justo hoy, el aniversario de la muerte de su padre y llevado por un cúmulo de circunstancias, visitara por primera vez a su hermano menor después de unos cuantos años. Ana miró a su alrededor por si había algún curioso en la calle, tiró a Yehoshua de la manga para que entrara en la casa y cerró la puerta.

—Ayer nos peleamos —confesó desconcertada—. Ya no pagaba el alquiler. No tenía dinero ni para comprar comida y por eso me encargaba yo de cocinar para él todos estos días.

—¡Qué gorrón! —la respaldó Yehoshua.

—Era lo que yo pensaba también, así que le dije que debía ir buscándose otra casa —continuó ella—. Pero me arrepentí nada más decirlo. Un par de horas más tarde estaba ofreciéndome sus disculpas, me aseguró que se avergonzaba de no poder pagar el alquiler.

—¡Pues que trabaje! —exclamó Yehoshua indignado—. ¿No es lo que hacemos todos?

—Pero sí que trabajaba. Día y noche incluso. Acababa de empezar un libro.

Yehoshua, irritado, alzó los brazos al cielo.

—¡Un libro! —espetó—. ¡Eso no es trabajo! ¡Nadie puede vivir escribiendo libros! ¡Que lo haga en su tiempo libre y deje de fastidiar a los demás!

Ana guardó silencio. No tenía ganas de empezar una discusión con Yehoshua en defensa de Jaím. Estaba muy intranquila. Durante todo el día estuvo arrepintiéndose de todo lo que le había reprochado, pero se consolaba con la absurda idea de que tal vez encontrara un lugar donde dormir en casa de su hermano. ¿En qué otro sitio podría quedarse, si no? Isaac ya le había negado una vez su ayuda. Y justo ahora, en la semana anterior a Janucá, la fiesta de las luminarias. Ahora que todo el mundo estaría plácidamente en casa, encendiendo cada noche una vela nueva de la *januquiá*, el candelabro de nueve brazos. Ahora que todo el mundo estaría expectante por los milagros que iban a producirse en sus vidas.

—Embaló todas sus cosas y dijo que no quería seguir abusando de mi generosidad por más tiempo. Me prometió que algún día se pasaría a pagarme el alquiler atrasado.

—Has sido demasiado buena para lo que él se merece, Ana —dijo serio Yehoshua.

—Luego se fue en mitad de la noche. Yo estaba todavía muy enfadada y soy demasiado cabezota como para haberle preguntado a dónde iba a ir —explicaba ella ahora, casi llorando.

—En mi casa, desde luego, habría encontrado alojamiento —aseguró Yehoshua, magnánimo—, pero, claro, es tan testarudo...

Ceremonioso, hurgó en los bolsillos de su abrigo.

—Dime cuánto te debe, Ana, yo te lo pagaré. Quiero satisfacer la infamia de mi familia.

—¡Oh, no, Yehoshua! —exclamó ella ofendida, apartando de sí la mano con las monedas—. No lo quiero. El dinero no me importa nada.

Examinando con la mirada la ruinoso caja de la escalera, él ironizó con arrogancia:

—Bueno, por lo que se ve, tú tampoco es que andes muy sobrada. Acéptamelo.

Ana comprendió enseguida por qué Jaím le tenía tanta manía a su hermano. Ahora se daba cuenta de lo estúpida que era al pensar que iba a ayudarle. Sus ojos escupían luego cuando le dijo:

—Guárdate tu dinero. Tengo plena confianza en que Jaím cumplirá su palabra. Lo único que cuenta ahora es saber por dónde anda. Podría morir de congelación en cualquier momento.

Con las cejas alzadas, Yehoshua volvió a guardarse el dinero en el bolso.

—De todas formas, no está muerto, porque esta mañana estuvo en la sinagoga asistiendo a la clase de Isaac.

«¿No ves cómo existen los milagros?», pensó Ana aliviada.

36. מִיֹּד Samej Yod Tet: el Dios de los milagros

Al día siguiente, Yehoshua apenas prestó atención durante la clase de la mañana. Sólo se fijaba en Jaím, su hermano menor. Aunque se veía que había adelgazado e iba muy mal vestido, no parecía encontrarse al borde del abismo. Al contrario, sus ojos desprendían un fervor ansioso con el que parecía engullir todo lo que Isaac enseñaba sobre Janucá.

—Es el año 165 antes de la era cristiana. Los griegos han tomado posesión de Jerusalén y han profanado el Templo de Salomón. Allí construyen altares griegos y nos obligan a sacrificar cerdos a Zeus. El valor de un solo hombre es suficiente para reescribir la historia. Judas Macabeo. Luchó contra los griegos durante tres años con sus fieles soldados, hasta que los griegos emprendieron la huida. En el Templo, sin embargo, realizaron un descubrimiento estremecedor. La *menorá*, el candelabro de siete brazos que siempre había estado encendido en el Templo, se encontraba apagada. Recorren todo el Templo buscando el aceite especial para volver a encenderla, pero sólo encuentran una pequeña vasija insignificante que contiene aceite justo para un solo día. Son conscientes de que la elaboración de aceite nuevo lleva ocho días, y a pesar de todo encienden el candelabro y confían en Dios. Entonces ocurre un milagro. La pequeña cantidad de aceite se mantiene ardiendo siete días enteros, lo suficiente para que puedan elaborarse nuevas reservas. Por eso vamos encendiendo en esta fiesta de consagración una vela cada día que pasa. De derecha a izquierda, porque la derecha es el lado de Dios, y por eso también escribimos de derecha a izquierda. Así conmemoramos el milagro que se produjo y

que puede volver a acontecer de nuevo cada año en nuestra propia vida si nuestra confianza es ilimitada y albergamos una seguridad absoluta en nuestro interior.

Sin necesidad de mirar el papel, la pluma de ganso de Jaím iba rasgando una a una las palabras que pronunciaba su maestro. «Qué chico más raro —pensó Yehoshua—. Parece vivir en otro mundo.» Se preguntó si seguiría aborreciéndole de no haber sido su hermanastro. ¿No sería el vínculo de sangre lo que intensificaba aquel odio? Si no hubiera sido su hermano, ¿no es cierto que le habría dejado indiferente? Hasta el final de la clase, Yehoshua no pudo apartar de Jaím su mirada llena de repulsión y, estremecido, escuchó las palabras de Isaac.

—Durante esta Janucá puede que se produzca un milagro mucho mayor — anunció Isaac en voz baja—. Una ocasión que sólo se da una vez cada doscientos años. Una oportunidad que tendremos la suerte de experimentar si nos entregamos a nuestra misión con el mismo convencimiento que Judas Macabeo.

—¿Y qué es? —tartamudeó Shlomo—. ¿Qué es eso que debemos hacer?

—Reconstruir el destruido Templo de Salomón —respondió Isaac.

Los hombres se sobresaltaron. La reconstrucción del tercer templo estaba reservada a una generación elegida. Se produciría cuando el Mesías considerara que la humanidad ya era digna de su advenimiento. Con él, el Arca de la Alianza llegaría de nuevo a la Tierra y obtendría su lugar en el sanctasanctórum. El pueblo judío triunfaría y se presentaría ante el mundo entero como embajador de Dios. Les resultaba difícil creer que ellos fueran la generación elegida.

—Aún nos quedan algunos días para llegar a tiempo a Jerusalén para la fiesta de Janucá. De camino os enseñaré los setenta y dos nombres secretos de Dios que, combinados del modo correcto, son el único nombre impronunciable. El nombre que el sumo sacerdote del Templo pronunciaba con el mayor de los respetos una vez al año para resistir la cegadora aparición de la Shejiná. Porque ella permanecía entonces entre los dos querubines sobre el Arca, en la cámara oscura del Templo: el sanctasanctórum. Con ese nombre, nuestro grupo será lo suficientemente poderoso como para pedir perdón en el Arca de la Alianza y preparar el advenimiento del Mesías.

—¿Estás diciendo que el Arca se encuentra todavía en Jerusalén? —preguntó Yehoshua ansioso.

Isaac esbozó una sonrisa misteriosa, pero ignoró la pregunta.

—Si estás en el lugar adecuado, con la intención adecuada y las personas adecuadas, puedes realizar acciones grandiosas. Como si pudieras traspasar con una zancada directamente desde aquí, en la Tierra, las puertas del universo que hasta ahora parecían cerradas. Es como si tu alma se desprendiera del cuerpo y fuera bañada durante una eternidad en una luz infinita. Podéis imaginaros cuánto

evolucionaréis. Una evolución que elevaría todas las almas humanas a un plano superior. Podemos dar un giro extraordinario. Mediante nuestra elevación colectiva impulsaremos la reconstrucción del tercer y último templo de Jerusalén. Reflexionad bien si estáis preparados para dar este salto gigantesco. Si estáis plenamente convencidos, quedaremos mañana junto al algarrobo, donde cada sabbat damos la bienvenida al sol poniente.

Un silencio distante pendía en la atmósfera mientras los estudiantes salían de la sinagoga. Hasta ahora el estudio de la cábala había sido un asunto serio y devoto, pero nunca antes lo habían sentido como algo tan concreto. La evolución parecía un lento proceso de maduración, como el vino que ha de descansar años en las barricas para ir adquiriendo sabor. No podía saberse con exactitud qué día alcanzaría su mejor momento, pues el proceso se desarrollaba de manera imperceptible en la oscuridad y el silencio de la bodega. Así experimentaban los discípulos su evolución hacia la sabiduría, que con el transcurrir de los años iban haciéndose imperceptiblemente mejores sin que pudieran decir en qué día habían alcanzado un estadio determinado. La mayoría tampoco contaba con experimentar el perfeccionamiento de este proceso en su vida actual. Por enormes que fueran los avances realizados desde que comenzaran a asistir a las clases de Isaac, a menudo tenían la sensación de estar empezando de cero y de tener que aprender todo de nuevo, como alguien que debe aprender a caminar otra vez después de un grave accidente.

Ahora que Isaac los invitaba a ese acontecimiento único, tenían miedo. ¿Querían saltar así, a ciegas, al vacío? ¿Dónde acabarían? ¿Se reconocerían a sí mismos? Si llegaran a un elevado grado de purificación, ¿sus familias, sus amigos, sus trabajos, todo aquello a lo que se sentían apegados aquí en la Tierra, seguirían considerándolo importante? ¿Seguirían siendo personas entre personas? ¿O se convertirían en alguien como Isaac? Un hombre que no podía compararse con nadie. Un alma tan elevada por encima de todas las almas que le rodeaban que, según creían, debía de sentirse terriblemente sola. Ya no le quedaba nada más que aprender aquí en la Tierra, nada más que realizar. Sólo estaba aquí para dar. ¿Era esto lo que querían? Claro que deseaban un cambio en sus vidas, pero la perspectiva de que para llevarlo a cabo debería producirse también un cambio en ellos mismos los atemorizaba, aunque supieran que en la vida estábamos para cambiar.

Las objeciones de Yehoshua eran más de índole práctica. Ayer ya había cerrado la tienda durante bastante tiempo para ir a visitar a Jaím sin ningún resultado. Si al día siguiente se iba con Isaac a Jerusalén, su negocio permanecería cerrado durante casi una semana. Justo durante Janucá. Ahora que ya le había sucedido el primer milagro. La felicidad nunca venía sola, lo sabía Yehoshua, al igual que las desgracias. Cuántos clientes no perdería. Incluso aunque Isaac se estuviera refiriendo a un enorme milagro que sólo se perfilaba en la bóveda celeste una vez cada cien años, como una

grieta hacia otra dimensión, Yehoshua estaba demasiado apegado a los milagros que se producían a este lado del firmamento.

Se escondió tras un olivo retorcido que había junto a la entrada de la sinagoga. Era aún de noche y hacía un frío gélido, pero estaba firmemente decidido a descubrir dónde vivía Jaím ahora que su casera le había puesto de patitas en la calle. Al cabo de un buen rato, su hermano e Isaac salieron charlando de la sinagoga. Yehoshua esperó hasta que desaparecieron por la callejuela para, acto seguido, iniciar la persecución. El crujido de la nieve le delataría si se acercaba demasiado.

Isaac y Jaím seguían de cháchara mientras salían por la puerta de la ciudad, dirigiéndose al valle por los senderos de montaña. De vez en cuando, se detenían un instante e Isaac le indicaba algo.

—Aquí está enterrado el suegro de Shimon Bar-Yojai —le reveló al muchacho—. Su modestia era tal que se negó a que le pusieran una lápida.

Isaac y Jaím rodearon siete veces las rocas mientras invocaban la poderosa protección de Dios en un salmo: «El te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá y debajo de sus alas estarás seguro».

A Yehoshua le entraron las dudas. ¿Cuánto tiempo quería continuar esa persecución? El frío se le estaba metiendo en los huesos y se le estaban congelando los dedos de los pies dentro de su calzado de piel de cabra curtida. Debido a la luz del día que iba emergiendo, las posibilidades de que le descubrieran aumentaban cada vez más. Quizá tendría que regresar corriendo a su platería y preguntarle mañana sin más a Jaím dónde vivía. Sin embargo, el afán por resolver ese misterio ganó al gélido frío que le estaba dejando el cuerpo helado.

Entre tanto, Isaac y Jaím ya habían cruzado el valle e iniciaban la subida del Merón. A Yehoshua le irritaba que los dos no dejaran de hablar ni un momento. Parecía como si Isaac estuviera leyendo la colina, como si se tratara de un libro abierto cuyas palabras sólo él conocía.

Aunque quizá, al mismo tiempo, fuera precisamente esta cháchara la que mantenía a salvo a Yehoshua y, gracias a ella, no oyeran el rechinar de dientes o el pataleo que daba de vez en cuando para que los pies le entraran en calor. Sólo cuando el sol estuvo en su punto más elevado, en estos días tan cortos del año, se despidieron los dos con cariño.

—Yo seguiré paseando un poco más —oyó Yehoshua decir a Jaím.

Isaac le abrazó y le dio unos golpecitos de aliento en la espalda. Jaím se quedó atrás y su maestro tomó el sendero de regreso hacia abajo. Yehoshua se escondió rápido tras el tronco de una conífera.

Cuando Isaac pasó por delante, le saludó casi ausente:

—Hola, Yehoshua, ¿también de paseo? ¡Qué frío hace, eh! —Y continuó su camino.

Yehoshua se avergonzó. ¿Qué estaba haciendo? Ya sin intentar ocultarse, corrió sendero arriba. Jaím había desaparecido de su campo de visión. Por el amor de Dios, ¿dónde podría haberse metido? Afanoso, registró los lugares de abundante vegetación colindantes con el sendero, hasta que percibió el olor de una fogata. Siguió a su nariz por un pequeño sendero lateral que se encontraba oculto tras unas rocas y allí, en la lejanía, divisó la sombra de su hermano.

Estaba haciendo fuego ante la entrada de una gruta.

37. **העמ** *Jet Ayin Mem: el Dios que da para repartir*

Como un hombre que anda perdido en el desierto y al cabo cié unos cuantos días descubre un oasis, Yehoshua se dirigió trastabillando hacia la trémula hoguera que Jaím había conseguido encender. Se puso en cuclillas lo más cerca posible del fuego, pero el calor se veía impotente ante el hielo que se le había quedado pegado al rostro y a la barba. Jaím también estaba tiritando junto al fuego. Los dos hombres de las nieves fueron derritiéndose muy despacio, hasta que el calor de sus semblantes se tornó insoportable en contraste con las gélidas espaldas. Como un cordero al que se intenta asar sobre la lumbre de manera uniforme, los dos giraron despacio alrededor de su eje. Sólo entonces empezaron a descongelárseles también los sesos.

—Me encontraba por aquí cerca, así que pensé: voy a pasarme un momento a verle —dijo Yehoshua.

Jaím sonrió. No le había dicho a nadie, ni siquiera a Isaac, que estaba viviendo en esa gruta. Y su hermano era la última persona de quien habría esperado que fuera a descubrir su escondrijo.

—Bienvenido a la gruta de Shimon Bar-Yojai —dijo.

—¿Es ésta la gruta?

—Sí, aquí escribió el Zohar.

Yehoshua meneó la cabeza sin comprender nada.

—Sé por Ana que estás sin blanca. ¿Cómo has conseguido comida?

—He plantado un algarrobo ante la cueva —le contestó Jaím tímidamente.

—¿Un algarrobo? —reaccionó Yehoshua incrédulo—. Pero ¿sabes cuánto tiempo tendrá que pasar antes de que comience a dar frutos?

—Sí, claro, siete años —murmuró su hermano muy quedo.

—¿Y no te has parado a pensar si es algo que vaya a aplacar tu hambre a corto plazo? —exclamó Yehoshua.

—Si nuestro padre y nuestro abuelo nunca hubieran tenido el coraje de plantar un algarrobo, tampoco nosotros podríamos habernos alimentado con sus frutos. Aunque yo tampoco llegaré a disfrutarlo nunca, consideraba un deber plantar un árbol para mis descendientes.

—Debes de tener un hambre feroz —continuó Yehoshua—. No quiero ofenderte, pero de tu boca sale un olor a rancio y a muerte. Tienes que comer algo. Tu cuerpo se consumirá por completo con este frío.

—Al cabo de un par de días, la peor sensación del hambre ya ha desaparecido —respondió Jaím encogiéndose de hombros, pero los borborismos cavernosos de su estómago, como si fueran los gruñidos de un oso al que se molesta durante la hibernación, decían algo muy distinto—. Sólo puedo ofrecerte una taza de agua helada con sabor a nueces —añadió, y llenó dos copas con nieve y unas nueces que había recogido antes y las puso acto seguido al fuego para que se derritiera la nieve y se hiciera la infusión.

—No puedo imaginarme nada más apetecible —le aseguró Yehoshua. Se desabotonó el abrigo, sacó del bolsillo interior una bolsa llena de resonantes monedas y se la lanzó.

—Toma, para ti, de tu hermano mayor.

Jaím miró con indiferencia la bolsa que yacía a sus pies.

—No la quiero —rechazó la bolsa lanzándosela de nuevo.

—No seas tan testarudo, hermanito. A nuestro padre le habría gustado que te hubiera ayudado.

—Fue aquí donde sucedió —dijo Jaím.

Se quedó mirando a lo lejos. Justo en este lugar se había producido la pelea. Oyó el grito de su padre mientras caía.

—¿El accidente?

—Sí —confirmó impasible—. Allí tropezó y se resbaló.

Yehoshua, arrastrando los pies, se dirigió al borde del acantilado. Le entró vértigo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Nadie habría podido sobrevivir a un golpe así. ¿Y tú dónde estabas?

—Yo iba caminando tras él. Tuve que andarme con ojo para no resbalar yo también. Tú mismo puedes comprobar lo resbaladizo que está. Fue un accidente, un

trágico accidente —intentó justificarse con la mayor tranquilidad que le fue posible— Ven aquí antes de que te caigas tú también.

Yehoshua no le creyó. Con semejante mal tiempo se habrían quedado cerca de la pared rocosa y nunca se habrían aventurado a ir por el borde del barranco.

—Tú eres la razón por la que vinimos a vivir aquí, a Sated —le explicó Yehoshua—. En Italia yo disfrutaba de una juventud despreocupada, hasta que el rabino le dijo a nuestro padre que sería bendecido con un hijo especial si se trasladaba a Safed. Mi vida sin preocupaciones se acabó de golpe. Por lo visto, yo no era suficiente para nuestro padre. Vino hasta aquí para engendrarte. ¿Eres consciente de la cantidad de disgustos que le diste con tu obsesión por la alquimia?

—¿Has venido para eso? —estalló Jaím—. ¿Para leerme la cartilla? ¿No estoy estudiando ya la cábala, como él habría querido? Estoy aquí para escribir el libro cabalístico definitivo.

—¡Ahora sí que has perdido el juicio! —gritó Yehoshua, incrédulo—. ¿Crees que viviendo aquí podrás escribir un libro mejor?

Jaím, cohibido, miró al fuego. Se daba cuenta de que sus circunstancias debían de ofrecer visos de desesperado romanticismo, pero ésa había sido la razón que le había llevado a la gruta, en efecto, cuando salió de su cuarto. Se había identificado con el Bar-Yojai, que se escondió para salvar su vida, y había decidido que el único sitio donde estaría seguro sería en la gruta donde el gran sabio había pasado trece años de su existencia.

—Si he de serte sincero, hasta ahora no puede decirse que haya escrito mucho. No son sólo mis dedos los que están congelados, la tinta también.

Los dos hermanos se rieron de la difícil situación que atravesaba Jaím.

—¿Y a ti qué tal te va? —le preguntó a su hermano para desviar la atención de la desmañada misión que le aguardaba.

Yehoshua se vio conmovido en un momento por la dulzura en los ojos de su hermano. La misma dulzura en la mirada que tenía su padre. Dudó si confiar en él. Por ajetreada que fuera su vida social en los mejores círculos de Safed, no tenía amigos de verdad. Cada personaje acomodado era un cliente en potencia, por lo que nunca podía sincerarse del todo con nadie. Al igual que Jaím, no se había casado y tampoco deseaba hacerlo. Conocía la codicia de las mujeres que persuadían a los maridos en su tienda para que les compraran las cosas más caras. El era su aliado a la hora de vaciar los bolsillos de los cónyuges. El les hacía el juego y hablaba su idioma, pero como había profundizado en la naturaleza de los deseos que las movían, que en el transcurso de la venta se asemejaban a sus propios deseos, las mujeres habían perdido para él todo su misterio. Ninguna podría emplear con éxito sus refinados trucos seductores para embaucarle, ése era el precio de su prosperidad. El dinero se

había convertido en su amante, el dinero que le permitía satisfacer su cara pasión, pero ahora que estaba tan orgulloso de haber vendido su obra artística de más valor, se imponía la necesidad de compartirlo con alguien.

—He hecho unos negocios fantásticos —empezó a hablar—. Durante las semanas pasadas, elaboré tres anillos que superaban con mucho mi obra anterior. Eran resplandecientes en su sencillez, nunca hubiera pensado que podría llegar a venderlos, nadie tendría el dinero suficiente para comprarlos, por lo que en realidad carecían de valor. Pero anteayer la fuerza milagrosa de Janucá me echó una mano. Vendí el anillo más bello por un precio que superaba la cantidad más alta que me hubiera atrevido a imaginar...

Jaím dio una palmada, se levantó y abrazó a su hermano.

—¡Qué estupendo, Yehoshua, estoy tan orgulloso de ti! —le dijo.

A Yehoshua le temblaron las piernas. Cuánto tiempo había deseado poder oír esas palabras. Por un momento pareció como si estuviera oyendo la voz de su padre. Y, cuando una mariposa oscura salió revoloteando de la gruta, estuvo rodeando por un instante a los dos hombres y luego pareció desaparecer en la nada, lo supo con total seguridad: se había producido un segundo milagro de Janucá. Algunas cosas sólo ocurren una vez en la vida, era algo que sabía, pero cuando algo sucede dos veces, seguro que volvería a acontecer una tercera vez. La aparición de una mariposa anunciaba siempre una gran transformación. Del mismo modo en que nadie al ver una oruga puede imaginarse la mariposa, así de desapercibido pasa el proceso de cambio en un hombre. La dificultosa salida del capullo para después desplegar las alas. Yehoshua se veía incapaz de esperar por más tiempo a que se produjera un tercer milagro de Janucá. Recogió la bolsa que yacía en la nieve.

—No te lo regalo, te lo presto.

Jaím se quedó mirándole con curiosidad. Un préstamo de dinero le redimiría de todas las privaciones. Podría regresar a casa de Ana, pagar sus deudas y ponerse a escribir de nuevo el libro, pero ¿no era esto optar por la ley del mínimo esfuerzo? ¿No obtendría su libro mayor profundidad si lo escribía mientras sufría?

Yehoshua se impacientó con las cavilaciones de su hermano.

—Con intereses. Te lo presto con intereses. Esa es mi última oferta.

Ahora Jaím sonreía. Sabía que resultaría difícil devolver el dinero. Con los intereses, el listón se elevaría aún más, le obligaría a exigirse lo máximo de sí mismo no sólo para escribir el libro, sino también para ganar el dinero con el que devolver un préstamo con intereses.

—¿Cuánto hay dentro? —preguntó.

—Cincuenta monedas de plata.

Jaím no había visto nunca tanto dinero junto. Con esa cantidad podría vivir más de un año.

—El interés será del ocho por ciento mensual —fanfarroneó Yehoshua mientras le daba una amistosa palmada en el hombro—. Espero que dentro de un año empieces a devolvérmelo. Y no te creas que por ser mi hermano voy a ser un administrador benigno. He trabajado duro para conseguirlo.

—Acepto tu oferta, Yehoshua. Gracias —admitió por fin Jaím—. Pero debemos ponerlo por escrito.

Yehoshua había confiado en poder hacer una buena acción como un generoso mecenas. Se habría sentido una persona mejor si Jaím hubiera aceptado sin más el dinero, así podría haberse respetado más a sí mismo, pero ahora parecía volver a convertirse en la parte perdedora.

Los dos hermanos se trasladaron por el gélido valle arrastrando a sus espaldas el pesado arcón con todas las pertenencias de Jaím, mientras la nieve los golpeaba en el rostro.

—Por cierto, ¿a quién vendiste el anillo? —rompió Jaím el largo silencio durante el viaje.

—Eso no es asunto tuyo. Es secreto profesional —respondió Yehoshua con rencor.

38. יבמ *Yod Bet Mem: el Dios del orden en el caos*

A la cita de la noche siguiente sólo acudieron tres: Isaac, Jaím y Shlomo. La resplandeciente luna llena reflejaba el manto de nieve virginal que yacía inmaculada sobre los prados. El campo se encontraba extramuros, nada más traspasar las puertas de la ciudad, y solapaba tanto el terreno judío como el árabe. Pertenecía a Amán, un viejo campesino árabe que había levantado en los lindes una enorme hacienda. Amán ya había expulsado varias veces a Isaac y a sus discípulos de su heredad. Era un hombre rígido y rancio, incapaz de soportar que los judíos se reunieran en sus propiedades, aunque ésta en cuestión no fuera más que tierra en barbecho que no cultivaba. Sin embargo, no había ningún sabbat o ninguna festividad en que Isaac no acudiera con sus alumnos a ese mismo lugar.

—¿Por qué seguimos provocando a este pobre desgraciado? —le había preguntado Jonathan una vez—. El día menos pensado le dará un ataque al corazón si continúa excitándose tanto por nuestra presencia.

—Porque forma parte de la historia de su vida —le había respondido Isaac—. Porque ha venido a este lado del mundo para aprender la virtud de la tolerancia.

Los tres hombres estaban sentados en una roca bajo las ramas secas de un algarrobo y disfrutaban del fabuloso silencio de la blanca noche. Jaím pensaba en Ana, que le había recibido como a un rey, como si llevara años sin verle. Le había dado un abrazo tan entrañable que Yehoshua, escandalizado por una prueba tan pública de amistad, continuó su camino sin despedirse. Ana le preparó un banquete. Cuando al final de la velada le contó que al día siguiente partiría hacia Jerusalén, se quedó muda.

—Vaya naturaleza inquieta la tuya —le había dicho.

—¿Por qué se están retrasando tanto los demás? —preguntó Shlomo al cabo de un tiempo.

—No van a venir —respondió Isaac sin más.

—¿Cómo que no van a venir? —gritó Jaím sorprendido.

—Ayer todos fueron a ver a Sara y le contaron las historias más inverosímiles para explicar por qué no podían acompañarnos. Jonathan dijo que no podía pasar ni una sola semana sin ver a su hijo; Abraham que se consideraba demasiado insignificante para contemplar por segunda vez a Shejiná, la novia de Dios, y Samuel que le estaban arreglando los zapatos, de manera que no podía emprender una expedición tan larga. Y luego tu hermano Yehoshua —continuó Isaac— dijo que estaba esperando un gran milagro de Janucá y que por eso le resultaba de todo punto imposible venir.

—Pero tú hablaste del mayor milagro de Janucá que sólo podía producirse una vez cada doscientos años... —masculló Shlomo incrédulo.

—Exacto —rió Isaac.

—Parece que todo esto te hace bastante gracia —añadió Jaím irritado.

Shlomo se paseó intranquilo por la nieve de un lado a otro. Le sentaba muy mal que los demás cachorros de león, como se llamaban desde hacía poco para burlarse de sí mismos, hubieran faltado a la cita. ¿No se daban cuenta de lo afortunados que eran por recibir clases de Isaac? ¿Qué tipo de devoción tenías si unos zapatos rotos constituían una excusa para renunciar a la misión más importante que pueda llevar a cabo un judío en su vida? ¿Para ellos se trataba entonces sólo de un juego, algo que los convertía en gente interesante para su entorno? Al igual que otros resolvían adivinanzas en su tiempo libre, ellos asistían a las clases de Isaac. No le entraba en la cabeza que precisamente ahora fueran incapaces de asumir su responsabilidad.

La rabia de Shlomo avivó también la inquietud de Jaím. Pero... todavía no era demasiado tarde, ¿no?

—¿Por qué no vamos los tres? —preguntó.

—Porque ya se ha pasado nuestra oportunidad —respondió Isaac tranquilo—. Sólo si todas nuestras almas se hubieran levantado, jubilosas, uniéndose en esta única misión, habríamos tenido la oportunidad de triunfar. Cada miembro de una congregación debe comprometerse con los demás como las articulaciones de un mismo cuerpo. Los miembros de un grupo deben desvivirse los unos por los otros, apoyarse, rezar por sus compañeros, alimentar una confianza recíproca. Los cachorros de león han fracasado.

Jaím cayó derrotado en la nieve junto a Shlomo. Sabía que algunas obras eran demasiado grandiosas para ser ejecutadas por almas del montón. Habría sido necesaria la fuerza del grupo para llevar a cabo esa magnífica misión, y se daba cuenta de cómo todo guardaba relación entre sí en una densa red, de cómo cada decisión que tomaba un individuo podía transformar el mundo, de que la sublimación de la naturaleza humana dependía de la sublimación del eslabón más débil, de que todo era uno y de que cada persona ajena a nosotros representaba los aspectos de nuestra propia fuerza y debilidad.

—No os preocupéis tanto —los tranquilizó Isaac—. Todos interpretamos nuestro papel en la Creación. Algunos son conscientes de ello y no dejan de sorprenderse en la vida, pero la mayoría se entrega tanto al papel que representa que termina por creerse realmente lo que está interpretando. En su drama vital sólo encuentran caos. Y, por lo demás, en la eternidad cientos de años son el chasquido de un dedo. El tiempo es sólo la distancia entre la causa y el efecto.

—¿Quieres decir que habrá otra oportunidad? ¿Una nueva posibilidad de reconstruir el templo? —preguntó Jaím.

—Cuando ayer regresaba de nuestro paseo y pasé por delante del cementerio —habló Isaac con calma—, me encontré al juez Caro que, llorando, yacía sobre la lápida de Cordovero. Le pregunté qué pasaba y me dijo que, tras largas semanas de haber estudiado algunos versos incomprensibles de la Torá, había comprendido su significado.

—Pero eso es más bien una razón para estar contento —le interrumpió Jaím.

—Eso fue lo que le dije yo también, pero Caro le había pedido a uno de sus estudiantes que le explicara el mismo pasaje. Para su sorpresa, el estudiante le dio exactamente la misma interpretación a la que había llegado él tras semanas de cavilación. La imagen que Caro tenía de sí mismo se tambaleaba, quizá no fuera un juez tan sabio como había pensado siempre. Así, desesperado, había llegado hasta la tumba de Cordovero para suplicarle que le enviara una señal.

—Ese pobre anciano —comentó Shlomo—. Con este tiempo podría haberle costado la vida emprender una excursión semejante.

—¿Eras tú la señal por la que había suplicado? —preguntó Jaím.

—Le hablé de una pequeña ciudad donde el único agua que podía encontrarse estaba en el manantial de una montaña —continuó Isaac—. En esa ciudad sólo había un hombre que tuviera la fuerza suficiente para escalar la montaña y abastecer a sus conciudadanos con dos cubos de agua. Era una escalada diaria de muchas horas. Cuando regresaba a la plaza de la ciudad, los habitantes llenaban sus tazas con el agua de los cubos. Incluso un hombre cojo podía llenar su taza sin esfuerzo.

—Lo capto —dijo Jaím—. Aunque de entre toda la humanidad sólo sea una persona la que se dedique a realizar su trabajo espiritual, su labor abre el conocimiento de todos los habitantes de la Tierra. Según el Zohar, sólo es necesario un hombre justo para hacer que el plato de la balanza se incline hacia el otro lado y se salve la humanidad.

—¡Pero ahora éramos un grupo que podía bajar decenas de cubos! ¡Las consecuencias que hubiera podido traer esto! ¡Íbamos a reconstruir el Templo, a encender de nuevo la lámpara de aceite, a esparcir sobre el mundo la luz de la fuerza creadora! —gritó Shlomo, desesperado.

Se dejó caer de rodillas en la nieve. Las lágrimas le fluían por los grandes ojos marrones.

Isaac, paternal, le rodeó con sus fuertes brazos.

—No te entristezcas tanto —le dijo— Tú tienes una fe poderosa y con ella podrás mover montañas, posees un ardiente corazón de artista, eres un artista, un *omán*, como decimos en hebreo. Esta palabra, en mi opinión, está emparentada con la palabra «amén», que significa fe.

—Yo había escrito una canción para que la cantáramos durante el viaje —sollozó Shlomo mientras sus cálidas lágrimas perforaban la nieve.

—¡Cántala, Shlomo! —le animó Isaac—. ¡Cántanosla a nosotros!

Con la voz rota, el artista lloriqueó una canción que pareció fascinar al cielo estrellado. «¡Sabbat, oh, Sabbat, novia mía, haz que el novio venga a mi encuentro, luminoso y jovial a un tiempo! ¡Oh, bella novia, déjame verte, muéstrame el rostro sereno! Oremos y alabemos tu beldad, hermoso regalo del Creador, acepta nuestros modestos dones, libera un grito de alegría y en tu regazo encontraremos consuelo vilipendiando al enemigo hostil, ínclita amada de tu amado.» Conmovidos, los tres hombres guardaron silencio durante un buen rato y, juntos, se sentaron en la húmeda nieve.

—Esta canción encontrará un camino, por los siglos de los siglos, que la llevará por doquier a todos los lugares donde los hombres se reúnan para celebrar el sabbat —dijo Isaac besando a Shlomo en ambas mejillas—. Acabas de crear tu obra de arte definitiva. Tu vida es perfecta. Aún no era el tiempo adecuado para el más grande de

los milagros de Janucá que tendrá lugar en el mundo, pero nosotros tres, cada uno a nuestra manera, bajamos un cubo de agua.

Isaac se puso en pie y ayudó a Jaím a levantarse. Shlomo miraba el resplandor de la nieve con una sonrisa radiante de felicidad.

—Venga, vámonos —animó Isaac a Jaím.

—Pero Shlomo...

—Él ahora quiere estar solo —le interrumpió su maestro mientras el cielo iba transformando su color negro en un azul oscuro—. El camino a Jerusalén deberá hacerlo solo.

Jaím se dejó llevar sin comprender nada. Shlomo se quedó allí inmóvil, canturreando su canción. La canción que había llamado *Lejá Dodi*: «Ven, amada mía...».

39. **היה היה** *He He He: el Dios de la confianza en uno mismo*

A Amán le despertó el cántico delirante que venía de fuera. Tuvo miedo. Últimamente se oían muchas historias desagradables sobre saqueadores. No hacía tanto tiempo que a su sobrina la habían asaltado y robado en su propia casa en mitad de la noche. Fátima, su generosa sobrina lejana, la única que de vez en cuando aportaba un poco de alivio a su soledad.

Amán dormía siempre con un biello bajo la cama. Podía ser viejo, pero defendería con valor sus pertenencias. Estaba orgulloso de la tierra que había heredado de su padre. Tal vez fuera el mejor terreno en muchas leguas a la redonda. Toda su vida había logrado mantenerse con los productos suministrados por ese suelo. Era parte de sí mismo. Estaba orgulloso de sus cosechas, unas cosechas abundantes que le permitían vender a los tenderos todo aquello que él no necesitaba. Si fuera necesario, defendería las tierras con su propia vida.

Se dirigió al rosetón, vio la figura de un hombre alto y delgado que bailaba y cantaba a voz en grito. Debía de ser uno de esos judíos que un sábado sí y otro también tenían el descaro de reunirse en sus predios, pero que ahora vinieran también en mitad de la noche y formaran tanto alboroto no podía ser más que una provocación.

Querían fastidiarle, querían humillarle, pero no conocían a Amán, ahora sí que se habían pasado de la raya.

El miedo había dejado paso a la furia. Aunque Fátima solía decirle que no debía preocuparse tanto por las celebraciones del sabbat, le resultaba imposible aceptarlo. Que los judíos negaran a su profeta Mahoma ya era bastante difícil de aguantar, pero es que ahora venían incluso a su pequeño terreno sagrado con esos cantos paganos. Consideraba que su deber de musulmán era oponerse.

Amán se puso los zapatos y el abrigo, y salió corriendo por la puerta. Amenazante, levantó el biello al cielo y gritó:

—¡Fuera de mis tierras! ¡Largo! ¡Sólo lo diré una vez!

Shlomo levantó la mirada ausente hacia el hombre que así clamaba, pero se encontraba en éxtasis y fue incapaz de comprender lo que quería el campesino. La profunda decepción de que se cancelara el viaje a Jerusalén se había transformado en euforia. Le había colmado de tanta felicidad el vaticinio de Isaac sobre su canción que había empezado a cantar cada vez con mayor potencia. La canción le había transportado a un arrebató eufórico y se imaginaba que miles de personas le acompañaban en el cántico mientras él las dirigía excitado.

Como cualquier artista, durante toda su vida había aspirado a la obra de arte definitiva que le hiciera inmortal. Todos los cuadros eran intentos renovados de hacer olvidar las carencias del anterior, pero siempre quedaba decepcionado. Aunque las personas alabaran su obra, él sólo veía las imperfecciones. Ahora, acuciado por la imposibilidad de quedarse dormido debido a la excitación de la partida a Jerusalén, había escrito un poema por primera vez. Fue como si se lo hubieran dictado, como si su única misión en la Tierra fuera escribir esos versos. Hasta que no hubo terminado de plasmar sobre el papel la última palabra, no descubrió que podía leerse su nombre uniendo las primeras letras de cada verso: Shlomo Halevi. Por primera vez se sentía capaz de disfrutar sin reservas de una creación suya. El poema era su regalo a la humanidad. ¡Ay, Dios, cuánto confiaba en que las palabras de Isaac fueran verdad! ¡Su misión se habría cumplido!

Shlomo, mientras se revolcaba alegre en la nieve, no oía las imprecaciones que Amán gritaba y rugía a su lado. Cuando por fin le vio, creyó que se había unido a él para entonar la letra de su canción. «Todos somos hijos del mismo patriarca Abraham —pensó Shlomo— y todos nos reconciliaremos con esta canción.» Se le pasó por alto que Amán alzaba el biello al cielo, con las tres puntas de hierro dirigidas a su vientre.

—Muéstrame el rostro sereno... —siguió cantando sin interrupción.

Después de que los tres dientes le hubieran perforado el vientre, se quedó mirando sorprendido durante un breve instante las gruesas gotas de sangre que teñían la nieve de rojo, pero continuó entonando su canción.

La intensa luz de la luna le cegó los ojos y le bañó con un brillante resplandor en el que fue ahogándose despacio.

Amán se quedó perplejo junto al cuerpo inerte. El no era ningún asesino, no sabía lo que le había pasado. Sacó el biello del cuerpo como si así pudiera rectificar la acción, pero el hombre seguía tendido sin vida sobre la nieve, con una sonrisa celestial en el rostro.

A lo lejos, una mujer joven miraba atónita y se llevaba las manos al rostro.

40. **אין ער** *Ayin Resh Yod: el Dios de la fuerza del espíritu*

Desanimado, Yehoshua encendió la octava vela de Janucá al caer la noche. Su tienda nunca había estado tan tranquila como durante la semana anterior. La campanilla de plata no había sonado ni una sola vez. Sin embargo, él no abandonaba ni un solo día el mostrador, al acecho, lleno de confianza y con sólida seguridad. Una oportunidad era suficiente. Un solo cliente podía cambiarlo todo. Fuera quien fuese, no dejaría escapar a su presa. Hincaría los dientes como un gato en el pescuezo de la víctima, agitándola y jugando con ella hasta que le implorara para que le permitiera comprar el anillo más caro. Había repasado en su cabeza todos los escenarios posibles. Para el menor asomo de duda, había preparado sus argumentos perfectamente entretejidos, que conseguirían dar el empujoncito decisivo en la buena dirección. Estaría dispuesto a aceptar incluso un sistema de pago a plazos si el cliente no disponía de medios suficientes. Pero fuera quien fuese el que entrara por la puerta de su platería, volvería a salir en posesión de la Diosa del amor incondicional o de la Diosa de la curación.

Siguió alerta. No ceder ni un instante al desaliento. Confiaba en que todo el universo iba a confabularse para que su deseo se hiciera realidad. Su grado de fe y seguridad determinaba la intensidad con que se cumplirían sus pensamientos. Nunca antes se había esforzado tanto como en esta ocasión para hacer acopio de toda su fuerza de voluntad en la consecución de un objetivo claro y concreto. Farfullaba de continuo el versículo bíblico: «Ni por poder ni por fuerza, sino por mi Espíritu, dice el Eterno».

Se habían producido dos milagros. Ya había vendido un anillo, y su padre, transfigurado en mariposa, le había dado su bendición. Era inevitable que el tercer milagro estuviera girándose ahora en el útero, preparado para nacer.

Había recogido todo el mostrador para dejar sitio a las dos carísimas joyas. También había llevado al fondo de la tienda, lo más atrás que le fue posible, los restantes objetos de plata de los anaqueles para que los clientes no se distrajeran con nada. Todas sus mercancías se reducían a dos productos. Esa era la única alternativa que le dejaba a su cliente imaginario. O el amor o la curación. No vendía otros sabores.

El tiempo transcurría despacio. La tienda apenas estaba iluminada por las nueve llamitas oscilantes de las velas. Por la calle no pasaba ya casi nadie. Las demás tiendas hacía mucho tiempo que habían cerrado sus puertas. Yehoshua procuró reprimir la enorme decepción, en lo más profundo de su ser intentó disculpar la ausencia del milagro. ¿Por qué habría de producirse precisamente esa noche? El cosmos no se dejaba dirigir ni en el tiempo ni en el espacio. Estaban poniendo a prueba su confianza. Ahora debía demostrar que era digno de recibir la fuerza del milagro.

Para la consecución de cualquier gran objetivo siempre había una prueba de fuego definitiva. ¿No lo sabía ya? Al contemplar la línea de meta le entraba a uno el miedo al triunfo. Los últimos metros desataban las dudas. La incredulidad ante la duda de ser digno de recibir una gran bendición. Ese era el momento en que los atletas tropezaban o eran adelantados, con el triunfo al alcance de la mano. Sólo eran escuchados en sus plegarias aquellos que no se permitían el menor atisbo de inseguridad, aunque el desenlace pareciera desastroso. El último tramo era el más duro para quienes querían hacer posible lo imposible. Por eso eran tan escasos los ganadores de verdad. El más mínimo asomo de duda podía aniquilar el trabajo de toda una vida. Así de implacables eran las leyes del universo. La vida no era algo delicioso, sino más bien una lucha de titanes. David enfrentándose a Goliat. El hombre que quisiera transformar su realidad debería crear una fuerza en su interior capaz de cambiar la trayectoria de los cuerpos celestes.

Yehoshua se quedó dormido, extenuado, con la cabeza apoyada en el mostrador. No había sopesado ni un segundo la idea de desistir. Su sagrada fe no le había abandonado nunca y vigilaba por él, incluso ahora que dormía. Las velas se habían apagado y el único sonido era el bramido del viento.

Entonces sonó, en mitad de la noche, el suave tintineo de la campanilla en la tienda. Yehoshua se despertó de inmediato e intentó vislumbrar en la oscuridad quién era la víctima que se le presentaba.

—¡Feliz Janucá! —retumbó por la tienda, seguido de la sonora risa que sólo podía provenir de un hombre.

—¿Zimra? —preguntó Yehoshua, inseguro.

—Pues claro, tu buen amigo Zimra —respondió éste mientras buscaba a Yehoshua tras el mostrador, para darle un fuerte abrazo.

—¿Cómo sabías que tenía la tienda abierta a estas horas?

—Acabo de regresar del viaje y aún tienes mi llave, amigo, si 110 recuerdo mal. Pensé: Veamos si este vagabundo encuentra alojamiento en casa de Yehoshua. No me apetece nada pasar esta noche en la frialdad de mi casa. ¡Y, pardiez, me has dejado incluso la puerta abierta! —rió Zimra—. ¿Me ayudas a meter las cosas?

Ante la puerta había un carromato de viaje cargado hasta arriba de maletas y cajas. Mientras Zimra, jovial, remuneraba al cochero con una propina, Yehoshua fue metiendo las cosas en la tienda.

—Y ahora me bebería un vinito —propuso el rabino después de que su amigo cerrara la tienda y le llevara a la sala de estar, atiborrada con las mercancías de plata retiradas de los anaqueles.

—¡Qué pronto has regresado! —dijo Yehoshua, rebosante de alegría—. Pensaba que estarías fuera un par de meses más.

—El Mesías con tres meses tiene más que suficiente para llevar a cabo su misión —respondió Zimra riéndose a carcajadas.

—¿Has encontrado el Arca? —El orfebre tenía los ojos abiertos de par en par.

Zimra se sentó al borde de la silla y habló en tono conspirador:

—He realizado grandes descubrimientos de interés histórico. He vuelto a encontrar a los descendientes del rey Salomón y de la reina de Saba en el país de los abisinios.

—¿Cómo? ¡Cuéntame!

—Les llaman *falasha*, «intrusos» —continuó Zimra—, pero ellos se llaman a sí mismos *Beta Israel*, «la casa de Israel». Son nada más ni nada menos que quinientos mil.

—¿Quinientos mil? ¡Cuando aquí en Safed sólo viven seis mil judíos!

—Sí, pero allí son una minoría. El ejército del emperador Sarsa Dengel los está exterminando. Lleva siete años embarcado en una cruzada para convertirlos al cristianismo, pero ellos son judíos convencidos que practican, hasta cierto punto, los mismos rituales que nosotros practicamos. Los falasha se han retirado a montañas difíciles de asediar y, mientras estaba por allí, su rey cayó en manos del emperador. Fui testigo de que el emperador quería perdonarle la vida a condición de que implorara perdón a la Virgen María. El rey falasha dijo: «Prefiero cambiar un mundo lleno de mentiras por un mundo de justicia. Dame luz en lugar de oscuridad. Mátame y hazlo rápido». Fue decapitado de un solo tajo y la espada llegó a cortarles incluso las rodillas. Su fe sigue aportando valor a los combativos falasha para no abandonar, aunque su situación es bastante peliaguda. Pero se trata de un pueblo

con una valentía increíble. Vi mujeres que se tiraban desde las rocas mientras invocaban a Dios. Prefieren suicidarse a caer en manos del ejército y ser violadas.

Yehoshua estaba orgulloso de ser el primero en oír esta historia fascinante.

—¿Por qué estás tan seguro de que esos falasha descienden del rey Salomón y de la reina de Saba?

—¿Desde cuándo celebramos nosotros Purim?

—Desde hace unos dos mil años —calculó Yehoshua—. ¿Desde que Esther impidió a Amán que degollara a los judíos persas?

—Exacto. Y los falasha no conocen la fiesta de Purim, así que hace por lo menos dos mil años que no tienen ningún contacto con el resto de judíos. Ahora he descubierto que su historia es aún más antigua. Los falasha son descendientes de Moisés.

—¿De Moisés?

—Sí, Moisés se crió en la corte del faraón de Egipto.

—Sí, ya lo sé —le espoleó Yehoshua.

—Pero quizá lo que no sabías es que de joven era un importante caudillo militar. Fue el general que condujo a las tropas egipcias en la conquista de Abisinia.

—¿Cómo sabes eso?

—Por los libros de Flavio Josefo, nuestro historiador más importante. Abisinia se sentía segura porque el desierto, que debían cruzar las tropas de Moisés, estaba plagado de serpientes venenosas. Pero Moisés envió delante de su ejército una gran colonia de ibis que ahuyentaron las serpientes. Así pudo ocupar las ciudades abisinias sin bajas y por sorpresa. Tharabis, la hija del rey, quedó muy impresionada por la astucia y la fuerza de Moisés. Le ofreció la capital, Saba, si se casaba con ella. ¡Y así lo hizo! Tharabis se quedó embarazada de Moisés y su hijo se convirtió en el primero de una larga serie de reyes abisinios, descendientes de Moisés.

—¡Qué historia! —suspiró Yehoshua—. Entonces, ¿la rema de Saba, de quien se enamoró el rey Salomón, era una nieta lejana de Moisés?

—Exacto, por eso Menelik pudo transportar el Arca de la Alianza sin problemas desde Jerusalén a Abisinia. El Arca quedaba en buenas manos, y a Dios, por lo visto, le pareció bien.

—¿Y el Arca está todavía en manos judías?

—Sí y no —respondió Zimra enigmático—, Menelik llevó el Arca de la Alianza a la isla abisinia de Tana Kirkos, en el lago Tana. ¡El Arca estuvo guardada durante más de mil años en una tienda de campaña! Una vez al año, la rociaban con sangre, al igual que sucedía en el Templo de Salomón, pero hará unos mil doscientos años

que un rey abisinio, Ezana, se convirtió al cristianismo. Mandó construir iglesias por todo el país y quiso que el Arca fuera alojada en una de esas iglesias, y encargó colocar en todas las demás réplicas de la misma.

—Así pues, sería absurdo ponerse a buscar en qué iglesia está.

—Sí, ¿qué lugar mejor para esconder un árbol que un bosque?

Zimra hizo una pausa.

—Pero —continuó con una gran sonrisa—, según los falasha, los sacerdotes judíos de Tana Kirkos enviaron una réplica a su rey y la auténtica Arca de la Alianza la pusieron a buen recaudo.

—Mientras que los cristianos creían que eran ellos quienes la tenían —rió Yehoshua, aliviado.

—Sí, su Arca «auténtica» debió guardarse en la iglesia de Santa María de Sión, en Aksum, pero esa iglesia la devastaron los musulmanes hace treinta y cinco años.

—¿Y adonde llevaron entonces esos sacerdotes judíos la verdadera Arca de la Alianza? —preguntó Yehoshua, impaciente.

Zimra le examinó con ojos vivarachos e inquietos. Esta era la voraz curiosidad con la que había contado. Ahora sólo debería emplear un poco de astucia si quería aprovecharse de Yehoshua para sus propósitos.

—¿Qué tal van los negocios? —cambió de tema.

Su amigo suspiró. La fantástica historia de Zimra le había hecho olvidar por un instante su propio sueño. Le contó cómo había llegado a convencerse de que iba a consumir una venta milagrosa esta Janucá. Ahora que ya casi era de día, lo veía bastante negro. Los ojitos astutos de Zimra empezaron a brillar.

—Déjame ver esos anillos de los que tanto anhelas deshacerte.

Yehoshua fue a la tienda por su valiosa posesión. El rabino fue cogiendo con cuidado, uno a uno, los anillos. La admiración que mostraba parecía casi sincera.

—Son dos nombres secretos de Dios que nos ha enseñado Isaac. He prestado mucha atención, como te prometí. Según Isaac, el nombre impronunciable de Dios está formado por setenta y dos nombres que siguen un orden determinado. De vez en cuando sale a relucir uno de esos nombres en las clases. El caso es que hace algunos días propuso un absurdo plan. Nos convocó a celebrar Janucá en Jerusalén. Decía que íbamos a reconstruir el templo.

Esta vez era Zimra quien estaba pendiente de los labios de Yehoshua.

—¿Dijo algo sobre el Arca?

—No, llegué a preguntarle incluso si creía que estaba en Jerusalén, pero no me respondió. ¿Tú crees que el Arca está en Jerusalén?

Zimra sonrió.

—He viajado mucho, Yehoshua, y he visto las obras de orfebrería más refinadas por todos los rincones del mundo, pero esto lo supera todo.

«Quiere comprarme con halagos —pensó Yehoshua—, me necesita.» Durante toda la semana su mayor deseo había sido vender esas joyas. Ahora, en el último momento, en la oscuridad de la noche, se le presentaba una oportunidad inverosímil de cumplir su sueño, pero debería pagar un alto precio, como por todos los deseos más íntimos del corazón.

—¿Qué quieres de mí, Zimra? —preguntó Yehoshua con tono gélido.

—Quiero que te reconcilies con Jaím.

—¿Qué?

—Tienes que hacer todo lo posible para que crea que vuestra rivalidad se ha terminado. Debe confiar en ti por completo. Y luego, un día que ya te diré, deberás traicionarle...

—Cada anillo cuesta mil monedas de plata —cambió Yehoshua de tema, concentrándose en el negocio.

Zimra asintió sin inmutarse.

—Y sólo se venden en pareja —añadió el orfebre, intentando mantener la tranquilidad en la medida de lo posible, mientras la sangre le bullía por todo el cuerpo.

—¡Adjudicados! —exclamó Zimra riendo—. Y trae ahora una botella de ese buen vino tuyo, que ésta ya se ha acabado.

41. דַּמֵּב *Dalet Mem Bet: el Dios de la tolerancia*

El bey turco que gobernaba Safed y su comarca, Abu Siffin, cabalgaba sobre su caballo árabe, con diez soldados en su séquito, por el campo del que todo el mundo hablaba.

—¡Allí! —gritó uno de los soldados señalando con la punta de su espada el árbol de quince metros de altura en la linde de la hacienda. El caballo de Abu Siffin se acercó al paso al escamado tronco, resopló intranquilo y coceó la tierra con la pezuña

de una de sus musculosas patas, como si quisiera escarbar. Los otros caballos también hubieron de ser guiados con estricta mano de soldado hasta acercarse al gigantesco árbol.

Los fogosos ojos negros de Abu Siffin miraron pasmados la copa del árbol. A pesar del frío invierno y de la gruesa capa de nieve, el algarrobo se encontraba en plena floración. Las ramas nudosas, que colgaban cerca del suelo, estaban preñadas de gruesas vainas rojas y propagaban su característico aroma mohoso, ese vaho penetrante que tan a menudo había olido de niño en su patria, en la plantación de su padre.

Abu Siffin desenvainó su cimitarra dorada, engastada con piedras preciosas, y cortó un buen *kirat*, como denominan los árabes las vainas que contienen los frutos del algarrobo. Partió en dos la roja legumbre, que guardaba gran semejanza con un pan muy alargado, y le hincó sus dientes blancos como la nieve. Voluptuoso, sintió el sabor del cacao al masticar la carne. Escupió hacia arriba una de las doce semillas que contiene cada *kirat* y, tras haber descrito un arco en el aire, la atrapó con una mano. Sopesó la semilla en la palma. Los griegos ya habían descubierto que cada semilla del *kirat* pesaba exactamente 0,18 gramos, de manera que las empleaban como unidad de medida segura para el oro. Y todavía hoy siguen utilizando todos los pueblos el *kirat*, llamado a veces también quilate, como peso nivelador para medir el oro. Malhumorado, lanzó la semilla contra el curtido tronco. Esto era un misterio. A Abu Siffin no le gustaban nada los misterios. Su espíritu matemático le decía que debía haber una explicación para todo. El mundo era causa y efecto. Así pues, también ese fenómeno extraordinario debería poder explicarse.

Entre tanto, dos jinetes habían sacado ya a Amán bruscamente de la cama. Al pobre anciano ni siquiera le dieron tiempo de ponerse algo que le abrigara y, descalzo, le condujeron ante el gobernador.

—¿Es tuyo este árbol? —preguntó Abu Siffin con amabilidad mientras calmaba a su nerviosa montura.

—Sí, bey —respondió el anciano asustadizo.

—Entonces siento curiosidad por tu secreto. Todo el mundo sabe que el algarrobo no empieza a dar fruto hasta la primavera. ¿Cómo es posible que tu árbol esté en plena floración ahora?

Con la mirada dirigida al suelo, Amán respondió.

—Yo tampoco lo sé, bey. Ayer se puso así, de repente. Cuando miré por la ventana de mañana, me di un buen susto. Es un milagro. Pero son demasiados frutos para un hombre solo, por eso los he llevado a vender al mercado. Por un precio razonable, bey. No quiero sacar provecho desmedido de la bendición que me ha concedido Alá.

Era la misma historia que corría por la comunidad árabe y que había llegado enseguida a oídos del bey, pero éste no se fiaba. Un árbol que en mitad del invierno regala sus frutos con tanta prodigalidad... Debía de haber gato encerrado. A Abu Siffin le gustaba resolver misterios. Estaba firmemente decidido a revelar el enigma de ese árbol. Examinó al anciano campesino con ojos astutos. Su experiencia de guerrero le decía que ese hombre ocultaba algo.

—No te creo —dijo Abu Siffin con aspereza mientras hacía encabritarse al caballo para impresionarle. Amán se encogió.

—Este es un buen terreno, bey —se lamentó el viejo mientras excavaba con las manos en la nieve para mostrar al gobernador un puñado de tierra congelada—. Le ha proporcionado riqueza a mi familia durante generaciones. Este suelo ha sido trabajado con amor. Eso es un mérito, no un crimen.

Abu Siffin espoleó a su semental, negro como el azabache, y galopó por las extensas tierras de Amán. Cuando volvió a detenerse ante el hombre trémulo, que estaba decidido a mantener el tipo, declaró:

—Mientes. El resto de tus campos están áridos y muertos, como corresponde en invierno. Debe haber una razón para que este árbol sea el único en dar frutos.

—De verdad que no lo sé —mintió Amán.

—¡Soldados! —ordenó Abu Siffin.

Dos jinetes desmontaron de sus caballos y se dirigieron al anciano. Le arrojaron al suelo y con sus cimitarras le rasgaron la espalda a lo largo de la espina dorsal. Amán gritó. La sangre acuosa coloreó de un rojo claro su piel.

—¡Piedad, piedad, bey! ¡Os contaré la verdad!

Satisfecho, Abu Siffin hizo un gesto con la cabeza a los soldados para indicarles que podían ayudar al campesino a levantarse.

—Debéis saber, gobernador, que todos los sabbat viene un grupo de judíos a rezar y a cantar alrededor de este árbol. Les he echado muchas veces, pero vuelven cada viernes. Esta es mi tierra y no quiero ver cómo se celebran aquí fiestas judías.

Amán tomó aliento. Tímido, echó un vistazo para comprobar si Abu Siffin compartía su ira y estaba tan indignado como él por la profanación de su suelo, pero el bey sólo le hizo una seña con la cabeza para indicarle que debía continuar.

—Hace algunos días me sobresaltaron unos cánticos en mitad de la noche. Era uno de esos judíos que venían todos los viernes. Le advertí tres veces que debía marcharse, pero él siguió cantándome en la cara, a voz en grito, su obscena plegaria. Quería provocarme, me puso furioso y se me nubló el entendimiento. Sé que no debí hacerlo, pero... le maté.

Abu Siffin seguía escuchando impertérrito, como si no le importara en absoluto la confesión de asesinato.

—No comprendo qué relación tiene eso con el árbol —dijo huraño.

—Oculté su cadáver con estiércol junto al árbol. Al día siguiente, comenzó el milagro y las ramas aparecieron cubiertas de flores rojizas. Y ya por la tarde, como si el tiempo se hubiera acelerado, empezaron a salir *kirates* de las flores.

La mirada de Abu Siffin continuaba insatisfecha. Seguía sin ver un vínculo claro entre el enterramiento de un hombre asesinado y el árbol en flor.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó.

—No sé su nombre. Creo que es artista. Pertenece al grupo de Isaac Luria, al que los judíos tanto admiran.

Abu Siffin, sorprendido, enarcó sus espesas cejas negras. Había oído contar muchas historias sobre Isaac y fue a visitarle, aguijado por la curiosidad como estaba por todo lo que las gentes sencillas llamaban milagroso. Isaac había prestado oídos, con buena disposición, a su petición de que le hablara más sobre la cábala. Como superdotado en el cálculo, Abu Siffin estaba intrigado por el valor numerológico que los cabalistas parecían conceder a las letras.

—Me han contado que dicen de la cábala que es la matemática del cerebro humano, el álgebra de la fe, que resuelve los problemas del alma con la misma lógica que la de las ecuaciones. ¿Es cierto?

—Sois un hombre con buena disposición para el raciocinio —le había dicho Isaac—. Reunís todos los requisitos para ser un gran cabalista. Poseéis una gran intuición en la que no os atrevéis a confiar demasiado. La cábala combina la razón y la fe. Cada letra hebrea tiene un valor numérico. Así, la Torá nos cuenta, además de una historia literaria, una historia matemática. La belleza de las matemáticas radica en su exactitud. Es un número claro que no deja lugar a la interpretación, por eso Dios escribió el patrón del universo en este lenguaje perfecto. Tomemos ahora el valor numérico de la palabra Torá, que es 611. El valor numérico de la ciencia, *mada* en hebreo, es 114, y de *umanut*, la palabra arte, es 497. Si sumamos estas dos...

—Hacen 611, el número de la Torá —respondió Abu Siffin, divertido—; así pues, os dedicáis al estudio de vuestra Biblia empleando planteamientos artísticos y científicos.

Sin prestarle realmente mucho crédito, Abu Siffin quedó impresionado por la belleza matemática de la Torá. Una belleza que se expresaba uniendo la primera y la última letra de los libros de Moisés. Las letras Bet y Lamed formaban la palabra *lev*, la palabra que en hebreo designa el «corazón».

Al despedirse, Isaac le había dicho:

—Lo que uno cree crea el mundo en que uno vive.

Una sentencia completamente en contra de su naturaleza racional. Abu Siffin supuso que debía de existir una relación entre el artista cabalístico enterrado y los frutos del árbol, pero su cerebro era incapaz de desentrañar el misterio y eso le ponía de mal humor.

—¿Tienes familia? —preguntó.

Sorprendido por la pregunta, Amán respondió:

—Sólo Fátima, una sobrina que vive en la ciudad.

—Entonces tendrá motivos para alegrarse —se rió de oreja a oreja Abu Siffin—, porque heredará este suelo fértil y tu granja.

Amán se quedó pálido como un cadáver. ¿Heredar? ¿Significaba eso que...?

Abu Siffin ordenó a un soldado que buscara a Fátima por la ciudad para anunciarle la noticia y volvió a dirigirse a Amán. Cara a cara con la muerte, lo sabía, la mayoría de las personas estaban dispuestas a decir la verdad. Tal vez el campesino ocultaba algo que podía ofrecerle alguna pista para comprender ese inexplicable fenómeno de la naturaleza.

—Serás ahorcado. Si has matado y enterrado a un hombre que, según tú, es la causa de un milagro semejante, debe de haber sido un santo. Para ello, sólo existe un castigo: la pena de muerte.

A Amán se le salieron los ojos de las órbitas por el susto. Antes de que pudiera articular palabra, sintió la soga que le pusieron bruscamente alrededor del cuello. Un soldado le arrastró hasta el árbol y sujetó la cuerda a las gruesas ramas. Aguardaron a la orden de su bey.

—¿Tienes algo más que añadir a tu confesión? —preguntó Abu Siffin fríamente.

—Lo siento, gobernador. He cometido un grave error. Castigadme, pero dejadme por favor que siga viviendo. Soy un hombre irascible. Debería haberme dominado. Tendría que haber sido más tolerante.

Indiferente, el gobernador hizo una inclinación de cabeza hacia sus soldados, giró con su caballo y salió al galope.

Dos hombres elevaron a Amán. La soga le cortó el cuello, bloqueándole la traquea. Pataleaba mientras miraba la tierra de sus progenitores. Se le vaciaron los pulmones y el pánico le recorrió la totalidad del cuerpo. Mucho después de que los soldados hubieran abandonado el prado, Amán seguía pugnando contra la muerte. El pánico y la ira dejaron paso a la calma. En los últimos segundos de conciencia, se dio cuenta de pronto de que la tierra que oteaba no había sido nunca ni de él ni de sus antepasados, era la tierra del Creador y él sólo la había recibido en usufructo para

vivir de ella. Agradecido, expulsó su último estertor. Su cuerpo colgaba flácido e inmóvil de la soga.

Los soldados no encontraron a Fátima ni a su hijo José. Habían desalojado la casa y ningún vecino los había visto durante los dos días anteriores. Tampoco Abraham, su jefe, se explicaba por qué de un día para otro su fiel empleada no se había presentado a trabajar.

El gobernador anunció que hasta que Fátima no apareciera, el usufructo del suelo y de la granja correspondería a Esther, la viuda de Shlomo.

42. כלי Caf Lamed Yod: el Dios de la fertilidad

Nada más enterarse de la trágica noticia de la muerte de Shlomo, Jaím corrió en busca de su viuda para darle el pésame.

Pero Esther, una italiana sensual, no estaba en absoluto afligida. Esta mujer, criada en la Italia católica, gozaba de una escabrosa reputación en Safed. Se decía de ella que no se tomaba demasiado en serio la fidelidad conyugal, y en el mercado las mujeres tiraban del brazo de sus maridos cuando ella se encontraba cerca. Siempre se vestía de manera llamativa y exhibía sus formas como quien exhibe mercancías.

Jaím no entendía muy bien su despreocupación.

—Vosotros los cabalistas creéis en la reencarnación, ¿no? Si es así, ¿por qué tendría que estar triste? El ya ha regresado a modo de fabulosa cosecha en el algarrobo. Frutos cargados de semillas. El Creador ha prestado oídos a sus oraciones.

Jaím enrojeció.

—¿Estás insinuando...?

—Que él quería, pero no podía, sí. Era un tesoro y mi mejor amigo. ¡Cuánto nos hemos reído juntos y cuántas fiestas hemos celebrado! Hasta que volvía a recaer en el mal humor. A veces se pasaba así meses. Como sabía que nunca podría llegar a tener hijos, confiaba en que sus cuadros fueran a sobrevivirle, pero nunca estaba satisfecho. Sí, un poquito, cuando en ocasiones alguien le hacía un cumplido. Entonces revivía como un muchacho al que regalan una golosina. Sus momentos de mayor felicidad eran cuando vendía un cuadro. Ese profesor vuestro, Isaac, le compró una gran obra nada más venirse a vivir aquí. Una fabulosa representación del árbol de la vida. *EtzJaim*. A un muy buen precio, a propósito. Estuvimos tres días seguidos dándonos estupendos banquetes, bebiendo y festejando.

De repente se le quebró la voz ronca y animada, evocadora de recuerdos, y empezó a rugir como una fiera peligrosa con dolores de parto.

—¡El miserable! —maldijo—. ¡Cuánto voy a echarle de menos!

—Dejó para la posteridad una canción preciosa —intentó consolarla Jaím.

—Ya lo sé. Debió de haberla escrito la última noche. Yo no estaba en casa —confesó triste, bajando la vista, para continuar después más animada—: La encontré sobre la mesa. Estaba tan obsesionado con vuestro propósito de ir a Jerusalén para celebrar allí Janucá... Era un hombre que aún no había traicionado el entusiasmo infantil del niño que todos llevamos dentro.

Esther no coincidía en absoluto con la imagen que le habían pintado de ella, pensó Jaím. Se alegró de no haberse reído nunca con los comentarios que sus compañeros le dedicaban. La broma más habitual cuando alguien llegaba tarde a clase era: «Vaya, ¿te has encontrado a Esther cuando venías para acá?». A Shlomo le resbalaban todas esas estupideces. Jaím comprendía que el misterio de la afinidad de las almas sólo se revelaba en toda su riqueza a las personas que lo experimentaban. A pesar de todas las hablaturías, no podría imaginarse ninguna esposa mejor para Shlomo.

—¡Bebamos por él! —propuso Esther con la garganta en carne viva, mientras llenaba dos copas de vino.

—¡Por Shlomo! —brindó Jaím con una sonrisa melancólica y lamentándose por no haberse esforzado más en conocerle mejor.

Esther vació la copa de un trago y con la lengua limpió las gotas de sus labios carnosos. Divertida, miró a Jaím con sus ojos de color verde claro.

—¿Tú no eras el escritor? —le preguntó.

El se ruborizó. Hasta que en el mundo no hubiera un libro en el que figurara su nombre, le parecía algo pretencioso llamarse a sí mismo escritor, pero sí que albergaba la certeza en su interior de que algún día alcanzaría su meta. Tenía la sagrada convicción de que escribiría el libro que revelaría a la humanidad los secretos del universo. En su corazón ya existía el libro.

—Sí —afirmó por primera vez en voz alta como si, al articularlo, revelara su futuro—, yo soy el escritor.

—Te había imaginado distinto. Más viejo —continuó maliciosa— y más feo. Me gustaría leer alguna vez algo tuyo.

—Todavía tendrá que pasar bastante tiempo antes de que consiga terminar el libro.

—Un libro hay que escribirlo de un tirón, Jaím —aseguró mientras se inclinaba hacia delante y le ponía la mano en la rodilla—. Es igual que un embarazo. Una vez que has sido fecundada, ya no hay vuelta atrás. La criatura empieza a vivir su propia

vida en tu vientre. Todo lo que hay que hacer es alimentarla con lo que tomas. Y luego, un día, tiene que salir. Sufres dolores, crees que te vas a morir y que nunca nadie en toda la faz de la Tierra ha soportado un esfuerzo tan sobrehumano. El parto es lo más doloroso, pero una vez que tienes al niño sobre el vientre, lo único que has de hacer es sentirte orgullosa y cortar el cordón umbilical.

Jaím intuyó que tenía razón, que había descrito de maravilla el camino que tenía ante sí.

—¿Cómo lo sabes? Tú...

—... que ni siquiera has parido un hijo —le completó—. Lo he visto muchas veces con Shlomo. La creación de una obra de arte es la concepción de una verdad universal. Como todas las personas que nacen, es una fuente de sabiduría, una fuente que ha almacenado en su interior todos los secretos de la vida. Shlomo me contó una vez que, durante el embarazo, junto al bebé hay siempre un ángel con una vela que le va susurrando al oído toda la sabiduría del universo, pero cuando nace, el ángel le da un beso al niño en el labio superior, trasladando así todo el conocimiento adquirido al subconsciente y ofreciendo al hombre una meta y una oportunidad para experimentar por sí mismo esa verdad y recordarla en la vida de manera consciente. El pequeño surco en mitad del labio superior nos lo recuerda. El hombre no tiene que descubrir nada, sólo redescubrir.

—Describes exactamente el anhelo que llevo en mi interior, con mi libro. Es como si excavara en las cavernas de mi alma e intentara atraparlo en el papel —tartamudeó él.

Esther le apretó la rodilla para darle ánimo.

—Tu libro ya está, Jaím. Al igual que un niño ya lleva semanas en una madre antes de que llegue a su vientre. Sólo debes escribirlo. ¡Vamos! —exclamó de buenas a primeras rompiendo la atmósfera íntima y levantándose—. ¡Te enseñaré el taller de Shlomo!

La siguió mientras descendía por una escalerilla hacia un sótano. El lugar estaba abarrotado de lienzos, apoyados con descuido en la pared, apilados unos encima de otros en nichos, y pinturas a medio terminar sobre caballetes. La habitación conservaba el aroma cálido de los tintes, la trementina y el olor a vino.

A Jaím se le salían los ojos de las órbitas. Vio escenas bíblicas representadas con trazos vigorosos y pasionales, extensos capítulos de la Torá reducidos a su esencia en una imagen conmovedora.

—Lástima que nunca pudiera mostrar muchas de estas obras —se lamentó Esther— con vuestra estúpida prohibición judía a la hora de representar figuras humanas. Lo llevaba dentro como su gran secreto. Pero no podía evitarlo.

Jaím reconoció paisajes, por los que había paseado con Isaac, cuyo colorido superaba al de la realidad, y retratos de personas a las que conocía y que eran mucho más auténticos que las personas mismas. ¿Cómo era posible sacar de una paleta de colores, como por arte de magia, la propia vida? Como si lo que aparecía representado no fuera el exterior, sino más bien el alma. E incluso las naturalezas muertas de frutas y flores narraban con audacia una historia llena de entusiasmo vital. Jaím de repente se dio cuenta de que la palabra *cábala*, además de «recibir», significaba también «el descubrimiento de paralelos». El arte de Shlomo reducía las teorías más complicadas de la *cábala* a sencillas imágenes que conglomeraban tiempo, espacio e inspiración. ¿Sería por eso por lo que Shimon Bar-Yojai animaba con tanta frecuencia a sus lectores del Zohar a abrir los ojos y ver de verdad? Quien mirara a través de los ojos de Shlomo vería una realidad más genuina que la propia realidad.

Parecía como si Jaím experimentara por primera vez lo que significaba realmente la belleza, una de las diez emanaciones de luz del Creador. No era Shlomo, el artista, quien había creado la belleza; él sólo había atrapado la belleza existente en un recipiente de inspiración y la había vertido sobre un lienzo. El artista era sólo un instrumento para expresar la belleza universal de la Creación, ensamblando con su talento líneas y colores hasta convertirla en un sublime reflejo de la realidad, una creación humana que emulaba la Creación.

Jaím se sobresaltó en sus cavilaciones al descubrir un rincón donde sólo se veían desnudos representados en toda su impudicia. Bellas mujeres con posturas desenvueltas que él ni siquiera había contemplado en sueños. Esther no tuvo más remedio que reírse cuando le apareció el arrebol en las mejillas.

—Aquí muchas mujeres, que en principio sólo querían un retrato oficial, posaban al final con el culo al aire —dijo divertida—. Shlomo poseía cierta inocencia, cierto encanto. Era capaz de convencer a cualquier mujer para que se quitara la ropa. Siempre les hacía dos retratos: uno que podían mostrar a sus esposos y otro que él conservaba aquí.

Los ojos de Jaím se vieron absorbidos por un gran lienzo que colgaba junto a la ventana del sótano. Parecía como si una mano estuviera apretándole con fuerza el estómago. En el cuadro descubrió la espalda tensa y desnuda de una muchacha cuyo vestido blanco resbalaba con descuido hasta caerle justo por encima de las caderas. Daba la sensación de estar mirándole directamente a los ojos, por encima del hombro. Su mirada estaba al mismo tiempo llena de espanto, llena de odio, llena de deseo y llena de miedo. El resplandeciente color avellana de esa mirada lo reconocería entre miles. Eran los ojos de Francesca. Su grito sin palabras que tanto dolor les había causado a Shlomo y a él antes de que se celebrara su matrimonio con Yehuda. Era un arañazo que llevaba grabado en el corazón y había sido plasmado a brochazos por el artista con toda la intensidad sensitiva de su paleta de colores.

—Esa es la hija de vuestro profesor —le aclaró Esther, que notó cómo Jaím miraba hipnotizado el cuadro.

El colorido fue enturbiándose por el agua que iba acumulándose en los cristalinicos, como si se trataran de estanques rebosantes. Esther le rodeó los hombros con su brazo.

—Estás enamorado de ella, ¿a que sí? —le preguntó.

—Sí, pero es un amor imposible —le respondió él—. Isaac ha dicho que me corresponde otra mujer.

—Eso sólo puede saberse una vez que se ha vivido —dijo Esther en voz baja.

Jaím, compasivo, negó con la cabeza.

—Está casada.

Los labios carnosos de Esther dibujaron un gesto de ternura ante tanta inocencia.

—Puedes quedarte con el cuadro —le dijo mientras lo descolgaba de la pared—. Estoy segura de que en ningún sitio va a estar mejor que contigo.

Con el gran lienzo empaquetado en yute bajo el brazo, Jaím regresó a casa por las calles enfangadas, firmemente decidido a escribir su libro y a vivir su vida.

QUINTA PARTE

Safed, 1571. Final del otoño, cincuenta y dos semanas después (año 5331 del calendario judío)

43. **מנן** Mem Nun Qof: *el Dios de la responsabilidad*

El dulce olor a *latkes* crujientes invadía toda la casa. Ana había escogido con esmero las patatas más jugosas del mercado y las había rallado y mezclado con cebolla cortada en trocitos muy finos y huevos batidos. Ahora los buñuelos de patata fritos en aceite se encontraban humeantes sobre la mesa, en su fuente de porcelana más bella. Ya había comenzado a anochecer, pero decidió no preocuparse, porque estaba claro que Jaím había vuelto a perder la conciencia del tiempo y del espacio.

Se había puesto un traje azul de fiesta muy atrevido, para lo que en ella era habitual, y este año alimentaba su propio gran deseo de Janucá. La amistad con Jaím había ido consolidándose el pasado año, hasta llegar a convertirse en algo muy especial. Todas las noches cenaban juntos y mantenían animadas conversaciones sobre casi todo lo que les conmovía el corazón. Había también días en los que la locuacidad de Jaím disminuía por estar peleándose con algún pasaje del libro cuya esencia no podía captar, pero casi siempre se le veía alegre y efusivo compartiendo sus progresos. Ella se sentía una privilegiada por poder ser partícipe de su aventura y le animaba en las raras ocasiones en que, por un momento, parecía perder la fe. La desconfianza que su maestro Isaac despertaba en Ana había dejado paso a una curiosidad divertida, pero no dudaba en sacar a Jaím de la nube cada vez que se excedía alabándolo.

«De verdad que no es el Mesías, Jaím, aunque él tal vez crea que sí.» Oyó sus pasos descender por la escalera y fue a sentarse rápido y con despreocupación aparente a la engalanada mesa, con la Torá abierta.

—¡Adelante! —gritó con la mayor indiferencia que le fue posible cuando llamó a la puerta.

Jaím entró con un volumen enorme de papel encuadernado. Lo dejó caer de golpe sobre la mesa y dijo orgulloso:

—¡Está terminado!

Se quedó mirando a Ana, a la expectativa. Como si la hubiera interrumpido en un emocionante pasaje, ella levantó los ojos sin muestras de interés e hizo como si no le entendiera.

—¿Por qué me miras ahora de una manera tan rara, Ana? ¿No me has oído? ¡Lo he terminado! ¡Mi manuscrito ya está listo!

—Y mis *latkes* casi se han quedado fríos —repuso con desdén, lamentándolo en el mismo instante en que lo decía—. Feliz Janucá, Jaím —añadió.

—Sí, feliz Janucá —le contestó como correspondía—. Pero mira, éste es, mi libro. ¡Existe! ¡Ya no es un sueño!

Preocupado porque al libro pudiera caerle algo de aceite de los *latkes*, apartó a un lado la fuente. Ana, irritada, se puso en pie, levantó la resma de papel de la mesa con esfuerzo y la arrojó junto a la chimenea. Después volvió a colocar la fuente justo en el mismo lugar donde estaba, pero cuando vio la cara decepcionada de Jaím, se derritió.

—Estoy orgullosa de ti, de verdad. Lo que pasa es que me he esforzado mucho...

—Este es sin duda el mejor libro sobre la cábala que se ha escrito nunca —volvió a interrumpirla él, muy animado, mientras se sentaba a la mesa—. Con excepción del Zohar, tal vez. Tenemos que celebrarlo esta noche, Ana. ¡Adelante, enciende las velas de Janucá!

Ella se dirigió a la repisa de la chimenea para encender la vela de la derecha del candelabro, pero antes de que pudiera prender fuego, Jaím gritó:

—¡Cuidado, nada de velas cerca de mi libro! ¡Imagínate!

Con la espalda vuelta hacia él, respiró hondo para controlar su ira incipiente. Cogió el candelabro de la chimenea, lo colocó en el alféizar de la ventana y, decidida, encendió las velas.

—Bien. Vamos, me muero de hambre. Comencemos rápido, Ana, porque estos *latkes* parecen estar de capa caída.

El arranque de Ana fue frenado por el sombrío tañido de la pesada campana de cobre en el pasillo. «Y ahora, por si fuera poco, esto —pensó—; seguro que se trata de algún alma desesperada que quiere que le lean rápido el futuro en las cartas.» Aunque ella no quería abrir, él ya había bajado corriendo por la escalera.

—¿Yehoshua? —oyó exclamar abajo a Jaím, sorprendido—. ¡Qué sorpresa, entra!

Los dos hermanos habían confraternizado mucho durante el pasado año para lo que en ellos era habitual. Yehoshua había cumplido la promesa que le hizo a Zimra y su rivalidad había dejado paso a otras preocupaciones. La enorme fortuna conseguida le había permitido entregarse sin medida a su pasión secreta. Esa adictiva y cara pasión que había empezado a dominar todos sus pensamientos y que ahora también le estaba poniendo en un brete.

Ana se sintió por un momento la mujer más desgraciada del mundo. Después de que Yehoshua entrara en la habitación, se quedó algunos segundos pasmado, mirándola. Con su sonrisa profesional, se dirigió a ella y le dijo:

—Ana, Dios te tenía a ti en mente cuando creó a la mujer. Qué preciosa estás con ese vestido azul. No cabe duda de que éste es tu color. —Continuó con un guiño—: Un bonito anillo en esos dedos completaría el conjunto. Tienes que pasarte algún día por mi tienda.

—Qué galante es este hermano mío, ¿no te parece, Ana? —rió Jaím.

«Me gustaría que eso fuera algo que tuvierais en común», pensó ella.

—Hermano, tengo una gran noticia —anunció Jaím mientras se sentaba en su silla.

—¿Vais a casaros? —preguntó Yehoshua sorprendido, pero después captó la mirada dolida de Ana.

Jaím rió.

—¡Guasón! No, mi manuscrito está terminado. Mira. Allí está.

—Estupendo —dijo Yehoshua—, entonces ahora podrás ponerte a trabajar de nuevo.

—Bueno, podría decirse así —contestó Jaím, entusiasmado, mientras se levantaba de la silla—. Porque ésta, naturalmente, es sólo una primera versión. Aún tengo que hacer unas cuantas correcciones y tampoco estoy muy satisfecho todavía con la estructura, pero la base está ahí y es buena.

—¿Me permites? —preguntó Yehoshua a Ana mientras se sentaba en la silla de ésta.

«¿Por qué no? —pensó ella—. Estoy aquí como si fuera una cortina azul colgada en las ventanas.» El sacó del bolsillo interior de su abrigo una hoja de pergamino, enrollada con esmero, que fue desenrollando despacio.

—¿Reconoces esto, Jaím?

—Sí, claro —le respondió el muchacho con alegría—. Nuestro contrato. Está bien que lo saques a colación. Quería pasarme mañana por tu casa para prorrogarlo.

—¿Prorrogarlo?

—Sí, necesito aún medio año para pulir el manuscrito del todo. Así que quisiera pedirte prestado un poco más de dinero.

Yehoshua, sorprendido, se quedó examinando a Jaím.

—¿Tienes alguna idea de cuánto dinero me debes a día de hoy?

—Sí, claro. Me prestaste cincuenta monedas de plata con un interés del ocho por ciento. Eso hace exactamente cincuenta y cuatro monedas de plata.

—Pobre Jaím —se lamentó Yehoshua con compasión en la voz—. Sé que las cuentas nunca fueron tu fuerte, pero éste es un error muy embarazoso...

Ana le arrebató a Yehoshua el contrato de las manos y lo leyó. Asintió en señal de que lo había comprendido.

—Aquí aparece escrito el ocho por ciento al mes, e interés compuesto. Eso hace... ciento veinticinco monedas de plata y ochenta y nueve céntimos —concluyó Ana.

Los dos hermanos se quedaron mirándola sorprendidos.

—Soy muy buena con los números —se encogió de hombros, arrogante.

Jaím silbó entre dientes. Vio a través de la ventana de vivos colores los copos de nieve revoloteando hacia el suelo. Prometía ser una noche hermosa. Subió la escalera y regresó un poco más tarde con dos monedas de plata en la mano.

—Esto es todo lo que me queda —dijo.

Yehoshua cogió las dos monedas de plata y se las echó al bolsillo. Se levantó y volvió a colocarse el sombrero con distinción. Cortés, le hizo una reverencia a Ana y luego se dirigió a su hermano con tono cortante:

—Mañana plantaremos el problema ante el tribunal. Seguro que sabrán encontrar una solución. Feliz Janucá.

Jaím, abatido, estaba sentado a la mesa. Ana se puso detrás de él y le colocó las manos calientes en los hombros a modo de consuelo.

—Yo tengo un poco de dinero —le ofreció mientras le hacía un masaje en los rígidos músculos—. No toda la cantidad, pero algo...

—No, no lo quiero, Ana —declinó él, incómodo por su proximidad—. Quiero ser yo quien pague el precio de mis sueños.

—Tómalo como dote —le susurró.

—No estoy ahora para bromas —respondió enfadado—. Tengo que encontrar una solución.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Y la comida? —preguntó Ana.

—Lo siento. Ya no tengo hambre —dijo mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

Ana cogió un *latke* seco de la fuente, lo bendijo y le hincó el diente.

Tumbado sobre los blandos cojines del sofá que había junto al gran ventanal de la sinagoga azul, Zimra escuchaba con atención el alegato de Yehoshua había conseguido granjearse un nombre bastante bueno en Safed durante el último año. En público sólo hablaba con ponderación y el mayor de los respetos de su antiguo rival Isaac. Con las espléndidas e innumerables donaciones que realizaba para obras de caridad, iba aumentando también su popularidad. Como definitiva prueba de humildad, había ofrecido a Caro su conocimiento y sus servicios, de manera totalmente gratuita, para actuar de juez ayudante. El escepticismo inicial de Caro había dejado paso al entusiasmo. Zimra, que había sido rabino y juez durante cuarenta años en Egipto, parecía administrar justicia con integridad y le alivió de bastante trabajo.

Con plena confianza, el anciano juez le había adjudicado el caso de los dos hermanos acerca del reembolso de un préstamo. Caro estaba sólo presente como mero trámite, para ratificar la sentencia.

Cuando Yehoshua hubo terminado su argumentación y miró a Zimra, satisfecho de sí mismo, éste se dirigió a Jaím.

—¿Qué tienes tú que añadir? —le preguntó.

—Nada en absoluto —respondió el joven—. Mi hermano tiene toda la razón. El único problema es que no tengo el dinero.

Yehoshua rebosaba de alegría ante la perspectiva del triunfo. El sabía también que su hermano no tenía el dinero, pero, al presentarlo ante el tribunal, confiaba en que su amigo Zimra le sacaría del apuro. Porque necesitaba el dinero. Su cara afición se le había escapado de las manos y sus acreedores no eran muchachos con los que pudieras bromear. Además, estaba el deseo de derrotar a su hermano. Ser declarado oficialmente el vencedor, aunque fuera por una sola vez y no lo hiciera su padre, sino el tribunal, que no era menos representativo que la propia Torá.

Zimra leyó con atención el contrato.

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó.

—Yo, juez Zimra —respondió Jaím—. Yehoshua lo dictaba y yo lo iba escribiendo.

—¿Y lo hiciste con plena conciencia, sin coacción?

—Desde luego. De hecho, fui yo quien insistió en plasmar nuestro acuerdo en papel —ratificó Jaím.

Zimra enarcó las cejas, indeciso, y lanzó una mirada elocuente a Caro, quien había depositado su pluma de ganso sobre la mesa y seguía el caso con interés.

—Inaudito —refunfuñó Zimra—. Ya sabrás que la ley judía prohíbe testificar contra uno mismo, ¿no? Tanto tu cuerpo como tu alma son regalos del Creador. Le

ofendes a él portándote de una manera tan desagradecida con ese donativo. Deberías avergonzarte.

Caro sí se había quedado encantado con la fatal sinceridad de Jaím. Raras veces sucedía que una parte inculpada no intentara lo indecible para justificar su acción. A menudo le había sorprendido cómo las personas podían disculparse a sí mismas incluso de los crímenes más atroces. Lo más fascinante era que esos razonamientos rebuscados también surtían siempre algún efecto y arrojaban nueva luz al caso. Caro había llegado a la conclusión, tras esos miles de procesos que había dirigido, de que cada crimen tenía su razón de ser, pero había sido Isaac quien le había explicado por primera vez en detalle lo que él mismo llevaba intuyendo durante tanto tiempo. Ningún delito criminal era un suceso casual y desgraciado. En cada asesinato, robo o violación yacía oculta una sabia lección tanto para el autor como para la víctima. Por fortuna, no debía pronunciarse a este respecto. Su aspiración más importante en el alegato final era siempre que las dos partes se reconciliaran. Combatir el odio con el odio no solucionaba nada. Precisamente en la tarea casi imposible de amar a tu enemigo como a ti mismo se encontraba el camino expedito hacia un mundo mejor, un mundo en el que las personas, por fin, ya no se harían ningún mal, porque, si lo hicieran, el mayor mal se lo ocasionarían a ellas mismas.

—Me pareces un muchacho sensato —le dijo Zimra a Jaím con una sonrisa desdeñosa—, pero la escritura y la firma de estos compromisos parecen haber sucedido en un arrebató alucinatorio. Nuestra palabra hebrea para interés, *neshej*, no en vano significa «mordedura». Cuando te muerde una serpiente, es desagradable, pero sólo es realmente doloroso y quizá mortal cuando esa mordedura se hincha y hace que enfermes. ¿Cómo pudo pasársete por la cabeza que podrías ahorrar en un solo año ciento veintiséis monedas de plata para satisfacer tus compromisos?

—No me paré a pensarlo, juez Zimra —confesó Jaím—. Sólo tenía confianza en que todo saliera bien.

—Yo más bien lo llamaría estúpida ingenuidad, en vez de confianza —matizó Zimra. Yehoshua se rió por lo bajo. Le parecía fabuloso que estuvieran poniendo en solfa a su sensato hermanito—. Además, has podido sacar el máximo provecho de ese enorme capital de cincuenta monedas de plata. Ha llegado a mis oídos que has escrito un libro.

—Es cierto —asintió Jaím.

—Un libro que no habría sido posible sin la ayuda de tu hermano.

—Por ello le estaré eternamente agradecido, juez Zimra.

—Pero —continuó Zimra con un aire de severidad mientras se dirigía a Yehoshua— en la firma de un contrato ambas partes son igual de responsables. Es la tarea del acreedor investigar en la redacción de un acuerdo si el deudor será capaz de

cumplir con sus obligaciones. ¿Tenías tú indicios fundados de que Jaím en un solo año reuniría esta enorme cantidad?

—No —confesó Yehoshua.

Zimra se puso en pie, satisfecho. Cuando más se sentía en su elemento era al combinar su poder de juez con la vanidad de profesor. Le parecía maravilloso concretizar y conseguir aplicar la Torá, en apariencia tan abstracta. Haciendo ágiles juegos malabares con el *yad* de plata, el puntero con que se leía la Torá, se encaminó al arca donde se hallaban guardados los rollos.

—¿Creéis que Dios llegaba a difusos acuerdos mientras dictaba la Torá a Moisés? Dios registró hasta en los más mínimos detalles los compromisos que firmó con el hombre en su alianza, nítidos compromisos que no pueden llevar a malentendidos, porque cada acto del hombre influye en el mundo entero y en todo el universo. Dios se tomaba muy en serio la redacción de un contrato —dijo mientras daba golpecitos con su bastón en el arca—. ¿No era también ésa vuestra obligación?

Yehoshua y Jaím asintieron como dos escolares a los que se les estaba leyendo la cartilla. Como si se tratara del mismo Dios, Zimra subió los seis peldaños de la *bimá*, la tribuna en el centro de la sinagoga, para dictar sentencia. Cada peldaño simbolizaba un día de la semana, porque cada día el hombre debía esforzarse con renovado afán en alcanzar un nivel espiritual más alto.

—Todo contrato es sagrado —tronó la voz de Zimra por la sinagoga, mientras se encontraba en la plataforma que era la expresión del séptimo y más elevado nivel espiritual—. Incluso este irreflexivo pedazo de papel. Te condeno al pago de dos monedas de plata al mes hasta que la deuda haya quedado saldada.

Jaím suspiró. Dos monedas de plata eran una suma considerable. Igual que su alquiler. Sea como fuere, eso significaba que de nuevo debería pedirle trabajo a Abraham, e incluso aunque éste le ayudara, no le quedaría nada para vivir.

Pero Yehoshua también estaba insatisfecho. Necesitaba ciento veinticinco monedas de plata. Y rápido.

Justo cuando Zimra iba a descender de la tribuna, el juez Caro se levantó.

—Apreciado colega, he seguido tu sentencia con interés y admiración, pero tengo una pequeña pregunta...

—Naturalmente —dijo Zimra cordial—. Yo siempre digo que dos saben más que uno.

—Gracias. Bueno, si lo he entendido bien, Jaím debe a su hermano la cantidad de ciento veinticinco monedas de plata. Con dos monedas de plata al mes pasarán casi sesenta y tres meses antes de que Yehoshua consiga recuperar todo su dinero. Mucho tiempo, ¿no es verdad?

Yehoshua se vanagloriaba ahora incluso de que Caro le respaldara. En el pasado había defendido a menudo sus asuntos dudosos ante Caro. Clientes descontentos que habían puesto en tela de juicio el peso en plata que Yehoshua les había facturado, pero éste siempre había estado dispuesto a llegar a un acuerdo amistoso y por eso nunca había sido condenado. Caro parecía querer recompensarle ahora por su condescendencia.

—Yo no quería llevar al extremo el caso, juez Caro —le aduló Yehoshua—. Al fin y al cabo, es mi hermano. Pero me parece que tenéis razón. Además, en nuestro contrato pone que los intereses seguirán acumulándose hasta que se haya pagado el último céntimo.

—Me alegra que hayas aportado esto, Yehoshua —dijo Caro rebosante de felicidad—, pues me da pie a citar un versículo del Éxodo. Está escrito: «Cuando prestes dinero a uno de tu pueblo, al pobre que está contigo, no te portarás con él como usurero ni le cobrarás intereses». Así pues, la Torá prohíbe que nosotros, los judíos, nos cobremos intereses los unos a los otros.

—Pero yo lo acepté, juez Caro, al firmar el contrato —defendió Jaím a su hermano.

—Exacto, y por eso mi venerable colega Zimra te ha condenado a liquidar los intereses hasta el día de hoy. Aunque también existe otra solución. ¿Me permites, colega?

—Naturalmente —concedió Zimra con una modelada sonrisa.

Jaím y Yehoshua contemplaron en tensión cómo el anciano Caro subía a su vez a la *bimá*. Lo único que deseaba Jaím era poder seguir trabajando en su libro. El año pasado había sido el más fascinante de su vida, había hecho exactamente aquello para lo que había venido al mundo. La escritura le había colmado por completo. La idea de tener que volver a teñir lana le desesperaba.

—Si en verdad quieres resarcir tu contravención de la Torá, Yehoshua —habló Caro con gravedad mientras miraba de reojo a Zimra, como si estuviera pidiendo su aprobación—, podrías condonarle a tu hermano toda la deuda.

Yehoshua se rió, indignado.

—¿Por qué tendría que hacerlo, juez Caro? Me parece que él tiene más culpa que yo.

—Podrías convertir tu préstamo en dinero que invertirías en una *hetter iska*.

—¿En una inversión? —exclamaron ambos hermanos, sorprendidos.

—Una *hetter iska* —repitió Caro—. El préstamo lo has invertido en tu hermano. Te conviertes, por así decirlo, en accionista de la empresa Jaím Vital. A cambio de ello, recibirás una parte, por ejemplo el diez por ciento, de las ganancias que Jaím obtenga cada año.

—Pero, juez Caro —protestó Yehoshua—, él ganaba en ese taller textil cuarenta y ocho monedas de plata al año. Así sólo obtendría 4,8 monedas de plata al año. ¡Pasarían diez años antes de recuperar tan sólo mi llamada *hetter iska*, no digamos ya para conseguir alguna ganancia!

—Tal vez subestimás a tu hermano. Jaím tiene fama de ser el estudiante de cabala más brillante de Safed. ¿No es cierto, rabino Zimra?

Reacio, asintió éste con su gruesa cabeza para corroborarlo.

—No puede ser de otro modo que algún día llegará a hacer efectiva su riqueza espiritual. Esa es una ley del universo —continuó Caro—, así que podrías forrarte. Quizá recibas incluso multiplicado lo que esperabas ganar ahora con los intereses.

«Esto va por muy mal camino», pensó Yehoshua muerto de miedo. Sus ojos buscaban la ayuda de Zimra, quien con una rápida mirada le aclaró que le resultaba imposible hacer nada más. Ésta no era en absoluto la sentencia con la que había contado. En lugar de salir victorioso, debía oír ahora cómo Caro también hacía grandes elogios de Jaím, cómo le atribuía incluso una vida de riquezas a su hermano, cuando el dinero siempre había sido el punto en el que Yehoshua siempre le había derrotado.

—Estoy de acuerdo —convino por fin, tendiéndole reacio una mano a su hermano—. Te has librado de una buena, hermanito. Pero ten cuidado, yo vigilo muy bien mis inversiones.

Con un parsimonioso gesto de cabeza a Caro y una mirada iracunda a Zimra, volvió a salir una vez más de la sinagoga sin ser el ganador y sin el dinero esperado.

Los dos jueces descendieron por las dos escaleras de la *bimá*.

—¡Qué brillante apostilla! —elogió Zimra con voz acompasada—. Pero, si me disculpas, tengo ahora una cita. —Salió corriendo de la sinagoga.

Caro posó su anciana y escuálida mano sobre el hombro de Jaím.

—La firma de ese contrato fue algo muy estúpido por tu parte —le dijo—. Quizá tu cabeza esté demasiado tiempo en las nubes y ya va siendo hora de que bajes a la realidad.

El muchacho asintió.

—Quiero que vengas a cenar esta noche a mi casa. Quiero pedirte algo.

Sorprendido, Jaím miró los ojos viejos y brillantes de Caro.

Yehoshua, entre tanto, seguía corriendo por las concurridas calles de Safed. «Tengo que conseguir dinero», se decía mientras daba una patada a un gato callejero que se le había cruzado en el camino.

—¡Yehoshua! —le gritó Zimra, que había salido detrás de él—. ¡Yehoshua, lo siento! No pude intervenir. Pero ¿por qué no acudiste a mí si necesitabas ese dinero? ¿No te había pedido que mantuvieras la amistad con Jaím?

—He sido cordial durante un año, Zimra, pero tengo problemas, Necesito dinero con urgencia.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es algo que no te incumbe. —Parecía asustado.

—Tranquilo —le apaciguó el juez—. Acompáñame a casa y te daré el dinero, pero sigue siendo amable con Jaím. Ya sabes que la verdadera grandeza de un hombre puede medirse por cómo se porta con sus enemigos. Además, me lo prometiste.

—Vale —aceptó Yehoshua, aliviado por poder redimir su deuda...

45. אֱלֹהֵי יוֹד אַיִן: *el Dios de los deseos*

El enorme comedor, en el que ese día cientos de estudiantes de Caro habían vuelto a llenar el estómago con la sopa de invierno de Rebeca, estaba vacío, a excepción de la mesa central donde Jaím se hallaba inmerso en una acalorada discusión con el anciano juez. Caro se mostró como un excelente anfitrión, lo que hizo que el joven abandonara pronto su educada reserva. Charlaba abiertamente de su libro y de la amistad que mantenía con Isaac.

—Ya sabía yo que acabarías yéndote bien —bromeaba Caro paternal mientras le pellizcaba en la mejilla—. Aunque le procuraras a tu padre unas cuantas noches de insomnio.

«Fue un accidente —fue lo único que pudo pensar Jaím—. Un trágico accidente.»—Yo siempre intentaba calmarle por aquella época. Mientras tú te perdías por los vericuetos de la alquimia, le hice a tu padre una predicción. Yo confiaba en tu excelente talento. Le dije...

Rebeca le puso un dedo admonitorio en los labios a la vez que le guiñaba un ojo.

Él le mordió el dedo, juguetón, y luego continuó, enamorado:

—Tienes razón, querida, me adelanto a los acontecimientos, pero me gustaría tanto contarlo...

Acariciándole, pegó sus labios carnosos en la fina boca de él. Para ocultar su embarazo, Jaím se puso a recoger los platos vacíos.

—Sea como fuere —volvió a dirigirse Caro a su invitado—, cuando empezaste a estudiar la cábala, fui a visitar a tu profesor de entonces, el rabino Alshij. Le dije que debía tratar tu educación con especial cuidado y cautela. Siempre he sabido que estabas destinado a algo grande.

Jaím se hinchó de orgullo. Desde que se había demostrado a sí mismo que era capaz de traer un libro al mundo, se sentía omnipotente, al igual que una madre que ha parido un hijo. No tenía ni idea de que Caro le llevara observando tanto tiempo, actuando incluso como un ángel protector.

—Has sido bendecido siendo el estudiante preferido de Isaac, ¿te das cuenta? —suspiró el juez—. Hace algunas semanas le pregunté si quería darme clase a mí también. De manera educada, me dijo que le honraba pidiéndoselo, pero que los libros de Cordovero eran mejor materia de estudio para mí. «¿Crees que mi inteligencia de ochenta y un años ya no es lo suficientemente aguda?», le pregunté. Pero tenía razón. En cuanto se animó a adoctrinarme, empecé a dar cabezadas y me quedé dormido. ¡Ay, el pobre Yehuda, cuántas veces no le habré reprochado que hubiera estado durmiendo durante las clases de Isaac!

Caro, melancólico, abismó la mirada en su copa de vino de color rojo profundo. Rebeca le acarició los escasos cabellos.

—¿Qué tal le va ahora a Yehuda? —preguntó Jaím por cortesía. En realidad, no tenía ningún interés en conocer su estado actual, y mucho menos el de su esposa Francesca. Se había esforzado en la medida de sus posibilidades por desterrarlos de su pensamiento para siempre. A veces se alegraba creyendo que lo había logrado, hasta que volvían a aparecer en sus sueños y se despertaba sudando. Sabía que Yehuda no era un punto débil sólo de él, sino también de Caro.

Llamaron a la puerta y Rebeca salió corriendo por la sala para abrir.

—Pregúntaselo tú mismo —sonrió Caro prometedor—. El y su encantadora esposa se unirán a nosotros esta noche.

Jaím sintió que se le erizaban los pelos de la nuca cuando oyó la voz familiar de Francesca, que saludaba a su suegra. Con toda su gracia intacta, fue contoneándose por el largo comedor, directa hacia Jaím. Le tendió la mano.

—*Shalom*, Jaím. Cuánto tiempo hace —le saludó despreocupada.

—Sí —fue todo lo que pudo articular mientras le miraba el dedo donde lucía la resplandeciente Diosa de la protección. Enseguida comprendió que probablemente fuera ella el cliente feliz del que le habló Yehoshua el año anterior. Así pues, de manera indirecta le debía a ella su préstamo. Debió de haber pagado una fortuna. Miró agradecido a la joven cuyos detalles más insignificantes llevaba grabados en la memoria, la muchacha que le miraba cada noche desde la agónica pintura de Shlomo que colgaba sobre su cama. Su belleza se había desarrollado ya por completo hasta

alcanzar la madurez de una elegante esposa. Sólo los ojos brillaban menos de lo que él recordaba y revelaban una pena indefinida.

Yehuda, entre tanto, había abrazado a su padre y llevaba ya un rato con la mano tendida hacia Jaím, para quien el tiempo se había detenido con la mano helada pegada a la cálida piel de Francesca, que la derretía. Su mirada, arrojada como una plomada que intenta sondear la profundidad de su historia.

—Si me permitís interrumpiros —terció Yehuda. Todos rieron y Jaím le dio un abrazo fraternal al hombre que se había casado con su gran amor.

Caro esperó impaciente a que Rebeca hubiera servido también a los invitados que acababan de llegar y entonces le indicó que fuera a sentarse a su lado. Sus huesudos dedos envolvieron los de ella cuando volvió a tomar la palabra:

—He hablado mucho de ello con Rebeca y, por fin, he tomado una decisión. Como es una decisión que os afecta a todos, os he invitado a venir aquí esta noche.

Jaím clavó la mirada en Caro, con las pupilas dilatadas. ¿Iría a revelar ahora el vaticinio que le hizo a su padre? ¿Y qué tenía esto que ver con Yehuda y Francesca? ¿Querría disolver el matrimonio?, se preguntó Jaím de repente, tan atemorizado como lleno de esperanza.

—Yehuda, hijo mío —habló Caro con la lengua pastosa—. He sido un mal padre para ti, te he querido meter en un corsé en el que no cabes. En mis sueños te dibujé una vida que tú sólo debías ir rellenando, pero en toda mi supuesta sabiduría me había olvidado de que tenías un alma propia, con deseos propios y una voluntad propia. Demasiado tiempo he estado luchando contra esto. Gracias a tu madrastra Rebeca, he llegado a comprenderlo.

Yehuda miró sorprendido a Rebeca. ¿Habría reconocido esta mujer, a la que nunca había querido, su desesperada agitación por intentar satisfacer las pautas de su padre? ¿Cómo intentaba encarnar un papel que no le correspondía? ¿Cómo reprimía su verdadera naturaleza? ¿Y le dispensaría ahora su padre de su deber conyugal para con Francesca?

—Rebeca me abrió los ojos —continuó Caro, emocionado—. Me señaló tu constante lucha por ganar mi aprobación. Me mostró tu gran alma que yo había encadenado. Pero ahora estoy contento de poder liberarte esta noche de las esposas, para que así puedas desplegar tus alas.

Las manos sudorosas de Francesca buscaron debajo de la mesa tanto la mano de Yehuda como la de Jaím. Rebotante de felicidad, miró a los dos hombres de su vida, a la espera de las palabras liberadoras de Caro.

El anciano carraspeó.

—Mi decisión influirá en las vidas de los tres.

—Venga, no le des tanta emoción, cariño, dilo ya —animó Rebeca a su esposo con un rostro radiante.

—De acuerdo —convino Caro—. Yehuda, te libero de las expectativas que había puesto en ti para que me sucedieras en el tribunal. Ahora mismo sé que no sientes ni frío ni calor por la ley judía. Posees otros talentos magníficos. Quiero que tengas la oportunidad de desarrollarlos al máximo, apoyado por tu ejemplar mujer.

Yehuda, sorprendido, se quedó mirando a su padre. No sabía qué le parecía más increíble, si el viraje total que había dado en la obsesión por prepararle en su sucesión o la decepción desgarradora al ver que su progenitor seguía estando ciego ante su mayor pena, la de estar casado con alguien a quien no amaba.

—Jaím —continuó Caro imperturbable tras tomar un buen trago de vino, ahora que había soltado lo que tenía que decir—. El incidente de esta mañana con Yehoshua me ha convencido de que sería bueno para ti mantenerte en contacto con la ley concreta de la Torá. La justicia le reporta fuerza al hombre. Si no puedes perder un juego porque no hay reglas, tampoco podrás ganarlo exactamente por la misma razón. Por eso es tan importante la ley. La ley es lo que marca la diferencia en este mundo. ¿Cuál es tu mayor sueño? Todo lo que emprendes es o bien una contravención o un cumplimiento de la Torá. O perjudica a este mundo o lo ayuda a progresar. La ley es lo que le da sentido al hombre. Quiero tomarte como asistente para poder ir formándote, de manera que llegues algún día a convertirte en mi sucesor. Tal como le predije a tu padre. ¿Qué me dices, muchacho?

Jaím se quedó con la boca abierta. El fuego de su pasión, que tanto se había encendido durante los últimos minutos, parecía haber sido apagado con un cubo de agua. La enorme pasión por Francesca, que aún latía en su interior, le había dejado atónito. La gran oferta de convertirse en ayudante de Caro, una posición con la que soñaban cientos de estudiantes, parecía fútil ahora que Francesca volvía a escapársele. Durante un par de minutos se había creído el héroe de una historia que, como en un cuento, al final obtenía a la princesa. Se quedó sin habla, mirando a Francesca, cuyos ojos se habían derrumbado como las columnas destrozadas del Templo de Jerusalén.

Caro se molestó por el silencio con que los jóvenes habían recibido sus buenas noticias. Volvió a llenar la copa y miró titubeante a Rebeca.

—Creo que los tres deben de asimilar todavía la noticia —dijo ésta animándole—. Quizá debemos dejarlos solos.

El juez sonrió, admirado por las sabias palabras de su esposa.

—Tienes razón, Rebeca. Dejemos a la juventud con la juventud.

Vació la copa y su mujer le ayudó a levantarse.

—También he bebido mucho más de lo que es recomendable —masculló—. ¡Cuándo aprenderé, de una vez por todas, la virtud de la moderación!

—Venga, cariño, vámonos —insistió Rebeca, que sabía que, si no intervenía ahora, Caro empezaría a quejarse de que no podía refrenar sus deleites carnales y, a continuación, manifestaría su fantasía de morir algún día en una hoguera.

—¡Ah, sí, Jaím! —añadió el anciano de pronto mientras cogía la botella de vino de la mesa—. Ganarás cuatro monedas de plata al mes. No es mucho, pero te enseñará a impartir justicia de una manera modesta a personas que ganan mucho menos o mucho más que tú.

Seguido por la mirada de los tres jóvenes decepcionados, Caro se dirigió ebrio a los aposentos privados, contiguos al comedor, con una mano picarona y trémula posada en las redondas nalgas de Rebeca.

46. **שאה** *Shin Alef He: el Dios de la afinidad entre las almas*

Ana, sentada al borde de la mecedora junto al crepitante fuego, leía las últimas palabras del manuscrito de Jaím: «Aquellos que lean este libro con su inteligencia o con su fe llegarán a comprenderlo realmente».

Dejó que la hoja de papel cayera al suelo revoloteando y, tranquila, se balanceó hacia delante y hacia atrás. Parecía como si el libro le hubiera potenciado todos los sentidos, como si hubiera pasado a ser el centro de un universo que lo aglutinaba todo. Liberó una fuerza vertiginosa en su interior, como si durante años hubiera estado paseando ciega por paisajes que sólo ahora, como por arte de magia, podía contemplar en todo su esplendor. El libro resultaba ser la llave de un cofre plagado de conocimiento que siempre había llevado consigo, pero que nunca había podido abrir. El cuerpo entero se le encendía de felicidad ante la idea de que en la vida todo tenía un significado, de que nada sucedía sin que hubiera una causa para que sucediera, de que la vida era tan deliciosa como un copioso banquete en el que cada sabor influía en el siguiente, cada ingrediente volvía a redefinirse una y otra vez mediante todas las combinaciones posibles, convirtiéndose así en una succulenta cena.

Se levantó de la mecedora de un salto y quiso subir las escaleras corriendo, pero entonces pensó que quizá sería más decoroso ponerse una bata por encima del camisón transparente de color rosa viejo. Se pasó un cepillo por el pelo con rápidos movimientos y, para su sorpresa, en el espejo vio a una mujer resplandeciente. De repente, lamentó haberle dedicado tan poca atención a su aspecto exterior. Incluso de

chica prefería sumirse en las preocupaciones de sus amigas antes de preguntarse qué era lo que más la favorecía. Se dirigió al cofre donde guardaba las retribuciones de sus dientas. Esther, la viuda de Shlomo, le había pagado una consulta con un novedoso invento procedente de Italia. Era una cajita plateada con una crema roja, que le había explicado que debía aplicarse en los labios para darles color. A Ana le pareció muy gracioso, pero pensó que se quedaría en el cofre hasta que algún día decidiera regalárselo a una amiga. Las ganas de vivir que le había transmitido el libro la empujaron a probarlo. Se pintó con cuidado los labios, se adornó el cabello con una cinta vistosa y ese camisón rosa... acentuaba pero que muy bien sus bellas formas.

—Jaím, Jaím! —gritó impaciente mientras golpeaba la puerta. Oyó un gruñido y un chancleteo asustados. Un Jaím adormilado abrió.

—¿Qué pasa? —preguntó— ¿Estoy soñando? ¡Tienes un aspecto muy raro!

No se había parado a pensar ni un momento que se encontraban en mitad de la noche. Ana se rió de la cara asustada de Jaím, que estaba tiritando, metido en su camisa de dormir.

—Eres un hombre sabio —le dijo.

—¡Vaya, muchas gracias!

Quiso cerrar la puerta, pero Ana interpuso un pie y le siguió adentro. Jaím volvió a meterse en la cama y se cubrió con las mantas mientras ella encendía una vela.

—Acabo de leer tu libro —fue directamente al grano.

Jaím se sentó en la cama. Llevaba dos días esperando impaciente la respuesta de Ana, que aún no había mencionado nada sobre el libro. El era demasiado orgulloso para preguntárselo. «Mañana volveré a llevármelo a mi cuarto», había pensado esa misma noche al ver que su manuscrito seguía intacto junto al fuego.

—¿Y bien? —le preguntó, intentando parecer lo más desinteresado posible.

—Me daba mucho miedo leerlo. No podría haberte mentado. Pensé que, si no me gustaba, no me atrevería a decírtelo a la cara. Sé cuánto significa para ti.

—¿Y bien? —repitió él.

—Me lo he leído de un tirón, no podía parar. Este libro tiene tanta fuerza, lleva tanta riqueza dentro... Eres un héroe, Jaím.

Esto era todo lo que él quería oír. Mientras el libro habitara entre sus cuatro paredes, podía ser todo lo que él soñara, pero desde que se lo había entregado a Ana parecía haberse convertido en una presa indefensa. El libro debía ahora convencer por su propia fuerza y no podía corregir ninguna palabra elegida con menor acierto. El libro se había transformado en un ser autónomo que hablaba a los lectores con voz propia.

—Cuéntame, ¿qué es lo que más te ha gustado, qué te pareció lo mejor? — preguntó anhelando más cumplidos.

Ana corrió la silla acercándola más a la cama y colocó la vela entre los dos. Su ansia infantil de autoafirmación la conmovió. Una violenta granizada azotaba las frágiles vidrieras.

—Yo creo que el capítulo más bonito es el que trata de la afinidad entre las almas. Cómo estableces una relación con el planeta Saturno, el planeta de la reencarnación, diciendo que el ciclo de veintinueve años que tarda Saturno en rodear el Sol coincide con los primeros veintinueve años de la vida humana. A menudo he percibido cómo las personas parecen extraviadas hasta que cumplen veintinueve años, como si todavía estuvieran luchando con la pena padecida en una vida anterior, y el tiempo del renacimiento sólo empieza tras este valle profundo del corazón. No puede ser casual la cantidad de personas que más o menos a esta edad están despistadísimas en la vida. Pero mucho más llamativo aún es que quienes logran sanar el dolor de su alma son recompensados con el hallazgo de su media naranja. Tal vez lo esté explicando muy mal...

—No, qué va —la interrumpió Jaím presto—. Lo resumes a la perfección. Es fabuloso oír de tu boca lo que estaba intentando escribir. No he hecho más que darle vueltas a la cabeza intentando encontrar las palabras para expresarlo. Me limito a plasmar la sabiduría de Shimon Bar-Yojai y de Isaac.

—¿De qué sirve la sabiduría si no se comparte, Jaím? Tu misión es acercar este conocimiento al mundo y es algo que haces de manera sublime —expresó ella con fervor.

—Para que puedas comprenderlo incluso tú —la chinchó él.

Ana, arrogante, levantó las cejas.

—Pero tú apenas tienes veintisiete años. Aún te queda bastante tela que cortar, Jaím —fue su réplica.

—Para mí era muy importante que lo leyeras —se disculpó él—. Tú eres la única a la que puedo confiar mi trabajo en estas circunstancias. ¡Pero venga, he estado trabajando en el libro durante todo un año y quiero oír más cosas!

—¿Puedo meterme debajo de tus sábanas? Aquí hace mucho frío.

—Por supuesto —consintió él, sorprendido por su petición.

—¿No me ves nada distinto? —le preguntó ella mientras se iluminaba la cara con la llama de la vela.

—¡Tus labios! —exclamó—. ¿Qué ha pasado? ¿Has comido algo en mal estado?

Ana dejó la vela en el suelo y se arrimó a él en la estrecha cama individual. Jaím se esforzó por considerar la situación de lo más normal. Era noche cerrada. Hacía frío.

Estaban conversando. En esas circunstancias no había nada más natural que meterse en la cama con una amiga. Se pegó todo lo que pudo a la pared para no tocarla. Ana se trajo la manta hacia sí, quedando él medio destapado, pero no se arriesgó a tirar de nuevo para su lado por si ella pensaba que sus intenciones eran bien distintas. Escucharon el granizo que azotaba los cristales con ráfagas tempestuosas.

—Bueno, ¿y entonces? —se atrevió Jaím a preguntar por fin con la garganta seca— ¡Empieza a hablar de mi libro!

—Es una idea tan extraña lo que escribes de que cuarenta días antes del nacimiento de alguien ya se ha tomado la decisión de quién será tu media naranja en la Tierra... —dijo en voz baja.

—¡Vaya! ¿Por qué? —preguntó en apariencia indiferente.

—Que cada hombre y cada mujer nacen como la mitad de un alma que busca unión en la Tierra. Nadie nace para estar solo, pero ¿cómo se encuentra a esa alma gemela, cómo puedes llegar a reconocerla? —le susurró.

Se giró sobre el costado y miró los contornos de la cara del hombre que ocupaba la totalidad de sus pensamientos. La nariz afilada, el cabello rizado, los ojos brillantes que reflejaban luz incluso en la oscuridad.

Ana ocultó el rostro en la almohada. Como el cálido olor del ganado te golpea en el rostro al entrar en un establo, así fue sorprendida con placer ella por el aroma dominante del cuerpo masculino, caliente y vigoroso, de Jaím. Apretó de manera instintiva las caderas contra el colchón y se sintió como un tulipán que abre por primera vez los sépalos de su cáliz para beber con ansia el agua de la lluvia.

—Describes muy bien que, cuando alguien encuentra a su alma gemela, se siente como si hubiera llegado por fin a casa después de un largo viaje, que entonces apenas es necesario hablar porque te comprendes sin palabras, que sólo puedes sonreír porque ya la has encontrado muchas veces con anterioridad en la vida sin reconocerla, que entonces esas dos almas se unen porque son las dos mitades de un todo.

—Sí —fue todo lo que Jaím alcanzó a articular. La voz susurrante de Ana y su cuerpo haciendo suaves movimientos le infundieron miedo. Por el rabillo del ojo vio que yacía sobre el vientre y mecía el cuerpo de manera apenas perceptible.

Ella sintió su mirada y giró la cabeza hacia él. Su voz sonaba seca.

—Tienes mucha razón cuando describes que es de vital importancia el hecho de encontrar a tu media naranja en esta vida para sublimarte a ti mismo, al ser amado y a tus futuros hijos, y cómo todas las fuerzas del mundo espiritual se conjuran para unir a dos almas en la Tierra, y cuando dices que sólo has de abrir los ojos, rezar y mirar las señales que te envía la vida.

—A veces las personas eligen erróneamente —refunfuñó Jaím—. A menudo es debido a una vida anterior, que aún tienes que averiguar algo con esa alma y, tan pronto como lo haces, puedes disolver el matrimonio y quedar como amigos. Yo creo que ésa es la razón por la que Yehuda y Francesca tuvieron que casarse. Lo que han de dirimir entre ellos sólo ellos lo saben. Aunque el resto del mundo no lo comprenda. Sólo podrán empezar a buscar su alma gemela cuando lo hayan solucionado.

Ana se sintió como un charco de agua que, transcurridos escasos segundos, se evaporaba en la arena del desierto. Un gélido escalofrío le recorrió la espalda que hasta ese mismo instante le ardía de deseo. Salió de la cama. Los ojos de Francesca la miraban triunfantes desde el cuadro, encima de la cama. Había dejado de granizar. Por las calles sólo se oía el sonido de pasos extraviados en los charcos de granizo derritiéndose.

—¿Puedo ver tu mano un momento? —le preguntó.

Jaím se la tendió desde la lejanía. Alumbrada por la vela, estudió la línea que corría horizontal desde el dedo meñique hacia el dedo corazón. La línea del corazón.

—Tu línea del amor tiene tres ramificaciones hacia arriba —le comunicó—. Eso significa que en tu vida hay tres mujeres que pretenden tus favores. Para descubrir cuál de ellas es tu alma gemela, debes recuperar el sentimiento puro de tu primer enamoramiento. La mujer que despierte en ti la misma inocencia que cuando eras un muchacho será tu verdadero amor.

Jaím se cubrió con la manta el cuerpo aterido. Vio todavía un atisbo de la pintura corrida en los labios de Ana mientras ésta apagaba la vela de un soplo. Sin decir nada, salió de la habitación.

No podía recordar a ninguna muchacha de la que hubiera estado enamorado antes de Francesca. La única mujer a quien había amado mucho era su madre, pero prefería reprimir cualquier pensamiento sobre ella.

Safed, 1572. Inicio del verano, siete meses después (año 5332 del calendario judío)

47. לamed Alef Vav: el Dios que redime de la codicia

Ante la mirada atenta de Jaím y del juez Caro, Isaac y Esther plasmaron sus firmas en el contrato.

Esther estuvo agobiada durante año y medio por el terreno y la granja de Amán que le habían adjudicado. Para ella era superior a sus fuerzas frecuentar el campo donde habían asesinado a su marido. Esperó en vano que Fátima apareciera exigiendo su herencia, pero ésta no daba señales de vida. Para quitárselo de encima, se le ocurrió regalarles el usufructo a Isaac y a sus discípulos. Estaba convencida de que ése era el mejor modo de honrar a su marido.

—A Shlomo no le importaban mucho las posesiones materiales —les explicó—. Si tenía dinero, se lo gastaba enseguida. Cuando nos casamos, no tenía ni para comprarme un anillo, pero en su lugar me regaló un cuadro en el que expresaba su amor por mí. Mi padre, un propietario de inmuebles acaudalado, dijo que no podía desear yerno más rico.

Jaím había redactado un contrato con extrema meticulosidad que ofrecía a Esther la posibilidad de recuperar su propiedad cuando quisiera.

El juez Caro estaba satisfecho con su trabajo. A pesar de la gran diferencia de edad, se inspiraban entre sí. La Torá y la cábala se tendían la mano cuando los dos se ponían a estudiar los textos. Discutían durante horas sobre el ser humano, que en cualquier momento de su vida podía elegir entre la verdad y la falsedad. Qué tentador resultaba justificar las propias mentiras para hacerlas pasar por honradez. Y que al Creador, en su infinita confianza, no le importaba en absoluto tu elección. El tenía la eternidad. El tenía una mirada misericordiosa y a cada momento volvía a ofrecerte una nueva oportunidad. De ser necesario, durante varias vidas. Los dos se afanaban con esa misma misericordia en la administración de justicia. El paso en falso se supeditaba al porqué. ¿Qué le había hecho a alguien decidirse en esa fracción de segundo por lo erróneo en lugar de por lo correcto? ¿Cuál era la enseñanza esencial que debía sacar de su error?

El corazón de Jaím iba creciendo al estudiar diariamente estas cuestiones. Hacía ya tiempo que su ombligo había dejado de ser el centro del mundo. Fue desarrollando compasión y piedad para con los menos afortunados. Se le dulcificó el carácter. Trabajaba duro y a conciencia. La profundización en la letra estricta de la ley le había proporcionado raíces.

—Para encontrar a Dios, hay que estar con los pies en el suelo y alcanzar el cielo con la cabeza. Así podrás conseguir que la energía divina fluya en tu vida cotidiana —le había dicho Caro.

Incluso Zimra mostraba su admiración por la rápida evolución de Jaím.

—Si viniera la muerte a buscarte, Caro, Dios 110 lo quiera, tu tribunal estaría en buenas manos.

—Este contrato tiene que sancionarlo aún el gobernador —concluyó Caro—. Porque el primer derecho sobre la propiedad todavía le corresponde a Fátima, pero no creo que Abu Siffm ponga dificultades.

Esther e Isaac sellaron la cesión con un apretón de manos.

—Todos los viernes por la noche cantaremos la canción de Shlomo junto al algarrobo para dar la bienvenida al sabbat como novia —le prometió Isaac.

—¡Qué bien! —sonrió Esther con tristeza—. A todo artista le gustaría perdurar tras la muerte en su obra. ¿Qué tal va tu libro, Jaím?

—Ya está terminado —respondió él orgulloso.

Isaac le miró sorprendido.

—¿Terminado? No me lo habías dicho.

—He acabado de corregir la primera versión —se disculpó Jaím—. Todavía estoy puliendo algo, pero al abrumarme Caro con tanto trabajo, el libro se ha convertido en una tarea nocturna.

—Nunca te prometí un empleo fácil —se defendió el juez—, pero eres joven y no tienes una familia que cuidar.

—Dame el libro a mí, Jaím —le ordenó Isaac adusto—. Yo lo corregiré. A fin de cuentas...

—No —se opuso Jaím con más vehemencia de la que habría querido—. Quiero concluirlo yo. Sé muy bien lo que hay que arreglar.

Isaac guardó silencio y con su mirada hipnótica horadó durante un par de segundos los ojos de su alumno. Luego se le dibujó una sonrisa amable en los labios.

—Jaím escribe mi libro —explicó a Caro—. Yo no tengo paciencia para hacerlo. El posee el talento para registrar mis lecciones por escrito.

El joven se quedó mirando pasmado a su maestro. ¿Decía ahora que el libro era suyo, que él sólo era una suerte de secretario, o estaba siendo demasiado susceptible?

—Yo creía que el libro que estabas escribiendo era tuyo —terció Esther asombrada.

Le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Así pues, no lo había entendido mal, pero no encontraba palabras para defenderse. No quería mantener una controversia infantil sobre su autoría en presencia de Caro y Esther, pero ¿qué mosca le había picado a Isaac?

El tenso silencio fue roto por los insultos procedentes del exterior. Parecía como si estuvieran martirizando a alguien públicamente.

Los cuatro salieron a toda prisa de la sinagoga y vieron que una multitud enfadada se había congregado un poco más allá en la plaza del mercado. Los enojados puños se alzaban hacia una mujer que se hallaba sobre la empalizada de madera de un tenderete.

—¡Guárdate para ti esas habladurías absurdas, bruja! —gritaba un verdulero encolerizado.

—¡Espantas a todos nuestros clientes con tus malos augurios! —le apoyó un zapatero escuálido.

—¡Ella predijo mi futuro a la perfección! —gritó una joven madre—. ¡Seis hijos, dijo! ¡Pues bien, mirad! —mostró su prole a los que la rodeaban— ¿Por qué no habría de estar ahora en lo cierto?

—¿Por qué tendría que mentir? —reaccionó la mujer de la empalizada, que se había animado con esta muestra de apoyo.

Ahora se daba cuenta Jaím de que era la clara voz de Ana la que causaba tanta consternación en todas esas personas. «Dios mío, se ha vuelto loca, tengo que ayudarla», pensó. Se abrió paso entre la masa de gente agrupada.

—¡Creedme! —gritaba Ana desesperada—. ¡El final está cerca! ¡Safed sucumbirá dentro de un mes! ¡Muchos de vosotros no sobreviviréis! ¡Nuestra ciudad será alcanzada por la mayor catástrofe desde hace tiempo! ¡Huid! ¡Huid ahora que podéis! ¡La desgracia puede llegar en cualquier momento! ¡Salvad vuestras vidas!

Caro también se abrió paso, siguiendo la estela de su joven ayudante. La marea humana se apartó cuando dejó claro que quería tomar la palabra.

—¿Por qué? —se dirigió Caro a Ana—. ¿Por qué habría de ser nuestra ciudad alcanzada por una catástrofe?

Ahora que el sabio juez tomaba en serio a esta mujer perturbada, la angustia encogió el corazón de muchos. Todos la miraban, esperando temerosos su respuesta.

—He tenido un sueño premonitorio, juez Caro —explicó Ana tensa—. Y mis sueños no me engañan nunca. He soñado con un león de insaciable voracidad. En su gula desgarraba a todo aquel que se cruzaba en su camino. Hasta que el león no se vaya a dormir no volverá la paz a la ciudad. Tampoco sé más, sólo que ocurrirá dentro de poco. Ya va siendo hora de que os pongáis a buen recaudo. Después se cerrarán las puertas de la ciudad y todo el mundo tendrá que esperar a que el león se desfogue.

Todos los ojos se volvieron a Caro, que observaba a Ana con mirada penetrante. Su instinto le decía que esa mujer hablaba en serio. El sabía que treinta días antes de que en este mundo cayera una ciudad, en el otro mundo ya se anunciaba el acontecimiento. Si la ciudad ha hecho méritos, la catástrofe se revela a los dirigentes

justos por boca de niños, de personas sencillas, a veces incluso por mediación de un ave, para que los dirigentes tengan la posibilidad de llamar al arrepentimiento y así puedan eludir la catástrofe. Pero era absurdo evacuar una ciudad por el sueño de una echadora de cartas. Caro buscó confirmación en Isaac, pero éste había desaparecido entre la masa, así que debía confiar en su propio criterio.

—Creo que dices la verdad —se aventuró titubeante.

Una sacudida de pánico se apoderó de la multitud.

—Pero no creo que la huida sea una solución. Precisamente cuando nuestra ciudad se vea asolada por la desgracia es cuando deberemos unir nuestras manos como comunidad. Debemos afrontar con valor nuestro destino y cambiar juntos la situación para que vaya a mejor. De momento hablas de un enemigo invisible. Un león hambriento que ha de ser alimentado. Sea lo que fuere que quiera significar eso, procuremos aplacar el hambre del león, el día en que se muestre, con otro alimento que no sea la carne humana.

La multitud empezó a aplaudir. Nadie quería abandonar Safed. Todos amaban la ciudad que les había traído prosperidad. Nadie podía imaginarse que hubiera un enemigo capaz de someterla. Safed era un lugar sagrado, rodeado de un anillo de luz clara en torno a la cumbre de la colina. Esta protección los ayudaría también a superar los tiempos difíciles. Caro tenía razón. Huir era de cobardes. Si fuera necesario, defenderían su ciudad con uñas y dientes.

—No lo comprendéis. —Ana intentó acallar a gritos el aplauso, pero hasta que Caro no volvió a extender su mano, no hubo silencio.

—Proclamo el mes próximo período de ayuno. Tomemos esta profecía como tiempo de reflexión. Nuestra ciudad goza de una gran prosperidad, pero ésa es una bendición que también puede transmutarse en maldición. Cuando el afán de lucro nos obsesiona, reprimimos las aspiraciones espirituales en nuestro interior. ¿Todos los beneficios que obtenéis los lográis por méritos propios? Buscad la armonía con el Creador sintiendo agradecimiento al poder compartir vuestra abundancia. Donadlo a aquellos que han sido bendecidos con menor suerte. La caridad es justicia. Ayunando durante un mes y haciendo más obras de caridad, los justos tendrán la oportunidad de ver perdonadas sus vidas.

Esta vez 110 hubo aplausos. Un mes de ayuno era un tiempo excesivamente prolongado. Sobre todo ahora que los días eran tan largos y sólo se podría comer cuando el sol hubiera desaparecido. A la mayoría tampoco le hacía mucha gracia dar más limosnas. Pensaban que ya daban más que suficiente. ¿Debían entregar ahora sin más, por un estúpido sueño, el dinero ganado con tanto esfuerzo? La población estaba dividida. Una mitad decidió atenerse a los consejos de Caro, mientras que la otra mitad creía que todo eso de la desgracia vaticinada no sería para tanto.

Nadie prestaba ahora atención a Ana. Mientras todo el mundo volvía al trabajo, Jaím se dirigió a la adivina, que estaba fuera de sí. La ayudó a bajar de la empalizada y se la llevó a casa.

—¿Tú me crees, Jaím? —le preguntó—. Créeme, por favor. Estás en peligro. Huye conmigo.

—Te creo, Ana, de verdad —la apaciguó—. Pero Caro tiene razón. No podemos ceder ante el peligro.

48. מִצְדָּה *Mem Tsadik Resh: el Dios de la libertad*

Jaím llevó a Ana a casa y le aconsejó que se metiera en la cama para recuperarse de los tumultuosos acontecimientos. Después fue a visitar a Isaac, pues la manera en que había hablado sobre su libro le había molestado. No le cabía en la cabeza que considerara el libro como su propia obra. Quizá le había dejado perplejo el hecho de que se hubiera producido un progreso semejante sin habérselo contado, pero Jaím quería sorprenderle, quería tener el libro bien preparado, imprimirlo y luego entregarle el primer ejemplar a su maestro. Con la dedicatoria en la primera página: «Al león de la cábala».

Se despertó de sus sombrías cavilaciones al entrar en la calle de Isaac. Dos antiguos discípulos, Datán y Abiram, que tras abandonar indignados las clases de Isaac no habían hecho más que propagar chismorreos, se dedicaban a soltar improperios y a señalar la puerta de un blanco ebúrneo de la casa de Isaac.

—¡La maldición de esa adivina se refiere a ti! —gritaba Abiram, el mayor de los dos.

—¡Pones en peligro a toda la ciudad con tus desvaríos místicos! —bramaba Datán.

Isaac salió a la calle y los hombres buscaron mutua protección, pero recobraron el ánimo porque su antiguo maestro, por lo demás, no hizo nada, así que empezaron con una nueva sarta de insultos.

—Seguro que tu riqueza es el fruto de la magia negra —siseó Datán.

—Y esa mujercita egipcia tuya nunca ha estado en la sinagoga. ¿Se cree demasiado importante? —le provocó Abiram.

Jaím vio cómo la ira iba acumulándose en su maestro e iba emergiendo como el agua hirviendo de un geiser en erupción.

—¡Ojalá seáis engullidos por el suelo que pisáis! ¿Cuándo vais a dar muestras de arrepentimiento por vuestra incredulidad? ¿No habéis aprendido todavía la lección? ¡Aplastaré con los pies el suelo que cubra vuestras cabezas!

Los hombres parecían petrificados por las terribles maldiciones de Isaac y enseguida salieron huyendo calle arriba. Jaím estaba escandalizado. Nunca había visto enfadado a su maestro. Siempre conservaba la dulzura que le impresionó tanto la primera vez que le vio. No es que careciera de fuerza, poseía tanto poder de convicción que nunca había necesitado alzar la voz. Jaím nunca habría sospechado que dentro de ese hombre amable habitaba un malévolo animal salvaje. Se acercó con cautela. Isaac se encontraba todavía en medio de la calle con los ojos llameantes, como si estuviera tragándose vivas las sombras en fuga de Datán y Abiram.

—Isaac, ¿estás bien? —preguntó prudente.

—Entra, Jaím —le dijo como si nada hubiera pasado—. Tenemos cosas importantes que hacer.

Se volvió y atravesó la puerta hacia el jardín, ya relajado del todo, seguido a algunos metros de distancia por el joven.

Era un agradable día de verano y se sentaron junto a una palmera, al lado de una mesa de madera sobre la que había una fuente con suculentas fresas.

—¿Qué ha sido eso? —empezó Jaím a hablar, titubeante—. Nunca te había visto así. Decían cosas horribles, pero lo que tú dijiste...

—Escucha —le interrumpió Isaac muy serio—. Tu patrona tenía razón esta tarde en el mercado. Va a ocurrir una gran catástrofe. Datán y Abiram son las encarnaciones de aquellos dos que se sublevaron contra Moisés. Me reprochan que me porto como un elegido de Dios. Son celosos, y los celos son un veneno maligno. No pueden creer que un hombre haya desarrollado ideas que exceden su capacidad de raciocinio. En la época de Moisés fueron engullidos vivos por la arena del desierto, pero ahora también les aguarda una muerte terrible si no se arrepienten. ¿Porque sabes cuál es el mal, Jaím? ¿Sabes quién es el faraón de Egipto? Es un enemigo invisible dentro de ti. Es la oscuridad en tu interior. Tu egoísmo. Ese viejo vagabundo de El Cairo tenía razón cuando me dijo que iban a ocurrir grandes cosas en Safed. La lucha entre la luz y la oscuridad ha empezado. Es una lucha espeluznante que requerirá muchas víctimas. Debo aconsejarte que también tú ayunes durante un mes y te purifiques.

—Naturalmente —respondió Jaím.

Se estremeció. Isaac no era una persona pesimista. Siempre hablaba de modo esperanzador con respecto al mundo, pero ésta parecía una predicción apocalíptica, como si hubiera comenzado el tiempo final. ¿El lado oscuro de Jaím estaba también involucrado en esta lucha? ¿Por qué se preocupaba tanto de quién iba a llevarse los

méritos del libro? ¿No debía admitir sinceramente que sin Isaac nunca habría sido capaz de describir su sabiduría? Se sintió culpable. Aplacaba descaradamente su sed en la fuente de Isaac pero, ahora que le preguntaban de dónde había sacado esa agua portadora de vida, se negaba a mostrar el pozo.

—No nos queda mucho tiempo juntos, Jaím —fue al grano Isaac— Tengo que enseñarte aún mucho más para que puedas terminar mi libro.

«¡Tu libro —quiso exclamar Jaím— es mi libro!», pero enseguida mandó a la jaula la bestia oscura de su interior, como si se tratara de un domador. Se tragó con dificultad las palabras. Avergonzado, bajó la vista.

Isaac abrió la Torá en el capítulo catorce del Éxodo. Señaló con el dedo el versículo diecinueve.

—Lee —le ordenó a Jaím, que obedeció al instante.

—«El ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y se puso detrás de ellos; asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas.»Era el pasaje en que el pueblo judío se quedó estancado en la playa del mar Rojo mientras huía del ejército egipcio.

—Este versículo en hebreo cuenta con setenta y dos letras —dijo Isaac—. Lee ahora el versículo veinte.

—«E iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel, para aquéllos era una nube tenebrosa, pero a Israel lo alumbraba de noche; por eso, en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros.»—Setenta y dos letras también —dijo Isaac resuelto—. Versículo veintiuno.

—«Moisés extendió su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirara por medio de un recio viento oriental que sopló toda aquella noche. Así se secó el mar y las aguas quedaron divididas.» —leyó Jaím—. También setenta y dos letras en hebreo, supongo.

Isaac sonrió.

—Exacto. Porque en estos tres versículos están ocultos los setenta y dos nombres de Dios —reveló Isaac triunfal.

Jaím enarcó las cejas sin comprender.

—Mira, si combinas la primera letra del primer versículo, la última letra del segundo versículo y la primera letra del tercer versículo, aparece entonces el primer nombre secreto de Dios.

—Vav, He, Vav —deletreó Jaím.

—Exacto —confirmó Isaac—, y lo mismo ocurre con el resto de las setenta y dos combinaciones de letras.

—¿Y éstos son los nombres de Dios, de los que ya nos revelaste unos cuantos en las clases? —tartamudeó el joven estupefacto.

—Sí. Pero tú serás el único al que le enseñe ahora todos los nombres, porque cada nombre lleva en sí el poder de dividir el mar Rojo en tu interior. Para superar todas tus debilidades. Los nombres están afilados como cinceles y, si meditas sobre ellos, atravesarás todos los obstáculos que puedan surgir en tu vida.

—Increíble —suspiró Jaím. Las letras le bailaban ante los ojos. Había leído este pasaje innumerables veces, ignorando el inconcebible secreto que guardaba en su interior. Señaló al azar una letra del primer versículo. La letra Mem. Calculó que era la sexagésima letra empezando por la izquierda, buscó en el segundo versículo la sexagésima letra por la derecha y en el tercero la sexagésima de nuevo por la izquierda. Mem. Tsadik. Resh.

—Este es uno bello —dijo Isaac—, el Dios de la libertad. Con este nombre puedes liberarte por completo de la oscuridad. El pueblo judío no huía de los egipcios. La palabra «Egipto» es un sinónimo de: «el lado oscuro en ti mismo». El hombre que es un esclavo de su egoísmo. Los judíos acababan de ser liberados del faraón por Moisés y ya se le estaban quejando en el desierto. Datán y Abiram le azuzaban. Algunos deseaban incluso regresar a Egipto en lugar de huir. Su esclavitud había sido siempre un pretexto gratificante para justificar su lado oscuro. Ahora se daban cuenta de que la libertad también los obligaba a concentrarse en la luz. Su fe era demasiado débil para confiar por completo en el Creador. Preferían elegir la seguridad de la esclavitud. Incluso Moisés fue puesto a prueba cuando se encontraron ante el mar Rojo. Imploró ayuda a Dios, pero Dios respondió: «¡Adelante, entra en el mar!». Moisés tuvo que buscar en su interior la absoluta confianza y seguridad para escindir en dos las aguas con su fe. Así venció a Egipto.

—La oscuridad que dejó atrás —le completó Jaím—. ¿Y los setenta y dos nombres en su totalidad contienen una fuerza semejante?

—Te los enseñaré todos —le aseguró Isaac—. Siempre que se me conceda el tiempo suficiente. Quien conoce los nombres secretos de Dios sabe todo lo que puede llegar a saberse. Sólo entonces podrás llegar a escribir el libro que abarque toda la sabiduría y el conocimiento.

—Tu libro, quieres decir. Mi recompensa es el anonimato —replicó Jaím perplejo.

Isaac le lanzó una mirada penetrante. Sabía cuánto anhelaba el reconocimiento, cómo deseaba llegar a ser inmortal por sus sabios escritos.

—Nadie sabrá que fui yo quien lo escribió —continuó el muchacho, tristón.

—¿Escribes el libro para ti o para la humanidad?

Era la misma pregunta que Cordovero le había hecho hacía mucho tiempo. No lo sabía. ¿Debía donar así, sin más, aquello de lo que más orgulloso estaba? ¿Era ésa la

entrega definitiva que debía aprender? Sabía que no podría. Toda su vida había deseado escribir un libro con toda la sabiduría que anhelaba un hombre indagador. Ese libro estaba creciendo ahora en sus manos como un niño dentro del vientre. Nunca sería capaz de repudiarlo. ¿Cómo podría conceder a otra persona la paternidad de lo que él había criado con tanto amor?

—Ahora sigue escribiendo el libro —le aconsejó Isaac—. No te preocupes por lo que pasará con él. Procura, ante todo, que quede acabado.

Pero si ya está prácticamente terminado, quiso gritar Jaím, pero la sonrisa de su maestro le amordazó.

—Tienes razón —admitió—. Si no revelara este secreto en mi libro, sería como un pan de pasas sin pasas.

Isaac hincó el diente a una jugosa fresa.

—Aún nos quedan muchas cosas por hacer juntos, Jaím.

Hasta bien entrada la noche, Isaac fue desvelando el significado de unos cuantos nombres. A Jaím le crujían los sesos, su cabeza estaba tan llena que, por un momento, ya no le quedaba espacio dentro para preocuparse por cuál era el nombre que aparecería en la cubierta del libro.

Safed, 1572. Verano, veintisiete días después (año 5332 del calendario judío)

49. יָוֶד Yod Lamed Yod: el Dios de la luz y la oscuridad

El vigésimo séptimo día de ayuno, en pleno verano, Jaím claudicó. Su cuerpo no se despertó a las dos de la madrugada. Cuando abrió los ojos, la luz del sol brillaba ya pletórica a través de las ventanas. Le asaltó un pánico ciego. Quería saltar de la cama para ir corriendo al tribunal, pero las piernas no le obedecían. Todo le dolía y se sentía pesado. Tenía la cabeza ardiendo por la fiebre. La sed le asediaba, pero ni siquiera le quedaban fuerzas para coger el vaso de agua que tenía junto a la cama. La oscuridad volvió a apoderarse de sus ojos y de nuevo se sumió en un profundo sueño.

Si Ana no se hubiera marchado, seguro que habría intuido que algo no marchaba bien, pero cuando Jaím llegó a casa por la noche el día en que ella hizo su predicción, encontró una nota sobre la cama.

«Querido Jaím: no puedo seguir aquí por más tiempo. Me voy a Tiberíades, a casa de unos familiares. Si quieres venir, estoy segura de que a ti también te acogerán allí, aunque ya sé que no me seguirás. Siempre he respetado tu libertad, pero en este caso harías bien escuchándome, de lo contrario tendrás que enfrentarte a un período terriblemente difícil. Hagas lo que hagas, Jaím, ten presente que estaré pensando en ti y rezando por ti. Regresaré en cuanto el león se haya desfogado para ver cómo estás. Ten cuidado. Te echaré de menos. Espero que nos veamos pronto, cuando todas las desgracias hayan pasado. Tu Ana.» Su patética partida le había provocado una sonrisa, pero la casa estaba vacía sin ella. La cena en común siempre había sido un momento entrañable, hogareño, en el que compartían lo que sentían, lo que habían estado haciendo; ahora no tenía a nadie a quien poder hablarle de sus cosas. «De qué sirve la sabiduría si no se comparte», le había dicho Ana. El era de la misma opinión, tenía tantas ganas de compartir las ideas que aprendía... El conocimiento no era real hasta que no lograbas transmitirlo a otro. Era el principio universal del dar para recibir. Ahora sólo le quedaban sus lectores imaginarios para compartir con ellos sus ideas, pero aún le parecían muy lejanos. Se sentía como cuando el Creador se describió a sí mismo en la *midrash*: «Si vosotros sois mis testigos, entonces yo seré el Creador, pero sin testigos yo no soy nada». Jaím a veces se sentía insignificante.

Horas más tarde, le despertó el repetido tintineo de la maciza campanilla de cobre. La habitación estaba en penumbra y pasó un tiempo antes de darse cuenta de que la campanilla estaba sonando de verdad y de que no se trataba de un sueño. Tampoco consiguió levantarse esta vez. «Me he quedado paralítico», pensó desvalido. Luego intentó mover los brazos. Aunque le parecían de plomo, logró quitarse las mantas de un tirón. Con la fuerza de los brazos, fue arrastrando el cuerpo por la habitación. No podía respirar y el sudor le manaba por todos los poros del cuerpo. El tintineo irritante aumentaba la fiebre. Llegó hasta la ventana e intentó agarrar el alféizar para auparse. Al hacer acopio de todas sus fuerzas para levantarse, sintió como si la espalda se le partiera en dos y los hombros se le desgarraran. Abrió la ventana y volvió a desfallecer.

Isaac había agotado su capacidad de resistencia. Con un nerviosismo soterrado había intensificado las clases como si quisiera verter de una sola vez sobre Jaím todo su conocimiento.

«Sin la disciplina diaria, la cábala sólo es un pasatiempo», era como motivaba a su alumno. Le esperaba por las tardes a la salida del tribunal y, sin saludarle siquiera, continuaba la lección por donde se había quedado esa mañana. Aunque Jaím era joven, fuerte y estaba hambriento de conocimientos, a veces tenía la sensación de que

iba a estallarle la cabeza. Caro también exprimía al máximo sus capacidades espirituales y ya no encontraba ningún momento de calma.

Cuando llegaba a casa, ya tarde, intentaba escribir en la medida de lo posible todo lo que había aprendido ese día. Cualquier alma errante que pasara por allí alrededor de la medianoche podía oír su voluntarioso murmullo. Su tarea era casi imposible. Era excesiva y le faltaba tiempo para elaborarla con tranquilidad.

El cuerpo se le había acostumbrado al hambre y poco a poco había llegado a rechazar prácticamente cualquier alimento. Volvía a escupirlo todo casi al instante. Sólo asimilaba la sopa y el agua. El cuerpo de Jaím, tan orgulloso en un tiempo, no era ni la sombra de su pasado. Podían distinguírsele los huesos a través de la piel, tenía los ojos apagados y hundidos en las cuencas, el pelo se le había vuelto fino y la tez grisácea. Adolecía de falta de sueño y se pasaba todo el día luchando contra la fatiga.

Debido a la profusión de enseñanzas nuevas que le había dado Isaac, algunos capítulos que ya tenía escritos le parecieron banales. Tras cada idea se escondía un nuevo significado, al igual que una cebolla va pelándose capa a capa. También aparecían temas totalmente nuevos que no había tocado en su primera versión, temas que, en realidad, por sí solos ofrecían ya material suficiente para un libro, pero que él quería integrar en su manuscrito. Qué temerario había sido al decirle a Yehoshua que aún le quedaba medio añito de trabajo con el libro. Ahora, de vez en cuando se preguntaba si en una larga vida habría tiempo suficiente para trasladar al papel todo lo que estaba recibiendo.

Casi todas las noches se quedaba dormido sobre la mesa para volver a despertarse justo a las dos de la madrugada y acudir corriendo al mikvé junto al cementerio donde Isaac ya estaba esperándole. Allí, profesor y alumno se sumergían siete veces en el agua gélida y luego gritaban, como si se tratara de una profesión de fe para entrar en un club secreto de muchachos, los versículos del Éxodo en los que Moisés escindía el mar Rojo.

Yehoshua se asustó cuando vio a su hermano, inconsciente, colgando de la ventana.

Hizo lo que ya había pensado hacer varias veces, pero sin llegar a atreverse. Arremetió con el hombro contra la puerta y rompió el frágil cerrojo. Subió corriendo por las escaleras y encontró el cuerpo ardiente y sin sentido de Jaím, que había vuelto a caer al suelo.

—Jaím, Jaím!, ¿qué ha pasado? —gritó Yehoshua.

Cogió la jarra de agua y la vació en el rostro de su hermano. Jaím, fatigado, abrió los ojos.

—¡Ayúdame! —fue todo lo que pudo articular.

50. **פהל Peh He Lamed: el Dios de la independencia**

Yehoshua se había quedado dormido en una silla junto a la cama de Jaím. El doctor le había aconsejado que le velara toda la noche, porque la situación era bastante peliaguda.

—No sé si lo conseguiré —susurró el médico—. No reacciona a nada. Tiene amarillo el blanco de los ojos y ya apenas le encuentro el pulso. Lo único que puedo practicarle ahora es una sangría.

En el pecho sudoroso de Jaím pusieron, al menos, doce sanguijuelas que deberían succionarle toda la sangre enferma, pero no se vislumbraba ninguna mejoría. Al contrario, su piel cada vez era más pálida y, de vez en cuando, daba la sensación de que la respiración le desaparecía por completo.

—Si su estado empeora esta noche, ven a buscarme —le había dicho el doctor a modo de despedida—. Cuando se despierte, dale una cucharada de esta poción de corteza de cuasia y semilla de ricino. Ayuda a expulsar los humores morbíficos. De todas formas, volveré a pasarme mañana por la mañana.

Al comprobar que Jaím no aparecía, tanto Isaac como Caro habían pedido a Yehoshua que se enterara de lo que pasaba. Este había esperado hasta la hora de cierre, porque no le apetecía nada perder clientes para ir a investigar qué se le había ocurrido ahora a su engreído hermanito. Pero cuando le encontró en ese lamentable estado, se sintió culpable. Si hubiera acudido antes, tal vez el doctor habría podido hacer algo más. Estaba a punto de perder a su hermano. Su hermano, que le había confrontado durante toda la vida con sus propias debilidades. Yehoshua debería haberse sentido aliviado por librarse de su demonio, pero en cambio lo único que sentía era rabia. Jaím le superaría incluso en la muerte. Todo Safed estaría de duelo por la prematura muerte de ese joven prometedor, el hombre que sin duda habría llegado algún día a convertirse en el nuevo adalid de la cábala, el hombre que a su temprana edad trabajaba con libros a los que otros no se acercaban hasta el final de sus vidas. El mito en torno a su hermano no haría más que crecer. Nada conmueve más a las personas que la muerte repentina de alguien en la flor de su existencia. La gente joven no debería morir, era algo que enfrentaba a todos con su propia mortalidad.

Yehoshua aborrecía la idea de que la tumba de Jaím pasara a convertirse en un lugar de peregrinación donde los cabalistas se abalanzarían sobre la piedra azul para entrar en contacto con su sagrada alma. Al mismo tiempo, se avergonzaba de los

celos que le consumían mientras su hermano estaba a su lado, luchando con la muerte. Aunque fueran muy diferentes, tal vez por el hecho de que no compartían la misma madre, su hermano era al fin y al cabo carne de su carne y sangre de su sangre. Quizá no compartieran el carácter, pero sí los recuerdos. Nadie más advertía las pequeñas peculiaridades de su padre, que ellos reconocían en ambos. Una mirada dulce, la manera en que se ponían el sombrero, el paso firme al caminar..., rasgos de su progenitor que pervivían en la forma de moverse de los dos hermanos.

Yehoshua se despertó asustado al oír la puerta chirriante del cuarto de Jaím. Una figura voluminosa se le acercó, jadeante, y se arrodilló ante su silla.

—Yehoshua, amigo, me he enterado por el doctor de la mala noticia.

El orfebre respiró aliviado al reconocer la voz de Zimra.

—He venido enseguida. Por lo visto, es una costumbre familiar dejar abierta la puerta por la noche. ¿Qué tal está ahora? —susurró el rabino.

Yehoshua le hizo una señal para que guardara silencio y salieron de la habitación. Fueron a la consulta de Ana, en el primer piso, y calentó un poco de agua para ofrecerle una taza de café.

—¡Qué amable de tu parte que te pases por aquí! No sé. El doctor dice que debo ponerme en lo peor. No tiene buena pinta.

Zimra le miró compasivo mientras intentaba recobrar el control de la respiración.

—¿Es ésta la habitación de...?

—Esa bruja, sí —sonrió Yehoshua—. Abandonó la ciudad después de haber vaticinado la maldición.

El rabino asintió.

—Así que el cuidado de tu hermanito recae sobre ti —dijo con cautela—. No te será fácil... con la tienda.

—Sí —admitió Yehoshua mientras le entregaba el café. No se había parado a pensarlo. No se había planteado nada más allá de la mañana siguiente. La cuestión era si su hermano conseguiría llegar a ver la luz del sol. En el fondo, él ya le había dejado marchar. Había estado rumiando sobre las exequias, pero en ningún momento había considerado que la enfermedad podría durar mucho y que, si así era, se esperaba de él que cuidara de su hermano. ¿Qué pasaría entonces con la tienda? No podía dejarla cerrada por tiempo indefinido.

Zimra se alegró de la confusión que había sembrado en Yehoshua. Debía actuar con cautela para conseguir alcanzar el propósito que verdaderamente le había llevado hasta allí.

—Y no debes olvidarte de tu inversión... —fue el segundo aguijón.

—¿Inversión? —preguntó ausente Yehoshua, que todavía estaba preocupado pensando cómo mantendría la tienda abierta los próximos días.

—¿No invertiste tu dinero en Jaím? Gracias al juez Caro, tienes derecho a una parte de las ganancias que tenga cada año, ¿no? Por lo que parece, no será nada.

Yehoshua se preguntó por qué le recordaba esa dolorosa derrota ante el tribunal. Una derrota de la que él también era responsable.

Zimra era consciente de que ahora debía seguir adelante. Tenía que atacar en el momento de máxima confusión.

—Pero en este instante eres el único heredero de Jaím —continuó sin pestañear.

Yehoshua le miró estupefacto.

—¿Heredero? —respondió desdeñoso—. Como si pudiera heredarse algo de mi hermano. Además, todavía no está muerto.

—Sin embargo, con su trágica muerte te forrarás —dijo Zimra.

—Dime dónde quieres ir a parar. Me parece de muy mal gusto hablar de la herencia de mi hermano mientras está aún arriba, luchando por su vida —le reprendió Yehoshua.

—Bueno. Te lo diré sin rodeos. Quiero su libro.

—¿Su libro?

—Me he enterado por Caro de que Isaac ha revelado a tu hermano los setenta y dos nombres secretos de Dios. Jaím le contó orgulloso que daría a conocer los nombres en su libro. Quizá sepa también la combinación exacta de esos nombres, que juntos forman el nombre impronunciado de Dios. Ya sabes que necesito ese nombre para hacer frente a la fuerza del Arca. Tú me ibas a ayudar, ¿lo recuerdas? —dijo con astucia.

Yehoshua sintió asco por Zimra, que venía a recordarle su compromiso en ese instante. El compromiso de traicionar a su hermano. En su lecho de muerte. Como un buitre que espera junto al animal herido hasta que exhala su último suspiro.

El rabino sabía que ahora debía adoptar una postura severa.

—Escucha. Este no es momento de sentimentalismos. No es ningún secreto que ni tú ni yo hemos sentido nunca mucha simpatía por tu hermano. Quiero su libro, esta noche. Si muere, Isaac será el primero que lo reclame y Caro se lo entregará. Entonces tú y yo nos quedaremos con las manos vacías. Hizo una pequeña pausa para dejar que Yehoshua se concienciara del estado de las cosas. Luego, como argumento definitivo, sacó una gran bolsa del bolsillo de su abrigo y la lanzó sobre la mesa al desgaire.

—Otras dos mil monedas de plata. Dame el libro, Yehoshua. Te pertenece a ti. Sin tu dinero, Jaím no habría podido llegar a escribirlo nunca.

Algo se quebró dentro de Yehoshua. Por mucho que hubiera odiado a su hermano, esto estaba yendo demasiado lejos. ¿Cómo podría volver a mirarse a los ojos si despilfarraba la herencia de su hermano mientras éste ni siquiera estaba muerto? El libro había sido la obra de toda su vida. Ahora debía defenderle.

—¡Vete, Zimra! —gritó—. ¡No quiero tener nada que ver contigo! ¡Eres un monstruo al atreverte a proponerme algo así! ¿Qué ha pasado contigo desde que te ha entrado esa obsesión por el Arca? ¡Eres un loco peligroso!

Zimra esperó, inmóvil, a que se desahogara y luego mostró su última carta como un jugador de talento, una carta que habría preferido no jugar, pero los intereses eran demasiado grandes. Ni en el amor ni en la guerra había reglas, sólo importaba la victoria.

—Déjate de tonterías —le reconvino con calma—. Sé que puedes darle buen uso a esta bolsa, soy consciente de lo caro que es tu estilo de vida y sé en qué te gastas el dinero.

Yehoshua sintió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Esto no podía ser cierto. Nadie sabía por qué necesitaba tanto dinero. Nadie conocía su pasión oculta. Había escondido tan hondo su secreto que él mismo creía que era otra persona la que se hallaba presa de tal debilidad. Era imposible que Zimra supiera algo al respecto.

—No sé de qué me hablas —balbució.

—Lo sabes muy bien —continuó el rabino, insensible—. Y todos esos muchachitos del barrio árabe con catorce y quince años que te vendían tan caro su honor tampoco lo olvidarán nunca. Se habrán contentado con las enormes cantidades de dinero que les has pagado para que se callen, pero los arañazos en sus almas por las humillaciones a las que los sometías no desaparecerán jamás.

—¡Mientes! —gritó Yehoshua impotente—. ¡Quieres destrozarme! ¡Vete!

—¿Por qué muchachitos de quince años, Yehoshua? —le preguntó Zimra con sorna—. ¿Porque Jaím te eclipsó a esa edad, haciendo entonces que dejaras de existir para tu padre? ¿Deben pagar ahora por ello esos chicos árabes? Sabrás que tarde o temprano se vengarán, ¿no?

Yehoshua sintió náuseas. Era imposible que alguien supiera su secreto. Llevaba a cabo sus prácticas perversas tomando las mayores medidas de precaución, pagaba un dineral a su proveedor árabe para que borrara todas las huellas. Para cada exceso tenía astutas coartadas. Llevaba una máscara de cuero que le hacía irreconocible. Los lugares no eran nunca los mismos y sus citas se producían a altas horas de la noche. Además, se había gastado todo el dinero en el árabe que estaba extorsionándole, el

árabe que se pasaba a cobrar todos los días bajo la amenaza de divulgarlo todo. Por ahí debía de venir la filtración, debía de haber cedido ante el dinero de Zimra para romper su promesa de discreción. El terrible lado oscuro de Yehoshua había sido desvelado, su máscara arrancada. Sintió el ardiente dolor del asco que se daba a sí mismo, un asco que había reprimido siempre. Se sabía un pajarillo tullido, completamente entregado ahora a los caprichos de Zimra. De algún modo, siempre había sabido que tarde o temprano tendría que saldar cuentas por sus actos. Después de haber dado rienda suelta a sus apetitos, siempre era consciente de que con ese breve goce estaba creando un futuro infernal. Todo el mundo paga alguna vez el precio de sus traspies. Miró los labios húmedos del acusador, que le llevaron a pensar en un dragón a punto de despedazarle.

—Ve por el libro, Yehoshua, y no diré nada de todo esto. Te lo prometo.

Nunca hubiera pensado que sería Zimra quien le pondría en la picota, pues le consideraba su único amigo. Ahora resultaba que esa amistad había sido una pompa de jabón durante todo este tiempo. Le había utilizado, pero se preguntó si él, a su vez, había sido tan altruista como pensaba en esa amistad. ¿No estaba su amistad también basada en adquirir prestigio a través de Zimra y así vengarse de GEERT KIMPEN su hermano? Ahora se encontraba ante la posibilidad definitiva de borrarle la vida entera.

—Tu hermano es sólo una ofrenda —le dijo Zimra con afabilidad—. Una pequeña ofrenda para la liberación del pueblo judío.

Yehoshua se recogió en sí mismo y se arrastró escaleras arriba como un condenado que ha de subir al patíbulo.

51. **דלת נון יוד** *Dalet Nun Yod: el Dios de lo definitivo*

Zimra lo había preparado todo a conciencia. En la tumba de Shimon Bar-Yojai había montado un horno improvisado con rocas sobre el que colgaba, de una hábil construcción de troncos unidos entre sí, el manuscrito de Jaím. Las llamas trepaban ávidas intentando devorar el valioso documento. El manuscrito pendía de una fina cuerda. Con el cuchillo preparado, el rabino podría conseguir con un solo movimiento que la pila de papel fuera a parar al horno.

Riéndose entre dientes, vio cómo Isaac subía por el Merón para acudir a la cita. Había encargado a un mensajero que le entregara una nota en la que ponía que, si quería recibir audiencia personal del Mesías, debía desplazarse al mediodía a la tumba de Shimon Bar-Yojai.

Aunque llevaba allí algo más de una hora, Zimra no había recuperado todavía el aliento. «Parece como si los pulmones se me fueran encogiendo con el paso de los días», maldijo apartándose el humo que le llegaba a la cara. Intentó recobrarse del sofoco mientras contemplaba cómo Isaac subía el último tramo empinado del Merón.

El discípulo que apuntaba a su corona. No podía negarse que la fama de Isaac estaba propagándose muchísimo entre el pueblo judío. A su regreso de Abisinia le habían sorprendido los relatos milagrosos que circulaban sobre él incluso en Jerusalén.

Gracias a Isaac, el muro occidental del monte Mona se había convertido en un lugar de peregrinación, cuando antes los judíos no mostraban ningún interés por ese viejo muro. Más aún, era el muro de contención del vertedero de Jerusalén. El muro adquirió un estatus sagrado después de que el comerciante de tejidos Abraham hubiera visto allí a la Shejiná. La historia que se comentaba, de que al contemplarla había sido bendecido con veintidós años más de vida, se había extendido como un reguero de pólvora. Mantenía viva la esperanza de que la desterrada Shejiná, la parte femenina de Dios, regresaría pronto para instalarse de nuevo dentro del Arca, en el Templo. Los judíos entonces volverían a ser libres y a poseer una tierra propia. Por eso venían ahora a rezar al Muro de las Lamentaciones, como los musulmanes denominaban burlescamente el muro, y proclamaban sus súplicas. Abu Siffin, el gobernador, investigó por qué los judíos, de pronto, mostraban tanto respeto por el vertedero. Tras haberse enterado de que Isaac había señalado ese viejo muro de contención como un resto del Templo de Salomón, esparció entre la basura algunas bolsas con monedas de plata. Más de diez mil brazos estuvieron hurgando allí durante un mes en busca del dinero, y así terminaron por recoger toda la basura. Luego Abu Siffin ordenó que lavaran el muro con agua de rosas, como gesto de buena voluntad y por el respeto que el gobernador profesaba por Isaac.

—*Shalom*, Zimra! —saludó Isaac con una espléndida sonrisa en el rostro—. Así pues, tú eres el Mesías.

—*Shalom*, Isaac —respondió Zimra igual de jovial—. Me agrada que al fin me reconozcas. El deseo de querer servir al Mesías indica tu sabiduría.

Isaac rió de buena gana.

—Para ser sincero, me había imaginado distinto al Mesías, pero si está en mi mano, desde luego que me gustaría ayudarte.

—Estupendo —dijo Zimra encantador—. Me he estado informando un poco sobre ti. ¡Qué cosas tan curiosas he descubierto!

—¿Ah, sí? ¡Cuenta!

—Antes de que te instalaras aquí, en Safed, intentaste primero reunir a un pequeño grupo de discípulos en Jerusalén, pero allí eran algo más sensatos que aquí. Sólo después de fracasar allí, decidiste venir a Safed, donde tuviste más éxito.

—Es cierto —confirmó Isaac—. Habría hecho mejor escuchando al anciano vagabundo que me ordenó dirigirme de inmediato a Safed. Desde el momento en que me instalé aquí, encontré el caldo de cultivo óptimo para mis ideas.

—Y empezaste a creerte el Mesías —completó Zimra—. Bastante humano en sí, cuando tienes detrás a un grupo que estaría dispuesto a arrojarse al fuego por ti. Y también desde aquí has logrado que incluso Jerusalén estuviera a tus pies.

—¿Ah, sí?

—Ya sabrás que ahora se venera el muro occidental que tú señalaste como un resto del Templo, ¿no? —Sí.

—Bueno, gracias a esa intuición tuya, conseguí dar con el lugar exacto donde se encuentra el Arca de la Alianza. Cuando regresaba de mi viaje a Abisinia, investigué un poco en Jerusalén. Con tu muro como punto de referencia he encontrado un sótano en la cúpula, bajo la Roca del Fundamento. En ese sótano había una piedra redonda de mármol y ésa debe de ser la entrada al sanctasanctórum.

Isaac suspiró, lo miró apenado y se sentó a su lado en un peñasco. El fuego de la chimenea construida por Zimra estaba chamuscando ligeramente la página inferior del volumen de papel encuadernado.

—No sé si será ésa tu intención, pero ese papel puede ponerse a arder en cualquier momento —le advirtió Isaac.

—¡Ah, eso! —exclamó Zimra—. Es el manuscrito de tu alumno Jaím. Lo he comprado, pero para mí es de poco valor. Un buen trabajo, desde luego, pero no es exactamente lo que andaba buscando. Había oído que en este libro se revelaban los setenta y dos nombres de Dios, pero por lo visto no tuvo tiempo de acabarlo. Lástima. Este me pareció un bonito lugar para prenderle fuego.

Isaac quiso levantarse y salvar el volumen de las llamas, pero Zimra cogió su cuchillo y le obligó a que volviera a sentarse.

—Sé que aprecias mucho este libro —sonrió—. Tienes muchos talentos, pero es una pena que no sepas escribir. Ya de pequeño tenía que obligarte a tomar notas. Odiabas escribir.

—Tienes razón —confesó Isaac—. Necesito a Jaím para que anote mi conocimiento, aunque es imposible, porque todo se relaciona entre sí. Cuando empiezo a hablar de un tema es como si un mar se desbordara. ¿Cómo podría llegar a expresar alguna vez todo lo que sabe mi alma? ¿Cómo podría condensarlo algún

día en un libro? Jaím es el único que puede canalizar ese aluvión de conocimientos y exponerlos claramente sobre el papel.

—Era el único —sonrió Zimra cuasi sensible—. El doctor me dijo esta mañana que no parece que vaya a vivir más de tres o cuatro días.

Isaac sabía que decía la verdad. El destino de Jaím pendía de un finísimo hilo de seda. Se veía impotente en la lucha que estaba librando por su vida. Había convocado a sus alumnos para que rezaran por Jaím, pero Isaac sabía mejor que nadie que le había llegado su hora.

Lo curioso era que sólo un crimen podría salvarle la vida. Esa gran injusticia prolongaría su tiempo en la Tierra, pero a cambio de su vida debería sufrir mucho. Necesitaría toda una existencia para aceptar como una bendición la injusticia cometida con él. Como un arreglo definitivo de su alma, que en la eternidad le reportaría mayores bendiciones que la gloria terrenal que tanto anhelaba. Isaac sabía que sólo había una persona autorizada para llevar a cabo semejante acto de injusticia: él. Se quedó mirando la quemadura que iba consumiendo poco a poco la página inferior, amenazando su legibilidad.

—Este libro no puede perderse —dijo.

—El destino de este libro está en tus manos —contestó Zimra impasible—. Dime los setenta y dos nombres de Dios para que pueda desafiar al Arca de la Alianza como Mesías del pueblo judío. Entonces obtendrás tu libro.

—¿El Arca? Toda la inteligencia divina del universo está almacenada entre las dos parihuelas del Arca. Comprenderás que has cometido demasiados pecados como para ser digno de revelar la sabiduría del Arca.

—Sí, sí —respondió Zimra en tensión—. Seguro que me lo has leído en el cerebro.

—¡Ojalá tuvieras algo en el cerebro!

—¿Qué quieres decir?

—Está en blanco. ¿Sabes lo que significa eso?

Zimra se quedó lívido.

—En tu cerebro no hay ninguna letra. Dentro de treinta días te verás cara a cara con la muerte. Se te ha acabado el tiempo. A no ser que realices obras extraordinariamente grandes a modo de indemnización y arrepentimiento.

—¿Qué obras? —preguntó Zimra con tanta indiferencia como le fue posible.

—Primero el manuscrito —exigió Isaac, que veía cómo el rojo fuego se extendía alrededor de la quemadura y buscaba un camino hacia las páginas siguientes.

—No, antes los nombres secretos —fanfarroneó Zimra, que se sentía muy sofocado por el vaticinio de muerte que le había hecho.

— Aunque te enseñara los nombres, no te ayudaría.

Zimra se enfureció. Isaac era el único capaz de ayudarlo, pero ni siquiera podía convencerle con la herencia de la obra de su vida consumiéndose en el fuego junto a él. Pues si no es así, habrá que ser más radical, decidió Zimra. Apartó el cuchillo del pecho de Isaac y, de un solo tajo, cortó el fino hilo por la mitad. El pesado fardo de papel cayó en la lumbre, produciendo un sonido sordo, y aplastó por un momento las llamas, pero enseguida éstas fueron ensortijándose por los bordes. Isaac dio un salto para salvar el manuscrito, pero Zimra volvió a blandir el cuchillo y le hizo un feo corte en el pecho. Al principio a Isaac le asustó la sangre que empezaba a teñirle de rojo la camisa blanca, y esto ofreció la oportunidad al rabino de volver a echar el brazo hacia atrás para arremeter una vez más con el cuchillo. Isaac saltó a un lado, justo a tiempo, y el aparatoso cuerpo de Zimra perdió el equilibrio, lo que le llevó a caer de bruces sobre el suelo. Isaac le dio una potente patada a la hoja del cuchillo, y éste salió rodando montaña abajo. Quiso correr hacia el manuscrito que estaba ardiendo, pero Zimra le lanzó a los ojos un puñado de arena que le cegó. Mientras se los restregaba, su antiguo maestro le tiró con fuerza de la pierna e hizo que cayera sobre las lenguas de fuego que roían el legajo. Sin preocuparse por el dolor que le producía el calor del fuego, derrumbó con un empujón los leños de la lumbre y hurgó en busca del grueso mamotreto que estaba a punto de ser devorado por las llamas. Con las manos desnudas, apagó el fuego a manotazos y sólo después se quitó la camisa quemada y ensangrentada. Gimoteando, Zimra observó cómo se había salvado el manuscrito.

Cuando las últimas manchas chamuscadas se hubieron apagado, Isaac volvió a dirigirse a él.

— Abandona tu búsqueda del Arca, Zimra.

— ¡Nunca! ¿Y qué puede importarte a ti? Ya has recobrado el libro. ¿De qué tienes miedo?

— El Arca te fulminará y lo único que quedará de ti será un puñado de ceniza.

— Tú y yo somos iguales, Isaac. Tú eres igual de ambicioso que yo y eso te aterra. Sólo uno puede ser el Mesías y qué pesadilla sería para ti si resultara serlo yo.

Isaac le tendió una mano para ayudarlo a que se levantara. Se sentó ante él.

— Casi es demasiado tarde para ti, Zimra. Por favor, reflexiona. Para alguien como tú, que lleva tanto tiempo en la oscuridad, es necesario volver a la luz. Mediante el arrepentimiento sincero se te abrirá un hueco tan pequeño como el ojo de una aguja. Poco a poco irá agrandándose hasta que puedas soportar la luz en su plenitud.

Zimra empezó a reírse con ganas.

— ¿Qué te parece tan gracioso?

—Vi al Ángel de la Muerte dándote unos golpecitos en el hombro, querido amigo. Sólo está por ver a quién de los dos le queda más tiempo de vida.

Isaac levantó el manuscrito chamuscado con rostro imperturbable, pero sintió escalofríos recorriéndole la espalda mientras descendía por la montaña.

Esa misma noche, Zimra partió hacia Jerusalén con la muerte en los talones, firmemente decidido a completar la tarea de su vida en menos de treinta días y descubrir por sí mismo en la Torá los nombres secretos. Estaba firmemente decidido a encontrar el Arca de la Alianza en menos de treinta días.

SEXTA PARTE

Safed, 1572. Verano, siete horas más tarde (año 5332 del calendario judío)

52. הַרְשֵׁיֶת He Reshjet: *el Dios de «al igual que arriba, abajo»*

Justo cuando Isaac quería empezar a leer, Sara entró en su estudio. Alzó la vista, enfadado.

— ¿Sí? ¿Qué pasa, cariño?

Sara nunca entraba en el estudio. Al igual que durante siete años se aislaba seis días a la semana en su casa de El Nilo, ese cuarto se había convertido ahora en su isla de Safed. Nunca quería que le molestaran y Sara lo respetaba. Le conocía desde niña y siempre había sido así. Con ese hombre era todo distinto. Toda su vida había estado dedicada a desentrañar la cábala. Incluso cuando hacían el amor, sólo en el preceptivo sabbat, ella se transformaba en un instrumento cósmico que representaba la divina fuerza femenina que se unía con el elemento masculino. El la llamaba «costilla de mi costilla, carne de mi carne». Mediante el matrimonio, la mujer restituía la costilla perdida al hombre y éste volvía a sentirse completo. El no amaba sólo para satisfacerse a sí mismo y satisfacerla a ella, sino para sellar un compromiso en los mundos superiores entre el Creador y la Shejiná. Al igual que arriba, abajo. Estaba inspirando a Dios para que volviera a construir un templo en la Tierra que albergara a su Shejiná. Incluso adoptaba la postura originaria de Adán Kadmón en la creación durante el coito. Adán Kadmón fue para los cabalistas «el primer Adán», una suerte de ser sobrenatural que poseía las diez emanaciones de Dios. Un gigante que se extendía como el árbol de la vida, con una cabeza enorme hacia el Este que alcanzaba el cenit, los pies hacia el Oeste, la mano derecha hacia el Sur y la izquierda hacia el Norte. Ella veía como lo más normal del mundo que Isaac recitara oraciones antes del acto y que después fuera a purificarse ritualmente, pues se había unido a ese hombre con toda su alma y amaba cualquier rareza que tuviera.

Pero ahora, por primera vez, no le entendía. Leyó en voz alta el título del voluminoso libro que había sobre su mesa.

— «*Etz Jaim, el árbol de la vida*, por Isaac ben Solomon Ashkenazi Luria, también llamado el *Ari*, el león...» Isaac, ¿qué estás haciendo?

— Este es mi libro —dijo con un tono decidido que no admitía réplica y, seguro de sí mismo, agitó su cabello rubio como el rey de la selva agita su melena.

—Yo creía que este libro era de Jaím —objetó ella mientras le imitaba, burlona, sacudiendo del mismo modo su brillante cabellera negra.

Isaac desvió la mirada a las ventanas abiertas de su estudio. En el jardín había cien muchachos copiando, hombro con hombro, el manuscrito de Jaím. Los había reclutado en El Cairo. Los chicos estaban encantados de poder ganarse un buen dinero en tan sólo veinticuatro horas.

Isaac se puso en pie y se volvió a Sara. Su rostro sombreado irradiaba un cálido resplandor de amor. «¡Ay, no —pensó ella—, esa mirada no, me siento impotente frente a ella!» Apartó los ojos antes de que él pudiera atraparle el corazón, se dirigió a la ventana y contempló a los aplicados muchachos.

A cada chico le había entregado seis páginas al azar que no eran sucesivas, así ninguno de ellos sabría con exactitud lo que estaba copiando. Su tarea consistía en copiar durante veinticuatro horas esas seis páginas el máximo número de veces posible y se les pagaba por el número de copias entregadas. Además, todos habían firmado una declaración que les prohibía hablar con nadie de este encargo. Siendo jóvenes estudiantes de derecho como eran, conocían el valor de un acuerdo por escrito, e Isaac confiaba plenamente en que mantendrían la discreción.

—Creía que era tu amigo. Tu mejor amigo.

—Y lo es —respondió Isaac tranquilo—. Le estoy haciendo inmortal. Con este libro uniré su nombre por siempre al mío.

Le mostró la primera copia que había entregado la mano de obra conjunta. Con mimo, pasó las yemas de los dedos por el legajo y se embriagó del olor a tinta fresca recién secada. Toda su vida había deseado este libro. Cuántas veces no se habría preguntado, desesperado, durante su exilio voluntario en la pequeña isla, qué debía hacer con todo el conocimiento que se le revelaba. ¿De qué servía toda esa sabiduría si sólo él la conocía? Eras rey gracias a la tierra que poseías y sobre la que podías reinar. A menudo había intentado escribir, pero nunca llegaba más allá de algunas líneas. Por tanto, recibió como una bendición que el anciano vagabundo de la sinagoga le enviara a Safed. Sabía que, tarde o temprano, el Creador resolvería su incapacidad de perpetuar ese conocimiento revelado. Jamás habría sospechado que su amanuense fuera una persona que se dedicaba a teñir lana. Confiaba de manera incondicional en las señales que iba encontrando en su trayectoria, aunque nunca hubiera leído una sola línea de este joven aspirante a escritor. Hasta el día de hoy. Hoy, por fin, podría comprobar cómo Jaím había vertido sus enseñanzas al papel.

—Parece tan poco honesto —se lamentó Sara mientras mantenía la mirada dirigida a los muchachos del jardín. Isaac había encargado a un ebanista largos bancos y mesas de madera en las que los jóvenes pudieran realizar su trabajo, y disfrutaba del ambicioso celo con que cumplían su tarea con la concentración más profunda. Les había pedido encarecidamente que, además de con rapidez, trabajaran

con esmero. Incluso si creían encontrar faltas en el original, se les había pedido que copiaran literalmente esas faltas.

Las criadas proporcionaban a los jóvenes muchachos bebida y comida. Isaac se había ocupado de conseguir velas y antorchas para que pudieran seguir trabajando mientras soportaran el cansancio. Preferiblemente durante toda la noche.

Puso las grandes manos sobre los elegantes brazos de Sara, que se estremeció.

—Del mismo modo que el Arca representa la sabiduría divina en el Templo — dijo—, así es la mujer en la casa del esposo. Tú eres mi Shejiná, mi novia divina. Al casarme contigo me he unido con mi alma femenina. Gracias al equilibrio que me das, puedo manifestarme al mundo. La felicidad doméstica que creas inspira también a la Creación en su búsqueda de armonía, porque Dios asimismo busca sin cesar unión con su Shejiná, su media naranja divina. Nuestro compromiso es un reflejo de las fuerzas masculinas y femeninas de la naturaleza. Cuando perdemos el equilibrio, toda la Creación pierde el equilibrio, pero cuando nos reconciamos, recreamos de manera literal el momento de la Creación.

Le miró con tristeza. Ella sabía que para él su matrimonio era un asunto sagrado, sabía que la amaba más por su eterno femenino que como mujer de carne y hueso. Cuánto deseaba que la amara sin más, que la quisiera como beldad y no como diosa.

—Y así me tapas siempre la boca —replicó ella en voz baja—. No necesitas decirme que somos almas gemelas, durante toda mi vida no he hecho más que mimarte para que recordaras quién eres. En el amor por ti y en nuestra hija encontré mi esencia, pero no abuses de mi amor incondicional. ¿Qué valor tiene la fidelidad de un hombre que roba y engaña a su mejor amigo?

Sara se soltó del abrazo y vio que se quedaba boquiabierto, que ni la Torá ni el Zohar le suministraban ahora una respuesta. La conmovió la torpeza del gran cuerpo masculino. Durante un instante muy breve dejó de ser un maestro, un viajero en su búsqueda espiritual, para pasar a convertirse en un esposo, un hombre que había sido herido por la mujer a la que amaba.

53. **וַו** *Vav Vav Lamed: el Dios de la elasticidad*

Hacía calor en el cuarto. Yehoshua, con el torso desnudo, se encontraba sentado junto a la cama de Jaím. Las gotas de sudor le perlaban los hombros y de los poros de sus axilas emanaba un penetrante olor. Las ventanas estaban abiertas de par en par,

pero no había ni un soplo de aire que procurara frescor. El calor mareante, mezclado con el hedor a enfermedad, muerte y sudor, le ponían malo.

Jaím estaba sentado en la cama y tenía los ojos abiertos de par en par, con la mirada fija en la pared. Yehoshua le tenía agarrada la mano y hablaba sin interrupción. Con su mantra de confesiones intentaba reparar lo irremediable. Confesando, esperaba poder borrar el pasado, curar la herida supurante de los celos que había separado a los hermanos, el impotente afán por emular a Jaím. Quería borrar las rancias imágenes de los jóvenes árabes que le imploraban perdón, el desolador semen emulsionado que siempre le producía tristeza en lugar de satisfacción. La horrorosa vergüenza cuando salía huyendo de regreso a casa por las calles oscuras, el miedo eterno de ser reconocido por alguien a pesar de todas las medidas de precaución tomadas, las cicatrices en la espalda de los azotes diarios con que intentaba mitigar en vano su instinto maligno, la máscara de cuero que permanecía oculta bajo dos tablas en el suelo de la tienda. Juró al Creador que vencería su vicio adictivo a cambio de la vida de su hermano.

Pero Jaím no reaccionaba a nada, se encontraba en otro mundo, Yehoshua estaba desesperado, éstas eran las últimas horas de vida de su hermano.

Por un instante, pareció como si exhalara su último suspiro. Abrió la boca de forma convulsa, como si el alma abandonara su cuerpo con un enorme grito silencioso, pero al cabo de un rato comenzó a respirar de nuevo. Yehoshua le humedecía la frente con agua e intentaba que bebiera. Jaím parecía petrificado, ni siquiera parpadeaba, tenía la mirada vacía, clavada de continuo en la pared desconchada.

«Cuando se ponga el sol, empezará el sabbat —pensó Yehoshua—. Bienaventurados sean aquellos cuyas almas regresen de nuevo en sabbat al Creador.» Yehoshua cantó con voz estridente las palabras que Shlomo había escrito, la canción que cantaban cada noche de viernes bajo el algarrobo después de su muerte. «¡Sabbat, oh, Sabbat, novia mía, haz que el novio venga a mi encuentro, luminoso y jovial a un tiempo! ¡Oh, bella novia, déjame verte, muéstrame el rostro sereno!». La piel de Jaím era blanca como el pergamino. Sus labios estaban escamados y las mejillas hundidas. La mano tenía un tacto gélido. Ya no duraría mucho, éstos eran los últimos minutos de su vida.

Yehoshua se fijó en la mirada insondable de Francesca en el cuadro. La muchacha a la que había amado su hermano, pero que nunca había conseguido. ¿No debería ir a buscarla en esta hora suprema? ¿No sería el último deseo de Jaím abandonar el mundo con su mano unida a la de ella?

El cuerpo del joven empezó a agitarse de repente. Convulsionaba hacia delante una y otra vez, como si estuviera saludando a una persona de gran predicamento que se encontrara en su presencia. Babeaba y parecía totalmente trastornado.

—¿Qué pasa, Jaím? —exclamó Yehoshua preocupado—. ¿Qué estás viendo?

—Dos columnas de fuego —desvarió—, una roja y otra verde como la hierba. Padre. Madre. Llamean hacia la bóveda celeste. Me abrasan.

Yehoshua le refrescó el rostro e intentó calmar su trémulo cuerpo, pero él temblaba como una caña, agitándose y tiritando.

—Padre dice que todavía no ha llegado mi hora. Mi casa todavía no está preparada. Están trabajando duro en ella. Es una casa grande. Todavía no está terminada.

Entonces cayó sin fuerzas sobre el colchón.

Su hermano le tomó el pulso. Tras un buen rato, sintió unas pulsaciones débiles e irregulares. Jaím volvió a sumirse en un sueño comatoso. Yehoshua, con ternura, le limpió la saliva del mentón.

—No me dejes solo, Jaím —le rogó con los ojos llorosos. Quería retener la vida de su hermano. Se acostó en la cama, junto a él, y estrechó su frío cuerpo entre los brazos. Extenuado por la larga vigilia, enseguida se quedó profundamente dormido.

Por la mañana temprano, le despertó una mano que le palpaba la cara. Se asustó y lanzó un grito.

—¿Quién eres? —preguntó una voz fatigada.

—Jaím! —exclamó Yehoshua eufórico—. ¿Estás despierto?

Su hermano pequeño estaba inclinado sobre él en la cama.

—¿Eres tú, Yehoshua?

Este abrazó a su hermano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Jaím con la voz ronca—. En mi cama. En mitad de la noche.

Yehoshua intentó incorporarse.

—Ya es de día. Abre los ojos. Mírame.

Sólo entonces comprobó que Jaím había tenido todo el tiempo los ojos abiertos. Los tenía vidriosos y se movían, escrutando la habitación, pero al parecer no atrapaban ningún rayo de luz.

—Todo está oscuro, Yehoshua, negro. No veo nada. Dime que es de noche, por favor.

—Ahora mismo voy a buscar al doctor para que te mire los ojos. Vuélvete a dormir.

Jaím retuvo a Yehoshua, cogiéndole del brazo.

—Parece como si el fuego me hubiera chamuscado los cristalinos. No necesito ningún médico. Quiero ir con Isaac. Ahora mismo. Ya llego tarde a la clase de la mañana.

—Es demasiado tarde para la clase de la mañana. Hoy es sabbat. Has pasado tres días en cama. Tienes que descansar. Tienes un aspecto terrible, hermano.

—Debo ver a Isaac —se rebeló Jaím con un arrebató febril—. Mi libro... ¿Dónde está mi libro? ¿Está todavía mi libro en el arcón, Yehoshua?

—Iré a ver —respondió él, tan inmutable como le fue posible, dirigiéndose al arcón—. Sí, todavía está aquí. ¿Por qué no habría de estar?

—Quiero tocarlo, déjame tocarlo.

Yehoshua arrastró el arcón hasta la cama. De modo totalmente inesperado, Isaac le había entregado la tarde anterior el manuscrito robado cuando fue a visitarle.

—Déjalo en el lugar de donde lo habías sacado —le había dicho con severidad.

Yehoshua 110 se atrevió a preguntar cómo lo había conseguido, pero le estaba muy agradecido por haber reparado su acción delictiva. No hacía falta que su hermano, si sobrevivía, llegara a enterarse nunca.

Abrió el baúl y llevó la mano de su hermano a la pila de papel. Jaím palpó las hojas con las yemas de los dedos.

—Huele a quemado, ¿qué ha sucedido?

—Te lo estás imaginando. Seguro que has tenido pesadillas con fuego. Esta noche decías también que veías dos columnas de fuego. ¿Lo recuerdas? Gritabas llamando a padre y a madre.

—¿Madre? —preguntó Jaím.

—Sí, ¿no lo recuerdas? ¿De qué cosas te acuerdas, Jaím? ¿Recuerdas todo lo que te he contado?

—Mi libro.

—A tu libro no le pasa nada.

Yehoshua cerró la tapa y corrió el arcón fuera del alcance de Jaím.

—Y ahora las medicinas y a dormir otra vez.

—Llévame con Isaac de inmediato.

—No puedes salir, todavía estás...

—¡Ahora! —le ordenó Jaím.

Yehoshua dejó escapar un suspiro. A menudo había oído historias en las que los moribundos experimentaban una revitalización antes de abandonar el mundo.

¿Cómo podía negarle su última voluntad a su hermano? Refunfuñando, le ayudó a vestirse. Le acompañó mientras bajaban por la escalera y fueron caminando abrazados por la calle principal de la soleada Safed. Cada pocos metros, a Jaím se le doblaban las rodillas y debía sentarse en la acera para recuperarse. A esa hora, todo el mundo se encontraba en la sinagoga.

En mitad de las escaleras que unían todas las calles transversales a diferentes alturas, su camino se cruzó con el de Isaac.

—Jaím! —gritó éste emocionado—. ¡Qué mal aspecto tienes! ¡Ven aquí, querido amigo!

Le rodeó con sus vigorosos brazos y le besó. El muchacho cayó sin fuerzas en el abrazo.

—No ve nada —le explicó Yehoshua—. Es una locura que se haya levantado, pero quería verte a cualquier precio.

Isaac le tomó el pulso. Al igual que un doctor podía leer por las pulsaciones el estado de salud de un paciente, Isaac era capaz de sentir la gravedad de la enfermedad del alma.

—Déjame a mí —apartó Isaac a Yehoshua—. Ya me encargo yo de él.

—Pero...

—Vete, Yehoshua. Sara ofrecerá esta tarde un gran banquete en la granja para todos los familiares de nuestro grupo. Te hará bien un poco de distracción. Ve tú también.

Yehoshua, nada convencido, dejó a su hermano con Isaac. ¿Sería ésta la última vez que le vería? ¿Qué pensaba hacer Isaac? Tenía muchísimo miedo de que le dijera que había robado el libro para dárselo a Zimra. ¿Por qué no le había dicho la verdad a Jaím cuando le preguntó por el libro? Así podría haber dado su versión de los hechos, podría haber justificado su robo, remarcando que él también había sido quien había vuelto a guardar el libro en el arcón. Intranquilo, miró cómo Isaac se llevaba a su hermano escaleras abajo pasándole su fornido brazo por debajo de las axilas.

54. משה Mem He Shin: la Diosa de la curación

Ya era muy pasado el mediodía cuando Isaac y Jaím llegaron a la localidad pesquera de Tiberiades. Corría un viento fresco que hacía más llevadero el ardiente

sol de la tarde. El cuerpo consumido de Jaím tiritaba, pues el largo viaje le había extenuado aún más, pese a que Isaac había llevado sobre los hombros a su ciego amigo algunos tramos, durante el descenso de la montaña hacia el valle donde se extendía el lago. Había ido tirando de Jaím a toda prisa, como si la muerte estuviera pisándoles los talones. Durante todo ese tiempo no salió palabra de sus labios. Jaím estaba exhausto y se sentía fatal, pero el infatigable Isaac mantenía el vigoroso paso y llevó a su amigo hasta el puerto pesquero.

En el muelle encontraron sentado a un joven pescador, triste y con la mirada perdida. Rezaba al Creador en silencio para que le liberara de su desastrosa existencia. Isaac se le acercó.

— ¿Podrías prestarme tu bote? —le preguntó.

El joven pescador, receloso, miró a Isaac y al hombre enfermo que yacía en el suelo. ¿A quién se le ocurría meterse en el agua por la tarde? El sol caía a plomo sobre la superficie y en poco tiempo se abrasarían. Además, ¿por qué iba él a prestar su bote de remos a dos perfectos desconocidos? Quizá no se lo devolvieran nunca, con lo que sus problemas aumentarían mucho más.

Pero Isaac siguió observándole amistosamente. No intentó convencerle con palabras. En su mirada sólo aparecía el ruego silencioso. El joven pescador no sabía cómo tomar ese silencio. Pese a que hacía sólo un momento estaba maldiciendo a todo el mundo circundante por disfrutar de prosperidad, mientras que él parecía ser el único en la faz de la Tierra que no atraía más que adversidad, ahora se sintió impulsado a compartir lo poco que tenía. En absoluta disconformidad con su propio carácter, dijo:

— Vale. Con la condición de que vuelvas a amarrarlo en este mismo lugar.

El pescador se quedó atónito al oírse a sí mismo. Ni siquiera les había pedido dinero. Ayudó a subir a bordo al extranjero vestido de blanco y a su amigo más joven y agonizante. Mientras soltaba los cabos, les advirtió:

— A veces hay fuertes corrientes bajo la superficie, tened cuidado.

Isaac asintió y sacó una bolsa del bolsillo. Justo antes de que el pescador diera un empujón al bote para echarlo a navegar, se la lanzó.

— *Sabbat Shalom* —se despidió.

El hombre, incrédulo, miró lo que había dentro de la bolsa. Allí pudo ver más monedas de plata que peces habría sido capaz de pescar en un mes. Salió corriendo a casa para contarle a su mujer la gran noticia.

Las gaviotas emitían graznidos ensordecedores por encima del barco. Percibían el olor de pescado y esperaban un golpe de suerte, pero cuando inhalaron sólo el olor

de carne humana enferma, batieron sus alas, decepcionadas, y salieron volando en otra dirección.

Tiritando por la fiebre, Jaím yacía en el fondo del bote. La corriente era fuerte y avanzaban con dificultad.

—Tienes la oportunidad de obtener la conciliación de algo muy importante —le dijo Isaac.

Jaím sólo levantó una ceja fatigada.

—Estás muy débil.

—¿El qué? —murmuró el muchacho.

—Lo que le hiciste a tu padre —respondió Isaac—. La fiebre y la exudación de sus fuerzas vitales, eso es lo que sintió tu padre en sus momentos finales.

Jaím se quedó petrificado. Era imposible que Isaac supiera lo que había ocurrido.

—Cuéntamelo. Siempre has sabido que llegaría un día en que deberías compartir tu gran secreto. Hoy es ese día.

La leve resistencia a revelar la infamia hasta ahora oculta se quebró enseguida. Si éstas eran sus últimas horas de vida, no había ninguna razón para seguir soportando por más tiempo esta pesadísima carga de su juventud. Delirando, empezó a contar y volvió a ver nítidamente ante sí el día más oscuro de su existencia.

—Fue un accidente. Un terrible accidente.

—¿Qué fue un accidente? Cuéntamelo todo. Empieza por el principio —le conminó Isaac con tono perentorio.

Jaím se sumió en los jirones de su brumoso pasado y fue haciendo una relación apagada de sus recuerdos.

—Me hallaba perdido en la alquimia. Deseaba crear oro. Quería volverme de oro. Quería demostrar a mi padre que había caminos que te llevan a la iluminación con mayor rapidez que la Torá. Era la temeridad de la juventud.

Isaac escuchaba mientras intentaba orientarse con una sinagoga de Tiberíades, situada en lo alto, pero la niebla dificultaba la visión.

—Era invierno —siguió farfullando Jaím—. Mi padre me llevó con él a las montañas.

Un prolongado acceso de tos interrumpió su relato.

—Empezó a nevar. Buscamos cobijo en la cueva de Shimon Bar-Yojai. Volvieron a surgir esas discusiones. Voces. Gritos. Mi padre fue quien dio el primer golpe. Una sonora bofetada. Como si fuera un niño rebelde. Tenía dieciocho años, Isaac. Había destruido todo el respeto hacia mi persona. Algo se rompió. De un momento a otro

me transformé en un monstruo vengativo. Le devolví el puñetazo con mucha más fuerza. Todo sucedió muy deprisa.

Jaím se sentía un muchachito pequeño y miserable, y los retortijones de tripas y las náuseas le hicieron encogerse en un rincón del bote. Isaac no hizo ningún esfuerzo por consolarle.

—Mi padre me estaba propinando una buena paliza —tartamudeó, con una voz apenas audible—. Yo le di un puñetazo en el estómago. Él se retorció y empezó a gemir sobre el suelo helado. Me tiró de una pierna. Caí. Fuimos revoleándonos mientras luchábamos. Rodamos. Nos aproximamos al acantilado. El borde del abismo que hay ante la gruta. Nos apaleamos mutuamente. Consiguí sentarse sobre mí. Estaba preparado para golpearme en la cara sin piedad. Le di un empujón. Había hielo por todas partes. Las rocas eran de hielo. Padre resbaló en dirección al abismo. Le cogí la mano. Tenía su mano, Isaac. Pero no tenía dónde agarrarme. Me arrastraba consigo. «¡Suéltame!», grité. Nos habríamos caído los dos por el barranco. Seguía deslizándome hacia el acantilado. ¿Qué tendría que haber hecho? Le solté. Él se precipitó. Gritando. Un golpe seco. Miré. Una nube de nieve se alzó. Un cuerpo gimiente. La nieve se volvió roja. Muerte.

Isaac callaba y escuchaba. Parecía como si estuviera navegando en círculos. No había ningún rumbo claro en sus maniobras.

—No fue un asesinato —repitió Jaím después de haberse quedado un rato inconsciente—. Fue un accidente, un lamentable accidente. ¿O no? Dímelo tú. ¿Soy un asesino?

Entonces empezó a llorar y con sus últimas fuerzas lanzó una plegaria al cielo como si de una escala de cuerda se tratara:

—¡Oh, padre, perdóname! No fue mi intención. De veras que no. Yo le amaba. Todavía le amo tanto... No pasa un día sin que vuelva a ver toda esa escena ante mí.

De pronto pareció que Isaac había encontrado lo que buscaba y se puso a remar con vigorosas paladas hacia un círculo azul oscuro en medio del lago. Allí detuvo el bote. En su fondo, encontró una vasija de madera y la llenó con ese líquido azul como la tinta.

—¡Jaím! —gritó excitado—. ¡Bebe, Jaím! Es agua sagrada de la fuente de Miriam. Este agua ha saciado la sed de nuestro pueblo, que fue conducido por Moisés a través del desierto. Este agua salvó sus vidas.

Jaím le miró atontado. ¿De qué estaba hablando? ¿El pozo de Miriam aquí, en el mar de Galilea?

Meneó la cabeza.

—No, Isaac. Déjame.

—Es bueno que lo hayas contado.

—Esta es la segunda vez que lo cuento, Isaac. Cuando una noche se lo confesé a mi madre, me la encontré a la mañana siguiente colgada. ¡Ay, madre! —sollozó—. Me amabais tanto que queríais salvarme.

—Bebe, Jaím. Te perdonará. Te sanará. Yo no haría esto por nadie, sólo por ti, Jaím.

Isaac le llevó el tazón a los labios. Ya con las primeras gotas que fluyeron por su boca, tuvo la sensación de que estaba bebiendo un oro líquido curativo.

55. *He Zayin Yod: el Dios de los ángeles custodios*

La superficie del mar de Galilea se había sumido en un cálido resplandor naranja cuando Jaím recobró el sentido en la orilla. Yacía entre los guijarros sobre un acogedor banco de arena. Sus pensamientos los mecía el susurrante sonido de las olas derramándose sobre la playa para volver a retirarse con movimientos prolongados. A lo lejos graznaban dos gaviotas que se disputaban un rollizo pez de San Pedro. Abrió los ojos despacio.

—Qué bonito —suspiró estremeciéndose por la belleza que le rodeaba.

Isaac estaba sentado a su lado, riéndose.

—Bienvenido a la Madre Tierra. ¿Has tenido un viaje agradable?

Toda clase de imágenes le pasaron en un momento por delante.

—¿Qué me ha pasado?

—Has bebido cí la fuente de Miriam —le explicó Isaac.

Ahora lo recordaba. La larga caminata en la oscuridad, acompañado por su maestro. Su enfermedad. Su fatiga. El viaje en barco. Su confesión. La segunda vez que había contado su historia. Y luego... el agua que le había dado a beber Isaac, agua que sabía a miel mezclada con vino añejo y joven, una bebida que te despejaba la cabeza. Giró el rostro hacia él con expresión dichosa.

—¡Puedo verte! ¡He recuperado la vista! —se dio cuenta de repente—. ¿Qué me ha pasado?

—Has bebido del agua de la vida. Moisés entregó la Torá al pueblo judío durante su viaje por el desierto, pero su hermana, Miriam, le concedió la vida misma. Allí donde golpeaba con su talón, encontraba agua. Sin ella nunca habrían alcanzado la

tierra prometida. La fuente de Miriam da la vida cuando la muerte parece inevitable. Ella salva a quien debe ser salvado. Ahora estaba aquí por ti, oculta en el agua del lago. Te di de beber de su agua y te ha curado, aunque tenías los días contados. Ahora eres una mariposa que se ha liberado de su capullo. Estás ansioso por batir las alas y volver a descubrir el mundo. Rebasas confianza y el mundo se encuentra a tus pies. Ahora te hallas ante la mayor encrucijada de tu vida. Sobre tus hombros pesa la responsabilidad de cambiar el destino de la humanidad para siempre.

Isaac se levantó, le tendió la mano y tiró de él para que se incorporara. Jaím perdió el equilibrio por un momento, pero empezó a desternillarse de risa y a bailar. Tiró del brazo de su maestro y le introdujo con él en el agua. Isaac también reía, enseñando los espléndidos dientes, y los dos hombres se zambulleron en el agua templada del lago. Así estuvieron, entusiasmados, cantando y echándose agua. Se dejaban caer sobre las olas, se hacían aguadillas y se partían de risa. La vida nunca había sido tan llevadera como en esa bochornosa tarde de verano.

Un viejo vagabundo, que estaba sentado en una roca junto al muelle, veía frente al disco encarnado que desaparecía en el mar la silueta de dos hombres abrazándose con cariño unos cuantos minutos. El anciano sonrió satisfecho, había cumplido su misión. Isaac había entregado todo lo que el anciano le había enseñado en sus sueños. Le había pasado la antorcha a Jaím y el destino de la evolución humana estaba en sus manos. El viejo ángel había cumplido lo que le habían encargado, cerró los ojos y desapareció como si nunca hubiera existido.

Los dos hombres, abrazados, emprendieron el viaje de vuelta. Jaím se sentía invencible, como si el largo ayuno, el haber estado a punto de consumirse, la confesión y el arrepentimiento cié su enorme crimen y el agua salutífera le hubieran limpiado por dentro. Ahora se atrevía a afrontar sin miedo la responsabilidad que le competía en la muerte de su padre. Ya no buscaba más excusas, ya no intentaba disculparse. No fue ningún accidente. Había sido un asesinato. Y también había empujado a la tumba a su madre, su querida madre que nunca había intentado cambiarle, que le amaba tal como era. Estos crímenes habían sido para él una carga de responsabilidad enorme. Para poder alcanzar un balance positivo al final de su vida, tendría que llevar a cabo grandes obras.

Cuando cruzaron el cementerio de camino a la granja de Amán, en los lindes de la ciudad, Isaac le puso la mano en el hombro.

—Ahora has de escuchar un momento, Jaím —le habló serio—. No pasará mucho tiempo antes de que nuestros caminos se separen. Te he dado clase durante dos años. En esencia, te he contado todo lo que aprendí del viejo vagabundo. Para comprender bien lo que te he enseñado, tendrás que ir a Jerusalén.

—¿Qué?

—No puedo decirte más.

—¿Y qué harás tú?

—La misión de mi vida era enseñarte e iniciarte. Todavía tengo que darte otra lección importante y mi tarea habrá concluido —le respondió sonriendo.

—¿Otra lección importante?

—Nuestros amigos y familiares nos esperan en la granja de Amán. Es el final del sabbat, ya sabes. ¡Venga, despedámonos festivamente de la novia!

Le pasó un brazo por encima del hombro y le llevó por la finca hasta la granja, sobre cuyo emplazamiento soñaba que algún día se levantara una sinagoga. Jaím estaba callado, reflexionaba sobre las palabras de Isaac, que le habían traído malos presagios. Vieron oscilar la luz de las velas y la chimenea a través de los rosetones del salón, pero llamaba la atención tanto silencio. Casi siempre se bailaba, se cantaba y se comía hasta altas horas de la noche, pero parecía como si sus amigos estuvieran rezando colectivamente.

Cuando Isaac abrió la puerta, se clavaron en él las miradas sombrías de los discípulos y sus familiares.

—¿Qué pasa? —preguntó Isaac sonriendo—. ¡Esto parece un velatorio! ¡Mirad a quién he traído conmigo... a Jaím, como si hubiera vuelto a nacer!

—Entonces, ¿no te has enterado todavía? —rompió el tenso silencio Jonathan, cuyo hijo dormía apoyado contra su pecho.

—¿De qué?

—Se ha declarado el cólera en Safed. Han cerrado las puertas de la ciudad. Nadie puede entrar ni salir. Nos hemos visto obligados a quedarnos aquí.

La boca de Isaac fue abriéndose despacio. Sabía que éste era el principio del final. Lo único que podía hacer ahora era guiar a su comunidad lo mejor posible para superar estos días.

—¿Han muerto ya muchos? —preguntó al cabo de un rato.

—Debe de ser horrible, según el guardián que hay en la puerta de la ciudad —contó Abraham—. En cientos de casas ya han pintado una cruz de cal como señal de que allí ha habido una víctima. La enfermedad está assolándolo todo. La gente va muriendo con pocas horas de diferencia.

Isaac y Jaím se sentaron junto al fuego entre sus amigos para que les pusieran al tanto de las noticias.

—¿Y Francesca? —preguntó Jaím de repente—. ¿Sabéis si está aún viva?

—No quiso venir —intervino Sara mientras miraba a su esposo—. No quería vivir bajo un mismo techo contigo.

Todos se miraron incómodos. Nadie era capaz de encontrar las palabras adecuadas para transmitir las terribles noticias. Por fin, Esther, la viuda de Shlomo, se levantó y se acercó a Jaím.

—Lo único que sabemos es que Yehuda ha sido una de las víctimas. Le han enterrado esta misma tarde.

56. **נח טו ה** *Nun Tav He: el Dios que habla sin rodeos*

La granja de Amán era lo bastante espaciosa como para alojar a todas las familias de los estudiantes de la cábala. Todas las habitaciones, establos y cobertizos habían sido repartidos. Cada persona tenía un lugar donde podía recogerse con los suyos. En el silencio de la tibia noche se siguió hablando mucho de los trágicos acontecimientos que estaban produciéndose. Existía preocupación por los amigos y familiares que aún permanecían dentro de los muros de la ciudad y que, de un momento a otro, podían pasar a ser las próximas víctimas de la cruel enfermedad. Los niños pequeños percibían la inquietud de sus padres y no había manera de calmarlos. Nadie sabía cuánto tiempo tendrían que quedarse allí ni qué encontrarían el día en que volvieran a abrirse las puertas. Safed cambiaría para siempre. El altanero optimismo de la próspera ciudad, que durante tanto tiempo había vivido una situación boyante, se había quebrado y ahora se veía castigada la sensación arrogante de invulnerabilidad. Algunos se preguntaban si de veras era una bendición permanecer allí, en la relativa seguridad extramuros. Carecer de noticias era quizá peor que ser testigo ocular de los horrores.

A Jaím se le había adjudicado el henil, que compartía con Yehoshua. Los hermanos descansaban juntos, sumidos en sus propios pensamientos sombríos. De vez en cuando, les sobresaltaba el aleteo de un murciélago o el asustadizo correteo de una rata que se ocultaba en el heno.

—Mira que ser tú quien estuviera velando junto a mi lecho —dijo Jaím de repente.

—No lo pienses más —respondió Yehoshua tras un largo silencio—, tú habrías hecho lo mismo.

—¿Creías que iba a morirme?

—Es un milagro que estés vivo, Jaím. El doctor ya te había desahuciado.

—¿Lo lamentas?

—¿El qué?

—Que todavía esté vivo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No, en serio. ¿Lamentas que siga vivo? —insistió Jaím—. Ya casi te habías librado de tu demonio.

Yehoshua guardó silencio. Intentó mantener bajo control la agitada respiración, pues no tenía muy claro lo que sabía o no sabía su hermano. ¿Habría llegado a oír su confesión mientras estaba inconsciente? ¿Le habría contado Isaac lo del robo del manuscrito?

—Siempre has sido mi hermano mayor, Yehoshua —continuó Jaím—. Siempre eras más fuerte, más rápido, más listo que yo. Te admiraba, quería ser como tú. Te eché mucho de menos cuando te fuiste de casa y me quedé solo con nuestros padres, pero estaba orgulloso de ti. Tu primera tienda, ¿te acuerdas? Aunque, desde luego, era pequeña comparada con la de ahora. Yo creía en ti. Tú cada vez querías relacionarte menos conmigo. Te molestaba cuando pasaba a visitarte.

—Tú eras también un muchachito muy arrogante —sonrió Yehoshua.

—Yo quería presumir de lo que había aprendido en la escuela de Torá. Quería tu aprobación. Demostrar que yo también sabía mucho. Como no te impresionaba en absoluto, la dejé. Cuando descubrí la alquimia, confiaba en haber encontrado algo en lo que podría aventajarte. A ti y a nuestro padre.

—Pues lo conseguiste, Jaím. Desde ese día fue como si yo hubiera dejado de existir. Todo giraba en torno a ti. Y ahora quiero dormir. Me he pasado toda la semana sosteniéndote la mano, estoy extenuado.

—No fue ningún accidente.

—¿Qué? —preguntó Yehoshua ausente.

—No fue ningún accidente. Padre y yo discutimos. Nos peleamos. El se resbaló hacia el abismo y yo le solté la mano.

Yehoshua se incorporó y, sorprendido, miró a su hermano. Nunca había creído que su padre hubiera tropezado, pero esto...

—Eres un asesino —balbució—. El asesino de mi padre.

Jaím guardó silencio. Podría haber resuelto el problema de su propia conciencia, pero ahora le esperaba la inmensa tarea de demostrar al mundo que su crimen había sido inevitable y necesario, como inicio de todas las cosas buenas que iba a aportar al mundo.

—Tendría que haber hecho que te descuartizaran —dijo Yehoshua.

—Eres un buen hombre que has cuidado de mí a pesar de lo mucho que me odiabas.

—Cierra el pico.

—Puedes vengarte ahora con mi persona. Todo el mundo lo comprenderá, pero si lo haces, quien peor parado saldrá serás tú mismo. Tendrías que volver a soportar de nuevo las consecuencias de tu mal paso. Tú puedes romper la espiral de odio, hoy puedes crear un futuro lleno de odio o lleno de amor.

Yehoshua se mordió la lengua. Reprimió el deseo de pegarle una paliza.

—¿Dijo algo padre sobre mí ese último día? —le preguntó por fin.

—Sólo estuvo hablando de ti. Tú eras el hijo perfecto. No dejaba de decir una y otra vez que debería seguir tu ejemplo.

El corazón de piedra de Yehoshua se hizo añicos. ¿Por qué nunca se lo había dicho a él? ¿Por qué no le había mencionado ni una sola vez que le amaba?

—Yehoshua, lo lamento —se disculpó Jaím en voz baja—. No quería convertir tu vida en un infierno. Si supieras cuántas veces he implorado al Creador para que pusiera una buena mujer en tu camino... Quería que tueras feliz.

Yehoshua dio un salto, como si le hubiera picado una avispa. Miró furioso a su hermano.

—¡No necesito ninguna mujer, Jaím! —gritó fuera de sí—. ¡Prefiero muchachos! ¡Muchachos impolutos de quince años que hacen todo lo que les digo, que me respetan porque les doy dinero, que confían en llegar a ser alguna vez tan ricos como yo! ¡Muchachitos que me admiran y me aman! ¿Me oyes, Jaím? ¡No necesito ninguna mujer!

Jaím escuchó atónito el exabrupto de Yehoshua. ¿Qué mosca le había picado para decir esas cosas?

—Aunque sea verdad lo que acabas de decir, no me importa. Eres mi hermano. Te quiero.

—¡Déjalo ya! —chilló Yehoshua—. ¡No te muestres más santo de lo que eres! ¡En este mundo todos se traicionan entre sí! ¡Y tú estás tan ciego como un topo! ¿No te has dado cuenta todavía de que te ha traicionado tu mejor amigo?

—¿Cómo? —balbució Jaím, dominado por todos los resortes que de pronto Yehoshua tocaba.

Este gateó por el suelo de tablas hasta la montaña de paja que revolvió con las manos.

—Mira aquí. ¿Ves qué es esto?

A la tenue luz de la luna, que caía a través del techo de paja, Jaím vio un legajo.

—Es tu libro. Lo tengo. Todo el mundo aquí lo tiene. Sara nos ha dado a todos un ejemplar esta tarde mientras estabas fuera con tu amigo. Yo lo robé cuando estabas muriéndote en la cama. Tu maestro hizo que lo copiaran, Jaím. Con su nombre. Como si lo hubiera escrito él.

—¿Qué?

Mantuvo la hoja superior de papel a la luz de la luna y vio que, en efecto, bajo el título de su libro aparecía escrito el nombre de Isaac.

—No puede ser verdad —tartamudeó.

—Bienvenido al mundo adulto, hermano —rió Yehoshua de oreja a oreja—. Tu patrona no estaba tan loca. Tenía razón. El león está paseando su hambre insaciable por la ciudad y devora todo lo que encuentra para alimentar su oscuridad.

—El león es Isaac... —susurró Jaím consternado.

57. יהוה *Jet He Vav: el Dios que nos concede todo*

Como era costumbre en sabbat, Isaac y Sara leían la Torá para celebrar en la cama el punto culminante de la fiesta y honrar a la novia de Dios con un corazón purificado, pero fueron sobresaltados bruscamente por sonoros golpes en la puerta.

—¡Miserable, granuja, ladrón! —gritaba Jaím mientras aporreaba la puerta del dormitorio.

Sara se encogió en la cama, ocultándose bajo las sábanas. Isaac se puso un pantalón a toda velocidad mientras gritaba en dirección a la puerta:

—¿Eres tú, Jaím?

—¡Abre, cobarde! —vociferó Jaím—. ¡Abre si tienes agallas!

—¿Qué quieres? —preguntó Isaac con tono conciliador.

—¡Destrozarte a golpes, estafador!

—Realmente ése no es un buen argumento para dejarte entrar. Si quieres hablar conmigo, te abriré la puerta.

En el lado de Jaím seguía el silencio. Isaac llevó la mano al pasador de la puerta, pero Sara, atemorizada, le hizo gestos para que la mantuviera cerrada.

—¿Estás aún ahí, Jaím? —preguntó Isaac.

El silencio seguía. Descorrió el pestillo y abrió la puerta. Tan pronto como hubo un resquicio, Jaím pegó un empujón a la puerta con el hombro y la abrió violentamente. Isaac salió trastabillando y, al caer, se dio con la cabeza en el borde de la cama. Sara chilló. Jaím saltó sobre su maestro y, con toda la furia que llevaba dentro, le soltó un derechazo que le hizo sangrar la nariz.

—¡Para, Jaím, para! ¡Por favor! —gritaba Sara. La pequeña mujer estaba en la cama y se desgañitaba con todo el fuelle de sus pulmones para que cesara la violencia. Jaím quería propinarle un nuevo puñetazo a su maestro cuando, distraído, levantó los ojos hacia la mujer desnuda. Esta fracción de despiste dio la oportunidad a Isaac de agarrarle los brazos y ahorrarse así un nuevo golpe.

En ese mismo instante, Samuel y Jonathan, despertados por el jaleo, entraron corriendo en el dormitorio. Cogieron a Jaím y le apartaron del cuerpo de su maestro. El joven intentó desasirse con violencia, pero Samuel le propinó un durísimo puñetazo en el estómago. Un ligero hilillo de sangre le salió por la boca y quedó retorciéndose y gimiendo en el suelo.

Sara, que se había envuelto rápidamente con una sábana, restañaba entre tanto la nariz sangrante de su marido.

Samuel tenía preparado el pie para percutir con un segundo impacto en el estómago de Jaím, pero Isaac le detuvo.

—¡Para, Samuel, para! ¡Así está bien! —ordenó en un tono que no admitía discusión alguna—. ¿Ya has conseguido enfriar la ira, Jaím? ¿Podemos hablar tal vez ahora?

Sediento de sangre, Jaím miraba desde el suelo a su maestro.

—Dejadnos solos. Gracias por la ayuda. Volved a la cama.

Samuel y Jonathan vacilaron, pero la mirada perentoria de su maestro los convenció de que volvía a tener la situación controlada.

—¿Cómo has podido hacerlo, Isaac? —estalló Jaím—. Copiar mi libro palabra por palabra con tu nombre mientras yo estaba muñéndome. Y en treinta ejemplares, según me ha contado Yehoshua. ¿Cómo has podido traicionarme así? ¡Qué guarrada más perra!

—Cincuenta —dijo Isaac.

—¿Qué?

—Cincuenta ejemplares.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué? ¿Dónde están esos libros?

Isaac se puso en pie y anduvo con dificultad hasta Jaím. Le tendió una mano para ayudarle a levantarse, pero él se incorporó solo.

—Ven a sentarte aquí —dijo Sara haciéndole sitio en la cama. El joven fue arrastrando los pies con fatiga hasta allí y cayó de bruces.

—Todos mis estudiantes tienen un libro y, además, lo he repartido entre un par de personas, una de ellas es Caro. El resto está en mi casa. En el almacén —le informó Isaac.

Cada respuesta de Isaac iba aumentando la furia de Jaím. De sus palabras no se desprendía ni pizca de arrepentimiento o sentimiento de culpa.

—Explícaselo —le siseó Sara, que también consideraba insufrible la actitud de Isaac—. Explícanoslo. Eso es lo mínimo que podrías hacer.

Isaac se sentó al borde de la cama.

—De acuerdo —accedió—. Salvé el manuscrito del fuego. Zimra le encargó a Yehoshua que lo robara y quería chantajearme con él. Sin mí, ya no habría ningún libro. Cuando lo tuve en mi poder, hice que lo copiaran enseguida el máximo número de veces para que no pudiera volver a perderse ya. A Yehoshua le ordené que volviera a dejar tu ejemplar en el arcón.

—¿Y por qué con tu nombre —le espetó Jaím—. sin ninguna mención o palabra de agradecimiento?

—Porque es mi libro —respondió Isaac sin inmutarse.

—¿Qué? Tú no escribiste ni una letra. Cuántas veces no me habrás dicho que no sabes escribir. Tú eres más ladrón que Yehoshua y Zimra juntos. ¿Cómo pudiste hacerlo? Mira que ignorarme con tanto descaro...

Isaac se quedó mirando al vacío. Hasta Sara se asustó de la frialdad de su mirada.

—Tú escribiste este libro por encargo mío, Jaím. Todo lo que aparece en él lo has aprendido de mí. Sin mí no existiría, por eso es mi libro.

El muchacho estaba sin aliento. ¿Creería realmente lo que estaba diciendo?, se preguntó desesperado.

—Escucha, Jaím, sé que el libro es algo muy preciado para ti, pero ahora tienes la oportunidad de demostrar que mis enseñanzas te han cambiado de verdad, que has superado tu egoísmo. Entregándome el libro, puedes llevar a cabo el arreglo definitivo. La entrega desinteresada y la creación de luz en la oscuridad son la esencia de todo lo que te he enseñado.

—No te lo crees ni tú —dijo Jaím fuera de combate.

—Esta es la última lección que te queda por aprender de mí. La lección más difícil. Érase una vez un hombre que fue a casa de un sabio rabino y le preguntó...

—No me vengas ahora con esas historias —bufó Jaím.

Isaac hizo una breve pausa, pero luego continuó, imperturbable.

—Le preguntó: «Rabí, ¿puedes enseñarme toda la sabiduría de la Torá durante el tiempo que puedo estar a la pata coja?». El hombre se puso a la pata coja y el rabino dijo: «Ama al prójimo como a ti mismo. Eso es todo. El resto son meras glosas». ¿Lo captas?

Jaím se volvió y se puso en pie. Desvalido, buscó apoyo en los ojos de Sara, que sólo le decían que ella estaba igual de sorprendida. Su esposo no parecía comprender ni por un momento lo ilícito de su acto.

—Por lo demás, hay errores e impurezas en el libro —continuó Isaac—, pero no es grave, ya los corregiré.

Jaím estalló.

—Por supuesto, todavía no está acabado. Mi libro no está terminado. Yo soy el único que sabe cómo está construido, cuál es su intención, qué debe ocurrir todavía. Te prohíbo cambiarle ni una sola letra. Es mi libro. Y si de veras has superado tu egoísmo, ¿por qué tienes tanto empeño en que aparezca tu nombre?

—Porque mi nombre le otorga al libro la autoridad necesaria para obrar su efecto en el mundo. Mi misión en la vida es sacar estas ideas al exterior. Viniendo de mí se aceptarán, viniendo de mí querrán aprenderlas. Tu misión en la vida es otra. Tu nombre no tiene la misma fuerza que el mío. Moisés fue elegido para recibir de Dios la ley, no su hermano Aarón, ni su hermana Miriam. Ellos también eran importantes, pero su misión era otra. Aarón era sumo sacerdote y Miriam mantuvo al pueblo con vida gracias a su fuente. Al igual que tú.

—¡Me condenaste al darme a beber de la fuente de Miriam! —gritó Jaím estupefacto—. ¡Me has salvado la vida, pero el precio es una existencia en la sombra para que pueda escribir muchos libros que divulguen tu gloria, que te inmortalicen!

—Incluso Miriam tenía celos de su hermano Moisés. Después de haberse encontrado con Dios, él se negó a dormir por más tiempo con su bella esposa abisinia. Miriam le reprochó que ahora se sintiera de repente demasiado especial para cumplir con lo que un hombre normal debe cumplir. Esos celos fueron castigados por Dios de inmediato con la lepra.

—¿Es una amenaza?

—No, una enseñanza. Miriam fue desterrada del campamento judío durante siete días. Allí se arrepintió y aceptó su misión. Su tarea era distinta de la de su hermano y la asumió con devoción.

Isaac se levantó y se colocó frente a Jaím. Por un momento pareció como si desprendiera luz, una luz que le obligó a seguir sentado y escuchar.

—Las necesidades primarias del hombre son las mismas que las de los animales: comer, dormir, respirar y aparearse. Necesidades que colman el cuerpo, pero no el alma. Cuando éstas ya se han satisfecho, el hombre desea riqueza, poder, fama y conocimiento. Eso es a lo que has aspirado durante toda tu vida, Jaím. Nociones vacías si no van unidas a un ideal." Pero también el deseo de esas necesidades desaparece tan pronto como se colman. Ahora llegas a un punto en el que vas a dar el paso definitivo. Sólo un alma satisfecha te hace real y eternamente feliz. ¿Querías convertirte en Dios? Pórtate entonces como Dios. Busca la felicidad que supone aportar amor y bondad al mundo. Esta es tu oportunidad de vivir con las diez emanaciones divinas del Creador: corona, sabiduría, entendimiento, compasión, poder, belleza, victoria, esplendor, fundamento y reino. Todo ese conocimiento puedes descubrirlo tú mismo y las generaciones que te sucederán. Todo lo que un hombre puede llegar a saber está escrito en la Torá. Capa a capa irá mostrándose este libro de Dios. Cada vez que abres la Torá encuentras al propio Creador. El Zohar fueron las primeras instrucciones de uso escritas para descifrar lo oculto, pero este libro era sólo para iniciados. Ahora me toca a mí, por mediación tuya, entregarle las llaves a la humanidad. Judíos y no judíos, jóvenes y viejos, mujeres y hombres. En la Torá se encuentra la respuesta inequívoca a cualquier pregunta que pueda plantearse todo aquel que vive o llegará a vivir en el futuro. Es el lenguaje secreto de la vida misma, de todo lo que fue, es y será. Tu nombre siempre estará unido al mío, Jaím. Tú eres mi discípulo preferido, el único que lo comprende realmente.

Jaím se liberó de la mirada hipnótica de Isaac. Aunque tuviera razón, él no quería tener nada que ver con todo ese asunto. Se sentía traicionado, utilizado y manipulado. Aquel a quien se había confiado por completo le había clavado un puñal en la espalda.

—Yo era tu discípulo. Allá te las apañes a partir de ahora. Escríbelo tú mismo. No quiero entrar en la historia como tu escudero. Te odio.

Empujó a un lado a Isaac y se encaminó hacia la puerta. Apartó la mano tranquilizadora de Sara, que iba tras él. Luego cerró la puerta de golpe.

Atravesó la finca a toda velocidad, como si se tratara de un ariete en pos de las murallas de la ciudad al que nadie podía parar. Sin fuerzas, se puso a jadear apoyado contra las grandes rocas pulimentadas. Se acercaban pasos de soldados en formación. Se escondió cerca del muro y, paciente, esperó hasta que hubo pasado la guardia. Entonces vio, no lejos del muro, un pino caído. Con la fuerza que le transmitía el deseo de dejar atrás a Isaac, consiguió arrastrar el tronco hasta el muro y levantarlo. Trepó por él hacia lo alto y, tras varios intentos, fue a parar a la parte superior del sólido muro. Oteó desde allí la ciudad, que había sido alcanzada por un invisible asesino alevoso con unas ansias de muerte sin precedentes, y decidió que enfrentarse al cólera era más llevadero que permanecer por más tiempo en presencia de Isaac. Sin dudar, saltó al otro lado del muro.

58. **יהוה** *He Jet Shin: el Dios de la inocencia*

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Esther, que no podía conciliar el sueño debido al jaleo.

—Jaím se ha enfadado y se ha ido de la granja. Regresaba a la ciudad, creo —respondió Samuel. Junto con Jonathan, había intentado escuchar por la ventana la conversación entre el maestro y su discípulo favorito.

—Por su libro, naturalmente —dijo Esther comprendiéndolo a la perfección.

—¿Su libro? —se rió Samuel—. El libro de Isaac, querrás decir. Jaím sólo iba escribiendo lo que el maestro le dictaba.

Esther sabía que no tenía ningún sentido ponerse a discutir con estos dos hombres. El fanatismo de los seguidores de Isaac se había acrecentado ahora que se cernían sobre ellos tantas desgracias. Habían cifrado todas sus esperanzas en un milagro que viniera de manos de su maestro, cuya intercesión los protegería de la enfermedad contagiosa. Esther había tenido sus dudas cuando Sara la invitó al banquete del sabbat. Aparte de Jaím, tenía poca relación con el resto de los estudiantes de cábala. Sabía que Shlomo había sido el blanco de sus burlas debido a las ideas liberales que ella tenía en cuestiones de amor, pero ahora que la ciudad había caído en las garras de la muerte, sí que resultó a la postre una decisión muy acertada aceptar la invitación. Y, a fin de cuentas, era su granja.

A ella también le había entregado, por mera cortesía, un ejemplar. Al ver el nombre de Isaac en la portada, sintió como si hubiera sido ella misma la víctima del plagio. Desde joven, había cultivado una inmensa admiración por los artistas. Ya de niña, se sentía como en casa en los talleres de los pintores y escultores de Verona, donde se había criado. Reconocía en Jaím la destreza que tanto había amado también en Shlomo, el deseo de embellecer un poco más el mundo con una obra de arte, la lucha con los propios miedos y dudas, el esfuerzo por desarrollar al máximo las capacidades innatas.

Para ella estaba muy claro que Jaím era el único con derecho a reclamar la autoría del libro. Al fin y al cabo, todos los artistas sacaban su inspiración de algún lugar, ¿no? Sería lo mismo que si una modelo pintada por Shlomo dijera que el cuadro le pertenecía porque era ella quien aparecía ahí representada. Por supuesto, el arte siempre se basaba en algo. Lo realmente importante era el modo como el artista traducía y daba forma a esa realidad. Shlomo le había enseñado que la calidad de

una obra de arte dependía de la medida en que un artista había logrado captar la belleza de la creación. Cuanto más intensamente revelara una obra el misterio de la Creación, tanto más acercaba a los hombres a su fuente. Esa era la misión divina del artista. El propio Creador era el artista definitivo que superaba todas sus creaciones, pero como cada hombre es un aspecto del Creador, toda obra de arte es una nueva creación del mismo Dios. Como si el artista no fuera el pintor, sino el pincel en las manos del Señor. Por eso Shlomo nunca firmaba sus cuadros más bellos, porque los veía sólo como regalos, pero Esther estaba segura de que, si después otro artista hubiera puesto su nombre debajo, él le habría asesinado.

Sentía curiosidad por conocer los principios de estos señores, que tenían fama de emitir juicios rápidos sobre cualquier asunto y cualquier persona.

—No puedo conciliar el sueño. ¿Me acompañáis a tomar una copa de vino?

Los hombres se miraron dubitativos. Una copa de vino era tentadora. Conocían la reputación de Esther, pero bueno, ellos sabían cuidarse. Y estaban en plena noche. Podían prescindir de ellos un rato. La siguieron en silencio hasta el redil que le habían asignado, lejos de los otros lugares de reposo. Las mujeres se habían intercambiado miradas de satisfacción cuando Sara le adjudicó ese cuchitril apartado.

—Mis aposentos son algo reducidos —comentó riendo—, pero poneos cómodos.

Les sirvió una copa de vino y los invitó a contarle todo con pelos y señales.

Entre tanto, la esposa de Jonathan, Magdalena, estaba muy preocupada por su marido mientras recorría las caballerizas meciendo a su pequeña niña en los brazos. No era propio de él ausentarse durante tanto tiempo sin avisarla. Pero, si hubiera pasado algo, Samuel, que estaba con él, habría venido a contárselo. Así pues, intentaba tranquilizarse pensando en que estaría sano y salvo.

Sus preocupaciones carecían de fundamento, porque Jonathan se encontraba estupendamente. Se estaba partiendo de risa con las historias que contaba Esther, relatos desenvueltos que, al ser narrados por una mujer, resultaban aún más picaros. Tal vez tres copas de vino fueran demasiadas para un hombre que casi nunca bebía. Y la tensión que el día anterior había sobrecogido tanto a todo el mundo encontraba una válvula de escape en el placer infantil. El hecho de estar jugando con fuego sólo se le pasó un momento por la cabeza cuando Esther propuso echar una partida de cartas después de abrir la segunda botella de vino.

—Y quien pierda tiene que quitarse una prenda —añadió guiñando un ojo.

Quedó claro que no lo decía en broma cuando perdió la primera partida y, sin titubear ni un momento, se desabotonó la blusa. Este hubiera sido el momento en que Samuel y Jonathan tendrían que haber actuado en consecuencia. Ya no cabía duda posible en lo referente a cómo terminaría el juego. Naturalmente, ambos pensaron en sus esposas y en sus hijos, que estarían preocupados al otro lado de la finca. Jonathan

adoraba a su hijo, que a su vez idolatraba al padre, pero no soportaba el constante llanto de la niña pequeña, le desquiciaba los nervios y le impedía oír hasta sus propios pensamientos.

Samuel pensó en las palabras de Isaac cuando afirmaba que Dios no era ningún guardián de la moral. Cada persona disponía de una infalible brújula que dirigía su comportamiento: la conciencia. El dilema que se planteaba sobre si lo que hacías era falso o estaba basado en tu propia verdad tenía fácil solución. Cuando llegabas a la zona de peligro, el cuerpo empezaba a emitir señales enseguida. Era una tensión nerviosa que sonaba como el tono quejumbroso del cuerno de un carnero el día de Año Nuevo, el cuerno que hace un llamamiento para buscar el perdón de todas las faltas cometidas. Optar por la veracidad resulta bastante más fácil al pensar que, con cualquier hecho o acción, se influía en el mundo entero.

—Optar por la verdad —había dicho Isaac— es como permanecer como una vela ante el viento. Los traspies de una persona le quiebran el valor y la privan de su fuerza, pero con una firme convicción la llama se puede mantener ardiendo en la tormenta más violenta.

No es que a Dios le importara mucho, pues disponía de todo el tiempo del mundo hasta que llegara el momento en que la Creación entera eligiera por propia iniciativa el amor.

El vino que les recorría la sangre hacía aún más atractiva a Esther ante sus ojos.

Antes de que Samuel pudiera liberarse de la lucha interna con la excusa de que quería ir a ver si dormían sus hijos, Jonathan dijo:

—Vale. La segunda ronda.

Un pequeño traspie no importaría mucho, tranquilizó Samuel su conciencia. Todavía no había muerto nadie por contemplar a una mujer bella.

59. **וַיְהִי** *Vav He Vav: el Dios de la felicidad*

El centenar de puertas pintadas con cal que Jaím fue pasando de camino a casa mitigaron su ira. Qué desastrosos estragos había causado esta plaga en un solo día. Se detuvo un instante ante la casa donde vivían las familias de Datán y Abiram. Su puerta también mostraba la horrible señal. Hacía menos de un mes que Isaac les había deseado la muerte. ¿Qué fuerzas siniestras poseía ese hombre? ¿Llevaba a la perdición a todo aquel que no le seguía servilmente? Si esta enfermedad continuaba

propagándose por más tiempo, dentro de poco ya no quedaría un alma viva en Safed.

Indiferente, se encogió de hombros al ver la puerta destrozada de su casa, que en su día abriera de una patada Yehoshua. Qué importaba, si ya le habían robado su posesión más preciada. Desanimado, subió por la escalera y entró primero en el cuarto de Ana. Cuánto la echaba de menos en este momento. Se sentó un rato a la mesa donde siempre comían juntos y hablaban del transcurso de sus respectivos días. A nadie más que a ella habría confiado jamás su corazón. Siempre había sabido animarle cuando le roían las dudas, le hacía reír, a menudo le había advertido de su servil entrega a Isaac. «Debes creer en tu propia sabiduría —le había dicho—. Un profesor siempre tiene que aprender también de sus alumnos.» Le había amado tan incondicionalmente como una madre. Quizá por eso había intentado mantenerla a distancia, como si no pudiera permitir que alguien le amara tal como era en realidad. Su habitación, abandonada a toda prisa, parecía ahora un monumento funerario. Se estremeció al ver balancearse ante sí, colgada de una soga, la imagen de Ana tal como otrora había encontrado a su madre, pero al parpadear se dio cuenta de que se trataba de una alucinación. Ojalá la hubiera escuchado y hubiera huido de la ciudad con ella cuando aún podía, con su manuscrito. La única tranquilidad que le reportaba su ausencia era saber que ahora se encontraba a salvo en Tiberíades.

Subió por la escalera a su cuarto y empujó la puerta. Se encaminó hacia la mesa, a tientas y arrastrando los pies, y encendió una vela. Cuando se volvió, encontró dos ojos resplandecientes que le miraban fijamente. Le dio un vuelco el corazón del susto y se le escapó un grito. De manera instintiva, echó mano a su alrededor buscando algo con que defenderse, pero entonces se dio cuenta de que la mirada que le observaba era amistosa. Luego empezó a reírse, nervioso. Se trataba de otra alucinación. Le había parecido que el cuadro que colgaba sobre su cama había cobrado vida, como si Francesca estuviera en el cuarto. Se restregó los cansados ojos. Hoy también había sido un día demasiado agitado. Ahora lo primero que debía hacer, antes que nada, era echarse a dormir. Fue tropezándose hasta llegar a la cama y se sentó en el borde.

Cuando de pronto oyó abrirse la puerta, le entró un miedo de muerte y empezó a vociferar, alborotando a todo el vecindario. Su grito fue respondido por el breve chillido de una mujer. Pasó un buen rato hasta que pudo asimilar las palabras: «Tranquilo, Jaím, soy yo, Francesca».

—¿Francesca? —preguntó sorprendido.

—La puerta de abajo estaba abierta —le explicó ella con una risa tensa—. Lamento haberte asustado.

Jaím estaba demasiado abrumado como para poder emitir palabra.

—Perdóname por haber irrumpido así, sin más, en tu casa, pero ¿adonde podría ir ahora que Yehuda no está?

—Ya me he enterado, sí. Lo lamento muchísimo —dijo él por fin.

—Ayer por la noche parecía todo normal. Yehuda había pasado la tarde con mi padre. Cuando regresó estaba completamente desquiciado, dijo que mi padre le había revelado cosas horribles sobre su alma y sus pecados, y que debía corregirlos. Odié a mi padre. Naturalmente, sabía que Yehuda pecaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al igual que a mí, le habían obligado a casarse en contra de su naturaleza. Yo le alentaba incluso a que pecara y a que gozara de la vida.

—¿Y qué le dijo tu padre que debía hacer entonces?

—Primero tenía que ayunar y meditar durante setenta y dos días para vincularse con el aspecto masculino de la Creación, después debían prolongarse el ayuno y la meditación ciento sesenta y un días más y luego debía comprometerse con Shejiná, el lado femenino de Dios. Y uno de esos días tenía que revolcarse siete veces por la nieve, totalmente desnudo. Yehuda se sintió aterrorizado sólo de pensarlo. Por primera vez en su vida se sentía una persona malvada, cuando lo cierto es que nunca había hecho mal a nadie.

Jaím estaba indignado. Isaac, por lo visto, no le había explicado a su yerno que la penitencia no era un castigo porque le gustaran los hombres, sino un intento de corregir su falta de conciliación entre las fuerzas masculinas y femeninas. Era verdad que el Zohar no dejaba lugar a dudas: la obligación de todo hombre era crear vida nueva. Quien no se esforzara, al menos, en cumplir con esta obligación se negaba a devenir en un ser humano completo por no compartir honestamente lo que a él, a su vez, le habían dado: la vida. A las almas ansiosas que se morían de ganas por conocer la experiencia de la vida se les denegaba la posibilidad de la concepción. Isaac tal vez quisiera animar a su yerno a que se reprodujera, pero imponer una penitencia a un muchacho tan hipersensible como Yehuda, sin ofrecerle ninguna explicación, era casi lo mismo que empujarle al abismo.

—Cuando llegó a casa, estaba tiritando —continuó Francesca—. Le dolía muchísimo la tripa. Le metí en cama y utilicé mi cuerpo para calentarle, pero no se calmaba. Cada vez iba a peor. Me pedía que le diera de beber. Fui por agua y entonces fue como si se le vaciara la totalidad del cuerpo. Los fluidos salieron a chorro por todas sus aberturas. Sintió vergüenza, se le hundieron los ojos, la piel adquirió un color plomizo y, al cabo de una hora, parecía haber envejecido cincuenta años. Sobre la lengua tenía una pringosa capa de saliva blanca. Todo transcurrió muy deprisa, Jaím. A eso del mediodía ya estaba muerto.

El muchacho se estremeció. Yehuda debía de haber muerto en el momento en que él despertaba del coma profundo y salía con Yehoshua en busca de Isaac.

Francesca expulsó toda la pena que llevaba dentro, una tristeza reprimida y profunda que rompía cualquier dique de contención. Jaím la rodeó con un brazo. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba haciendo Isaac en las vidas de las personas? Le acarició la espalda agitada con sus cálidas manos, pero parecía que nada era capaz de calmarle la tiritona. Se tendió sobre la cama boca arriba y se acurrucó como un bebé recién nacido, como si quisiera esconderse del mundo.

—Yehuda era un buen hombre —pudo entender Jaím entre sus sollozos—. Yo le enseñé a amar. A su manera. Fue muy bueno conmigo.

Jaím se tumbó junto a ella y la rodeó con sus fuertes brazos. Sintió una gran compasión por esa muchacha que con tanto valor había asumido su destino. Durante todo este tiempo había intentado olvidarla, pero sabía que era imposible. Era lo último que veía cada noche antes de dormirse: su insondable tristeza en el lienzo.

Francesca se calmó por fin en los brazos de Jaím, que sentía en el vientre la profunda respiración de la muchacha a través del contacto con su espalda.

—Le quería tanto... —susurró—. Tenía un corazón dulce y bueno. A fin de cuentas, no era culpa suya el que no se sintiera atraído por mí. Pero me quería, como a una amiga. Su carácter dulce me ha transformado, aprendimos a querernos por lo que éramos realmente y no por lo que esperábamos conseguir el uno del otro. Nuestro matrimonio fue una equivocación, pero tal vez fue también una bendición.

Jaím escuchaba con la respiración contenida, no tenía ni idea de lopreciado que se había convertido Yehuda para ella, pensaba que habrían vivido juntos como dos extraños. Intuyó que Francesca había cambiado y que ya no era la muchacha apasionada de la que había estado enamorado. Parecía mucho más madura, mucho más sabia.

—Lo lamento mucho por ti, Francesca. ¿Cómo lo está llevando Caro?

—¡Ay, ese pobre hombre! —sonrió ella—. Te asustarías si le vieras. Es como si se le hubiera apagado la luz de la vida. Ha llegado incluso a perder la vista de un día para otro. No hace más que castigarse a sí mismo. Suplicaba sobre la tumba que le quemaran vivo en una pira. Hubo mucha gente en el entierro. Yehuda fue una de las primeras víctimas. Nadie podía suponer que un par de horas después habría que lamentar cientos de muertos.

El entierro de una persona joven siempre había movilizadomultitudes en Safed. Cuando se entierra a la juventud, la arrogante alegría de vivir recibe una bofetada en el rostro.

—Caro cree que, sacrificándose, puede romper el círculo vicioso de causa y efecto —explicó Francesca meneando la cabeza—. No pude soportarlo por más tiempo.

El juez ya le había confiado a Jaím con anterioridad las fantasías que lucubraba sobre una posible muerte en la hoguera. A menudo hablaba con admiración de ese

hombre que para él era su gran ejemplo, Salomón Moljo, a quien había visto sufrir el martirio en la hoguera. Se sentía atraído por el fuego que devora todos los pecados y hace que llegues a las esferas celestiales tan puro como la lana blanca. «Lo único que queda aquí en la Tierra de tu cuerpo pecador —había dicho Caro— es un puñado de ceniza sobre el altar, mientras que tu alma blanca y pura es recibida gloriosamente en el cielo.»

—¿Y por qué no estás con mi padre, Jaím? —preguntó Francesca de repente.

—Me ha robado el libro.

—¿Qué?

—Encargó que lo copiaran cincuenta veces y ahora dice que es su libro.

—Pero... todo el mundo sabe que lo escribiste tú.

—¿Por qué habrían de apoyarme? Nadie querría caer en desgracia con él. Mucho menos ahora que todos temen por su vida. Y probablemente les complace que me haya traicionado.

—¡Ay, querido Jaím! —suspiró Francesca, acariciándole suavemente el cabello raleado.

—Es un milagro que te hayas salvado —dijo él a media voz.

Ella, en respuesta, le mostró su anillo de la Diosa de la protección.

60. כהה Caf He Tav: el Dios de la purificación

Magdalena fue despertando poco a poco a su hijito de diez años. Le había encargado con mucha cautela que fuera a buscar a Jonathan, su padre. Si pasaba algo, tenía que venir a decírselo enseguida. Fue de un lado a otro de los establos, consciente de que no era sensato enviar a un niño tan pequeño a esa misión, pero ella no podía salir ahora con la niña de pecho. Para gran alivio suyo, al cabo de un cuarto de hora el pequeño ya estaba de vuelta en las caballerizas, sano y salvo.

—¿Has encontrado a papá? —le preguntó, llena de esperanza.

—Sí, mamá.

—Y ¿dónde está? ¿No le ha pasado nada?

El niño bajó la mirada al suelo y dijo:

—El no me vio, porque estaba muy ocupado con una señora.

—¿Con una señora?

—En el redil. Estaban desnudos y... —Entonces el chaval respiró hondo.

Con la fuerza primigenia que les es dada a todas las mujeres, Magdalena había apretado al niño contra sus faldas, consolándole, mientras seguía describiendo cómo encontró a su padre. Le acarició el pelo corto, tranquilizándole y calmándole. El muchacho había visto cosas que su joven alma aún no podía comprender. Para el corazón de Magdalena, resultó imposible asimilar esa tristeza estremecedora y, por tanto, apagó los sentimientos que albergaba hacia su esposo como quien apaga una vela.

—Fue un mal sueño —consoló acariciando al hombrecito, que en ese momento quería creer todo lo que le decía su madre. Los cimientos de protección en los que debía crecer hasta hacerse hombre habían sido derribados en un solo instante. Su pequeño mundo se había convertido en escombros. Ya nunca podría observar con la misma admiración a su padre realizando el sacrificio ritual de las ovejas. Su sueño de llegar a ser algún día tan fuerte y tan grande como él se había transformado ahora en una vergonzosa pesadilla.

Magdalena le echó a dormir junto a su hermanita. Inmóvil, mantuvo su manita sudorosa bien sujeta durante un buen rato, hasta que el revuelo intranquilo en la cama devino en un profundo sueño.

Salió de la cuadra, cruzó la finca y llamó a la puerta del granero donde se alojaba la familia de Samuel.

—¿Ha regresado ya tu marido? —preguntó con el tono de voz más neutro posible a Eva, la esposa de Samuel.

—No, estoy muy preocupada.

—¿Están durmiendo los niños?

—Sí, por fin.

—Entonces ven conmigo —la exhortó Magdalena, decidida—. Sé dónde están nuestros esposos.

Eva, agradecida, siguió a Magdalena por el parió interior adoquinado hasta el redil, que se encontraba en un extremo.

—Aquí —dijo sonriendo—. Pasa tú primero.

Eva empujó la pequeña puerta del cuchitril sin comprender muy bien lo que pasaba y miró adentro. Durante algunos segundos, que se hicieron eternos, no se oyó ni una mosca, y luego sonó un chillido que despertó al conjunto de la comunidad. Todo el mundo salió al patio a ver qué había sucedido.

Samuel y Jonathan intentaron ponerse los pantalones a toda prisa en la oscuridad del redil y se abrieron paso hacia la salida. Allí se abalanzaron sobre ellos dos furias que pateaban y golpeaban a sus esposos allá donde podían alcanzarlos. Aunque pocos tenían claro lo que pasaba, los demás trataban de apartar a las mujeres rugientes, tirando de ellas, de sus pobres maridos que, encogidos en el suelo, se limitaban a esquivar el máximo número de golpes posible. Para controlar a cada mujer fueron necesarios dos hombres.

—¡No tenéis que agarrarnos a nosotras —gritó Magdalena—, sino a aquélla, a esa puta de Sodoma! ¡Y a nuestros débiles y tristes maridos, que van dándoselas de santos, pero que a la primera ocasión que se les presenta pierden el control!

En ese momento Esther, que se había puesto a toda prisa la camisa de Jonathan, salió también afuera. Eva y Magdalena casi estallan, pero pudieron retenerlas justo a tiempo.

—¿Estabas hablando de mí, Magdalena? —preguntó Esther mientras se apartaba el cabello revuelto del rostro—. En casa tengo una bonita pintura tuya. En ella exhalas pureza. ¿La quieres...?

La espuma rebosaba por la boca de las dos esposas engañadas. Lanzaron todas las maldiciones bíblicas que se les ocurrían contra la mujer que había destruido sus matrimonios.

Cuando Isaac se acercó por el patio, siendo el último en llegar, se produjo un silencio tenso e incluso llegó a paralizarse un poco el alboroto de Eva y Magdalena.

—¡Largaos! —ordenó a Samuel y a Jonathan—. No habéis comprendido nada de lo que hemos estado tratando durante todo este tiempo. Una noción mística no se manifiesta en una visión, sino al prestar oídos a la llamada diaria de hacer el bien. Si debéis llenar de esta manera el evidente vacío de vuestra alma, eso quiere decir entonces que mi cabala no os ha alcanzado en absoluto. Ya no necesito volver a veros.

Los dos hombres, avergonzados, se subieron los pantalones y pusieron pies en polvorosa.

Luego se dirigió a Esther:

—Esta es tu granja. Tenemos que agradecerte el haber encontrado un refugio seguro aquí, pero el precio de tu alquiler es demasiado elevado. No seguiremos abusando de tu hospitalidad por más tiempo. Mañana nos marcharemos.

Esther asintió con sobriedad y luego se retiró al redil, como si no hubiera pasado nada.

Isaac dio un paso hacia delante y se colocó ante el grupo de personas a quienes había otorgado su confianza. Era una reunión extraña en el cauteloso crepúsculo del amanecer tras una noche en blanco que había seguido a un espeluznante día.

—Siento, Eva y Magdalena, que haya ocurrido esto. Necesitaréis mucho valor para poder vivir con ello. Sólo el perdón podrá sanar vuestro dolor. Perdón a vuestros esposos y también a Esther. Esa es la única manera de transformar esta historia dolorosa en algo valioso.

Las dos mujeres hablaron con desdén. ¿Cómo podrían llegar a perdonar algún día? Todo su futuro se había hecho pedazos. Ahora estaban más solas que nunca. Eva escupió al suelo con desprecio y rodeó con el brazo a Magdalena. Abrazadas y con el orgullo intacto, se abrieron camino a través de los circunstantes e hicieron lo único que les quedaba por hacer: proteger a su prole.

—El vínculo de nuestra hermandad se ha roto —se dirigió Isaac entonces con concisión al grupo—. He visto al ángel de la muerte. Me susurró un versículo del libro de Samuel: «Pero si perseveráis en hacer el mal, vosotros y vuestro rey pereceréis». Mientras nos llevábamos como hermanos, estábamos protegidos contra las fuerzas negativas que vagan por Safed. Pero ahora es demasiado tarde. Nuestro destino está sellado.

Todo el mundo le miró consternado. De un día para otro les había dado a todos de lado, como si fueran unos seres despreciables, cuando ellos no habían engañado a sus mujeres. Pero Isaac ya les había vuelto la espalda y regresaba a la granja. Se quedaron todos juntos, sin habla. Fueron las mujeres quienes se buscaron de manera inconsciente las manos, reuniéndose en un pequeño círculo con las frentes pegadas unas a otras. Como si saliera de una sola voz, una suave canción se elevó casi inaudible. Una canción triste sobre la huida por el desierto del pueblo errante de Israel. También los hombres buscaron juntos consuelo ahora que ninguno de ellos sabía el modo de seguir protegiendo a su familia. Con sus brazos apoyados sobre los hombros de los compañeros, se abrazaban y mecían, tristes, al ritmo de la canción.

La corona dorada de un emergente día estival iba desgarrando con sus afiladas puntas la fina membrana del éter. Entonces, un golpe sordo quebró el momento íntimo.

Sara fue la primera que llegó allí, al henil. En el suelo encontró un cuerpo sucio, que había caído al suelo desde el desván. Cuando le giró sobre su espalda, vio el rostro hundido de Yehoshua asfixiado con su propia lengua hinchada que estaba cubierta por una capa de baba gris. El vientre era una masa en fermentación que en cualquier momento podía desgarrarse.

—El cólera nos ha alcanzado —dijo Sara a las familias que se habían reunido, abatidas, en torno al cuerpo—, Yehoshua es la primera víctima.

61. יידיש Yod Yod Zayin: el Dios que llama a las cosas por su nombre

Isaac daba los últimos retoques a una breve declaración en papel que firmó sin dudarlo. Sara, que entró para contarle la funesta noticia, se quedó lívida como un cadáver cuando la leyó.

— ¿Qué significa esto, Isaac?

— Significa que todas nuestras posesiones, a partir de ahora, estarán puestas sólo a tu nombre. Quiero que todo quede bien arreglado, por si me pasa algo.

— ¿A qué te refieres? ¿Quieres abandonarme?

Meneó la cabeza ausente.

— Yehoshua ha muerto —le comunicó ella.

Isaac asintió. No se sorprendió. Ahora todo empezaría a acelerarse. Ya no había vuelta atrás. Sara reprimió el enfado por la impasibilidad que mostraba.

— En el lugar donde dormía he encontrado una bolsa con una enorme cantidad de monedas de plata.

Dejó sobre la mesa el dinero que Yehoshua había recibido de Zimra.

— Será para Esther —dictaminó Isaac—. Le compraremos la granja. Quiero que, cuando muera, se construya aquí una sinagoga que lleve mi nombre.

— ¿No le correspondería a Jaím el dinero? Es su hermano.

— Este es dinero sucio. Yehoshua lo recibió como pago por el robo del manuscrito. Tiene que ser purificado. ¿Y en qué podía emplearse mejor que en una sinagoga? A su debido tiempo, encontrará el camino hasta Jaím.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —le preguntó ella.

— ¿Por qué?

— ¿No hay nada que te afecte? Ayer se murió tu yerno. Hoy uno de tus discípulos. Tu hija ya no quiere saber nada de ti. Tu alumno preferido te odia. ¿Quién eres en realidad, Isaac Luria?

— La muerte siempre llega justo a tiempo, Sara. La Creación es perfecta, por incomprensible que a veces pueda parecernos.

Ella se colocó ante Isaac y le miró abiertamente.

—¿Sabes cuál es tu problema?

Se quedó mirándola con indiferencia.

—Piensas que eres un *tzadik*, un santo, por pasarte el día husmeando en libros gruesos, pero los hombres santos en la Torá son hombres de acción, no de palabras. Toma como ejemplo a José, un hombre joven y atractivo que hacía que las mujeres se subieran por las paredes en su afán de verle, aunque sólo fuera de pasada. Un hombre vigoroso que, cuando le vendieron como esclavo, despertó los apetitos sexuales de la esposa de su amo. Tu santidad es muy poco masculina. Tú no rebosas vitalidad, quieres transformar el mundo, pero 110 muestras pasión alguna. Tu prójimo muere y no sientes lástima. Moisés condujo a su pueblo por el desierto, pero tú le dejas tirado, vives en un falso mundo de santidad.

—¿Qué es lo que ha muerto —reaccionó Isaac mientras golpeaba con el puño en la mesa—, el envoltorio de Yehuda, el envoltorio de Yehoshua? Nada más. Sus almas son eternas. Las almas cambian de cuerpo como una mujer cambia de vestido. Cada alma va eligiendo una y otra vez el cuerpo y la vida perfectos para evolucionar. Tampoco nos entristecemos por un árbol seco en el invierno, ¿no? Forma parte del ciclo de la vida.

—¿Y tu hija? ¿Y Jaím? ¿También ellos te dan igual?

—Tras mi muerte se aclarará todo.

Sara zarandeo a su marido.

—¿Y yo, Isaac, qué significado yo para ti?

La miró con ojos extraviados.

—Nosotros tuvimos la suerte de vivir bajo un mismo techo desde nuestra más tierna juventud. Muchas personas deben esperar a veces hasta cumplir los cuarenta años antes de encontrar a su alma gemela. Tú me has regalado una vida maravillosa y no quisiera perder ni un solo segundo de los momentos que pasamos juntos.

Isaac cogió de la mesa la bolsa con el dinero y quiso salir de la habitación.

—¿Qué es lo que estás viendo ahora? —le preguntó ella mientras le cerraba el paso.

—Pues, a ti..., Sara, a mi compañera de viaje —respondió vacilante.

—¡Santo cielo, intenta mirarme por una sola vez como hombre, olvida que crecimos juntos, olvida que somos dos partes de una misma alma, olvida que trajimos juntos una hija a este mundo, cierra los ojos y olvida todo lo que sabes de mí, todo lo que recuerdas de mí!

Cerró los ojos por un momento, pero cuando sintió que Sara quería atarle un pañuelo, retiró la cabeza con enfado.

—Por favor, Isaac —le imploró ella en voz baja.

Reacio, dejó que le atara el pañuelo alrededor de la cabeza para taparle los ojos.

—Olvida quién soy. Olvida quién era. Nunca me has visto hasta hoy.

Entre tanto, en la finca todo el mundo estaba atareado lavando el cuerpo de Yehoshua y preparando su entierro, cuando otros tres estudiantes empezaron a mostrar los primeros síntomas de la temida enfermedad. Vomitaban sangre y las uñas de los dedos se les ennegrecieron. El cuerpo en descomposición de Yehoshua fue llevado a toda prisa hasta el algarrobo y allí lo quemaron. Decidieron repartir de nuevo los espacios. Los enfermos y sus familias se alojarían en el gran henil, lo más lejos posible de los demás. Ahora cada uno debía valérselas por sí mismo, y los que no estaban enfermos evitaban acercarse allá. A pesar del día bochornoso, dejaron a los niños dentro. Por todas partes se oían los rezos y los cánticos para conjurar el miedo a la muerte. Los caprichos del cólera eran imprevisibles. Podía exterminarlos a todos o, clemente, podía limitarse a esas cuatro víctimas.

Entre tanto, Sara se había tendido sobre la cama, en actitud provocativa. Si la muerte en verdad estaba tocando a su puerta, entonces quería ser amada de verdad al menos una vez por el hombre a quien había entregado su vida.

—Si ahora te quitas el pañuelo de los ojos, forastero, verás ante ti a una mujer misteriosa. Ella está aquí por ti.

Isaac quedó abrumado por lo que vio. La postura seductora de la mujer desafiante que yacía en la cama despertó todo el deseo que escondía en su interior. Una llama de pasión se le prendió en los riñones, colmándole de hambrienta lujuria.

62. פ"ב Caf Vav Qof: el Dios de la magia sexual

Francesca y Jaím habían estado hablando al borde de la cama durante toda la noche y toda la mañana. El esconderse juntos en una ciudad donde la muerte campaba a sus anchas, partiéndose de risa, relegaba cualquier tipo de timidez. Estas horas podían ser las últimas y eso los espoleaba a hablar de todo aquello sobre lo que no habían tenido ocasión de hablar en el pasado ni tal vez tuvieran ocasión de hacerlo en el futuro.

—¿Todavía crees que soy Lilit? —le preguntó Francesca—. Aún sigues llevando el amuleto para protegerte.

Jaím se sacó por encima de la cabeza el cordón de donde colgaba el amuleto de Ana.

—¿Sabes por qué se pelearon Adán y Lilit? —le preguntó mientras empezaba a jugar con él entre sus dedos y miraba la representación de los tres ángeles custodios.

—Sí, naturalmente —respondió Francesca—. Ella quería sentarse sobre él mientras hacían el amor, pero eso hería la virilidad de Adán. El quería estar encima, para manifestarle su poder.

Jaím sonrió. En efecto, así de simple era. Lilit y Adán eran iguales, ambos creados por Dios de la misma materia, pero por lo visto Adán también tenía problemas de inseguridad. Necesitaba una mujer salida de su propia costilla. Así podía convertirse en su Creador y su maestro. Lilit no quiso aceptarlo, pronunció el nombre prohibido y secreto de Dios, abandonó el nido y desde entonces llevó la desgracia a hombres y niños desde su escondrijo en el mar Rojo.

—¿Qué pasaría si Lilit fuera el Dios femenino? —preguntó Francesca.

Jaím miró a la tentadora joven que, relajada, yacía tumbada sobre la cama, apoyada en el codo. Esto no podía ser cierto. Lilit le había visitado a menudo en sueños trayéndole las fantasías más escandalosas, pero también deliciosas y eróticas. Isaac le había explicado que el semen gastado de esta manera pecaminosa era el germen que favorecía los malos pensamientos que residían en un hombre. El semen no engendraba nueva vida, sino ideas impuras, que eran muy reales.

—Vosotros, los cabalistas, le tenéis un miedo atroz al sexo —le incitó, burlona.

—¡Qué va! —respondió Jaím—. Para nosotros el sexo es la mayor fuerza creadora del universo. Mira...

Bajó el cuadro de la pared y dejó que Francesca leyera el texto que había escrito Shlomo con carboncillo en la parte posterior del lienzo. «Quien nunca ha experimentado la fuerza de un amor apasionado por una mujer nunca adquirirá el alma femenina de Dios.»—¡Muy bonito! —exclamó Francesca entusiasmada—. Y el nombre del alma femenina de Dios es Shejiná, ¿no?

—Sí —respondió él mientras volvía a colgar el cuadro—. Y la Shejiná para el hombre es su alma gemela. Por eso debemos unirnos a ella en sabbat. La unión de un hombre y una mujer es un acto de magia.

—Como si el Sol y la Luna devinieran una misma unidad —le completó Francesca pensando con melancolía en el cuento que le contaba su madre cuando era niña.

—Pero la Torá también es nuestra Shejiná, nos seduce con sus palabras desde detrás de una cortina hasta que sus nociones penetran en nosotros despacio. A veces nos permite ver su rostro por un momento, pero luego vuelve a ocultarse. Nos vuelve locos de deseo.

—Fascinante —sonrió Francesca mientras admiraba el ardiente resplandor de los ojos pardos de Jaím—, pero imagínate que es Lilit quien se oculta tras la cortina...

—¿Lilit la novia de Dios? No me hagas reír —se burló él.

Francesca se dirigió a la mesa y cogió un cálamo y una cuartilla de papel. Calculó el valor numérico de la palabra «Lilit» y éste resultó ser 480.

—¿De acuerdo, caballero cabalista? —le preguntó.

—De acuerdo —no él.

Luego escribió «*Shejiná ha-melekh*», la Shejiná o el lado femenino de Dios.

—Cálculalo —le ordenó.

La sonrisa de Jaím se desvaneció cuando dio como resultado también 480. Triunfante, Francesca se sentó junto a él.

—Así pues, según vuestro razonamiento cabalista, Lilit es el Dios femenino.

Jaím la miró fascinado.

—Hay que derrotar al enemigo con sus propias armas —continuó Francesca riendo—. ¿Qué pasaría si Lilit no pariera demonios de vuestro semen, sino vigorosos ángeles colmados con el conocimiento del árbol del bien y del mal? —le preguntó mientras se le iba acercando un poco más.

—Un hombre debe estar preparado para esa clase de conocimiento. Debe tratarlo con cautela —respondió él mientras el corazón empezaba a latirle en la garganta—. De lo contrario, le aniquilaría. Cuando Lilit lleva fruto en su interior, ya no suelta a un hombre, sino que le visita una y otra vez cada luna nueva.

—Quizá para recordarle la sabiduría femenina y divina —argumentó Francesca, sonriendo, mientras con simulado descuido dejaba que fueran resbalándosele las mangas del vestido.

—Lilit ejerce una fuerza tan adictiva e hipnotizadora sobre un hombre —continuó Jaím despacio, mientras con la boca abierta clavaba la mirada en los bellos pechos redondeados que Francesca mostraba orgullosa— que le arranca del sendero espiritual que debe seguir.

Ella se levantó ahora y dejó caer el vestido hasta justo por debajo del ombligo. Se puso las finas manos sobre el vientre y dijo:

—Lilit tiene, al igual que todas las mujeres, una cálida estancia milagrosa en el vientre que ha habilitado para recibir nada menos que a la vida misma. En el útero se desarrolla el mayor misterio de la vida. La creación de la vida, algo que tiene la misma fuerza imponente que la creación del universo. Es un microcosmos divino...

Elegía cuidadosamente las palabras mientras se acariciaba por debajo del vientre y luego movía las manos con sutileza hacia las caderas para ir bajando, milímetro a milímetro, el vestido. Jaím observaba la arrebatadora escena en la que iba revelándose despacio el cuerpo divino de Francesca.

El vestido yacía en el suelo como un círculo mágico alrededor de sus pequeños pies. Los ojos de Jaím fueron deslizándose hacia arriba por sus delgadas piernas y empezaron a flotar, como por una corriente llena de remolinos, hasta alcanzar el peligroso pozo insondable bordeado de relucientes pelillos negros, como el barrón en las dunas. Al igual que las ruedas dentadas de un reloj al que se le ha dado cuerda van deteniéndose despacio, así iban difuminándose sus pensamientos en la nada, transitando en una embriaguez en la que sólo podía respirar el olor de la muchacha.

Francesca salió del círculo de su vestido con pequeños pasos y se quedó parada ante él. Le puso las manos sobre los hombros y luego, anhelante, apretó su regazo contra los secos labios de Jaím, quien quedó embriagado por el aroma que colmaba sus orificios nasales; y los labios, aferrados a la puerta de acceso a su templo de diosa, empezaron a libar como si estuviera gritando en silencio para que le permitieran entrar.

Ella le acariciaba el cabello mientras seguía tocándole y besándole la cara con lentos movimientos circulares de sus caderas. Tiró del cuello de la camisa para quitársela y Jaím, dócil, levantó los brazos para que, de un solo movimiento, pudiera arrojarla al suelo junto a ellos. Dobló las piernas y se sentó sobre él a horcajadas. Entonces le desató la correa con un vigoroso tirón y el pantalón le resbaló hasta los pies. Miró con sus grandes ojos resplandecientes el circuncidado deseo palpitante que parecía pulimentado a partir de madera de roble. Como un dedo esculpido, la señalaba, significándola como la mujer a la que había estado esperando durante toda su vida. La mitad perdida de su alma. Su Shejiná que le abría los labios carnosos, meciéndole en su cálido baño al ritmo de la profunda respiración.

El sintió cómo las ardorosas manos empuñaban su virilidad rampante, indicándole el camino hacia su más recóndito interior, su templo inexplorado que había conservado para él.

El amuleto yacía olvidado junto a la cama.

63. **נלכ** *Nun Lamed Caf: el Dios que detiene los desastres*

—Isaac es el siguiente —había comunicado Sara con un rostro blanco como la cera al inicio de la comida colectiva, para abandonar acto seguido.

Las familias se quedaron sin habla. ¿Cuántas desgracias podía soportar una persona en un solo día? Habían confiado en que su decisión de disolver el grupo esa mañana fuera un arrebató, pero ahora que los iba a dejar de veras, todas las esperanzas se tornaban vanas. Su autoridad era lo único que mantenía unidas a esas personas llenas de contrastes. Nadie habló durante la comida. Todos reflexionaban sobre el oscuro futuro que se abría ante ellos. El hombre que había sido enviado por el propio Dios iba a sucumbir. ¿Qué posibilidades tendrían entonces ellos de salvarse?

Entre tanto, ya habían fallecido tres de los cuatro afectados. A Mardoqueo, que imploraba continuamente por agua con voz ronca, se le estaban acabando los últimos minutos. Su pira ya había sido preparada junto a las cenizas de los tres cuerpos incinerados a la sombra del algarrobo, en las lindes del campo.

De Esther huían como si se tratase de una paria, pero el orgullo de esa mujer era inquebrantable. No albergaba ningún sentimiento de culpabilidad por los matrimonios destrozados. Samuel y Jonathan eran hombres adultos que sabían muy bien lo que se hacían. Ella no era responsable de sus actos. Nadie en la ciudad la señalaba tanto con el dedo como los cabalistas. Ahora dos de ellos eran el blanco de las críticas que siempre habían vertido sobre ella. Cuando Sara le ofreció el dinero, no lo dudó ni un instante. Sin pensárselo, renunció a la granja de manera definitiva. Recogió con ánimo jovial sus escasas pertenencias: un poco de ropa, la baraja de cartas y el libro de Jaím que llevaba el nombre de Isaac. Sin despedirse de nadie, descendió por la colina. Tenía el mundo a sus pies. Si en Tiberíades no había cólera, se quedaría allí primero un tiempo para pensarse si regresaba a Italia, donde entenderían mejor su gran corazón.

Cuando las mujeres recogieron las mesas y los hombres se retiraron a sus aposentos para rezar, Abraham, el comerciante de productos textiles, decidió ir a visitar a su maestro aun a riesgo de su propia vida.

Sara se negó primero a dejarle entrar, pero él insistió, implorándole que le permitiera ver a su maestro para despedirse.

Las cortinas estaban corridas y la atmósfera era sofocante en el dormitorio. Isaac estaba empapado de sudor y en unas pocas horas parecía haber envejecido decenas de años.

El fiel Abraham se arrodilló ante la cama del maestro que había liberado su codicioso corazón. Lloró por el triste destino que le aguardaba y le besó repetidas veces la esquelética mano.

—Maestro —sollozó—, ¿es esto lo que todos esperábamos y deseábamos? Durante todo el tiempo que estuvimos a vuestro lado, nuestro único sueño era difundir por el mundo la bondad, la sabiduría y la magnificencia. ¿Qué nos queda ahora?

—Levántate, Abraham —le instó Isaac—. Un hombre de tu categoría no debe arrodillarse ante mí.

Abraham le obedeció y se sentó al borde de la cama.

—Si hubiera tenido la suerte de encontrar tan sólo un alma justa entre vosotros —prosiguió Isaac—, no habría tenido que abandonar este mundo así, antes de tiempo, como un ladrón en mitad de la noche. Se me habrían concedido entonces cinco años más. Ése era justo el tiempo que necesitaba todavía para purificar y transformar el mundo de manera definitiva. De ser así, el mundo se habría liberado para siempre del mal, habría podido concluir las instrucciones necesarias para conseguir una interpretación correcta de la Torá mediante el Zohar. Ya no habría más vaguedades ni dudas sobre su significado, habría podido entregar a la humanidad las instrucciones para llevar una vida justa, pero por desgracia mis cachorros de león resultaron ser una manada de lobos codiciosos.

Consciente de su culpa, Abraham bajó la mirada. Sabía que él también había fracasado. Cuando Isaac los convocó para ir a Jerusalén, fue él el primero que, asustado, había rechazado la oferta. No podía creer que un hombre fuera bendecido dos veces en su vida con la visión de la Shejiná. Tenía miedo de una posible decepción, miedo de que su vivencia en el muro occidental fuera considerada por otros una alucinación. Su temor había sido mayor que su fe en el maestro que le había transformado.

De repente, Isaac se intranquilizó. Parecía delirar. Empezó a recorrer la habitación con la mirada, como si estuviera buscando algo.

—¿Dónde está Jaím? —preguntó nervioso—. ¿Dónde está Jaím, Abraham?

—Pero, maestro, nos dejó ayer. Todavía lo recordáis, ¿no? Os peleasteis. Después ya no hemos vuelto a verle más.

—¡Y que él no esté en un momento como éste a mi lado! —exclamó Isaac resentido.

Abraham le miró, esperanzado. Tal vez su maestro le agradeciera que estuviera aquí presente. ¿No había demostrado ahora ser su discípulo más fiel? Pero el maestro callaba, absorto en plañideras cavilaciones.

—¿Qué hemos de hacer ahora, maestro? —le preguntó Abraham.

Isaac se calmó y se incorporó en la cama, tomó la mano de Abraham entre las suyas y enfatizó sus palabras apretándosela con fuerza.

—Abraham, dile a la comunidad en mi nombre que a partir de hoy todo el mundo debe abandonar el estudio de la cabala. Ninguno de vosotros comprende realmente su significado. Si se practica del modo equivocado, su fuerza puede volverse contra uno mismo y se convierte entonces en una doctrina demoníaca. ¿Me comprendes?

Naturalmente, Abraham no lo comprendía. Había cambiado toda su vida por la cábala de Isaac. Había invertido todas las ganancias de su negocio textil en un gran proyecto inmobiliario, junto a las puertas de la ciudad, que ofrecería alojamiento a quienes no tuvieran casa. Además, estaba desarrollando unos proyectos para la construcción de una bella sinagoga en la cumbre del Merón, junto a la tumba de Shimon Bar-Yojai. ¿Cómo podía prohibir ahora, de repente, algo tan bello y puro que le insuflaba tanta fuerza, inspiración y una meta para seguir viviendo?

—Sólo Jaím puede continuar con sus estudios. Solo, en silencio y en secreto. Pero prohíbele publicar ni una sola letra.

Abraham se lo prometió.

Isaac continuó con voz débil:

—Has de ver la manera de que Jaím reciba todos vuestros apuntes y libros, Abraham. Todo. ¿Me oyes?

—Sí —respondió su fiel alumno dejando escapar un suspiro. No se le puede negar nada a un hombre en su lecho de muerte.

Entonces, Isaac sacó una carta de debajo de su almohada.

—Confiaba en haber podido entregársela yo mismo. Dale esta carta a Jaím. Todo lo que debe saber está aquí dentro. Sólo él puede leerla.

Abraham se guardó la carta con cuidado. No comprendía nada.

—¿Y para nosotros, maestro? ¿Aún queda esperanza para nosotros? —le preguntó con un leve hilo de voz.

—Abracadabra —respondió Isaac sonriendo—. Lo que quiere decir: huye, al igual que estas palabras.

—¿A qué os referís?

—Escribe la palabra «abracadabra» en una hoja de pergamino, quitándole una letra en cada línea.

Abraham tomó una hoja de papel y escribió:

ABRACADABRA

ABRACADABR

ABRACADAB

ABRACADA

ABRACAD

ABRACA

ABRAC

ABRA

ABR

AB

A

—Dobla esta hoja ahora para que el texto quede oculto, átaló con un hilo blanco y cuélgatelo al cuello. Al igual que las letras de esta palabra van disolviéndose, así remitirá el cólera.

—¿Eso es todo? —preguntó Abraham decepcionado—. ¿Una fórmula mágica?

—Si hacéis méritos —contestó Isaac tranquilo—, vendré y retomaré las clases.

—Pero, maestro —lloriqueó el hombre—, ¿cómo podéis decir eso? Vais a abandonar nuestro mundo, ¿cómo podríais regresar?

Isaac sonrió con una mueca de cansancio. Cada vez le resultaba más difícil hablar por la hinchazón de la lengua y la terrible sed. Tenía la cara tan gris como la única nube del radiante cielo que pendía justo encima de la granja. Fuera, uno de los niños lo había advertido. Las familias se habían reunido y elevaban los ojos al cielo, esperando con temor la partida del hombre que para unos era un mago, para otros un taumaturgo y para unos pocos había llegado a ser incluso el Mesías. El hijo de Jonathan interpretó una dulce melodía con la flauta.

—¿Queréis que le diga que deje de tocar? —le preguntó Abraham.

—No —le detuvo Isaac—. La oración de esa flauta es más intensa que todas las oraciones habladas juntas. —Cerró los ojos y disfrutó de la música. Tras una pausa, continuó—: No captas los misterios de la creación, Abraham. Yo regresaré, ya sea en sueños, ya sea mientras estáis despiertos, ya sea mediante una visión.

Abraham se quedó mirándole, incrédulo. ¿Cómo podía estar tan seguro su maestro de los poderes que se le concederían en el otro mundo?

—Procura que no hagan de ti un hechicero —le dijo Isaac con sus últimas fuerzas—. Llegará el día en que lo que os he enseñado se convertirá en ciencia. Cuando la razón se encuentre en una vía muerta, la fe le indicará el camino. Ambas irán de la mano. Se desvelarán todos los misterios. La palabra se hará carne.

Entonces Isaac le soltó la mano y dijo nervioso:

—Ahora rápido, Abraham, sal de este cuarto. Ya se acerca mi hora. No me está permitido decirte nada más. Adiós, amigo.

El hombre tuvo miedo y se levantó enseguida. Sin mirar siquiera a su maestro o despedirse de él, salió corriendo a la calle como si fuera a él a quien estuviera acosando la muerte.

Cuando Sara entró en la habitación, vio al viejo ángel ciego besar con indulgencia los labios de Isaac. Con un apacible suspiro, abandonó el mundo el alma de un hombre que había transformado a un pueblo. Un borde dorado coronó la nube gris. Una salutación del cielo que sólo le era concedida a uno o a dos sabios en cada generación.

En ese preciso instante, algunos cientos de metros más allá, en Safed, Jaím lanzaba un grito exultante de voluptuosidad. En su acoplamiento, la vida conseguía vencer a la muerte.

SÉPTIMA PARTE

Jerusalén, 1572. Verano, siete días después (año 5332 del calendario judío)

64. פ"ו Peh Vav Yod: el Dios que disipa el enfado

Jaím estaba encandilado con el cuerpo juvenil de Francesca. Fueron innumerables las paradas que hicieron durante el viaje a Jerusalén. No había manera de saciar el hambre que le producía y, cada dos por tres, se veía obligado a guiar fuera del camino a los bueyes que tiraban del carro.

No les importaba que pudieran pasar por allí viajeros. Cuando se avivaba el calor, olvidaban el mundo que los rodeaba. El iba descubriendo poco a poco los placeres del Jardín del Edén que ella encerraba y por donde él se perdía durante horas. Hacían el amor con un asombro que jamás disminuía, como si en cada ocasión se vieran desnudos por primera vez. Se sentían como los primeros seres humanos sobre la Tierra que habían descubierto el secreto del arte amoroso. Ahora que habían encontrado ese enigmático elixir de la vida, lo bebían en abundancia y las ganas de vivir rebotaban de su interior como un vino espumoso que había sido agitado con anterioridad.

Como espíritus del bosque en una noche de luna llena se entregaban a la pasión reprimida durante demasiado tiempo en un ritual pagano de placer, sin limitaciones ni vergüenza. Se devoraban de los pies a la cabeza con la mirada de fieras sedientas de sangre. Se mordían y arañaban, rodaban adoptando las posturas más imposibles y, ya fuera un árbol, una roca o la hierba, todo les satisfacía como base para su juego. Con la fuerza de su pelvis, él la enseñaba a cabalgar y a guiar, hasta que caballo y jinete se hacían uno y los flancos de Francesca intuían a dónde quería llevarla el ritmo de Jaím. El aflojaba las riendas de su yegua humeante que, a su vez, tomaba la iniciativa y le conducía al galope por los campos del amor. Y la sangre de los arañazos en la espalda y la huella de los dientes en el cuello los sentían como trofeos de guerra que, orgullosos, se mostraban mutuamente.

Los bueyes pastaban, entre tanto, pacientes y con las cabezas desviadas al llantén del talud.

—¡Mira, Jerusalén! —gritó Francesca.

Cogidos de la mano, contemplaron desde la cumbre de la colina el reluciente domo dorado de la Cúpula de la Roca, situada en el centro de la ciudad. Se sentían

como dos náufragos que, después de días flotando a la deriva en un océano, veían una isla habitada. El destino final de un viaje que no habría podido durar lo bastante. Esta era la ciudad donde se labrarían un nuevo futuro. Un futuro incierto, sin planes ni objetivos. Safed les quedaba muy atrás. Eso era lo más importante. Ya estaban olvidadas todas las calamidades por las que habían tenido que pasar antes de acabar juntos finalmente. La muerte de Yehuda, la muerte de Isaac y el cólera habían sido intervenciones necesarias del plan perfecto de Dios para reunir a estas dos personas. Dos almas que se habían deseado recíprocamente desde el primer momento en que se vieron. Habían vencido un obstáculo tras otro para poder ahora desfogar su mutuo amor con una enorme gratitud. Hombro con hombro, desafiaban juntos al mundo con la audacia, que es el marchamo de cualquier corazón enamorado. Plenos de expectativas y optimismo, dispuestos a enfrentarse a cualquier destino. Su vida en común era una hoja de papel en blanco en la que todo era posible. Los trovadores cantarían los avatares de sus vidas. Cualquier historia de amor palidecería cuando se relataran en lugares lejanos los acontecimientos de Jaím y Francesca.

Esta sería la última noche que estarían los dos tan solos. La ciudad los manosearía y tiraría de ellos, llamando su atención, y poco a poco el exclusivo aislamiento en que vivían se disolvería en una vida rodeada de gente. Pero en lugar de sumirse en la melancolía, celebraban cada segundo. Tras haber descoyuntado un crujiente pollo en la hoguera, alimentándose luego el uno al otro con su blanda carne, Francesca dijo:

—Me gustaría pasar el resto de mi vida recorriendo el mundo así, contigo.

Jaím acarició y besó los pelillos negros y descuidados que le habían salido en las piernas.

—Lo único que echo de menos es un baño caliente y una criada que me depile el vello de las piernas —declaró, coqueta.

Él se rió de ese deseo caprichoso.

—¿Por qué te has traído todos esos libros, Jaím? —le preguntó de repente.

—Me resultaría insoportable que quedara un ejemplar de mi libro con el nombre de tu padre en Safed. Pronto, muy pronto, me habrán olvidado allí. Sería intolerable que la gente alabara a Isaac como el fabuloso escritor por el que él mismo se tenía.

—¿Y qué piensas hacer con esos libros? ¿Borrar su nombre de todos y poner el tuyo encima?

—No —repuso Jaím—. No lo sé. A decir verdad, se me encoge el estómago cuando pienso en el libro. Está infectado por todo lo que ha sucedido.

—Sí, lo comprendo —le animó Francesca jugueteando con los dedos en su pecho—. Por mucho que hayas trabajado en él, siempre oirás la reclamación de mi padre exigiéndote el libro. Tu orgullo estará siempre eclipsado por la aseveración de que esa obra nunca habría sido posible sin él.

Se levantó de un salto y fue hacia el carro, que estaba plagado de libros. Abraham había cumplido el último deseo de Isaac y se había encargado personalmente de que todos los estudiantes se desprendieran de sus libros y de sus apuntes personales. No fue necesario emplear mucha fuerza de persuasión, pues la desilusión había hecho mella en el grupo, o lo que quedaba de él, porque nada menos que cuatro habían encontrado la muerte en la granja y dos habían sido expulsados por Isaac. Al prohibirles que siguieran dedicándose a la cábala, también parecía haberse extinguido su devoción por la misma, aunque todos siguieron llevando la fórmula mágica colgada al cuello, por si acaso. No hubo más muertes.

Tras el fallecimiento de Isaac, el cólera desapareció tan rápido como se había presentado. Safed se lamía sus heridas y el último maestro de la cábala era sólo uno de los cientos de muertos que había que lamentar. El tornado inmisericorde de la muerte había transfigurado para siempre el ánimo de los supervivientes, sus ideales ya no estaban exclusivamente encaminados a la adquisición de la máxima riqueza posible, la gente mimaba a los seres queridos que se habían salvado y ayudaba en la medida de sus posibilidades a las familias más afectadas. Las colectas para los hogares arruinados eran abundantes. Por primera vez se daban cuenta de que la caridad no sólo era un deber, sino un privilegio. La propia felicidad era directamente proporcional a la felicidad de tus vecinos.

Con la ayuda de Sara, que aceptó valerosa su destino de viuda, Abraham logró averiguar quiénes habían recibido un ejemplar del libro. Cuando los hubo reunido todos, se los llevó a Jaím, que estaba a punto de marcharse de la ciudad con Francesca y echó los libros al carro afectando desinterés. Los dos hombres, al despedirse, se abrazaron como viejos amigos. Abraham sacó de un bolsillo interior la carta arrugada de Isaac.

—Tenía que darte esto. Es sólo para ti, me dijo que no podía leerla nadie más.

Jaím, indiferente, se metió la carta en el bolsillo del pantalón y se encaramó al pescante. Cuando el carro repleto salió de la ciudad, Abraham se quedó mirando largo tiempo sin comprender por qué ese muchacho había sido elegido por Isaac para ser el único en continuar sus estudios, cuando ya no deseaba seguir ese camino. «Ojalá me hubiera escogido a mí», suspiró. Pero en lo más profundo de su corazón sabía que él tenía otra misión. De la Shejiná había obtenido veintidós años más de vida, que aprovecharía al máximo. Su asilo para indigentes debía terminarse ahora tan rápido como fuera posible. Sin importar lo que costara. Ese día salió corriendo a medianoche por las calles de Safed. Fue en busca de todos los discípulos supervivientes de Isaac y empezó a gritar hasta despertarlos. «¡Despertad en nombre de Dios! ¡La Shejiná nos busca! ¡Debemos restablecer el equilibrio en este mundo para que venga otra vez a vivir con nosotros! ¡Ella misma me lo ha dicho!» No desistió hasta que el último discípulo cabezota empezó a estudiar la Torá para librarse de las voces.

Francesca le dio uno de los libros a Jaím.

—Échalo al fuego —le dijo desafiante.

El la miró sonriendo.

—Crees que no voy a atreverme, ¿eh?

—No —porfió en el desafío.

Jaím lanzó el libro al fuego, que cayó produciendo un sonido seco, y un fognazo lo atravesó.

Ella le besó.

—Estoy orgullosa de ti —se entusiasmó—. Tenemos que quemar todos los libros para poder construir de verdad un nuevo futuro. Este libro sólo nos recordaría a mi padre.

Jaím se levantó decidido, sacó una pila de libros del carro y los arrojó a las llamas sin vacilar. El fuego voraz, que se regocijaba con sus frases de concienzuda formulación, le despertó el diablo de la destrucción. Gozando, observaba cómo Francesca, desnuda, bailaba eufórica alrededor de la hoguera y las hojas de papel se escapaban revoloteando hacia el infierno. Desgarraron los manuscritos e intentaron crear lenguas de fuego cada vez más elevadas, como si quisieran chamuscar la luna coralina. El polvo y la ceniza se quedaban pegados a sus cuerpos sudorosos. Dos sombras ensuciadas en el temerario ritual de la aniquilación de su pasado. Ella echaba los restos de su padre en las llamas; él, sus sueños juveniles pulverizados. Buscaban ganarse la delantera e intentaban una y otra vez llevar cada vez más libros a las esclusas del infierno que, ávidas, deglutían todos los escritos copiados.

Juntos, como sacerdotes desnudos de una iglesia ocultista, mantuvieron el último ejemplar sobre el fuego.

—¿Te atreves? —preguntó Francesca.

El titubeó.

—Si quemas este libro, dejará de existir, tan sólo perdurará en tu recuerdo —le advirtió.

Jaím sabía que su amor estaba siendo puesto a prueba. Elegir a Francesca era elegir una existencia sin la cabala. Con ella disfrutaría la vida de verdad, no una vida mística llena de números, letras hebreas y fuerzas cósmicas, sino una vida auténtica, una vida de trabajo con el sudor de la frente, de amor a una mujer de carne y hueso y educación de niños que lloran y deben ser alimentados. La cábala era un capítulo concluido. ¿Podría alejarse de todos sus grandes sueños de juventud?

Francesca soltó el libro de modo que Jaím apenas pudo atraparlo justo por encima de las hambrientas llamas que se abrían en abanico.

—Debes ser tú quien lo haga. Tú solo. ¿Me eliges a mí o eliges a mi padre?

Miró a la muchacha salvaje y desnuda a la que tanto deseaba, que llevaba el rojo, amarillo y azul de las llamas a modo de túnica transparente sobre sus redondos pechos, su rostro bajo las manchas de hollín y sus piernas y vientre cubiertos de tierra y barro. Sabía que ya nunca sería capaz de vivir sin esa muchacha terriblemente bella, esa pequeña hada del bosque a la que tanto había perseguido en sus sueños. Soltó el último libro y vio cómo toda la sabiduría, que había anotado al detalle, se consumía y desaparecía para la eternidad.

65. רַהֵע *Resh He Ayin: el Dios de las nuevas oportunidades*

Los judíos constituían una comunidad pequeña pero sólida en la Jerusalén musulmana. En apariencia se sometían a la autoridad otomana, pero se habían convertido en verdaderos maestros resolviendo los problemas propios. Se guardaban muy mucho de ofender a Abu Siffin, el bey que gobernaba tanto en Safed como en Jerusalén. El entendimiento entre judíos y musulmanes aquí era mucho menor y había más tensión que en Safed. Para muchos islamitas suponía una astilla en el ojo que en su ciudad santa hubiera una sinagoga donde se veneraba al Dios judío. Por suerte, según una reglamentación de edificabilidad, estaba prohibido que esta sinagoga descollara por encima de una mezquita, pero hubieran preferido ver Jerusalén libre de judíos. En lo más profundo de su corazón, aguardaban un motivo que les permitiera expulsarlos de la ciudad.

Los judíos habían devenido también en maestros a la hora de acomodarse dócilmente a la voluntad de sus tiranos. Manifestaban a los musulmanes el mayor respeto como estrategia para que los dejaran en paz. Para ellos era suficiente vivir en la ciudad donde una vez el rey Salomón había asentado su templo victorioso. Ni siquiera abrigaban el deseo de derribar la Cúpula de la Roca, que había sido construida sobre los cimientos del templo. Simplemente confiaban en que su desmoronamiento llegara a producirse alguna vez por sí solo. Algún día se reconstruiría sobre el monte Moria el tercer y último templo bajo la dirección del Mesías. Ese día, el Creador impondría su voluntad a todos los pueblos del mundo y los judíos serían los embajadores de Dios, el pueblo elegido al que todo el mundo se sometería para poder alcanzar la gloria.

Pero un judío estaba impaciente. Un ambicioso judío ardía de impaciencia por ver cómo se hacía añicos la cúpula dorada para poder contemplar así el nuevo resurgimiento del Templo de Salomón desde los escombros. Este hombre tenía

menos de tres semanas para ver realizado su sueño. Había viajado por todo el mundo siguiendo las huellas del Arca de la Alianza. Cuando su pueblo volviera a tenerla en su poder, se haría invencible y arrasaría con un rayo la supuesta supremacía del islam. No compartió con nadie su visión, pero desentrañaba día y noche la Torá, enfebrecido, para encontrar los setenta y dos nombres de Dios. Sabía que él era el Mesías que rompería las cadenas de su atormentado pueblo. Cuando la atractiva hija de Isaac llamó a su puerta, le agradeció a Dios que hubiera prestado oído a sus oraciones.

Zimra escuchó con la mayor amabilidad el relato de Francesca. Sus labios húmedos se abrían y cerraban, compasivos, siguiendo la cadencia de las dichas y desdichas de la joven muchacha.

Cuando hubo expuesto por fin el objeto de su misión, el rabino le dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—¡Qué sensata eres, Francesca, al pedirme ayuda! Haré valer toda mi autoridad e influencia para procurar que podáis empezar una nueva vida aquí, en Jerusalén.

Zimra era un camaleón. Cuando llegó a la ciudad, una semana antes, le solicitaron que hiciera los honores en el tribunal. El juez Moshe, un antiguo alumno de Zimra, quería ir a Safed sin mayor dilación para ayudar allí a su familia, que se había visto afectada por los estragos del cólera, y él se hospedaba en su casa y vigilaba sus posesiones.

—¡Qué amable de vuestra parte! —exclamó Francesca sorprendida, dando un sonoro beso de manera espontánea en las flácidas mejillas regordetas del anciano—. Ya sabía yo que nos ayudaríais. Jaím no quería que viniera. Cuando se enteró de que trabajabais aquí de juez, enseguida quiso hacer de nuevo el equipaje para seguir viaje hasta El Cairo, pero yo sabía que encontraríamos en vos un aliado. Lamento haber sido tan maleducada cuando visitasteis nuestra casa. Teníais razón entonces. Tampoco os cayó nunca muy bien mi padre, ¿verdad?

—Para ser sincero, muchacha, no —masculló Zimra, que aún estaba recuperándose del espontáneo abrazo—. Tu padre tenía talento y era un brillante cabalista, pero como persona dejaba mucho que desear, si me lo preguntas. Y de ese modo, tarde o temprano, termina todo el conocimiento. La sabiduría de la cabeza que no se traslada al corazón se convierte en vanidad. Y ésa era una enfermedad que padecía tu padre.

—Es verdad —corroboró Francesca—, es increíble cómo se apoderó del libro de Jaím.

—Escandaloso —la respaldó Zimra mientras desaparecía un momento en la cocina para servirle una copa de vino. Tras haberle dejado el vaso delante, corrió su silla hasta juntarla con la de ella y le susurró—: Cuéntame, pequeña, qué sentiste al

compartir por fin la cama con tu gran amor después de tanto tiempo. Soy un hombre mayor, a mí puedes contármelo todo.

Ella le confió abiertamente que había conseguido desterrar el miedo que Jaím le profesaba convenciéndole de que Lilit era la novia de Dios.

—Tienes toda la razón, Francesca. La primera novia de Dios fue Shejiná. Con ella hacía el amor una vez al año aquí, en Jerusalén. En el sanctasanctórum del Templo de Salomón. Su divina unión esparcía bondad por el mundo entero, pero cuando el Templo fue destruido, Dios perdió a Shejiná en el mal. Fue apresada y violada continuamente por los pueblos extranjeros del mundo. Su violación es el símbolo del mal que los paganos hacen al mundo y al pueblo judío.

—¿De verdad? —preguntó Francesca fascinada. Estaba orgullosa de que su astuto cálculo gozara de raigambre real.

—Sí, muchacha, ibas por el buen camino. Con la destrucción, Dios perdió el único lugar sobre la Tierra lo suficientemente sagrado como para poder glorificar el amor, pero al igual que cualquier hombre, El tampoco podía estar sin mujer. Sin Diosa, Dios no sería Dios. Por eso tomó a Lilit como compañera. Sorprendente, ¿no es cierto? Shimon Bar-Yojai llegó a preguntarse incluso: «¿Cómo podemos llamar al rey sin Shejiná nuestro rey? ¿Dónde está su honor?». Con ella no importaba dónde se unieran. Cualquier campo o roca les satisfacía. Y al acoplarse, aunque fuera con el lado oscuro de lo femenino, restituyó al mundo el equilibrio, la sabiduría y la creatividad. Lilit es la concubina de Dios —concluyó Zimra tragando con satisfacción el vino que dejó borbotear un poco en el gañote.

Le excitaba contarle esta historia a Francesca. Un relato que quizá fuera su propia historia. La muchacha llevaba en el vientre la llave por la que él había implorado sin cesar, la semilla de su Dios Jaím, quien amaba a esa joven y haría exactamente lo que Zimra quería. Al igual que se atrapa a un topo cerrando todos los pasillos subterráneos, haciendo que no le quede más remedio que sacar la cabeza por encima del suelo, del mismo modo estaba preparada la trampa con la que atraparía a Jaím, quien sabía los setenta y dos nombres secretos del Dios. Los nombres sagrados con los que podría abrir la clave tras la que se encontraba el Arca.

—Bebe, mi niña —instó a Francesca, que se tomó el vino por cortesía, a pesar de que le pareciera algo amargo.

Zimra se levantó y fue hasta el aparador de madera maciza, el mueble más valioso del oscuro comedor. Era evidente que esa casa echaba en falta una mano femenina que la hiciera más acogedora. Además, Moshe, el propietario, tenía una afición un tanto espeluznante. En un terrario de cristal pululaban toda clase de escorpiones azules, negros y morados de diversos tamaños.

Del cajón polvoriento, que estaba atascado, Zimra sacó una cajita negra que depositó en la mesa ante Francesca.

—Ábrela —susurró—, venga.

Ella levantó la tapa y se quedó con la mirada clavada en las resplandecientes joyas que había dentro.

—La Diosa del amor incondicional y la Diosa de la curación —dio un suspiro, admirada.

—Los compré por un impulso —explicó Zimra—. Confiaba en que alguna vez encontraría un buen destino para ellas. Hoy es ese día afortunado. Vuestro amor conmueve a este anciano corazón.

Espero que tú y Jaím queráis aceptarlos como anillos de boda en la ceremonia que yo oficiaré.

Conmovidada por este generoso gesto de amistad, Francesca echó los brazos al sudoroso cuello del rabino, que quedó desconcertado por la espontaneidad.

—Vamos, vamos, sólo es un detalle —dijo cohibido.

—Conozco muy bien su valor, rabí Zimra —respondió ella sacándose del dedo el anillo de la Diosa de la protección para mostrárselo.

—¡Vaya, qué extraña casualidad! —sonrió él mientras pasaba las yemas por las letras forjadas.

—Sois demasiado bueno con nosotros —agradeció Francesca, ausente, mientras examinaba qué anillo se quedaría ella y cuál recibiría Jaím.

—Bueno, es nuestra obligación ayudarnos en la vida, ¿no? Y quién sabe, algún día tal vez podáis prestarme un servicio.

—Lo que sea —afirmó ella, solemne, mientras deslizaba en su dedo la Diosa de la curación—. Para nosotros será el mayor de los honores poder ayudaros en cualquier cosa que nos pidáis.

—Bueno, te tomo la palabra —sonrió Zimra con modestia.

66. ❧ He Alef Alef: el Dios que da significado a todo

«Querido Jaím, estoy en mi lecho de muerte dictando a mi amada Sara esta carta, a modo de mano tendida desde la tumba», leyó Jaím en el papel arrugado que había

encontrado en el bolsillo de su pantalón. No le había contado nada a Francesca sobre la carta de su padre, pues seguramente le habría desafiado a que la echara al fuego sin leerla. El odio hacia Isaac había arraigado mucho más profundamente en ella que en él. El único mérito que le atribuía era el de haberla engendrado. Por lo demás, sólo manifestaba horror hacia el hombre que era su padre.

Los vínculos íntimos se forjan cuando dos partes se unen contra un enemigo común. Nada aviva tanto la simpatía por el otro como el odio compartido hacia un tercero. Los vituperios hacia Isaac se habían convertido en el pasatiempo favorito de Jaím y Francesca. En su viaje de varios días a Jerusalén, al relatarle su juventud, ella le había regalado un arsenal de guerra altamente destructivo con todo ese material comprometedor.

— ¡Desde los ocho a los quince años sólo veía a mi padre en sabbat! ¡Y no te creas que era un padre cariñoso! ¡Las únicas palabras que salían de sus labios eran oraciones! ¡Cuando por fin estábamos viviendo en Safed bajo un mismo techo, se creyó de repente con derecho a entrometerse en mi vida!

Para Jaím las ideas que le había regalado su maestro no compensaban la cobarde traición, pero tampoco podía perder toda su fe en el lenguaje secreto de la vida, pues había pasado a formar una parte demasiado grande de sí mismo. Estaba completamente trabado con su manera de ver el mundo. Matar al mensajero era una cosa, pero eso no haría desaparecer el mensaje. Tampoco podía responsabilizar a Isaac del asesinato de su padre. Fuera cual fuese el camino que seguiría en el futuro, debería procurar que su crimen tuviera redención. Aportar al mundo algo grandioso que eclipsara su infamia. Esta lucha interior era un combate que libraba en solitario. En Francesca no encontraba ningún apoyo que favoreciera su tolerancia para con las enseñanzas de Isaac.

— Alguien que vive de manera distinta de lo que predica es un mentiroso — apuntillaba ella si Jaím intentaba introducir matices.

Ahora que había ido a visitar al viejo Zimra, en contra de sus deseos, podía satisfacer su curiosidad leyendo la carta. Había corrido las cortinas en la habitación de la miserable posada. A la luz del candelabro vio cómo el papel amarillo temblaba en sus manos al recibir las últimas palabras de su maestro.

«Siempre he abrigado hacia ti los mejores deseos que podrías imaginarte. De manera inadvertida te he ido preparando paso a paso para la gran misión que te aguarda en la vida. Ni siquiera en tus sueños más grandiosos podrías imaginarte lo enormes que son las fuerzas que he invocado en el universo para preparar tu camino. Era tu vida o la mía. Tu nombre ya estaba apuntado en el libro de los muertos. Ya habías cumplido con tu deber. Habías escrito el libro que será un manual para que el hombre vuelva a semejar a Dios. El Creador te había perdonado y quería llamarte a su lado. Sólo una gran injusticia, que te verías obligado a purificar, podía prolongar

tus días sobre la Tierra. Yo he hecho ese sacrificio. Sólo yo era capaz de herirte tanto como para que pudieras atravesar la frontera de la muerte. Una injusticia tan grande que arrastró consigo a nuestra amada Safed en su devastación. Un vestigio de destrucción calculado con astucia que segó infaliblemente a todos los que podrían estorbar tu misión vital definitiva. La realidad conoce miles de evoluciones posibles en el argumento. Mi maldición procuró que se eliminaran al menos un par de centenares. No digas que el Creador es despiadado porque con su acción empujó a la muerte a cientos de almas. Sus vidas ya se habían cumplido y su sacrificio lo llevarán como la posesión más preciada en su posterior viaje por la eternidad infinita. También yo sacrifiqué mi vida por la interesante misión que debes llevar a cabo para la humanidad. Debía traicionarte en lo más profundo de tu ser como antídoto para la muerte que corría por tus venas. Mi muerte prematura es el precio que he de pagar. Todo lo valioso exige un sacrificio.»Jaím dejó la carta a un lado. No creía lo que estaba leyendo. Como si Isaac hubiera cerrado un pacto con el Creador para empujar a la muerte a media Safed porque querían darle otro rumbo a su vida. Parecía una justificación de mal gusto para su robo. Lograba sacarle de quicio desde más allá de las fronteras de la muerte. Le irritaba que siguiera tirando de él y que quisiera dirigirle la vida. Se negó a leer una letra más. Isaac estaba muerto y la única parte suya que amaba con cuerpo y alma era la sangre de su sangre y la carne de su carne: su hija Francesca.

A propósito, pensó Jaím, hacía ya mucho que se había ido. Decidió adentrarse solo en la ciudad para comer algo, pero, justo antes de cerrar la puerta a sus espaldas, se lo pensó mejor y cogió la carta que había dejado sobre la cama.

Era una tibia noche de verano y las estrechas callejuelas se hallaban plagadas de gente. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo en soledad. Últimamente, Francesca y él habían aprovechado al máximo cada segundo juntos y, ahora que ella no estaba, parecía como si echara de menos una parte de sí mismo. Fue guardando con cuidado todas las impresiones que recibía para compartirlas después con ella, como si lo que sentía no tuviera ninguna importancia hasta que no se lo comunicara a ella.

Se sentó a una mesa en una terraza de un mugriento restaurante árabe. Justo cuando quería retomar la lectura de la carta, le abordó una voz con reverberaciones del pasado.

— ¿Jaím?

Miró sorprendido el delicado rostro de una mujer árabe. Hasta que no le vio la mancha morada en el cuello, no cayó en la cuenta de quién era.

— ¡Fátima! ¡Tú aquí! ¡Qué sorpresa! Nadie en Safed sabía dónde estabas. ¿Qué estás haciendo aquí?

— Trabajo aquí — dijo ella —. ¿Y a ti qué te trae por Jerusalén?

—Es una larga historia —le respondió él, contento de poder contar a alguien su aventura amorosa—. ¿Recuerdas a Francesca?

—¿La muchacha del baño de pintura? —preguntó Fátima con un asomo de tristeza.

—¡Exacto! —exclamó Jaím—. Su marido murió por una terrible plaga que asoló media Safed, pero eso supuso mi felicidad. Hemos venido juntos para empezar desde cero. Estamos locos el uno por el otro.

—¡Oye, Fátima, deja de charlar tanto y pregunta a ese hombre qué quiere comer! ¡Hay más gente esperando! —gritó una voz desagradable desde dentro del restaurante.

—Mi jefe —se disculpó ella—. ¿Qué vas a tomar?

Jaím pidió un falafel. Confiaba en que después Fátima tuviera algo de tiempo para charlar, porque seguro que quería saberlo todo acerca de la chica que le había hechizado. Sabía que a las mujeres les encantaba ese tipo de historias, pero al rato le ponía el plato en la mesa sin darle oportunidad de continuar con su relato.

—Bienaventurado sea el Creador —murmuró, y tuvo que pensar por un momento en Ana, que una y otra vez le reprendía como una madre cuando empezaba a comer sin darle gracias al Creador. Se preguntó si aprobaría su relación con Francesca. Volvió a recordar la noche en que se le había metido en la cama. No le quedaba nada claro si entonces tuvo miedo por los avances de ella o por sus propios sentimientos. En aquella época Francesca era del todo inalcanzable y Ana y él, de hecho, vivían como marido y mujer, salvo en el aspecto íntimo. En un acceso de melancolía deseó poder referirle todo lo que había ocurrido. Sólo de pensarlo, se entusiasmaba imaginando sus agudos comentarios. Alisó la carta arrebujaada y leyó de nuevo con sorpresa el mensaje de Isaac mientras empezaba a cortar las crujientes bolas de verdura.

«La misión que debes cumplir, Jaím, sólo podrás llevarla a cabo con un corazón purificado. No la emprendas hasta que no hayas desterrado de tu alma el más mínimo rastro de odio hacia mí. Sé que no te resultará fácil perdonarme, pero es el único camino hacia la consumación de tu deseo final: ser inmortal. Con lo que vas a realizar, podrá reescribirse la historia de nuestro pueblo y, después, la del mundo entero. El éxito de esta misión depende sólo de tu capacidad de transformar el resentimiento en agradecimiento, de comprender realmente que el libro que escribiste no era tuyo, que tú sólo eras la mano guiada por mi espíritu. Sólo cuando esta idea se convierta en tu realidad, estarás preparado para tu sublime misión: la liberación de nuestro pueblo al encontrar la *Tebá*: el Arca de la Alianza.» Se atragantó; el falafel estaba muy especiado. Isaac era realmente incansable. Con un afán infatigable, intentaba darle la vuelta al plagio que había cometido y presentarlo como un acto heroico de amor al prójimo. Fátima le dio unos golpes en la espalda.

—¿Estás bien, Jaím? —le preguntó.

—Sí, gracias, ¿podrías traerme un poco más de vino?

Cuando le dejó la copa en la mesa, la cogió de la mano y le pidió:

—Venga, Fátima, cuéntame cómo has venido a parar aquí. ¿Por qué te fuiste a hurtadillas de Safed?

Miró hacia atrás para ver si la estaba vigilando el jefe, pero éste se encontraba en plena discusión acalorada con un proveedor.

—Una mañana vi cómo mi tío Amán mataba a un hombre en sus tierras.

—¿Viste el asesinato de Shlomo? —preguntó Jaím incrédulo—. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—¿Cómo podría acusar a un miembro de mi familia? Tenía miedo de que me interrogaran. Yo soy incapaz de mentir.

—El bey ordenó que te buscaran, en efecto. ¿Sabes que eres la heredera legítima de la granja de tu tío? Yo mismo redacté el contrato.

—No quiero regresar nunca a Safed —replicó Fátima tajante—. La vergüenza es demasiado grande. Por eso huí. Con el pequeño José.

—Tu pequeño hombrecito, sí —recordó Jaím enternecido—. ¿Qué tal le va?

—Está durmiendo —le informó señalando hacia la ventana abierta encima de la terraza, donde descansaba el pequeño muchacho—. Con su hermanita.

—¿Hermanita?

—Leah. Ahora tiene poco más de un año.

—¿Has encontrado entonces aquí al hombre de tu vida, en Jerusalén? —le preguntó Jaím, que quería reconducir de nuevo la conversación hacia el amor.

—Sí —contestó ella mientras clavaba la vista en los bellos ojos marrones de Jaím—. Por fin le he vuelto a encontrar, pero él no me ha reconocido.

—Entonces no será el hombre de tu vida —la consoló él, que quería volver a ensalzar las virtudes de Francesca, pero Fátima desapareció rápidamente en el trajín de la terraza. «Qué mal se les da escuchar a estos árabes —pensó Jaím—, sólo quieren hablar de sí mismos.» Enfadado, siguió leyendo la carta.

«Ahora viene la respuesta a la pregunta que todos los judíos del mundo se han planteado alguna vez: ¿dónde está el Arca de la Alianza? La verdad es que nunca salió de su lugar de origen. Se encuentra todavía en la cámara secreta que Salomón mandó construir para ella. En el sanctasanctórum. Esta cripta se halla sumida en lo más hondo, debajo de la clave marmórea de la bóveda que hay bajo la roca sobre la que los musulmanes construyeron la Cúpula de la Roca. Por esta parte ya no es

accesible, pero al este de la roca, en el monte Moria, se halla una entrada, olvidada durante mucho tiempo, cuya situación te revelo. El lugar se llama Hamán esh-Shifa, el Baño de la Curación, y es un balneario turco donde van a relajarse los musulmanes. Allí hay un pozo de más de noventa pies de profundidad bajo el suelo que se seca en los veranos calurosos. Este pozo lleva, pasando por una clave que hay en su fondo, hacia un laberinto de pasillos, entre los que se encuentra el que conduce al sanctasanctórum. La puerta dorada de esta cámara sólo puede abrirse pronunciando los nombres secretos de Dios, conforme a la tradición de los anteriores sumos sacerdotes del Templo. Libera a nuestro pueblo, Jaím. Libera al mundo del sufrimiento y crea un paraíso en la Tierra con palabras. Después de todo, ¿Tebá, o Arca, no significa también en nuestra lengua "la palabra"? Pero ve sólo si tu corazón está puro. Y no dejes que nada te detenga, tampoco Francesca...»

Sorprendido, Jaím se quedó mirando la cúpula dorada que podía verse casi desde cualquier lugar de Jerusalén. Si era cierto lo que escribía Isaac, ésta era la noticia más explosiva que jamás hubiera revelado nadie. Si el Arca llegaba a encontrarse, la historia cambiaría para siempre. Sería el principio del Final de los Tiempos, el Armagedón, en el que el hombre por fin se uniría con el Creador. El momento en que el Mesías se despertaría en todo corazón humano. Pero la consumación de este grandioso acto se veía entorpecida por un obstáculo insuperable: su profundo odio a Isaac.

Distraído, pagó a Fátima.

— ¿Volveré a verte? —le preguntó expectante.

— Seguro que sí —respondió Jaím por decir algo—. Estaba todo muy rico. Que te vaya bien, Fátima.

67. אָנאָ Alef Nun Yod: el Dios que ve la unidad suprema

La adormidera en el vino de Francesca no hizo efecto enseguida. Zimra había puesto en juego todo su encanto y oratoria para evitar que se fuera demasiado pronto, pero como ella había recibido una buena educación y suponía que el solitario anciano estaba necesitado de compañía, se quedó escuchando las crónicas de viajes de su benefactor, hasta que se vio atrapada por una suerte de pesadez que le dificultaba mantener los párpados abiertos. Intentó ocultar los bostezos tapándose la boca con las manos, pero al final venció el sueño y cayó, rendida, con la cabeza sobre la mesa del comedor.

—Dulces sueños, mi pequeña Lilit —había susurrado Zimra. Metió a la muchacha en un saco de lino y arrastró luego su cuerpo a la sinagoga Rambam, donde impartía justicia su amigo. Él era el único que tenía las llaves de allí. Una vez que hubo cerrado las puertas a sus espaldas, se echó a los hombros a Francesca y subió con ella los seis peldaños que llevaban a la tribuna. El propio Dios podría disponer de su destino.

Miró complacido a la muchacha dormida sobre la *bimá*.

Allí estaba ella ahora en toda su inocencia. Una joven condenadamente encantadora, pensaba mientras deslizaba sobre su cuerpo los opacos ojos verdes. Más deliciosa incluso que su madre. Daba vueltas alrededor de la *bimá* como un leopardo alrededor de su presa. A través de los barrotes, sus manos sudorosas le acariciaban despacio la frente y, demorándose en el cuello, se dirigían a las tiernas colinas que subían y bajaban, serenas, al ritmo lento de su respiración.

Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que palpara a una mujer. Complacido, pasó revista a algunos trofeos del pasado. Esa mora de Safed era su favorita, pero no le llegaba a Francesca ni a la suela de los zapatos. ¡Ay, las mujeres! Cuando su amada esposa murió en el parto, se había aferrado a su pequeña hija, pero cuando ésta también falleció, diecinueve días después, estuvo meses sin hablar y vagando por El Cairo como un fantasma durante años. No quería volver a unirse nunca más a una mujer. Quien quisiera abrir las puertas de su corazón podía llevarse un buen chasco, pero a fin de cuentas también era un hombre y procuraba satisfacerse de maneras poco convencionales. Sólo cuando se le despertó la fascinación por el Arca de la Alianza y en su interior fue creciendo poco a poco la convicción de que él sería quien la encontraría, su vida volvió a adquirir esplendor. Su pasión se convirtió en una obsesión y ahora se encontraba más cerca que nunca de conseguir aquello a lo que había dedicado toda su vida. Sus rollizas manos apretaban con fuerza la suave carne femenina. Francesca emitió un leve suspiro como saludo lejano desde las regiones donde permanecía su espíritu. El somnífero la mantendría unas veinticuatro horas inconsciente.

Zimra subió las escaleras y se arrodilló junto a la bella durmiente. Hundió su rostro redondo en el vientre, colmando sus grandes orificios nasales con el dulce aroma de muchacha. Su cebo. El pajarillo que atraería al gato. Deslizó la nariz por el ombligo hacia el fruto en forma de uve que, creando dos pliegues, se perfilaba a través del vestido que levantó con sus gruesos dedos.

—Justo lo que yo pensaba —susurró mientras examinaba los oscuros pelillos de las piernas—. Esta es Lilit.

Se sintió como el rey Salomón. Su héroe bíblico. El rey que se había casado con setecientas princesas y que tenía trescientas concubinas, hasta que un día recibió la visita de la reina de Saba. Una mujer con una majestuosidad tal que eclipsó a sus

miles de novias. ¡Dios, cómo se enamoró Salomón de ella! Pero también tenía miedo, estaba muerto de miedo. Temía que la reina de Saba fuera Lilit. Por eso empleó un ardid. Mandó construir en el palacio un estanque que tuviera un tobillo de profundidad. Cuando la reina fue a visitarle, hubo de alzarse el vestido para 110 mojárselo. Así Salomón pudo comprobar lo que ya suponía: la reina de Saba tenía pelos en las piernas, la característica de Lilit. Igual de peludas eran las esbeltas piernas de Francesca.

«No me despreciéis porque soy morena, pues el sol me ha quemado la piel», susurró. Un versículo del Cantar de los Cantares, escrito por el rey Salomón, con el que la reina de Saba eliminó los recelos del rey. «A su sombra deseada me senté y su fruto fue dulce a mi paladar.» Había maneras menos gratas de esperar el amanecer, pensó Zimra mientras, fascinado, observaba desde una mecedora a la muchacha durmiendo en la *bimá*.

Había calculado que una sola noche de inquietud y pánico sería suficiente para quebrar la resistencia de su valeroso caballero. Por la mañana Jaím ya estaría destrozado y dispuesto a hacer cualquier cosa a cambio de su amada.

La primera luz cenagosa cayó al interior atravesando la pequeña vidriera situada sobre la puerta. Zimra, pudoroso, le cubrió a Francesca las rodillas con el vestido y le entrelazó las manos sobre el pecho, en actitud de piadosa oración. Con el dedo le acarició levemente el anillo. La Diosa de la curación.

—¡Que te reporte felicidad, niña! —susurró.

Sacó de la casa de su amigo el terrario con los escorpiones y los esparció con cuidado por la tribuna. Mientras siguiera dormida, la dejarían en paz, pero cuando los animales olieran su angustioso despertar, introducirían su venenoso aguijón mortal en la joven muchacha.

Cerró las puertas de la sinagoga con las cuatro columnas de mármol y, satisfecho, echó a andar por la Jerusalén crepuscular en busca del muchacho que poseía el mapa de su felicidad.

Encontró a Jaím justo como le había querido tener: desesperado, agitado, muerto de preocupación, dispuesto a entregar la vida a cambio de una señal de su desaparecida amada.

Zimra, apremiante, le pidió que se sentara en la cama de la posada y que escuchara. Le explicó con prudencia lo que quería de él. Por las indicaciones que había dado Isaac acerca del lugar donde se encontraban los restos del muro del Templo, Zimra había calculado dónde debía hallarse el sanctasanctorum. Había dibujado un esquema con las medidas exactas que aparecían en la Biblia, utilizando las ruinas del muro occidental como punto de partida. Así había llegado a la misma conclusión que Isaac. La sala especial, que Salomón había mandado construir para el

Arca, debía encontrarse debajo de la Roca de la Fundación, que los musulmanes veneraban porque creían que desde allí Mahoma había ascendido al cielo.

—Bajo la roca hay un sótano donde rezan los musulmanes. Y en ese pequeño sótano hay una clave de mármol que da entrada a otro sótano sellado. Los musulmanes lo llaman *Bir al-Amali*, la Fuente de las Almas. Creen que es el lugar adonde vienen a rezar las almas de los muertos. Algo absurdo, naturalmente. Si le das una patada a esa piedra angular, suena hueco, por tanto tiene que haber una habitación debajo. Estoy seguro de que allí se encuentra el Arca de la Alianza. Así pues, Jaím, este anciano impedido pone en tus manos su última esperanza. Si quieres volver a ver viva a Francesca, abre la clave que lleva al sanctasanctórum con los setenta y dos nombres secretos de Dios. Con ello no sólo me prestarás un gran servicio a mí, sino a todo el pueblo judío. Con el Arca, podremos triunfar al fin sobre el mundo —concluyó su disertación con chiribitas en los ojos.

Jaím le miraba agotado. Jerusalén sería su tierra prometida, pero el primer día de su llegada ya se había convertido en una pesadilla. Sabía que Zimra era un hombre enfermo y peligroso que pasaba por encima de cualquier cadáver para conseguir sus objetivos. Por lo demás, en Jerusalén no conocía a nadie que pudiera ayudarle a encontrar y liberar a Francesca. Lo que le pedía Zimra era una locura. Los musulmanes nunca permitirían a dos judíos rezar en su antro sagrado.

—Puedo ayudarte —dijo—, pero no entrando por esa clave. Los vigilantes me cortarían la cabeza si oyeran mi plegaria hebrea.

—¿Conoces entonces otro camino? —le preguntó Zimra.

—Si le tocas un solo pelo a Francesca, te desollaré vivo y te dejaré sin ese asqueroso pellejo.

—No temas, buen amigo —le respondió Zimra amable—, en este instante está durmiendo apaciblemente y sólo tiene dulces sueños.

Jaím se quedó mirándole con desconfianza. Si encontrara el Arca con la ayuda de las indicaciones de Isaac, la preciada caja se volvería sin duda alguna en contra de ellos por las motivaciones inmorales que los animaban. Con el Arca no se jugaba. La Torá estaba repleta de relatos en los que se describía cómo infinidad de hombres acababan convertidos en ceniza, pero por el momento no tenía otra opción, debía salvar a la mujer de su vida.

Confió en que todo fuera una pesadilla de la que iba a despertar, pero el pútrido aliento de Zimra, que le golpeaba en la cara, le convenció de que estaba despierto.

—Debemos buscar un hamán —dijo Jaím—, Hamán esh-Shifa, el Baño de la Curación.

—¿Y qué se nos ha perdido allí? —preguntó Zimra escéptico.

—¿Quieres encontrar el Arca o no? —le espetó Jaím mientras salía de la habitación con el rabino pisándole los talones.

68. **Resh Yod Yod: el Dios del perdón**

Ahora que se encontraban ante el acogedor y lujoso Hamán esh-Shifa, Zimra y Jaím comprendieron por qué los árabes se reían cuando les indicaban el camino. La clientela del Baño de la Curación era exclusivamente femenina. Dos corpulentos eunucos con turbantes de colores y una resplandeciente cimitarra al cinto custodiaban la entrada cubierta de mosaicos. Los hombres aquí no eran bienvenidos.

—¿Qué se nos ha perdido en este lugar? —preguntó Zimra sin aliento, debido al largo paseo por el laberinto de callejuelas y escalerillas ascendentes y descendentes.

—Adentro —dijo Jaím firmemente decidido.

Zimra frunció las pobladas cejas. Nunca permitirían a dos hombres, no digamos ya judíos, entrar en un hamán de mujeres. No es que él no quisiera, conocía como ningún otro las historias sobre el amor lésbico que se practicaba intensamente en semejantes instalaciones. Esta suerte de baños agujoneaba la imaginación de los contadores de historias a los que había escuchado junto al fuego en sus muchos viajes. Cuanto más avanzada era la noche, tanto más escandalizadoras solían ser estas narraciones, como una embriagadora copita de aguardiente antes de ir a dormir. Sus pensamientos se trasladaron por un instante al lugar donde había dejado al bellissimo animal femenino que le había estado obsesionando esa noche. Sería una lástima que Dios reclamara su presencia, pues le supondría una inagotable fuente de alegría durante su reinado mesiánico.

—Conozco a alguien que nos puede ayudar —reaccionó Jaím metiéndose rápidamente por una callejuela. Las piernas fatigadas de Zimra apenas podían seguirle el paso.

—¿A quién? —resopló yendo tras el joven—, y cuéntame primero por qué debemos entrar en ese hamán.

Pero Jaím mantuvo los labios sellados. Cuanto menos supiera Zimra, tanto mejor. Aún confiaba en que al final un pequeño milagro le permitiera escamotearle la ayuda que le exigía para llevar a cabo su perverso plan.

Golpeó la puerta cerrada del restaurante donde había estado cenando la noche anterior, cuando aún tenía toda la vida por delante como un libro repleto de ignotas posibilidades. Ojalá hubiera podido convencer a Francesca para que no fuera a visitar

a Zimra. Ese hombre que ahora se dejaba caer con su abultado trasero sobre uno de los pequeños asientos de la terraza sólo le había causado complicaciones en la vida. Sabía que era absurdo pensar que los iba a ayudar su antiguo maestro. Era uno de esos hombres que nunca aprendía de la vida, un hombre que con el paso de los años se volvía más insensato en lugar de hacerse más sabio, un hombre que era lo suficientemente astuto como para escapar siempre del castigo, lo que le daba fuerzas para ir dilatando cada vez más los límites de la insolencia.

Se abrió la ventana abatible que había encima de la puerta.

—Jaím! —exclamó Fátima sorprendida—. ¡Qué pronto vuelvo a verte!

—Te necesito —suplicó él acuciado—. ¿Me dejas subir, por favor?

Jaím prohibió a Zimra que le acompañara y cerró de nuevo la ventana para que no pudiera oír nada de lo que discutía con la muchacha mora. El rabino se preguntaba cuándo se despertaría Francesca. La adormidera a él solía procurarle un sueño de doce horas. Suponía que el doble de su dosis la mantendría anestesiada veinticuatro horas. ¿Se quedaría impasible cuando viera los escorpiones moverse sobre su cuerpo? Si a Francesca le entraba el pánico, no tendría ninguna posibilidad. Cuando empezaran a vibrar los largos pelos de las tenazas de los antrópodos y se sintieran amenazados, extraerían al punto su aguijón venenoso. Al mismo tiempo, le desgarrarían la carne con sus tenazas prensiles y la masticarían entre sus mandíbulas con forma de pinza. Moshe, su amigo, le había advertido que tuviera cuidado sobre todo con las hembras, porque eran las más agresivas. El instinto les llevaba a devorar a sus propias crías cuando se les caían de la espalda. Pero, bueno, nunca se sabe. Quizá los escorpiones obedecieran a Francesca como a Lilit en el desierto. ¿No escribió Isaías: «Las fieras del desierto se encontrarán con las hienas, y la cabra salvaje llamará a su compañero; Lilit también tendrá allí refugio y hallará para sí reposo»? El desenlace estaba en manos de Dios.

La puerta del restaurante no volvió a abrirse hasta pasada una hora y por ella salió una mujer cubierta con un velo.

—¿Tú eres la amiga de Jaím? —preguntó Zimra.

La mujer no contestó, sino que se sentó a la mesa junto a él, provocativa. «¡Qué pueblo más maleducado estos árabes!», pensó el rabino.

Entonces se decidió a hablar la mujer con el velo:

—Aquí estoy, rabí Zimra, soy Jaím.

El viejo, sorprendido, retrocedió medio metro con su asiento y miró con espanto a la mujer. Ahora ya reconocía los ojos marrón oscuro del muchacho, que le clavaban la mirada con insolencia.

—¿En qué estás pensando, Jaím? —chilló Zimra—. ¿A qué viene este espectáculo? ¡Tu chica corre peligro, ya lo sabes! ¡No hay tiempo para esta clase de juegucitos!

—No creas que lo hago por gusto. Fátima me ha afeitado hasta la barba. Esta es la única posibilidad de entrar en el hamán.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en ese hamán? —preguntó Zimra enfadado—. Yo quiero el Arca. No creo que esté escondida en un hamán.

—Yo he de confiar en ti en lo referente a Francesca —repuso Jaím con firmeza—. En lo concerniente al Arca, tú tendrás que confiar en mí. Si encuentro en ese establecimiento la señal que espero encontrar, el Arca será tuya.

—Rezo por ti para que estés diciendo la verdad —le amenazó Zimra—. Puedo revelarte que tu amada sólo estará a salvo durante un tiempo determinado, así que yo me daría prisa con esa señal.

En ese momento salía Fátima con un niño pequeño de la mano y la niña abrazada contra el pecho.

—Fátima y sus hijos me acompañarán —le explicó Jaím— para que así ella pueda hacer de intérprete con el árabe.

—No —dijo ella de repente, y se quedó mirando a Zimra petrificada.

Cuando el rabino se volvió, también palideció. Fátima retrocedió y corrió hasta la puerta agarrando a los niños. Jaím fue tras ella.

—¿Qué pasa?

—¡Es él! ¡El hombre que me atacó y me robó todo lo que tenía! ¡El es el padre de Leah!

—¿Cómo?

Zimra, entre tanto, ya se había repuesto y se acercó con su sonrisa más encantadora.

—¿Qué estáis diciendo, señora, que os robé? Yo tengo bastante dinero como para comprar esa Cúpula de la Roca vuestra.

Fátima se dio la vuelta. Cientos de miles de veces se le había pasado por la cabeza lo que haría si alguna vez llegaba a encontrarse con su violador. Hizo acopio de todo el valor de que disponía y dijo:

—Esta es tu hija. El fruto de tu lujuria.

Zimra se rió.

—Pero, querida señora, estáis trastornada. Esta niña no se parece ni de lejos a mí. Por fortuna, diría yo.

Fátima le entregó la niña a Jaím y, de inmediato, clavó sus uñas en las mejillas de Zimra, que reprimió el dolor y se aguantó la ira. Necesitaba a esta mujer para poder cumplir su sueño.

—Vale —admitió—. Fui yo, en efecto. ¿Qué quieres de mí? ¿Dinero?

—¡Que ardas en el infierno! —repuso ella, altanera, mientras le miraba con ojos llameantes.

—Lamentablemente, eso no está en mi mano —respondió él.

—Eres más horrible de lo que me pensaba —tartamudeó Jaím sorprendido, mientras sosegaba en sus brazos a la pequeña niña, que no dejaba de llorar—. ¿No fue para ti bastante violarla? ¿Por qué tenías que robarle también?

—Una gran falta debe disimularse con una menor —explicó Zimra, casi orgulloso—. Al robarle, nadie pensaría que yo había sido el violador.

—Repugnante —concluyó Jaím.

—Ya he esperado bastante —continuó el rabino impasible—. Este pequeño incidente sirve para dejar claro que conmigo no se juega. Cada minuto que pasemos aquí charlando puede ser el último de Francesca. ¿Queréis salvarla de la muerte o no?

Jaím miró impotente a Fátima, que estaba destrozada. Pero ¿no había jurado cientos de miles de veces esa misma fatídica noche que nunca concedería a su agresor la gloria de perder el orgullo? Nuncase habría podido perdonar que el odio le impidiera salvar de la muerte a una mujer, aunque esa mujer fuera quien le había robado el corazón de su amado. Entonces miró a Zimra y, por un momento, reconoció en sus ojos la mirada de su pequeña. Pensó que ese monstruo también debería de haber sido alguna vez un ser inocente. ¿Dónde se había producido el fallo? ¿Qué le había provocado tanto dolor para que ahora llevara su indolencia como un escudo que le convertía en una persona totalmente insensible? Cogió a la niña de los brazos de Jaím y se la entregó a Zimra.

—Te ayudaré —dijo— si llevas a tu hija.

Las manos rollizas agarraron a la pequeña muñequita que, sorprendida, le miraba a los ojos. Se le vino a la cabeza el recuerdo del cuerpo inerte de la niña que había encontrado por la mañana justo diecinueve días después del entierro de su esposa. Por mucho que lo hubiera intentado entonces, no consiguió que reaccionara. Sus ojitos se quedaron cerrados para siempre, su tripita ya no subía y bajaba más. Entonces la pequeña Leah le sonrió. Esta era su hija, se dio cuenta y le devolvió la sonrisa.

69. **נממ** *Nun Mem Mem: el Dios que inspira*

Ni los eunucos vigilantes ni la dama indiferente que cobraba el dinero de la entrada albergaron sospechas. Fátima se llevó a Jaím al vestuario, donde había dos mujeres con el torso desnudo charlando largo y tendido. El intentó comportarse con la máxima naturalidad posible, también cuando Fátima se quitó la ropa sin pudor y se anudó una toalla roja a cuadros alrededor de las caderas.

—Desnúdate ya, querida amiga —le instó mientras ayudaba a su hijo a desvestirse.

Jaím titubeó. Cuanto más se esforzaba por sentirse mujer entre las mujeres, con la niña pequeña apretada contra el pecho, tanto más se le iban los ojos involuntariamente a los morenos cuerpos femeninos que la iluminación policroma de la vidriera tornaba tan excitantes.

—¡Adelante, todas tenemos las mismas cosas! —exclamó una de las dos mujeres, que estaba perdiendo los nervios al ver a ese bicho raro, con todos los velos puestos, que no dejaba de mirarlas.

—Mi amiga es un poco tímida —se disculpó Fátima, y añadió a modo de confidencia—: Es su primera vez. ¿Os molestaría dejarla que se cambiara discretamente?

—¡Bah, bah, bah! —profirieron las mujeres árabes saliendo del vestuario mientras meneaban la cabeza.

Fátima ayudó a Jaím para que se quitara rápidamente la túnica de mujer y, con destreza, le anudó una larga toalla de lino a la espalda desnuda. Jaím estaba rojo de vergüenza.

—Tienes un bonito cuerpo —le susurró al oído.

—¡Venga —la apremió él—, todavía me faltan los pechos!

Con la ayuda de dos limones en forma de pera y una tela más pequeña, Fátima logró anudarle unos senos muy convincentes. Culminó su trabajo con un paño que le enrolló a la cabeza, a modo de turbante.

—Estás preciosa —le dijo.

A pesar del desconcertante encuentro con Zimra, Fátima estaba encantada con esta inesperada aventura que Jaím había introducido en su vida. Todos los días en el restaurante discurrían igual, pero ahora, con su llegada, parecía como si la vida hubiera empezado a adquirir color. Cada minuto que pasaba con él era un regalo de Alá que nadie podía arrebatarse. Francesca tampoco.

Con un paso tan femenino como les era posible, cruzaron el balneario central, un espacio circular en el que robustas masajistas, restregando y cepillando, despojaban con mano dura de la piel muerta a las mujeres que se hallaban en un gigantesco altar de mármol en medio de la sala. Alrededor había lavabos de porcelana situados a distancias regulares. Las más jóvenes se vertían entre sí el agua contenida en cazuelas de cobre y se lavaban las unas a las otras el cabello con *henna*. La gran cúpula que cubría ese espacio se hallaba perforada por agujeros luminosos. Una humeante luz árabe de cuento de las mil y una noches se extendía sobre los desnudos cuerpos femeninos. Jaím intentó enfocar la mirada sólo en la esbelta espalda de Fátima, que le precedía, pero por el rabillo del ojo veía escenas que casi le hacían olvidar su papel de mujer. Por un momento revivió en su interior el deseo de, algún día, poder contarle a Ana esta historia con pelos y señales sentados a la mesa del comedor. Cómo disfrutaría.

Llegaron a una habitación de reposo, decorada al estilo oriental, donde las mujeres descansaban como princesas sobre montañas de cojines mientras jóvenes muchachas, que canturreaban al unísono canciones árabes de amor, ungían suavemente sus cuerpos con afeites. Jaím advirtió que ese cuarto desembocaba en un patio y, con un leve gesto de cabeza, indicó a Fátima que le llevara hasta allí. Ella cerró las puertas de cristal a sus espaldas y miró a Jaím, satisfecha.

—Has tenido éxito como mujer —le felicitó mientras le cogía a Leah de los brazos—. Nadie se ha dado cuenta.

En medio del patio había un viejo pozo de agua excavado en la roca. Tras haber comprobado que nadie miraba, Jaím se inclinó sobre el borde y vio un conducto cuya profundidad era difícil de calcular. En el lejano fondo espejeaba la oscura superficie del agua.

—Creo que es esto lo que busco —le susurró a Fátima—. Espérame aquí, por favor, hasta que haya desaparecido del todo. Y regresa cada media hora para ver si ya he vuelto.

—¿Es una misión peligrosa? —preguntó ella preocupada.

—No lo sé, pero debo hacerlo. He de salvar a Francesca. No tienes la más remota idea de lo que es amar tanto a alguien. Si un hombre hace lo que debe, Dios se encargará del resto.

Fátima miró compasiva el rostro afeitado de Jaím. Era un chiquillo indefenso que iba a embarcarse en una aventura que parecía demasiado grande para él. Le acarició la mejilla lampiña con su suave mano y le dio un beso en los labios.

—Suerte —le deseó—. Estaré aquí esperándote.

Jaím se subió los faldones por encima de las rodillas y trepó rápido hasta el borde del pozo. Después descendió por las escaleras de hierro que estaban en la parte

interior y que conducían hacia abajo. La oscuridad era cada vez más cerrada y el pozo parecía llevar a las entrañas más profundas de la Tierra. De vez en cuando miraba arriba y veía el rostro preocupado de Fátima siguiéndole.

Ahora estaba cerca de la superficie cristalina, cuya profundidad desconocía por completo. No tenía otra opción más que zambullirse en el agua. Estaba helada y no hacía pie. Tomó mucho aire y se sumergió buceando. A dos metros de profundidad, calculó, encontró el fondo del pozo. Una roca lisa y húmeda, pero sin asideros de hierro que pudieran indicar que se trataba de una clave. Salió a la superficie estornudando y se agarró a una escalera roñosa.

Si ese bloque de roca era una clave, pensó, lo más probable era que se abriera hacia abajo, en lugar de hacia arriba. En ese caso, tendría que haber un mecanismo de palanca en algún lugar para procurar su apertura. Se zambulló repetidas veces para palpar las paredes, pero no encontró nada que se pareciera a una palanca o manivela. Los tres paños de lino, que le estorbaban en su actividad buceadora, flotaban ahora alrededor en el agua. Le vino a la memoria el *mikvé* de Safed, donde tantas veces solía tomar el baño ritual con Isaac. Le asomó una sonrisa en el rostro al recordar su extraña costumbre de estirar los brazos hacia el cielo tras la inmersión y recitar los tres versículos del Éxodo a voz en grito. «Voy a intentarlo —decidió a falta de ideas mejores—. Quizá consiga la fuerza suficiente para abrir la roca.» ¿Qué otra cosa es una oración sino una sogá a la que se aferra un alma necesitada en un abismo? Siete veces sumergió la cabeza bajo el agua y luego dijo los versículos con los brazos hacia el cielo.

Acababa de pronunciar las palabras «así se secó el mar y las aguas quedaron divididas», cuando con un estruendoso rugido sintió cómo era absorbido hacia el fondo. La cascada le lanzó a un suelo de arena algunos metros por debajo de la tapa abierta. Temblando de miedo, se quedó tumbado sobre la montaña de arena. Pasaron algunos minutos antes de darse cuenta de que los versículos le habían proporcionado acceso a un espacio en forma de gruta que se extendía en todas direcciones.

¿Sería verdad?, se estremeció. ¿Le habría estado preparando Isaac durante todo ese tiempo para seguir este camino? Entrar en una concavidad bajo el monte Moria que quizá no había sido visitada por el hombre en miles de años. ¿Le guiaría su maestro, a través de la cortina que separaba a los vivos de los muertos, hacia la cámara donde la inteligencia de Dios se había reducido a un punto para la humanidad? El se consideraba demasiado insignificante para esta misión bíblica, porque no era de su competencia seguirles los pasos a los héroes del Antiguo Testamento, que gozaban de su estremecedor respeto, ¿o sí?

La arena amarillenta se le había pegado al cuerpo mojado. Intentó dejar a un lado su propia insignificancia y orientarse en esos antros de dimensiones catedralicias en nombre de su gran amor por Francesca. El hamán se encontraba a un par de cientos

de metros al este de la Cúpula de la Roca. Si quería seguir ese recorrido subterráneo en dirección a la Roca de la Fundación, tendría que dirigirse al oeste.

Intrépido, echó a andar hacia las bóvedas esculpidas por la naturaleza que se abrían ante él como si fuera un Sansón desnudo cuya misión era derribar las columnas del templo de los filisteos. Todo estaba oscuro. El único sonido perceptible era el del agua filtrándose por las paredes rocosas. Renunció a memorizar puntos que le pudieran ayudar a encontrar después el camino de vuelta, porque todo parecía lo mismo en esa oscuridad. Los pilares rocosos, los bloques de granito y las paredes arenosas. Después de haber estado vadeando a tientas durante una hora por la espeluznante bóveda, se topó con una pared de madera carcomida. Arrancó con las manos un trozo de la madera podrida y el corazón se le subió a la garganta al sentir debajo piedras y juntas que debían de haber sido apiladas por manos humanas. ¿Había llegado a los muros de los sótanos subterráneos que, según la leyenda, el rey Salomón había construido a modo de escondrijo para el Arca? Muros cubiertos con madera de cedro. Siguió la larga pared que ascendía en un plano inclinado y torcía bruscamente hacia un pasillo algo iluminado por la mínima luz que irrumpía desde algún lugar. Quizá estuviera ahora en las inmediaciones de la roca y por esa razón penetrara la luz a través de los bordes. Pasó entre dos muros levantados con enormes piedras rectangulares de granito. El pasillo iba a dar a las dos hojas de una puerta de oro macizo tan sólida que ningún ejército podría derribarla jamás.

Jaím supo que ésa debía ser la entrada al sanctasanctórum, pues sintió que se mareaba a causa de la trepidante energía que parecía vibrar a través de las puertas doradas. Pensó que ningún hombre había estado nunca tan cerca de Dios.

70. **ההה He He Ayin:** *la Diosa del amor incondicional*

El brillo dorado de la puerta le cegaba como si estuviera mirando al sol. Se sentó a lo sastre sobre la arena suelta. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse, porque el entendimiento para esta grandiosa misión sólo era herramienta roma que no podría seguir ayudándole por más tiempo. Entreveía la resplandeciente luz dorada a través de los párpados cerrados. Se concentró en los danzarines puntos luminosos hasta que sus pensamientos se disolvieron en la luz, como el azúcar se disuelve en el agua caliente, endulzando el agua y aguando el azúcar. Consiguió una calma total y la idea de que la vida o la muerte de Francesca dependían de su éxito alcanzó los estratos más remotos de su conciencia. El corazón le latía a un ritmo lento y solemne, como el golpe de un timbal en la coronación de un monarca.

Estaba sentado y completamente inmóvil, como una escultura tallada en la arena. Parecía como si la vida se hubiera escapado fluyendo de su interior. La sangre coagulada en las venas, la respiración congelada en el frío del silencio. El alma se le desgajaba, sigilosa, de la carne y de los huesos.

Los labios de Jaím farfullaban inmóviles una plegaria inaudible. Al igual que las gruesas moléculas de luz bailaban, aparecían y desaparecían en su retina, seguían el mismo comportamiento los sonidos en apariencia arbitrarios de las letras hebreas, letras que saltaban a la arena desde sus secos labios y dejaban allí su huella. Un séquito de letras que se presentaban como reclutas adiestrados y, tras haberse dado a conocer, ocupaban su rígida posición en la formación. Tres líneas de setenta y dos letras hebreas, grabadas por el hálito de Dios, se mostraban en fila. Su corazón reconoció la primera y la tercera línea como los versículos del poderoso Moisés que extendió sumano sobre el mar Rojo. Pero la segunda línea parecía un batiburrillo carente de significado.

*«Sortosolasonusolnoracreaesacnunehconalleuqaadotneosero-
pehconedabarbmulaollearsiaorepasorbenetebunanuaresolleuqaara-
plearsiedotnemapmacleysoicpigesoledotnemapmacleertneabie.»*

Sin embargo, la enigmática combinación de letras se reveló a sí misma al ponerlas en orden inverso, de manera que el ánimo sosegado de Jaím reconoció el famoso versículo del Éxodo.

«E iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; para aquéllos era una nube tenebrosa, pero a Israel lo alumbraba de noche; por eso, en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros.»

Sin pensamientos, el versículo revelaba su significado. El campamento de los egipcios era su lado oscuro; el campamento de Israel, su alma, que confiaba en el Creador. El ejército egipcio fue envuelto por una nube tenebrosa y apartado de su alma, que estaba bañada por la luz.

Entonces saltaron de la fila las tres primeras letras de los versículos. Se manifestaron como una palabra grabada sobre la puerta de oro. Los párpados de Jaím se abrieron automáticamente y leyeron «Vav He Vav». Sus ojos se deslizaron por los pequeños tallos y las esbeltas líneas, acariciándolos. ווהו Vav He Vav carecía de significado concreto, pero le sonaba como música en el alma. Dios había creado el mundo con las veintidós letras del alfabeto. Cada combinación entre ellas era una fórmula, al igual que los símbolos químicos expresan la composición de una materia,

ya se tratara de objetos concretos o de fuerzas innombrables. Vav He Vav resonó a su alrededor hasta que le colmó por completo y pasó a fusionarse con la palabra.

Luego, las letras Vav He Vav se borraron de la puerta dorada y se arrojaron a sí mismas a la arena como ballenas vapuleadas y varadas en la playa.

Así fue apareciendo una combinación de letras tras otra sobre la pantalla dorada, como una cadena de nombres de Dios apenas pronunciables. Los fragmentos de palabras se enganchaban entre sí como la cadena de un nombre que crecía sin cesar, haciendo que toda la galería se sacudiera y temblara. Las sílabas se fundían como lingotes de oro.

Jaím se estremeció y, con firmeza, continuó pronunciando las sílabas cuyo debido orden nadie le había explicado nunca. Las propias letras buscaban su lugar y se enlazaban unas con otras, se convertían en palabras que se unían entre sí en una composición cada vez más compleja que se hacía prácticamente impronunciable. Cuando por fin hubo acumulado tanta energía que daba la impresión de que el monte Moria estaba agitándose y temblando desde sus cimientos, gritó con todas sus fuerzas una compilación larga e incomprensible de letras que iban cayendo sucesivamente como fichas de dominó. La puerta de oro se abrió con enorme estampido y estruendo.

Por entre sus dos hojas empezó a emerger una clara luz blanca que iluminó hasta el rincón más recóndito del pasadizo subterráneo. Jaím se encontró cara a cara con el Arca de la Alianza tras borrarse el septuagésimo segundo nombre, que se adhirió a la cadena de letras como el último eslabón. Sus labios alabaron en silencio al Creador.

—Bienvenido, Jaím —oyó que decía una dulce voz femenina.

Cuando abrió los ojos, vio sobre el Arca dorada, protegida por las poderosas alas de los querubines, una deslumbrante silueta de mujer envuelta en humo.

—¿Shejiná? ¿Sois vos, Shejiná? —masculló respetuosamente.

La Diosa sonrió, confirmándolo, y se sentó en el Arca.

—Sí, soy yo, Jaím —corroboró—. Nunca he estado desterrada. Todos estos miles de años he esperado aquí tranquilamente hasta que alguien tuviera la fe suficiente para encontrarme.

—Pero ese alguien no puedo haber sido yo —repuso él—. No hay nadie en este mundo que luche tanto con su lado oscuro como yo.

La risa de la Shejiná le tranquilizó. Quién era él para poner en duda el buen juicio de la imagen femenina de Dios, que se levantó del arca y fue a su encuentro despacio.

—Me has buscado por amor a ella, porque la amas mucho. Ignoraste el peligro que suponía para tu propia vida, te salieron alas. Allí donde dos personas se aman

incondicional y desinteresadamente, aparezco yo. Pero si tu amor está basado en el interés personal, resucitarás entonces a Lilit.

Se le paró el corazón.

—Francesca es una bella muchacha —continuó la Shejiná comprensiva— con un bello alma. Tenías mucho que darle, pero no lo hiciste. En su presencia negaste todo en lo que creías, todo lo que habías aprendido y descubierto. Dejaste que tu cuerpo descansara sobre ella, pero no tu espíritu. No la enriqueciste, no hiciste ningún esfuerzo para que se superara. Así la convertiste en Lilit. El único pecado de Francesca fue que no honró a su padre. Tú te convertiste en el símbolo de esa deshonra. Ella sabía que su padre nunca le permitiría casarse contigo.

—¿Por qué no? —preguntó Jaím.

—Porque, en lugar de alimentar su alma, la destruirías. Tú avivabas su naturaleza de Lilit. La provocabas. Seguiste alimentando su esperanza. Cuanto más encaprichada estaba contigo, mayores eran el odio y la destrucción engendrados en su interior. Asesinó a la Shejiná que había en ella.

—¿Cómo...?

—¿Que cómo lo sé?

La Shejiná agitó la cabellera dorada y en un abrir y cerrar de ojos se transfiguró en Francesca. Jaím se estremeció y quiso abrazar a su amada.

—¡No lo hagas —le detuvo ella—, no lo hagas! Yo te amo. Con todo mi ser. Pero lo que me movía no era el amor por ti, sino el odio a mi padre. Quería destruir su obra. Si yo te hubiera conquistado, él nunca habría visto plasmadas en papel sus ideas. Tú fuiste el único a quien se las confió, por eso quise que quemaras todos sus libros. Yo odiaba su doctrina, quería reducir a cenizas su sueño de un mundo mejor. De niña solía gritar su nombre desde la cama, pero él nunca acudía, y, cuando estaba, no me prestaba la menor atención. ¿Cómo podía crear un mundo mejor un hombre que se comportaba así con su hija? Tú eras el mejor camino para llegar hasta él. Poco a poco fui convirtiéndome en una hija de Lilit. Las fuerzas oscuras triunfaron sobre la bondad en mi interior. Mi amor era sincero, pero se transformó en un fuego calcinado. Yo te desvié de tu misión. Tú eres un escritor, debes escribir. ¿Qué significa mi amor por ti si quiero cambiar lo que en esencia eres? Quería utilizarte para herir a mi padre, pero en ti he encontrado a mi padre. Vosotros os parecéis. Me enamoré del padre que sí me prestaba atención.

Cuando Francesca cerró los ojos, volvió a transformarse de nuevo en la figura dorada de la Shejiná.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jaím.

La Shejiná sonrió.

—Tienes una gran misión. La existencia de los libros que escribiste se mantendrá latente durante siglos, pero dentro de cuatrocientos años los descubrirá la humanidad y se convertirán en una guía para cambiar de veras el mundo.

La Shejiná le puso la cálida mano en la frente.

Se vio rodeado de un oro que le iluminó todo el cuerpo. Se sintió un recipiente oscuro que estaba siendo llenado con la luz más clara que pudiera concebirse. Fue como verse despojado de su identidad aquí en la Tierra. Sintió que se mareaba, capaz de ascender tan ligero como una nube en la neblina resplandeciente que flotaba en el sanctasanctórum. Supo que todos los deseos sólo tenían un objetivo: cumplirse. El hombre era un deseo incumplido. Los anhelos eran el combustible del que se nutría toda la vida y del que todo crecía. El anhelo más vigoroso era el deseo sexual, un anhelo que podía apagar los demás deseos si no existía ningún vínculo espiritual. Quien no albergaba deseos se extinguía como una estrella en implosión tan densa y oscura que, en un embudo insondable de vacío, absorbiera toda la luz del lugar donde se hallaba para volver a nacer como deseo en otra dimensión. Pero un único pensamiento desinteresado era capaz por sí solo de transformar el mundo. El amor era una fuerza enorme que podía cambiarlo todo y a todos.

—Aquí estoy. ¿Qué puedo hacer para ayudarlos? —preguntó su corazón.

71. עֵשֶׁל *Ayin Shin Lamed: el Dios que todo lo transforma*

Zimra se había pasado todo el día esperando en la terraza del puesto de comidas que había frente a los baños. Acuciado por la desconfianza, importunaba a todas las mujeres que salían de la casa de baños para comprobar si no se trataba de Jaím con un nuevo disfraz. Se mesaba de rabia los pocos cabellos que aún le quedaban por haberle dado carta blanca para llevar a cabo un plan cuyos detalles él desconocía. Se debatía entre un estado de intranquila espera y furiosa impotencia.

—Si tu cariñito muere, será todo culpa tuya —le reprochaba a Jaím entre dientes. Cuando empezó a caer la noche, ya no pudo soportarlo más. Quiso asaltar el edificio, pero sabía que los corpulentos eunucos nunca le permitirían acceder al interior. Sólo le quedaba una opción: intentar utilizar al gobernador turco para sus propósitos.

Abu Siffin le había escuchado al principio con gran indiferencia. El que un hombre judío hubiera entrado en un hamán disfrazado de mujer no le parecía ningún asunto de Estado del que debiera ocuparse. La historia farragosa de que ese judío buscaba en el baño público de las mujeres una señal para encontrar el Arca de la Alianza tampoco es que le llamara mucho la atención. Naturalmente, el bey conocía las muchas leyendas que circulaban sobre el Arca. La historia formaba también parte de

la herencia islámica y, si mal no recordaba, había musulmanes que creían que el Arca se encontraba en el fondo del mar de Galilea. Pero él era un hombre de hechos cabales.

—Comprendo que todo esto os parezca una historia extraña —fue el último argumento que Zimra esgrimió para captar la atención de Abu Siffin—, pero el nombre del judío del que hablo es Jaím Vital, el discípulo más destacado de Isaac Luria, cuya fama no os puede pasar inadvertida.

El gobernador se incorporó en su asiento.

—Isaac Luria, claro que le conozco —reaccionó el gobernador—. Fui a visitarle una vez en Safed y me impresionó su enfoque matemático de la Torá. En cualquier caso, no me pareció que fuera un hombre que perdiera el tiempo con fábulas. ¿Encargó a su discípulo que encontrara el Arca?

—Sí, eso es —fanfarroneó Zimra—, y el Arca puede significar vuestra ruina.

Abu Siffin arqueó las cejas, burlón.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ya sabréis que el Arca fue el regalo de Dios a los judíos y que ha aniquilado a muchos enemigos del pueblo judío a lo largo de la historia. Se dice que, el día en que vuelva a encontrarse, los judíos triunfarán sobre los demás pueblos. Vuestro imperio sería arrasado.

Zimra todavía no se había olvidado del arte de la manipulación. Disfrutaba de la confusión que había sembrado en el gobernador. Sabía que éste no le creería, pero tampoco querría correr el riesgo de que hubiera un fondo de verdad en sus declaraciones. Abu Siffin tenía fama de hombre valeroso que no se arredraba ante ningún desafío. El mismo cargaría contra el Arca, sin darse cuenta de que ello significaría su perdición.

—Sigue siendo una historia extraña, pero indaguémoslo —concluyó el bey al cabo de un rato.

Se dirigieron a los baños con una decena de soldados. Los eunucos se inclinaron hasta el suelo ante el gobernador. Enseguida prestaron oídos a su encargo de reunir en los vestuarios a todas las mujeres presentes en la casa de baños. Ellas protestaron airadas por la brusca interrupción de su día de asueto entregado al solaz, y se pusieron a gritar como condenadas cuando el gobernador abrió la puerta de los vestuarios. El hecho de que un hombre las viera en ese estado, sin vestir, se consideraba una profanación escandalosa del Corán.

—Dinos —espetó Abu Siffin, que ignoraba los chillidos histéricos—, ¿tu amigo judío se encuentra en este grupo?

Los pequeños ojillos de Zimra se deslizaron por las mujeres agrupadas, que intentaban cubrirse con todo lo que tenían a mano, y casi olvidó lo que buscaba. Luego su mirada se detuvo en Fátima, que había intentado ocultar el rostro tras la espalda de su hijo.

— Esa mujer de allí estaba con él — señaló—. Ella sabrá dónde está.

A las demás se las requirió para que se vistieran rápido y salieran de los baños. A Fátima la interrogaron con rigor, pero se negó a responder. Mentir no podía, pero callando confiaba en poder proteger a Jaím. Sin embargo, Abu Siffin tenía poca paciencia y, de un tirón, apartó bruscamente al pequeño José de su lado. Desenvainó su resplandeciente espada y puso la hoja en el cuello del muchacho.

— ¿Dónde está tu amigo judío?

Fátima sabía que con el gobernador no se podía bromear. Observó la mirada atemorizada de su hijo y no tuvo más remedio que romper la promesa que le había hecho a Jaím.

— Soltadle, por favor — le imploró—. Os mostraré dónde está.

Llevó a los hombres al patio y así fue como llegaron hasta la galería después de haber descendido por el pozo y recorrido las grutas.

— ¡Mirad allá, esa luz dorada! — gritó uno de los soldados armados hasta los dientes que Abu Siffin comandaba en su búsqueda por la bóveda subterránea. Los valientes soldados apartaron la cabeza respetuosamente. Incluso el gobernador fue incapaz de enfrentarse a la luz pura más allá de algunos segundos.

— ¿Ese Arca es peligrosa? — preguntó a Zimra.

— Si queréis, puedo ir delante — propuso el anciano al bey, que no soportaba verse intimidado por un fenómeno que no podía explicar, aunque su instinto presintiera que ahí había una fuerza que ni siquiera la totalidad de su ejército podría derrotar. No se fiaba ni un pelo de Zimra. Enseguida se había percatado de que no era lógico que este viejo juez traicionara a un judío que estaba a punto de derrocarlo y acabar con su autoridad. Si eso fuera cierto, Abu Siffin sería el último a quien informaría; sabía muy bien que todos los judíos deseaban recuperar la ciudad de Jerusalén.

— Creed a este anciano cuando os dice que no merece la pena ser el héroe si para ello hay que arriesgar la vida — advirtió Zimra al gobernador.

Abu Siffin mandó a uno de sus soldados que atara una soga a la cintura del rabino.

— Ve delante — ordenó a Zimra—. Pero tan pronto como veamos que se afloja la soga, iremos tras de ti y te cortaremos la cabeza.

Al anciano no le amedrentaba esta amenaza. En un instante tendría de su lado la fuerza del Arca y haría gravilla con los musulmanes.

—Por supuesto —dijo humilde al gobernador, y se dirigió triunfal al encuentro de la luz dorada. Se creía el libertador del pueblo judío, el que establecería su primacía secular. Su autosuficiencia en lo concerniente a la propia heroicidad era tan grande que al principio no fue consciente de que el calor de la luz empezaba a chamuscarle la ropa y el lino se le pegaba a la piel chirriando. A lo lejos veía, envuelta por el humo, la figura sentada de Jaím, a la que gritó en tono reprobatorio.

—¡Jaím! ¡Jaím! ¡Haz sitio a tu Mesías! ¡Ya has cumplido tu misión! ¡Ahora, lárgate!

Jaím se despertó asustado del profundo estado de meditación y, al espabilarse, la luz se retiró en un reflejo regresivo como una cascada en dirección opuesta. Zimra se alarmó por los rayos que se ocultaban y aceleró el paso para aplacar su sed en los charcos de luz que aún resplandecían en la oscuridad.

Sin miedo, recorrió el pasadizo que sólo a lo lejos se veía salpicado con la luz más blanca. Cuanto más se acercaba, mayor era el calor con que los rayos le perforaban el cuerpo, llevándole la sangre al punto de ebullición. Pero Zimra estaba convencido de que, después de haber deseado tantísimo alcanzar esa meta singular, estaba predestinado a hacer frente a la luz, de que era digno de recibirla. Continuó hasta encontrarse cerca de las puertas doradas que iban cerrándose, donde la luz, como si se tratara de bolas de fuego, le perforaba el cuerpo y le abrasaba por dentro. Sus órganos olían a quemado y se consumían como brasas en su interior. Se le reventaron los pulmones. Cuando alzó la mirada, se le chamuscaron los cristalinos de la retina y le estallaron los globos oculares. El calor ardiente le consumió la nariz e incluso llegaron a fundírsele en la boca los dientes, que acabaron convertidos en una masa pastosa. La piel se le fue cayendo del cuerpo a grandes capas y el fuego prendió en sus huesos. Al cabo de algunos segundos, de Zimra ya no quedaba más que un montón de ceniza. Había sido consumido del todo por un fuego increíblemente caliente.

Abu Siffin y sus soldados sólo habían oído el chirriante sonido de la carne asada y deshecha en escasos segundos. Percibieron el olor de carne humana abrasada y sintieron cómo los escalofríos les recorrían la espalda.

A continuación, la oscuridad fue completa y se oyó el golpe seco con que volvieron a cerrarse las puertas para siempre.

El gobernador dio la orden de recoger la cuerda. Los hombres se quedaron sorprendidos cuando tuvieron el extremo quemado en las manos. ¿Qué terrible fuerza natural había causado tantos estragos en ese lejano pasadizo?

Oyeron pasos acercarse y una voz juvenil que gritaba: «¡No temáis! ¡Mi nombre es Jaím Vital! ¡El cabalista! ¡Puedo explicároslo todo!» Por segunda vez en su vida, Abu Siffin se vio confrontado con un fenómeno que su penetrante mente no alcanzaba a comprender. La primera vez fue con los enormes frutos del algarrobo que florecían en invierno, pero ahora estaba ante un enigma mucho mayor. Una luz intensa que se

había retirado tras una puerta de oro y en su camino había chamuscado a un hombre en pocos segundos mientras que el otro quedaba intacto. Dio a sus soldados la orden de echar abajo la puerta dorada, pero por muchos materiales que emplearan en su intento de abrirla, todo se quebraba al contacto con el oro macizo.

—¿Así que afirmas que aquí detrás se encuentra el Arca de la Alianza? —le preguntó a Jaím.

—Sí, la he visto con mis propios ojos.

—¿Y cómo has abierto esa puerta?

—Con los setenta y dos nombres secretos de Dios —murmuró el muchacho avergonzado. Sabía que el gobernador, conocido como el Padre de la Espada, no era un hombre que creyera en fórmulas mágicas.

—Pues entonces ábrela de nuevo —ordenó Abu Siffin.

—Eso supondría asesinaros a vos y a vuestros hombres —le advirtió Jaím.

—¿Por qué ha terminado Zimra abrasado y tú no?

Jaím suspiró. ¿Cómo se le explica el poder del Creador a un hombre que sólo concede valor a la lógica de la razón?

—¿Existe el amor? —le preguntó al gobernador.

—Sí, naturalmente —respondió Abu Siffin, cogido por sorpresa.

—¿Habéis visto alguna vez el amor? ¿O lo habéis tocado?

—¿Qué quieres decir?

—Para un daltónico no existe el rojo. Aunque el mundo entero le diga que un tomate es rojo, él no tiene la capacidad de percibir ese color. Lo mismo pasa con el Creador. También es necesario un sentido especial para llegar a percibirle a El y a su amada. La entrega, la fe y el respeto. Quien no crea en ellos, tampoco los encontrará, pero eso no significa que no existan.

—¿Y qué tiene que ver eso con el Arca? —le interrumpió Abu Siffin, impaciente.

—La Shejiná, la imagen femenina de Dios, vive en el Arca. Ella nos está esperando. Lleva siglos esperándonos. Dispone de todo el tiempo del mundo. De toda la confianza. Ella es *aliava*, el amor.

Jaím se detuvo a mirar los ojos vidriosos de Abu Siffin. Entonces encontró de repente las palabras con que tal vez pudiera romper su escudo de cinismo.

—El valor numérico de *aliava* es trece, pero el amor funciona en dos direcciones. Si yo te amo a ti, es trece, y también es trece cuando tú me amas a mí. Si sumas trece más trece, obtendrás veintiséis, el valor numérico de la palabra *havaya*. Y *havaya* es un

anagrama de Yaveh. Así pues, allí donde dos personas se aman, Dios está viviendo en medio.

—¡Ajá! —exclamó Abu Siffin, a quien le gustaba esta clase de ecuaciones matemáticas— Si te entiendo bien, la Shejiná es el amor entre dos personas.

—Sí —titubeó Jaím—, la Shejiná es el aspecto de Dios que simboliza el amor incondicional, la luz.

—Una luz tan intensa que puede reducir a alguien a cenizas.

—Si amas a una persona por lo que puedas llegar a conseguir de ella y no por lo que puedas darle, ese amor se convierte entonces en algo abrasador. Literalmente, reduces a cenizas a tu ser amado. Y a ti mismo también.

—Entonces, ¿la Shejiná se esconde allí, en esa habitación, para no abrasarnos? —preguntó Abu Siffin incrédulo.

—Exacto —asintió Jaím tajante, sin saber de dónde sacaba esa seguridad— Antes debemos descubrirla en nuestros corazones.

—¿Y la Shejiná se manifestará cuando todo el mundo se ame?

Algunos soldados empezaron a reírse, pero el gobernador les indicó que se callaran.

—¡Sí! —exclamó Jaím entusiasmado.

—¿Y por qué se te mostró a ti entonces?

—No lo sé. ¿Quizá para que contara esta historia? Para invitar a todo el mundo a que ame a su prójimo tanto como a sí mismo. Porque todos somos uno.

—Y si eso llega a ocurrir algún día, ¿podrá llegar a verla entonces todo el mundo? ¿También los musulmanes?

—Sí, por supuesto —sonrió Jaím.

El instinto de Abu Siffin le decía que ese judío era sincero. Hacía todo lo que estaba en su mano para transmitir su conocimiento y su fe. Siffin no era un hombre que estuviera acostumbrado a filosofar sobre el amor, no digamos ya a creer en diosas del amor que se ocultaban tras una puerta dorada. Pero sí que fue consciente de que, si hubiera seguido a Zimra, él ahora también habría pasado a convertirse en un montón de ceniza. Ya se tratara de amor, o de algo distinto, era un arma ante la que ningún ejército tendría la menor posibilidad. Decidió probar a Jaím.

—¿Qué dirías si mando tapiar este pasadizo y cierro el pozo oscuro del hamán para siempre?

—Me parecería una decisión muy sensata —le respondió Jaím—. Antes de que ocurran más desgracias. No ha llegado todavía la época adecuada para la Shejiná.

Mientras las personas sigan masacrándose entre sí por cuestiones religiosas, está claro que no han comprendido la esencia profunda de la Creación: que todos somos uno. Con los libros que aún me quedan por escribir, confío en ser capaz de acercar más a la humanidad a ese día en que todo el mundo pueda contemplar a la Shejiná y en el interior de cualquier persona pueda despertarse el Mesías, pero me temo que todavía pasarán algunos cientos de años antes de conseguirlo.

—Sea como fuere, en mí encontrarás un atento lector —le dijo Abu Siffin satisfecho—. Eres un hombre libre. Puedes irte.

72. נון Nun Yod Tav: el Dios de la inmortalidad

Fátima había estado rezando durante todo el día y toda la noche por Jaím. Dio gracias a Alá cuando le vio salir, al fin, del pozo que había temido que se hubiera convertido en su tumba.

—Siento haberte traicionado —susurró mientras se abrazaba a él—. Amenazaron con matar a José, no pude hacer otra cosa.

—Lo comprendo. No importa. Todo ha salido bien. Ahora sólo queda Francesca.

Fátima tembló. No había pensado ni un momento en su rival. Se avergonzó por haberse despreocupado del destino de la joven muchacha, que estaría encerrada en cualquier sitio.

—Corre a buscar a tu amada —le animó.

Jaím no tenía tiempo para explicarle cómo le había cambiado por dentro la experiencia en las bóvedas subterráneas. Le pidió que le ayudara a improvisar un poco de ropa con las toallas.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí —le dijo al despedirse—. Confío en que pronto se le abrirán los ojos a ese hombre del que me hablaste. Debe de estar ciego si no ve la clase de mujer tan especial que eres.

Fátima, con Leah dormida sobre su pecho y José de la mano, sintió frío cuando le vio salir corriendo, adentrándose en la oscura Jerusalén.

Jaím se apresuró para llegar al barrio judío, donde la gente le fue indicando el camino que llevaba a la casa de juez, donde se alojaba Zimra. Sin pensárselo dos veces, rompió los cristales y examinó el interior a conciencia, pero no había ni rastro de Francesca, salvo dos vasos de vino vacíos y la cajita abierta sobre la mesa con dos anillos: la Diosa de la protección y la Diosa del amor incondicional. ¿Por qué habría

dejado Francesca ahí su anillo protector? Se puso en los dedos las dos joyas elaboradas por su hermano. Si esos anillos habían llegado hasta él de un modo tan extraño, debía confiar también en que le guiarían a Francesca.

En ese instante, alguien llamó a la puerta. En la calle había un hombre mal vestido que preguntó con educación por Zimra.

—Rabí Zimra... ha fallecido —le comunicó Jaím, dándose cuenta, justo en el momento de articular estas palabras, de la horrible muerte que había encontrado su enemigo.

—¡Qué terrible! —exclamó el hombre.

—Sí, entrad.

El hombre sonrió.

—Disculpadme, permitid que me presente. Me llamo Moshe. Vivo aquí. Acabo de llegar de Safed. Zimra debía quedarse al cuidado de la casa en mi ausencia y ocuparse de mis asuntos en el tribunal.

—Vaya —se sorprendió Jaím, cohibido por haber entrado en la casa de ese hombre tan atento utilizando la fuerza—. ¿Puedo ayudaros con vuestro equipaje?

El cochero ya había dejado las maletas en la acera y ahora ayudaba a descender del carro a una mujer.

—Muy amable por vuestra parte —le respondió Moshe para después ir a pagar al cochero.

Cuando Jaím volvía a salir para recoger las maletas restantes, chocó con la mujer italiana, vestida de manera provocativa, que quería entrar justo en ese momento.

Se miraron por un instante sin poder creérselo.

—¡Esther! —exclamó Jaím.

—¿Jaím? ¡Jaím, sin barba!

—¿Os conocéis? —preguntó Moshe sorprendido.

—Sí, Jaím es un buen amigo mío de Safed, y Moshe es... ¿Qué es lo que eres mío en realidad, Moshe? —preguntó Esther con malicia.

El le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Tu amigo? ¿Tu novio? ¿Tu amante? ¿Quién sabe si algún día tu esposo? —respondió enamorado.

Ella le dio un beso fugaz en los labios.

—Moshe y yo nos conocimos en Tiberíades. El iba de camino a Safed y yo acababa de salir huyendo de la ciudad. Nos alojamos en la misma posada.

—Encantado, Jaím —sonrió Moshe—. Te ofrecería entrar en casa, pero en este caso es innecesario.

Cerraron la puerta a sus espaldas y, mientras Moshe inspeccionaba la vivienda, Esther se sentó a la mesa.

—¿Por qué te has afeitado la barba? —le preguntó jovial.

—Para poder entrar en el hamán disfrazado de mujer —sonrió Jaím avergonzado.

—Chico malo —se burló Esther.

—¡Qué extraño! —murmuró Moshe—. El terrario no está en su sitio.

—¿Sabes, Moshe? Jaím es el escritor del libro.

—¿De *Etz Jaím*? —preguntó Moshe entusiasmado. Fue en busca de su maleta, la abrió y regresó a la mesa con el manuscrito.

—¿Cómo es posible? —tartamudeó Jaím, incrédulo.

—Salí de la granja de manera un poco precipitada, como tal vez habrás oído.

Desde luego que había llegado a oídos de Jaím la historia de los dos estudiantes de cábala adúlteros, pero él estaba demasiado obsesionado por sus propios instintos como para perder mucho tiempo reflexionando sobre ello. Jaím asintió para indicar que más o menos sabía lo que había ocurrido. Quería llevar el tema de conversación a Francesca, pero Esther siguió hablando, imperturbable:

—Bueno, cuando me fui de la granja, mis posesiones se reducían a tu libro, entre otras cosas. Lo acababa de recibir como todos los discípulos de Isaac, con su nombre en la cubierta. Gracias a tu libro, nos conocimos Moshe y yo. Lo vio sobre mi mesa, cuando estaba desayunando, y se decidió a entablar conversación conmigo. ¡Al principio parecía estar más interesado en el libro que en mí!

—En el viaje de regreso me lo he leído casi todo —explicó Moshe—. Es un libro asombroso que cambiará el mundo. Y... ¿O prefieres contárselo tú, Esther?

Por muy contento que estuviera Jaím con estos elogios, no podía disfrutarlos mientras le acuciara la intranquilidad por el destino que podía haber corrido Francesca.

—Hemos decidido encargarnos que lo impriman. Con tu aprobación, naturalmente. Porque ahora soy una mujer rica. Isaac me ha comprado la granja y para mí sería un honor introducir este libro en el mundo..., ¡pero con tu nombre, por supuesto!

Jaím la abrazó efusivamente. Era una noche llena de milagros. Su libro, que creía ya perdido sin remedio, había sido salvado por Esther. Este sorprendente reencuentro debía ser el presagio de un desenlace feliz con Francesca.

—Muchas gracias. No puedes imaginarte lo feliz que me haces.

Esther estaba familiarizada con la alegría del corazón de un artista que encontraba reconocimiento.

—Para ser te sincera, fue Ana quien nos sugirió la idea —confesó la mujer.

—¿Ana? ¿Has hablado con ella?

—Sí, también se encontraba en Tiberíades. Estaba muy preocupada por ti cuando le conté todo lo que había ocurrido en la granja. Me recomendó muy encarecidamente que cuidara de tu libro como de un hijo.

—La encantadora Ana —rememoró Jaím conmovido—, ¿se encuentra bien?

—Sí, ahora que ha pasado esa terrible plaga iba a regresar a Safed. Pero cuéntame, Jaím, ¿qué es de tu vida amorosa? —le preguntó Esther, curiosa, mientras Moshe descorchaba una botella de vino—. ¿Te has atrevido a liarte la manta a la cabeza con esa preciosa hijita de tu maestro? ¿O sigues fantaseando con su cuadro...?

—Es una historia larga y complicada. Ella es la razón de que haya entrado aquí, Moshe, asaltando tu casa. No conozco el tipo de amistad que mantenías con Zimra, pero ha encerrado a Francesca en algún lugar. Creía que podría estar aquí.

—No le conocía muy bien —le informó Moshe—, pero sé que le gustaban las mujeres...

Entonces estableció el vínculo con el terrario desaparecido. Si Zimra había cambiado de lugar ese pesado armatoste, no podía estar muy lejos. Se le cayó la botella de vino de las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Esther.

—Tengo un terrible presentimiento. Debemos ir enseguida a la sinagoga.

Jaím y Esther le siguieron al otro lado de la calle, a la sinagoga donde trabajaba de juez. Pero la casa de Dios estaba herméticamente cerrada. La llave se la había dejado a Zimra.

—Tendremos que forzar la cerradura —concluyó Moshe.

Uniendo sus fuerzas, los hombres rompieron la vidriera de la única ventana que tenía la sinagoga, encima de la puerta. Moshe se subió a los hombros de Jaím, se metió adentro como pudo y abrió la puerta. Después buscó a tientas las velas que había junto a la entrada.

Pasó un tiempo hasta que se les acostumbraron los ojos a la luz, pero cuando miraron a su alrededor y vieron tumbada a la muchacha sobre la *bimá*, pareció como si una mano gélida les apretara el corazón.

—Quedaos aquí —dijo Moshe cuando se repuso—. Esos escorpiones son mortales si no sabes manejarlos.

Con destreza, cogió por la cola a los arácnidos satisfechos y fue echándolos uno a uno al terrario. Así fue ascendiendo escalón tras escalón hasta llegar a la tribuna, donde pudo apartar los voraces animales del joven cuerpo de la muchacha, que tenía los ojos abiertos de par en par con expresión de pánico. Su aspecto era horrible. El rostro se encontraba lleno de hinchazones causadas por el veneno mortal. El sangriento pecho desgarrado, hecho pedazos por las pinzas. La piel y el precioso cabello negro habían perdido todo su brillo. A pesar de todo, Moshe le puso la mano en el cuello para ver si aún podía encontrarle el pulso.

—Está muerta —dictaminó.

Jaím soltó un grito desgarrador. Francesca estaba muerta. Le había abandonado para siempre. Envenenada en soledad y ejecutada a mordiscos en esa prisión. Debió de haber mirado la puerta, impotente, implorando que se abriera, hasta que el veneno acabó desconectando todas sus funciones corporales. Una muerte terrible y absurda. Jaím se lanzó al suelo. Si se hubiera dado más prisa, tal vez habría podido salvarla. Se sintió desfallecer y quedó sin sentido.

Al recuperarse más tarde, esa misma noche, se sentó junto a ella. Esther había empleado todo su conocimiento de la cosmética femenina más novedosa para engalanar a Francesca como a una princesa que esperaba ser devuelta a la vida con un beso. Jaím le contó todo lo que había querido contarle. Le agradeció la pasión que había despertado en él, la felicidad y el placer ilimitados. Lloró por su joven vida, interrumpida tan bruscamente. Pidió perdón por haberse dejado llevar por el deseo carnal y haber profundizado tan poco en el grito de su alma. Rezó para que, en algún lugar de su eterno viaje, la estuviera esperando un alma gemela. Quizá fuera Yehuda, con quien podría reunirse ahora en el mundo de las almas. Por un momento pareció como si sus pálidos labios sonrieran mientras se lo contaba.

—Hemos encontrado esto junto a la *bimá* —le dijo Esther, mostrándole con cautela un dedo cortado y envuelto en un pañuelo. Jaím se tragó el espanto. En el dedo estaba el anillo de la Diosa de la curación. No sabía que Francesca lo había elegido como anillo de boda. La Diosa del amor incondicional estaba previsto que fuera el suyo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué habrán tenido que privarle esos asquerosos animales de la única posibilidad de salvación que le quedaba? —sollozó.

Jaím le apretó el anillo contra la mano hinchada y entrelazó sus dedos con los de ella. La Diosa del amor incondicional y la Diosa de la curación reunidas por un instante en su lecho de muerte.

—Puedes quedarte a vivir con nosotros —le propuso Esther con un hilo de voz.

Jaím rechazó la invitación meneando la cabeza. No se le había perdido nada en Jerusalén. Tras el entierro de Francesca, regresaría a Safed. Allí estaba su hogar. Allí

le aguardaba una existencia dedicada a la escritura hasta que se le marchitara el último hálito de vida. Allí le esperaba Ana.

Fin

Título original: DE KABBALIST

Diseño e imagen de cubierta: Alejandro Colucci

© 2006 GEERT KIMPEN

© De la traducción: JULIO Grande

© 2009 MAEVA EDICIONES

ISBN: 978-84-96748-81-1